
3 1761 08820254 4





EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

EL HOMBRE DE ORO

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BILIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La Literatura Americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de oro* (novela).

En prensa.

Roberto F. Giusti: *Góngora.*
P. E. Coll: *El castillo de Elsinor.*

IMP. DE J. PUEYO, MESONERO ROMANOS, 34.—MADRID.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

R. BLANCO-FOMBONA

El Hombre de Oro

(NOVELA)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

PRÓLOGO

PRÓLOGO

¿Por qué no iba á decir la verdad á mi pueblo? ¿Era más patriótico el adulterio de la realidad? ¿Debí enmascarar la Medusa? ¿Debí poner una sonrisa sobre la mueca y espolvorear sobre la úlcera diez quintales de *veloutine?* El cuerpo, florecido de pústulas, ¿debí cubrirlo con impoluto y mentiroso manto de armiño?

No. Que se miren en este espejo mi país y otras barbarocracias donde triunfan y pelechan el usurero sin escrúpulos, el general sin campañas, el periodista sin vergüenza, la mujer sin pudor: los Irurtia, los Chicharra, los Rata, las Emmerich.

Que se aprenda, por otra parte, á estimar á quienes, como las Agualonga del libro, fracasan en ése ó parecidos mundos. Fracasan precisamente por altivos, por honrados, por verídicos, por buenos.

Por buenos, sí. ¿Qué iba á prosperar la hombría de bien en medios como ese donde hoy impera y engorda y encarcela y expulsa, Judas Capitolino?

Allí donde la Bestia triunfante encarga á los más viles y anónimos asalariados panfletos purulentos contra el honor ajeno, panfletos que se estampan en la Imprenta nacional y luego, en propaganda de infamación, reparten cónsules y ministros de Juan Bisonte Gómez, ¿qué van á alzar cabeza orgullo, varonía, patriotismo, desinterés y honor? ¿Á qué ideal, á qué quimera no estropearía las alas la pezuña de Juan Bisonte? ¿Qué blancura moral no tiznarían los alumnos de Monipodio? ¿Á qué tesoro, aunque fuese de virtudes, no echaría el guante Gomecillo de Pasamonte?

Aun en medios sociales de más quilates y superior nivel moral á este que se refleja en *El Hombre de Oro*, la Vida se burla de la Bondad, y la arrastra por los suelos. El mayor de cuantos manejaron pluma española, ¿no llamó al más sublime fracasado, al héroe máximo de la ficción, Alonso Quijano el Bueno? ¡Supóngase qué ocurrirá en pueblo que tiene por exponente social á don Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, y por vocero de la prensa á don Andrés Mata, turiferario emérito!

Muchos toleran, si no aplauden, la transitoria bancarrota moral de nuestro país, en vista de la segura ascensión de nuestro país hacia la riqueza pública. Yo, no.

Pero, ¿soy pesimista respecto á mi patria? Ni un segundo: ni siquiera pesimista de lo inmediato. Leyes imprescriptibles á que obedecen las sociedades han de

cumplirse. El destino está andando. Pudiera la intromisa barbarie hasta retardarlo; nunca detenerlo.

***

Hilos diversos de diversas vidas tejen la trama del presente novelín. Esas vidas diversas desembocan en este novelín como ríos que alimentan un lago.

Aunque con temor de cansar á quien me siga, he remontado (en los primeros capítulos de la obra) el curso de las aguas viajeras hasta verlas surtir de lueñes manantiales cristalinos ó mirarlas desprenderse, en remolinos maelstrónicos, de lejanos montes oscuros.



Se encontrarán en *El Hombre de Oro*, en abundancia, americanismos (¡ya lo creo!), arcaísmos, galicismos y otros ismos que espeluznan á los más espeluznantes puristas.

Repetiré, para disculparme, esta frase de un escritor de América: «las cosas hay que hacerlas, aunque salgan mal». Ni siquiera mencionaría tales futesas de no publicarse *El Hombre de Oro* en la capital de nuestro idioma; pero ocurre que en las capas inferiores de la mentalidad euro-hispana, aún perdura, sin que sepamos cómo, una suerte de gliptodonte, especie que

se creyó desaparecida del planeta é inadaptable á las actuales condiciones de vida.

Y sucede que cuando peregrinamos al solar de la raza los américo-hispanos, nuestra abuela, esta vieja y socarrona España, segura de producirnos asombro, nos enseña con ademán entre señoril y desdeñoso, la bestia cuaternaria: el Valbuena de ayer y el Casares de hoy.

Después, la augusta, para borrarnos la impresión de extrañeza ó sustituirla con nobles y puras emociones, nos conduce á Burgos, á Toledo, al Escorial; abre de par en par su Teatro; desgrana las perlas del Romancero... Después, nos pasea por el Prado de Goya y de Velázquez; después nos señala con el índice en la plazoleta del Congreso á un personaje de bronce y nos dice estas solas palabras:

—Aquél es.

Creemos al principio que admiramos allí á Orfeo entre los animales, desbravándolos con el encanto de los líricos instrumentos. Pronto comprendemos: aquel de la estatua es el que puso—para siempre—á galopar á don Quijote; y estos del palacio frontero que imaginamos porcinos, bovinos, lanares y caballares, ahora los reconocemos... Los hemos visto antes en alguna parte; ¡ah, sí: en el Parliement House, en el Palacio Borbón, en el edificio del Reischtag; hemos oído sobretodo su baraúnda la más incoherente, en un público building de Washington!

No contenta, la augusta nos guía hacia una calleja solitaria por el barrio de Argüelles. Allí nos previene:

—Mirad bien á ése que sale de la casita morisca; pronto no lo veréis sino inmóvil, en mármol.

Es un hombre de estatura prócera, semi-ciego, entrado en años y en hombros.

—Se llama—nos dice la matrona—Benito Pérez Galdós.

Sí, abuela; conocemos á tus eunucos y á tus monstruos; pero conocemos también á tus másculos creadores de belleza, á los que llevaron y difundieron tu cultura más allá de los horizontes, más allá de los mares, más allá...

R. Blanco-Fombona.

PRIMERA PARTE

I

DONDE APARECE CIRILO MATAMOROS

Es domingo, un domingo de Junio. El sol de las once cae aquella mañana, tórrido y dorado, sobre los techos rojos de la ciudad, reluce en los muros de las casas, pintados ya de verde pálido, ya de ocre obscuro, ya de siena indeciso, ya de azul desvaído, ya de anaranjado muriente, y reverbera en las calzadas arrancando al asfalto tonos de pavón gris.

La longa y recta avenida, llamada del Este, radia alegría.

Cien grupos de muchachas elegantes vestidas de colores claros y ledos discurren á paso procesional. Charlan en voz alta las mujeres entre sí ó bien con hombres que las acompañan. Recién salidas de la última misa, pasean antes de restituirse al hogar. Las madres, en ocasiones, siguen los grupos juveniles, bamboleando sus gruesas moles cincuentonas. Parejas enamoradas se aislan, adelantando el paso ó retardándolo, bajo la amplia flor de oro ó de púrpura de la som-

brilla abierta. De cuando en cuando, deslízase calle abajo ó calle arriba, algún novio apresurado, fàcil de reconocer por el manojo de claveles de Sanchorquiz, de jazmines del Malabar, de rosas María-Enriqueta ó de violetas blancas del Avila que empuña y lleva para la electa.

Fila de victorias, calle abajo, enderézase hacia el polígono de San Bernardino, donde se juega la última partida de *Base-ball.*

Sube otra fila de coches desde la Estación del Ferrocarril Central hasta desgranarse y perderse en los barrios ricos de Alta-Gracia y las Mercedes.

Tras los barrotes de las ventanas se enraciman mujeres, ávidas de ver y de ser vistas; en otras ventanas pelan la pava novios imberbes con novias de quince años. Aquí y allá sale, por entre los balaustres de hierro, una racha de vals criollo, ó algun lírico lamento germánico.

Tal cual cocinera retardada apresúrase camino de su cocina, cimbrándose al peso de la cesta de compras, por cuyos bordes asoman la cabeza colorada los rábanos, ó verdes y refrescantes colas, repollos y lechugas.

En el término de la Avenida, donde concluye puede decirse la ciudad, y empiezan arrabales que parecen una invasión á la campiña por casucas audaces, desembocó un campesino endomingado, caballero en un cuartago sin crines y sin carnes.

Érase aquel jinete Cirilo Matamoros, abacero y curandero de Chacao, «curioso», como lo llamaban en el lugar, y célebre entre los campistas, en varias leguas á la redonda.

Pequeño, gordo, cuarentón, su figura insignificante no denunciaba el pozo de ciencia campesina.

Hijo de un isleño canario y de madre india, Cirilo Matamoros, mestizo peliparado y casi lampiño, pues sólo un bigotillo de cuatro pelos negreaba en su labio superior, tenía por contraposición un bosque de cerdas en las cejas. Aquella hirsuta barra de cerdas que se erizaba en su rostro entoldaba los pequeños ojos de Cirilo, dándole á todo el semblante un aire fosco.

Vestía aquel domingo pantalones y chaleco de paño negro, y paltó de dril blanco, sin abotonar. Tocábase con un café-con-leche sombrero de fieltro, alón, caída la delantera sobre los ojos para evitar el sol de mediodía. Calzaba burdos y resistentes brodequines de becerro, claveteados. Una pesada y resonante cadena de plata, sostén del reloj, también de plata, hamaqueaba sobre el paño negro del chaleco, en el vientre de Cirilo.

Su aspecto truculento—engañosa cáscara de un natural bonísimo—se agravaba por un silencio clásico, al parecer hostil, siempre que no se tratase de exponer virtudes de plantas y raíces ó de ponderar las múltiples curaciones que aplicando tales y cuales raíces ó tales y cuales plan-

tas, realizaba. Entonces su cháchara corría como abundante caño. El cambio era increíble.

No era Cirilo Matamoros uno de esos negros brujos, de pañuelo colorado sobre las greñas blancuzcas, que recetan oraciones y remedios inverosímiles; ni charlatán por vil interés de pecunia, sino abnegado y voluntario servidor de la humanidad doliente, un empírico de ciencia infusa, un convencido de la farmacopea criolla.

Dueño de una pulpería, ó tienda de comestibles; posesor de parcelas de tierras de labrar, vivía de bodegón y pegujalito. La "medicina" la practicaba por placer. La medicina era su aguardiente, su único vicio. Á veces abandonaba bueyes y mostrador, rodal y tienda, por correr leguas y leguas sobre su caballejo desmedrado á objeto de propinar brebajes y potingues, ó aplicar emolientes y epispásticos á algún peón ó cachican calenturiento.

Hasta de Caracas solían llamarlo. Matamoros lo pregonaba con orgullo: «De Caracas me solicitan con frecuencia.» Y allí la enumeración de sus éxitos en la capital: el cochero de Don Fulano; un zapatero de San Juan; dos italianas paragüeras de *El paraguas genovés*, etc., etc., etc.

Aquel propio domingo iba á Caracas, de donde lo requirieron, por teléfono, el sábado en la noche.

Recurría á la eficacia del curandero nada menos que don Camilo Irurtia, ricacho caraque-

ño, conocido por tacaño, viejo Harpagón de hucha repleta.

La pulpería rebosaba de bebedores de *amargo* —un delicioso aguardiente perfumado con yerbabuena y cáscaras de toronja—, cuando Cirilo participó con orgullo malencubierto, ó más bien con expuesto orgullo, que se veía precisado á cesar el despacho y á poner á todo el mundo de patitas en la calle. Iba á Caracas. De Caracas lo llamaban para medicar á un enfermo. Al decirlo, Matamoros no ignoraba que pronto volaría la noticia de cafetal en cafetal, de hacienda en hacienda, de peonada en peonada.

El prestigio, casi supersticioso, de que gozaba Cirilo Matamoros, en cuanto curandero, se acrecería por aquel nuevo homenaje de la capital.

Cuando Cirilo dió á conocer el motivo que le obligaba al cierre de sus puertas pulperiles, más temprano que de costumbre, uno de los bebedores de «amargo» le preguntó:

—¿Y quién te llama de Caracas, Cirilo?

Matamoros repuso con jactancia:

—Don Camilo Irurtia, un capitalista que yo conozco.

¿Don Camilo Irurtia? Ninguno de los peones ni mayorales allí presentes había oído jamás aquel nombre.

—Ese sí te pagará—aventuró otro campesino, dirigiéndose á Cirilo.

Matamoros no se resignó á confesar que ya

antes había medicado á Irurtia, sin que éste le hubiese pagado ni un céntimo.

—Yo no quiero paga de él ni de nadie—dijo con vivacidad el curandero.—La medicina debe ejercerse de balde, por amor de la humanidad y de la misma medicina. Los empleos lucrativos son otros. Si yo fuera gobierno prohibiría que los médicos cobraran. Así habría menos doctores; y nos dejarían el oficio de curar á los que tenemos vocación.

—Pero algo te pagará, si lo curas, ese señor Irurtia—insistió el peón—, siendo rico y acostumbrándose en Caracas á pagar á los médicos.

—Repito que yo no exijo dinero de nadie: mis servicios son de quien los necesita y confía en ellos.

Aunque el curandero sabía de memoria que Irurtia no iba á darle ni las gracias, añadió, por el buen parecer:

—No digo que no me haga algún regalito, como ocurre á veces con las personas que sano; pero yo nada pido.

En ese instante entró nuevo parroquiano, un mozalbete caraqueño recién arribado á Chacao, sirviente en alguna de las haciendas vecinas.

En un periquete lo pusieron al corriente. Matamoros iba á Caracas, solicitado por don Camilo Irurtia. Conocía el doméstico á Irurtia, de fama y aun de vista.

¿Don Camilo Irurtia? ¡Buena pécora! Un viejo

huesudo, larguirucho. ¡Ojalá se muera! Es un diablo que vive de la usura. No escupe para que la tierra no chupe. Avaro como no hay dos.

Después la emprendió el fámulo de buen humor con Matamoros:

—¿Y esa es la gente que te llama de Caracas, Cirilo? Buena clientela. Tienes razón de estar contento. Irurtia es un viejo sinvergüenza, que te hace ir porque te conoce el flaco y para no pagar médico.

—Yo no solicito dinero.

—No, aunque lo solicites, no lo obtendrías de Irurtia. Ese no le da un grano de maíz ni al gallo de la pasión. Lo mejor que puedes hacer es despacharlo con tus yerbas. No será la primera víctima de tus agüitas sucias. Y te deja más cuenta: algún heredero te pagará el servicio.

Matamoros se encogió de hombros, callado, desdeñoso, filosófico. El sirviente, minutos después, salió de la pulpería, riéndose de la clientela de Cirilo y asegurando que si á Irurtia le golpeaban el codo, no abría ni los dedos del pie. Los peones, creyentes á fe ciega en la sabiduría infusa de Cirilo, no aceptaban como oro de ley las rechiflas de aquel escéptico burlón.

Pasado el mal humor del primer momento, disipada la nube de cólera, Matamoros, comprendiendo la inmutabilidad y eficacia de su prestigio entre las personas del campo, y orgulloso de que

la capital apelase á él, aunque fuera por conducto de don Camilo Irurtia, echó la pierna á Rocinante, lo que no le costaba ni un céntimo, en vez de tomar el tren y ¡á Caracas!

Iba contento, á pesar de las burlas del hortera, á pesar del sol de las once, á pesar de aquellos remolinos de cálido polvo asfixiante. ¿Cómo no? Caracas lo llamaba; Caracas, la gloria.

Cuando desembocó en la Avenida del Este, iba Cirilo Matamoros embebido en sus pensamientos de grandeza y embebido en sus pensamientos de grandeza espoleó su cabalgadura calle arriba.

Presenciaba Matamoros el desfile mundano de la Avenida con la mayor indiferencia. Aquella ola elegante corría hacia él; de entre aquel mar de gente capitalina salían voces que llegaban hasta el oscuro bodegón de Chacao, implorando los servicios del modesto "curioso". El modesto curioso no era tan despreciable, pese á la mofa de un lacayo ó á las presunciones borladas.

La afluencia de coches lo obligó á detener un instante su caballo entre dos victorias. Uno de los aurigas, por insolente jugarreta, restalló el foete sobre las ancas huesudas del rocín. Matamoros escuchó á sus espaldas la provocación del foetazo, y bamboleó al movimiento brusco del jamelgo, herido por la mecha de la fusta; pero se contentó con lanzar al automedonte una mirada más

de desdén que de ira y siguió adelante, en cuanto pudo, sin proferir una palabra contra el atrevido.

Al llegar á la plaza de Candelaria torció á la diestra.

No anduvo trescientos metros y ya pudo creerse en otra ciudad: las casas eran más bajas que en la Avenida, las ventanas más estrechas, las paredes menos relucientes, los portones menos severos, y por las calles no discurría un público elegante, sino alguno que otro artesano en busca de su almuerzo. Á puertas y postigos asomábanse trigueñas mujeres del pueblo, bien por curiosidad, bien en espera de hermanos, padres, maridos á quienes temían acaso ver llegar de las pulperías con dos ó tres tragos más que de costumbre.

En una esquina varios pilluelos desarrapados, entre doce y diez y siete años, jugaban á las *chapas*, lanzando al aire piezas de cinco céntimos, para perder ó ganar según callesen, ya sobre una cara, ya sobre la otra.

Poco más adelante el jinete se detuvo frente á gris y descascarado casucho de una sola ventana, techo bajo, puerta cerrada, aspecto sórdido. La ventanuca, con barrotes de madera, tenía entornados los postigos como dos párpados. Aquellos entornados postigos parecían ojos de disimulo, mirando de soslayo.

La portezuela, desteñida, tenía una aldabilla de

hierro. Contrastaba la casuca, por su aire de desconfianza, sus postigos como en atisbo y su puerta bien cerrada con las vecinas viviendas, cuyos portones, abiertos de par en par, parecían invitar al transeunte.

Tocó á la puerta, sin desmontarse, el que llegaba. Como nadie repuso, tocó, pasado un momento, otra vez. El silencio apenas respondía. Por tercera vez golpeó con los nudos de los dedos en aquella muda puerta. Flacucha cara de viejo asomóse á la postre por uno de los postigos, preguntando:

—¿Quién es?

—Gente de paz—repuso el de á caballo.

El viejo debió de reconocerlo, porque le dijo:

—¿Ah, es usted, Cirilo? Un minuto; voy á abrirle.

El campesino, ya á pie, empezaba á amarrar su caballejo en los barrotes de la ventana cuando la puerta se abrió. El vejete—hombre zancudo, magro, aquijotado—, preguntó, como en alarma, á Matamoros:

—¿Va usted á dejar su bestia ahí, en la calle? ¿No teme que se la roben?

—¡Qué van á robarse!—repuso Matamoros, disponiéndose á entrar.

Pero el otro se encalamucó:

—Es un disparate. Pueden robarse el animal, ó la silla, ó algún estribo. Lo mejor es que deje su caballo aquí, en el zaguán.

Como el palurdo accediera, el viejo tagarote pareció más tranquilo.

Y entraron al corredor, conversando.

—Pero usted no tiene cara de enfermo, don Camilo.

—Es verdad, por fortuna. El enfermo no soy yo.

II

CAMILO Y TOMASA

El enfermo, en realidad, no era don Camilo Irurtia, sino Tomasa, una vieja amarillenta y reumática que lo servía.

Irurtia no conoció jamás otra servidumbre doméstica que la de aquella bruja de cabellos blancos y desgreñados.

Un antiguo escaparate de caoba y Tomasa, ambos herencia de familia, ambos mayores que Irurtia, lo acompañaron desde los verdes días en que Irurtia, dependiente de comercio, primero, y luego tenedor de libros de un almacén, vivía con su madre y sus dos hermanos.

Muerta la madre, casados los dos hermanos, Irurtia echó sus cuentas: vivir solo iba á costarle más caro, á causa del lavado y de la cocina, que vivir con Tomasa. Alquiló una pieza que dividió en dos, por medio de colorada cortina. En una de las mitades se estableció él, con su materno escaparate de caoba; en la otra mitad estableció á Tomasa.

Allí lavaba la vieja la ropa de la casa, ó con más propiedad, de la pieza; allí aplanchaba; allí cocinaba, aunque asfixiándose con el humo, para sí y para Camilo; allí dormía sobre una estera que, al amanecer, arrollaba para colocarla en un rincón, siempre el mismo.

Tomasa volvía la cara contra la pared de noche, á la hora de acostarse, para no ver, gracias á la vela, al través de la transparente cortina coorada, á Camilo en paños menores. Irurtia, al caer en cuenta, obvió la dificultad resolviendo que se desvistieran á obscuras. «Algo se economiza con la supresión de la vela», pensó; y dirigiéndose á Tomasa, expuso:

—¿Quién ha dicho que se necesite de luz para desvestirse?

Á la grenchuda vieja no la pagó jamás. Compartía con ella una vida miserable y casta. Tomasa no exigía más, atada por el afecto, por la pereza y por el temor de lo desconocido, á aquel hombre á quien vió nacer y crecer. Muy de tarde en tarde Irurtia le deslizaba en la mano alguna pesetilla ó le regalaba, por Semana Santa ó Año Nuevo, bien un corte de zaraza, bien algún traje de deshecho, adquirido por siete ú ocho reales en los remates del sábado, en el Monte de Piedad.

Camilo fué atesorando, poco á poco, á la calladita, como en secreto.

Económico por instinto, guardaba casi íntegro, al principio, su magro sueldo de tenedor de li-

bros, viviendo con menos gasto que un araña. Después empezó á prestar á los empleados jóvenes y al manirroto portero del almacén, con la garantía del cajero y toda suerte de seguridades escritas y no escritas.

El prestamista, en persona, cobraba los sueldos de los deudores, descontaba y retenía la deuda y el interés estipulado—nunca menor del 25 %—y devolvía á cada uno con honradez, aunque no sin dolor, el remanente de la mesada.

Á medida que el capital crecía también se acrecentaba el ansia de posesión en Camilo. Empezó entonces á prestar á gente menesterosa, sobre útiles de poco valor: máquinas de coser, serruchos de carpintería, cucharas de albañil. Algunos empeñaban, no teniendo otra cosa, carpetas, lámparas, ollas de cocina, ropa de cama y de vestir.

De todo aceptaba Camilo Irurtia y con todo se quedaba al menor incumplimiento del pacto, ó valiéndose en ocasiones de triquiñuelas y argucias cuando el empeñador, pobre diablo ó desvalida mujer, se dejaba desvalijar por timidez ó con engañifas.

El dinero, fecundo, se multiplicaba.

Irurtia renunció á llevar los libros del almacén para llevar sus propias cuentas. Le fué necesario sitio de más capacidad para guardar objetos tan heteróclitos como múltiples y se mudó.

La mudanza fué motivo de largas velas y dis-

quisiciones entre Tomasa é Irurtia. Aunque Tomasa oía y veía por orejas y ojos de Irurtia, admirándolo y obedeciéndolo ciegamente, aunque no poseía nociones claras de nada y era el ser menos práctico de la tierra, Camilo la consultaba ciertas cosillas de poca monta; aquello servía de ocasión á Irurtia para conversar con alguien, pues á Irurtia, hombre sin relaciones sociales, ni sus sobrinos y hermanos lo visitaban, como él, por su parte, tampoco visitaba ni á los hermanos y sobrinos sino una vez por año, ó menos, temeroso de que lo hicieran víctima de algún empréstito.

Tomasa lo tuteaba, como á quien vió nacer. Se enzarzaban en discusiones, respecto á las conveniencias ó inconvenientes de la nueva habitación, ya durante la comida, ya de noche, á la luz de macilenta vela de sebo que alumbraba ambas porciones de la pieza, á derecha é izquierda de la cortina colorada.

Tomasa concluía siempre por acatar el parecer de Camilo:

—Eso es, tienes razón: tres piezas y una cocina. En la cocina dormiré yo. En uno de los cuartos dormirás tú, y las otras dos piezas te servirán para recibir á las personas que vienen á tratar contigo y para guardar los *corotos* sobre los cuales das tu dinero.

Pero de repente Camilo creía inútil tres piezas y una cocina. Con dos piezas y una cocina bas-

taba. Se pondrían tablas, á manera de repisas en las habitaciones, para no desaprovechar las paredes, y así se repletaría todo un cuarto, hasta el techo, con los objetos empeñados—con los chismes, trastos ó *corotos*, como decía Tomasa—, sin necesidad de pagar una tercera pieza.

—Sí, es lo mejor—opinaba Tomasa, convencida.

Por fin se mudaron. Irurtia, hombre de tesón y suerte, encontró una vivienda como su tacañería fantaseaba.

—Otro la hubiera estado buscando diez años sin hallarla—decía Tomasa, sincera y admirada.

Iban los negocios de Irurtia viento en popa.

En la pieza destinada á los *corotos* apiñáronse pronto sillas de montar, camas, instrumentos de música, vajillas de porcelana, libros, ropa, una dentadura postiza, un arado, y el más completo arsenal: revólveres, puñales, escopetas, winchesteres, espadas y una auténtica cimitarra turca.

En el histórico escaparate de caoba, al cual se puso una cerradura de seguridad muy complicada, escondía Camilo, debajo de colchas y guiñapos, con disimulo el más discreto, cuatro ó cinco cofrecitos de recio araguaney con guarniciones y chapas de hierro. Uno de aquellos cofrecitos repletábase en el más chico de sus compartimientos, con piezas de plata menuda, en otro con monedas de oro y billetes de Banco; sobre todo con

monedas de oro. Y como la clientela y los negocios de Irurtia mejoraban de día en día, los demás cofres contenían joyas de empeño: zarcillos con piedras preciosas, sortijas de diamantes, collares de perlas, aros lisos de matrimonio, diminutos relojes femeninos con iniciales de rubíes y zafiros, alfileres de corbata, aderezos margaritados, broches, brinquiños y cruces de oro. Sí: los ricos también iban al tugurio de Irurtia. Los ricos también necesitaban dinero. Los ricos también perdían á veces, merced á las artimañas de Camilo, sus cruces de oro y sus sortijas de piedras.

Y aun cuando no dejasen la prenda, buen dinerito dejaban. Irurtia era terrible; un vampiro del oro. ¡Y qué orden el de aquel trapacero!

Cada joya, envuelta con esmero en amarillo papelito de seda, lucía su etiqueta—una tira de papel blanco,—y sobre la etiqueta destacábanse en tinta de carmín, un nombre propio, una fecha, un número y dos ó tres signos cabalísticos que sólo Irurtia alcanzaba á descifrar.



Por entonces ocurrió un incidente que tuvo trascendencia en la vida del usurero.

Ladrones visitaron una media noche al avaro. Coláronse aquellos sigilosos y atrevidos cacos en las habitaciones de Camilo, lo amordazaron y ataron, lo mismo que á Tomasa, antes de que el

uno ni la otra tuviesen tiempo de decir «Jesús», y desechando útiles de escasa valería, comenzaron á huronear tras el oro amonedado y las joyas.

Por fortuna de Irurtia, dos personas del barrio, que se recogían tarde aquella noche, percibieron cierto ruido sospechoso, y avisaron. Ocurrieron los vecinos, hasta la policía ocurrió, y los ladrones de Irurtia—tres malandrines—cayeron en el garlito.

Irurtia no perdió ni un céntimo.

El pánico de Camilo y de Tomasa fué morrocotudo. La vieja tremaba de pavura, apenas obscurecía; los dientes le castañeteaban y al ruido de una puerta ó una ventana cerrada con estrépito, brincaba como si la disparase un resorte.

Irurtia cayó en cama con fiebre cerebral. En el delirio de la calentura veía brazos lacertosos oprimiéndolo hasta estrangularlo, dedos como garfios atenaceándole la garganta; manos de presa que apuñaban morocotas, callaos, onzas, esterlinas, luises; figuras de bandidos deslizándose en la sombra, el rostro en máscara, y conduciendo bajo el brazo legajos de billetes de Banco, sustraídos en el escaparate de caoba.

—Me ahorcan, Tomasa—decía con palabras entrecortadas el pobre delirante—los billetes, el oro; me roban, ladrones.

Poco á poco se fué restableciendo. Había sido menester llamar á un médico, sin consultar á

Irurtia, que no estaba para consultas. El médico cobró caro, excesivamente caro, según Camilo. Aquello era un latrocinio autorizado por la ley.

—Entre este bandido y los otros —opinaba—, me quedo con los otros. Siquiera exponen la vida.

Tal era la agitación de Irurtia, que se le creyó á punto de recaer. Desde entonces tomó informes, en previsión de lo porvenir; desde entonces databan sus relaciones con Cirilo Matamoros, el célebre curandero de Chacao que, no sólo no cobró nunca sus servicios médicos, sino que regalaba á los enfermos las medicinas.

Cirilo Matamoros atendió y medicó en lo sucesivo, con el mayor éxito, por cierto, á Irurtia y á Tomasa, cuando alguno de ellos caía enfermo, lo que, entre paréntesis, no ocurría casi nunca. Sobre ser gente sana, hacían ambos un género de vida higiénica, aun sin proponérselo; una vida metódica, sin excesos, de mucho madrugar, de poco comer, de no beber sino agua, de indiferencia afectiva por cuanto no fuesen ellos mismos, ¿cómo, cuándo, por qué iban á enfermar?



«Bien venido seas, mal, si vienes solo». Irurtia, después de su fiebre cerebral y su visita de los ladrones, pudo repetir ese refrán y lo repetía con fundamento.

Las pesquisas realizadas por la policía en casa de Irurtia, con motivo del robo, ó del conato de robo, fueron de grave perjuicio para el usurero.

Percatóse la autoridad de que Irurtia estaba viviendo fuera de la ley, en ejercicio de la usura, y sin pagar la patente que, como prestamista, debía pagar al Fisco. Tarde se abrieron los ojos de la ley sobre aquel infractor que durante años y años la había burlado; pero la ley tomó el desquite.

Se le impuso á Irurtia cuantiosa multa; se le cobraron viejas anualidades de la patente que debía satisfacer, en beneficio del Erario público y jamás satisfizo, más los réditos del capitalito á que el fraude ascendía; se le impidió que ejerciera su industria de prestamista, fijando á cada víctima intereses leoninos, según capricho usurario; se le recordó, por último, el porcentaje á que, por las leyes, debía constreñirse.

Aquel golpe, consecuencia del golpe de los ladrones, y cien veces más rudo y aplastante, desconcertó á Camilo Irurtia. Creyó morir. En vano consultó abogados; en vano trató de sobornar empleadillos de segundo orden; en vano forcejeó por librarse de aquella montaña que se le caía encima. En vano todo. La montaña lo aplastaba. La ley, ciega, sorda, inmisericorde, vindicativa, le arrancaba las entrañas al infractor. ¡Qué injusticia! ¡Qué abuso de la fuerza! La organización social era defectuosa, ahora se daba él cuenta. El

Gobierno no pensaba sino en desvalijar á los ciudadanos. Venezuela era un pueblo perdido. Ingrata patria.

Hasta pensó en abandonar el país. Pero sus intereses y aun su ambición lo retuvieron, y desechó, por lo pronto, todo conato de emigración.

Entonces imaginó Camilo Irurtia vengarse del Gobierno vigente, á quien culpaba por la multa impuesta y la reglamentación del agio, entrando en una revuelta contra el orden establecido. Llegó á abocarse con revolucionarios de profesión. Sólo que los revolucionarios lo amedrentaron con exigencias de dinero. Irurtia renunció á la revolución.

Prestar á menos del 25 ó 30 por 100 mensual le parecía un absurdo. Él no estaba dispuesto á cometer locuras. Prescindió de los préstamos sobre prendas y trastos, bajo el ojo policial. Él quería, como antes, libertad de acción.

Emprendió el avanzar dinero á empleados de ministerio. La ley no hablaba del caso. Él ya conocía, por sus antiguos y modestos préstamos á empleados del almacén donde un tiempo llevó los libros, las seguridades de que podía y debía valerse. Los funcionarios firmaban documentos inverosímiles, en papel del Estado, asegurando haber recibido tales y cuales cantidades—triples ó cuádruples de lo que en realidad recibieron—y comprometiéndose á amortizarlas, á tanto cada quincena.

Flacos le parecían á Irurtia aquellos mordiscos para sus tragaderas.

Entonces empezó á retrovender casas en Caracas. Apenas gustó las ricas mieles de aquella forma de la usura, que desafía por medio de cien artimañas, todas las previsiones de la ley, ya Irurtia se hizo un especialista en la materia; ó, más claro, hizo su especialidad aquella suerte de negocio conocida con el nombre de retroventa.

No pasó mucho tiempo sin que fuese propietario de inmuebles, con los cuales supo quedarse, por sumas irrisorias, gracias á un pretexto ú otro, y á resguardo, eso sí, de cualquiera marramuncia de la legislación. La experiencia lo había enseñado. Adquirió, para soslayar la ley, las hábiles sinuosidades de un leguleyo.

—¿Por qué—le dijo Tomasa en una ocasión—si tú posees varias casas, vives en estas dos piezas ajenas, que necesitas alquilar?

—Hace tiempo estoy pensando en ello—repuso Camilio Irurtia á la vieja.—Sobre todo, estaremos más desahogados. Yo podré recibir con más decencia á las personas que me visitan para tratar de negocios.

—Por el mismo precio que ahora—agregó Tomasa—estaremos diez veces mejor.

—Estaremos diez veces mejor, sí—arguyó Irurtia—; pero no por el mismo precio que ahora. Sale más caro, sólo un poquito más caro; pero siempre algo más.

Fué la tercera vez durante su vida que cambió de domicilio Camilo Irurtia.

La casa, sita en la parroquia de Candelaria, hacia Gamboa, era la sórdida casuca donde lo encontró Cirilo Matamoros, el curandero de Chacao, aquel domingo de Junio.

Apenas supo Cirilo que el enfermo no era Irurtia, sino Tomasa, tuvo una ligera desilusión. Después de todo no significaba lo mismo, ni tenía la propia importancia, para la fama curanderil de Matamoros, el medicar á un capitalista conocido como Camilo Irurtia que á una vieja sirviente. Pero la vocación, el anhelo de propinar sus medicinas, la monomanía de recetar, triunfó en Cirilo Matamoros, y empezó á informarse con sincero interés de los males que aquejaban á la criada.

—Dolores en el cuerpo, lo informó Irurtia vagamente.

Y agregó:

—Vamos á su cuarto. Usted juzgará.

Más amarilla que nunca, echada sobre un catre, sin sábanas, arropándose con una cobija del tiempo de Maricastaña, manta raída, sucia, incolora, la pobre vieja, con la desgreñada tumusa blanca sobre la mugrienta almohada, quejábase de erráticos dolores en los huesos, principalmente en la pierna derecha.

Matamoros se hizo dar explicaciones. Tanteó la flácida pierna, desde el muslo hasta el carca-

ñar, movió las coyunturas, examinó las rótulas; después examinó los codos, las muñecas, las articulaciones de las manos, y concluyó con una seguridad absoluta, verdaderamente doctoral:

—¡Reumatismo!

—¿Y qué le hacemos, Cirilo? — preguntó Irurtia.

—Lo primero—repuso Matamoros—aplicaremos la *clusia*.

—¿Y qué es eso?

—Una medicina que los extranjeros...

No pudo concluir. Irurtia se había puesto las manos en la cabeza.

¿Remedios de botica? ¿Remedios que cuestan un sentido y no curan? Cirilo se había vuelto loco ó estaba contagiado por el ejemplo de los médicos caraqueños, que todo creen arreglarlo con frascos de doce reales. ¿Qué era de aquellas salutíferas yerbas que Cirilo llevaba siempre consigo, que jamás negó á los enfermos, y con las que, hecha la infusión y absorbida, desaparecían los más renuentes males?

Cirilo oía en silencio. Cuando Irurtia concluyó sus aspavientos, el curandero repitió, solemne:

—Lo primero, *clusia*, como la llaman los extranjeros; ó, según decimos en criollo, *copey*.

—Ah, ¿una planta indígena? ¡Enhorabuena!

Irurtia se puso radiante.

La vieja empezó á quejarse de no poder estirar la pierna.

III

INTERIOR DE USURERO

Don Camilo se levantó con el alba, como de costumbre. Ya Tomasa, á pesar de su reumatismo, más lancinante aún con el remusgo de la mañanita, calentaba en el fogón el café del desayuno. Cuando el café estuvo listo, la vieja llamó á Irurtia, que se había puesto á curiosear la calle desde los postigos ventaneros.

—Camilo, ven á desayunarte.

Sentáronse Camilo y Tomasa, fraternales y democráticos, á la misma mesa—una mesita cuadrada cubierta por hule desvaído, que fué color de chocolate un tiempo, y en donde las tazas de café y los platos calientes habían dejado círculos amarillosos, como aureolas de santos.

Las tazas, en realidad, no eran tales tazas, sino pocillos de grosera fayenza blanca con tres ó cuatro rosas de pintura, por adorno florido. Los pocillos reían, desportillados; las pintadas rosas

empalidecieron con el uso, trocándose en rosas de un róseo exangüe, pálido, casi níveo.

El café humeaba, negro y aromático, á pesar del excesivo guarapo con que, para aumentarlo, lo bautizó la vieja Tomasa. Junto á cada pocillo de café esperaba los mordiscos un bollito de pan de trigo, aún caliente del horno. Dos tragos de café aguarapado y un panecillo de á centavo: ese era el desayuno.

Con semejante lastre en el estómago esperaban hasta las doce Tomasa y Camilo. Camilo quería evitar en lo posible las indigestiones.

—En Caracas se come mucho—decía á menudo

Y solía agregar, explayando su idea:

—Un plato de *sancocho* á mediodía; más tres, cuatro y aun cinco platos pesados, con este clima, es un disparate. El estómago se recarga, el cerebro se embota. De ahí la necesidad de la siesta; de ahí el que nadie trabaje, ó nadie trabaje con provecho en ciertas regiones de Venezuela después de almuerzo. Se pierden diariamente hora y media ó dos horas. La vida se acorta. La capacidad de trabajo resulta menor. Y como de la suma de actividades particulares depende la actividad global de la nación, ¿qué sucede? Sucede que en Venezuela la existencia del país se desarrolla con lentitud, el progreso anda con pies de plomo, la república va en burro y no en ferrocarril.

Era toda una teoría. Don Camilo rubricaba siempre con esta frase:

—El sancocho es el peor enemigo de Venezuela.

Por eso tal vez don Camilo, excelente patriota, si la ocasión presentábase de balde, había desterrado el clásico hervido de su mesa. Don Camilo era vegetariano. Almorzaba con verduras: ñame, zanahoria, batata, ahuyama; mapuey, no; apio, no, por costosos; tal cual día un huevo en tortilla, otras veces plátanos fritos. Para la comida contentábase con una sopa ajada ó de pan viejo, algo de frijoles ó de caraotas negras y una arepa. Carne, jamás. ¡Qué veneno!

Antes de empezar á desayunarse Irurtia, preguntó á la vieja:

—¿Cómo pasaste la noche?

Tomasa gruñó sus dolencias. Hacia la madrugada el frío la agarrotó. La pierna derecha no podía casi estirarla. Aquellas coyunturas de los dedos, en la mano izquierda, comenzaban á hincharse.

Irurtia emprendió á consolarla. Era menester confiar en Cirilo Matamoros y principalmente en las yerbas y pociones de su propina. Matamoros sabía más que muchos doctores de universidad.

—Desde luego, tú viste: no vaciló un momento en reconocer tu reumatismo. Un mediquillo de Caracas no se hubiera resuelto á opinar antes de tres ó cuatro visitas y tres ó cuatro sangrías á la bolsa del prójimo.

Conservaba rencor hacia los galenos d

que alguno de ellos "lo robó" cuando la fiebre cerebral. Aterrorizábase á la idea de que á Tomasa se le ocurriera exigir los servicios de un facultativo. Así, mientras ponía sobre los cuernos de la luna al gratuito Cirilo Matamoros, quiso, ya que la ocasión se presentaba, desprestigiar una vez más á los médicos delante de Tomasa. Con tal objetivo empezó un cuento.

—Mira, Tomasa, lo que son nuestros medicastros. En el Empedrado, más allá de Palo-Grande—tú conoces el sitio—cierto vecino empezó á quejarse de dolores en uno de los oídos. El médico, á quien llamó, le hacía visita tras visita, propinándole remedio sobre remedio. Todo en vano; el paciente no curaba. El hipócrates, acucioso, concienzudo, grave, continuó asistiéndolo, prometiéndole una pronta cura y cobrándole cinco bolívares por cada examen. Un día, el doctor, que era viejo, cayó en cama y envió como reemplazante á su hijo, también doctor, que era joven. Cuando el joven doctor examinó la oreja al hombre del Empedrado, exclamó: "Pero si usted lo que tiene ahí es una garrapata"; y tomando una pinza arrancó el insecto. Desde ese mismo instante el enfermo sintió alivio y ya no necesitó de más curaciones, ni de más botica, ni de más recetas, ni de más doctores, ni de pagar cinco francos cada vez que el médico se presentaba á preguntarle cómo se sentía y á escribir luego sobre una hojita de papel

que debía llevarse á la farmacia, palabras ininteligibles. Cuando el viejo médico se levantó de la cama, ya repuesto, el hijo le dió cuenta. Al hombre del Empedrado lo curó, dijo, en un dos por tres, con sólo arrancarle de la oreja la garrapata. El anciano no volvía de su asombro. «¡Cómo! ¿Has cometido semejante locura? De esa garrapata, que yo cuidé con el mayor esmero, he alimentado á mi familia durante varios días. Amas, hijo mío, la ciencia; conoces la profesión: eso no basta. Necesitas aprender el arte de ejercerla.»

Rióse mucho Tomasa de la ocurrencia sin penetrar la intención de Irurtia; y como ya era tiempo, levantáronse ambos de la mesa. Tomasa, claudicante y quejumbrosa, empezó á barrer la casa, desde el zaguán, mientras que Iriurta se fué derecho á la ventana callejera.

Eran las siete. De un momento á otro iban á pasar los pregoneros de diarios. Irurtia se puso á aguardarlos.

Todos los días compraba *El Noticiero*, — un centavo. ¡Qué diablos! Era menester saber lo que ocurría. Él tenía intereses, jugaba á la bolsa. Un viraje brusco de la política, un incidente cualquiera, podía costarle dinero. Con semejantes argumentaciones, y otras más recónditas y revesadas, no exentas de sentido práctico, explicábase Iriurta á sí propio aquella resolución, madurada largo tiempo, de malbaratar cinco céntimos

cada mañana en la compra de *El Noticiero*. Lo cierto es que aguardaba diariamente en la ventana, después del desayuno, el paso de los pregoneros, y que luego iba á sentarse en el corredor á devorar las seis caras del periódico, desde el título, sin desperdiciar ni los anuncios. Después, plegando la hoja cuidadosamente, la guardaba para formar paquetes de á libra que vendía más tarde en las bodegas como papel de envolver.

Mientras Irurtia estaba leyendo, la vejezuela barría la casa.

El trajín del barrido no deslomaba á la reumática: la casa era corta y estrecha.

Salvando el zaguancillo, encontrábase lo primero, al entrar, un corredor: tres ó cuatro metros en cuadro. Sobre este corredor abrían dos puertas: la puerta de la sala y la del despacho de Irurtia.

Seguía al corredor el patio, un patinillo rectangular; teniendo á la izquierda, el cuarto de dormir Camilo y al fondo una mampara de madera, límite divisorio entre el patio y el comedor.

Detrás del comedor, otro patio aún mas chico que el primero, servía de corral, de lavadero, de pila, de baño, de basurero, de desahogo, de todo. La cocina y un cuartucho, el cuarto de Tomasa, recibían luz y aire de aquel patinejo diminuto, y maloliente, cuyos rojinegros ladrillos, se cubrían, á causa de la humedad, de una espesa lama verdosa.

Las piezas eran todas pequeñas y cuadradas; en el cuartucho de Tomasa la humedad rezumante fingía en la pared un zócalo obscuro.

Como el pavimento de la casa era de ladrillos, levantábase del suelo, al barrer,—tanto en el comedor, como en la sala y en el patio delantero—un polvillo abermellonado, que se adhería á las paredes de cal, convirtiendo los muros en tapicerías de lamparones gríseos, amarillentos, poli-sucios. Desde viguetas y cañas del techo —pues los techos carecían de cielo-raso—, se descolgaban por los rincones espesas telas de araña, grumos pizarrosos, hamacas y redes de moscas. La limpieza de Tomasa era pura fórmula, un pretexto de ocuparse; la casa quedaba siempre con su carácter de zahurda, ó casi casi.

Apenas terminó el barrido, Tomasa, enarbolando su plumero se vino cojin-cojeando, la tumusa blanca al viento, á emprender una sumaria limpieza; la hacía una vez por semana.

Empezó por el corredor. Somero menaje: dos sillas de madera ordinaria rodean una mesa charolada de obscuro, sin carpeta. Pendiente del techo, una pesada y antediluviana lámpara de bronce, en el centro del corredor, aclara durante la prima noche las veladas de Tomasa y don Camilo. Una percha de bambú recibe los sombreros de las visitas, cuando las visitas,—es decir, la gente que va á negocios—no dejan sombreros, bastones y paraguas sobre la obscura mesa.

No bien concluyó en el corredor, y concluyó en un dos por tres, Tomasa pasó á la sala.

La limpieza de la salita no sería de más complicación.

En el centro de la pieza yérguese negra mesa de pino en forma de óvalo; sobre la mesa negra una lámpara de loza blanca, de tubo sucio y globo desportillado. No la encendían nunca. Media docena de sillas de junco negro, con asiento de esterilla, y dos butacones de la propia calidad congregánse, como en conciliábulo, para lamentar la solitud que reinó siempre en aquel cuarto. Un espejillo, en óvalo como la mesa, y de marco tan negro como sillas y butacones, ocupa el centro de la pared testera. Á cada lado del espejo sendos retratos antiguos: una mujer á la derecha, un hombre á la izquierda: eran los padres de Camilo Irurtia que presidían la soledad, la incuria, de aquel salón de hombre rico, del hijo amillonado.

De la sala pasó la vieja al despacho de Irurtia. Era ésta la pieza mejor amueblada. Allí recibía siempre don Camilo.

En el centro una vasta mesa, cubierta de papeles, todos en orden, pisados algunos con bolas de cristal ó con guarataros pulidos. Un pupitre abultadísimo, de tafilete ó hule deslustrado, alza su vientre de papelería frente á la cómoda butaca giratoria del langaruto y aquijotado Camilo Irurtia, rey de las retroventas.

Á la derecha del escritorio, un pequeño armario de cedro, repleto, no de ropa, sino de papeles; á la izquierda, dos viejos sillones de cuero, lujo de la casa, adquiridos en un remate del Monte de Piedad, y tres sillas negras de esterilla, como las de la sala. Clavada en la pared, junto al escaparate de cedro, un calendario de colorines, regalo pascual del verdulero.

Después del despacho, y comunicándose con éste por una puerta interior, la alcoba del prestamista.

Lucía aquel aposento un petate amarillado, raído, un petate de empeño con que se quedó Irurtia, años atrás. En un rincón bostezaba de hastío el casto lecho de Irurtia, cubierto por una colcha de colorines, vánova de retazos multicolores, adquiridos por céntimos y convertidos en cubre-cama por obra y arte de Tomasa. Á la cabecera, un velador redondo, estilo imperio napoleónico, que reñía con el color, y de ser posible, con el estilo y época del angosto camastro; pero no era factible tal riña, porque esta yaciga no tenía color ni tuvo jamás estilo, ni fué sino de la época en que dos planchas verticales de madera, atornilladas á dos planchas horizontales, se llamaron lecho.

El lavabo consistía en una jofaina de hojalata sobre vacilante trípode de hierro; y un desazogado espejito de á peseta, á la altura de los ojos, sobre el aguamanil.

El famoso escaparate de caoba, orgullo y herencia de Camilo, ocupa inmenso espacio; y disimulándose con destreza tras de parda cortina de lana, enorme mole empótrase casi en la pared: era la caja de hierro.

Tomasa no se daba mucha pena en la limpieza de este último mueble. Irurtia le tenía prohibido que lo tocase ni con el plumero, que descorriese la cortina ni con el pensamiento.

Á Tomasa, tan sumisa, tan acostumbrada al yugo de Camilo, no le costaba el menor esfuerzo obedecer. Para ella no existía aquel cofre de hierro. Para ella aquel cofre de hierro era como altar de un culto ajeno, del culto de Camilo, culto que ella desconocía. Contentábase con respetar el ara, por amor del creyente, y por costumbre.

Cuando ya no hubo más que barrer ni que despercudir con el plumero, Tomasa, echando mano á una pequeña cesta, se fué á compras.

Irurtia esperaba diariamente que la vieja retornase de las pulperías para acudir él á sus ocupaciones de la calle. La casa no podía quedarse sola. Y mientras Camilo andaba fuera, la vieja Tomasa lavaba la ropa que hubiera por lavar y preparaba el almuerzo, un almuerzo vegetariano, un almuerzo de hervíboros. Después dormía la siesta.

Irurtia no. Irurtia, durante las horas de bochorno y canícula, tuvo siempre por costumbre permanecer en su escritorio, escribiendo ó revisando

pagarés, contratos, valores, toda suerte de papeles; ó consultando y reduciendo á su más mínima expresión los presupuestos de las casas que iban á repararse; ó cerciorándose si el vendedor de cal ó tejas ó pinturas no le cobró más caro la última vez que la penúltima; ó discurriendo sobre cuánto pudiera mayorar una casa que le costaba tanto. Era su hora de meditar. La verdad es que la digestión no le impedía meditar después de almuerzo.

Á veces complacíase, en la soledad de esas horas y á puerta cerrada, en contar, recontar, manosear, ver y trasegar peluconas, esterlinas, callaos, luises, morocotas. Otras veces, muy quedado, sin pensar ni hacer nada, maraqueaba la cabeza, adormilándose contra su voluntad, por obra del silencio y del calor. Hacia las cuatro salía. Ya la vieja, en pie, arrastraba por los rincones su pata coja, ó aplanchaba ó zurcía.

Así la casa no quedaba jamás desierta. Uno de los cancerberos permanecía siempre vigilante. Cenábase á las siete. Y poco después de la cena, á la cama.

Levantados con la aurora, se acostaban con las gallinas. Camilo dormía con el sueño ligero del desconfiado, pronto á despertarse al más sutil vuelo de mosca. En su catre de achacosa, Tomasa pasaba noches íntegras de desvelo; y aun cuando se rindiera, no dormía á pierna suelta, ¡Malvado reumatismo!

IV

EL PERFUME DE LAS DOS DAMAS

Aún ojeaba Irurtia *El Noticiero* en el corredor, aquella mañana, cuando llamó alguien á la puerta de la calle, repicando el aldabín de hierro, para que lo escuchasen, porque el portón de Irurtia permanecía siempre cerrado, como para aislar la casa del vecindario, de la ciudad, del mundo. Irurtia corrió, como era su costumbre, á un postigo de la ventana, antes de decidirse á abrir, desconfiado siempre de lo que pudiera sobrevenir; receloso, mañero, temiendo abrir á un mendigo, ó á un petardista, ó á un ladrón, ¡quién sabe!

El arribante era Berroteran, un maestro albañil á quien don Camilo ocupaba en la reparación y entretenimiento de las fincas urbanas; sujeto muy de bien, honrado á carta cabal, lento y pacienzudo. Irurtia confiaba en Berroteran

hasta donde Irurtia podía confiar en alguien.

Los dos hombres pasaron al despacho del propietario.

—¿Terminaron la casa de la Pastora?—preguntó don Camilo, sabiendo de memoria que no podía estar terminada.

El albañil sonrió, por única respuesta, y sacando un pliego de papel comenzó á dar cuenta de las últimas reparaciones efectuadas allí y de los útiles que faltaban: cerraduras para tres puertas, dos metros de cinc para el gallinero, una reja de albañal para el corralito, etc.

—Desde el lunes, que usted la vió, á la fecha, hemos adelantado mucho.

—¿Adelantado mucho y no está concluída?

—Esta semana concluiremos, don Camilo. Sólo faltan menudencias y las últimas manos de pintura.

—Usted es un morrocoy, maestro.

El albañil volvió á sonreir.

Un instante después dijo:

—Como mañana es sábado, quiero saber si puede entregarme hoy el dinero para la semana de los obreros, ó si debo regresar.

—Venga mañana—repuso Irurtia.

—Respecto á la casa de Santa Rosalía—continuó el albañil,—no sé lo que usted resuelva. Yo no me he atrevido á encargar las tejas, porque el ciento ha subido en cuatro reales.

Irurtia brincó con la noticia:

—¿Cuatro reales? ¡Ladrones! No compre usted nada. Prefiero que se caiga la casa.

Luego, serenándose, agregó:

—Esperaremos á ver si baja el precio. ¿No le parece, maestro?

El maestro, que conocía al patrón, asintió:

—Sí, señor; puede esperarse.

Después insinuó con habilidad al propietario que le evitase la vuelta al día siguiente en busca del dinero de la semana para los obreros. La habilidad fué inútil. Irurtia se hizo el sueco.

El albañil partió, resignado y cachazudo.

Serían las nueve de la mañana. Comenzó á vestirse el usurero con su traje de calle: un traje negro, de levita, un traje raído por el cepillo y por el roce, el mismo traje eterno de diez años atrás. Era la hora de salir.

Se puso á pensar lo que iba á hacer, para obrar con método, saber en qué orden practicar sus ocupaciones y no perder tiempo.

Iría, lo primero, al Registro Público á legalizar un documento; después requisaría dos ó tres fincas que le estaban revocando; más tarde acudiría al Banco de Venezuela y al Banco Caracas; por último, hacia las once y media ó las doce, se enderezaría á la esquina de San Francisco, lugar de cita de todos los corredores de Caracas, lonja al aire libre donde se ventilan, bajo copuda, hermosísima y venerable ceiba, centenaria y legendaria, negocios y transacciones de todo linaje,

Allí lo informaban corredores y agentes suyos de los préstamos con buenas garantías que pudieran hacerse. Allí compraba ó vendía tales ó cuales valores, aunque Irurtia, de preferencia, poseía valores sólidos, casi inmutables, valores de renta segura, en vez de aleatorios valores de especulación.

Ya se había emperejilado Camilo Irurtia aquella mañana; ya se ponía el sempiterno sombrero de copa, y tomaba su sempiterna vara de ébano, cuando repicaron el aldabín de la calle.

Don Camilo no pudo disimular su impaciencia por la importunidad de aquella visita.

—Mal momento, caray—se dijo entre dientes.

El aldabín repicó de nuevo.

Irurtia, malhumorado, dirigióse al postigo sin quitarse el sombrero, hizo girar la taravilla, y echó una mirada hacia la puerta.

Eran dos damas. Aunque las estaba mirando, Camilo, por hábito, preguntó:

—¿Quién es?

Las dos damas, también por hábito, respondieron, por boca de la más joven:

—Gente de paz.

Camilo se enderezó al portón. Las dos damas penetraron, y con ellas penetró una racha de *Cœur de Jeanette.* El propietario, descubriéndose, las introdujo en el despacho.

Una de las damas era rubia, alta, delgada: tendría diez y ocho años. La otra, más pequeña, mo-

rena, de cabellos negros, piel mate, pardos ojos adormilados: tendría treinta y seis años.

La joven vestía un traje sastre de chaqueta azul marino y falda de lana blanca con rayas azules. Llevaba zapatos de cuero amarillo, un sombrero de fieltro blanco adornado con blanca pluma de garza del Apure ó del Caura, y una sombrilla también color de nieve.

La dama trigueña vestía un traje unido de gabardina gris, con la cintura, las bocamangas y el cuello de seda malva. Llevaba sombrero negro, zapatos negros y sombrilla del mismo color.

La dama gris tomó la palabra:

—Parece que iba usted á salir. Si somos importunas...

—En efecto—interrumpió Don Camilo, un poco bruscamente,—me disponía á salir; pero no corre prisa.

Y como hecho á irse al grano, preguntó:

—¿En qué puedo servir á ustedes?

—Veníamos—dijo la señora de traje gris—á ver si usted quería comprarnos una casa, la casa en que vivimos.

—Señora, yo no compro casas.

—¡Ah! nos habían informado...

—Las han informado mal.

La más joven intervino, enérgica:

—Todo el mundo sabe que usted no se ocupa sino de retroventas.

—Pero retrovender no es comprar.

Era un diablo semi-cerril, sin desbravar, aquel Irurtia.

Ambas señoras lo contemplaban sin el más leve asomo de simpatía.

Talludo, flacuchento, desbarrigado, la piel rugosa no parecía cubrir sino huesos. Tenía las piernas largas, los brazos largos, las manos largas, la cara larga y larga la nariz. No era corto sino en palabras y, según la fama, en el dar. También lo era en el vestir, porque su levita apenas le cubría las posaderas, y sus calzones, con más pliegues que un acordeón, apenas llegaban al tobillo, como si Irurtia estuviera siempre dispuesto á saltar un barrizal. Ojizarco y pelicano, los ojillos claros é inquietos y los pelos blancuzcos del mostacho acentuaban aquella fisonomía aguzada, con algo de ganzúa, dándole á Irurtia aspecto de entre felino y roedor. Peludo de manos y de rostro, isletas de pelambre, como de quien se rasura á prisa ó en tinieblas, sobrenadaban en sus magros cachetes y en sus óseas quijadas. Era tan largaruto como Don Quijote, y más canijo.

Sí; aquel hombre les parecía antipático á ambas señoras. El brusco lenguaje que empleó no coadyuvaba á cambiar la impresión de la vista: al contrario. Lo contemplaban y lo oían con extrañeza. ¡Conque aquél era el famoso Irurtia, rey de las retroventas!

—Creo, señoras, que no nos entendemos—expuso, respondiendo á la rubia.

—También lo creo yo—dijo la joven.

Pero la otra metió baza, y la fiera se suavizó.

Lo seguían observando con atención curiosa. ¡Qué horrible era!

El pescuezo flaquísimo y alto, dentro del postizo cuello de celuloide, corto y demasiado ancho, dábale al Harpagón, á los ojos de las señoras, un aspecto repulsivo y grotesco. La nuez subía y bajaba en la garganta pellejuda de Camilo. La corbata, una cinta negra, por extremo angosta, permitía relucir la cabeza de un enorme botón de cobre. Los pelos gríseos del bigote, sobre el hocico puntiagudo, y aquellos ojos vivarachos é intranquilos del usurero, recalcaban, al animarse la fisonomía por la conversación, el parecido de Irurtia con una rata.

Ambas señoras sentían malestar indefinible en presencia del avaro; no la pavura que infunde un animal de fuerza, un oso, un toro, un león, sino el asco instintivo, la repugnancia que inspiran sapo, araña, murciélago, ó la medusa blanquecina y gelatinosa que se pisa por descuido, con el pie desnudo, en la playa.

Ambas quisieron abreviar la entrevista.

La más joven, la rubia, se había expresado ya con rudeza, dispuesta á partir, dispuesta á cortar charla y negocio. La trigueña, más dulce de voz y de

aspecto, terció entonces de nuevo, preguntando:

—¿Por lo visto usted no querría comprar nuestra casa?

—No, señora.

—¿Ni cambiárnosla por una más pequeña, devolviéndonos algo en dinero? Nuestra casa es un antiguo caserón de los tiempos coloniales, inmenso, cómodo, lleno de flores en los patios, con una huerta magnífica en el corral, muy bien construído, muy resistente, de espesos muros de mampostería. El terremoto de 1812 ni siquiera descascaró un pilar. Se conserva intacto.

El rebeco don Camilo comenzó á roerse las uñas de la mano izquierda, los ojos fijos en la dama que le estaba hablando, y luego de un instante, repuso:

—Sería necesario verlo.

Convínose en que Irurtia iría á la tarde del día siguiente, á las cuatro, á ver la casa y dar la contestación.

Ambas señoras partieron.

La covacha quedó respirando aroma de elegancia femenil.

Irurtia permaneció en pie royéndose las uñas. Aquel comerse las uñas era signo inequívoco en él de nerviosidad ó de preocupación.

Un momento después, tomando su sombrero y su vara de ébano, el pensativo echóse á la calle, raspahilando.

El tabuco seguía oliendo á mujer.

V

LOS AGUALONGA

CUMPLIDA la visita á Irurtia, ambas señoras, antes de restituirse al hogar, quisieron aprovechar la mañana y darse un vueltecita por los comercios de modas. Lo propuso la más joven, la rubia, y la morena accedió, aunque á regañadientes.

—Pero si no vamos á comprar nada, Olga—dijo.

—No importa, madrina,—repuso Olga—veremos lo que haya, y además veremos gente. Así nos distraeremos.

Á mitad del camino convinieron en prescindir de las tiendas y enderezarse á la casa. Los pensamientos de ambas mujeres revoloteaban, como azulejos en torno de un naranjo de maduras y defendidas pomas, alrededor del gavilanesco

Irurtia y de sus onzas de oro. La joven desconfiaba del éxito. Irurtia le pareció intratable y su dinero inaccesible. La morena, la madrina, tal vez no más animosa, repitió varias veces, para templar el descorazonamiento de la ahijada:

—Esperemos á mañana. Puede ser que la casa lo seduzca más que nosotras.

Ya próximas á la puerta de su hogar, adivinaron, más que vieron, en una de las ventanas, tras de la celosía, cuatro ojos en atisbo.

Dos mujeres esperaban allí, en efecto, la vuelta de las otras dos. Y desde la ventana partió una voz curiosa que inquiría:

—¿Cuánto? ¿Cuándo?

Sin responder más que con una sonrisa hacia la celosía, adentráronse madrina y ahijada zaguán adelante hasta una pieza enorme, amueblada con muebles de venerable edad. Las que esperaban tras de la celosía permanecieron sentadas donde estaban, en sendos poyos de la ventana.

Aquellas dos mujeres de la ventana eran Eufemia y Alcira Agualonga, hermanas de Rosaura, la madrina de Olga, y tías de ésta. Eufemia, Alcira, Rosaura y la sobrina Olga habitaban el casón adonde las dos últimas acababan de entrar.

Rosaura, la menor de las Agualonga, contaba de treinta y seis á treinta y siete años; Alcira tenía alrededor de cuarenta y dos y Eufemia cincuenta. Entre Alcira y Eufemia, intercalábase la

madre de Olga, ya muerta, y un varón fallecido trágicamente, de un escopetazo en una partida de caza. Entre Alcira y Rosaura, la esposa del nunca bien ponderado general Chicharra.

De modo que podía decirse, prescindiendo de la esposa del célebre general, que aquellas tres solteronas, Eufemia, Alcira y Rosaura, era cuanto quedaba de la antes numerosa y opulenta familia de las Agualonga.

Eufemia, la mayor, alta, enjuta, sarmentosa, pálida y enfermiza, era tan exangüe, que parecía de porcelana. Dos ojeras moradas circuían sus negros ojos. Su nariz parecía una hoz. Sus cabellos eran de un blanco azuloso, de un blanco de ceniza.

Alcira era, físicamente, insignificante. Medianeja de estatura y con tendencia á engordar; el talle un si es no es abarrilado; obscuro el pelo, con uno que otro mechón de plata. Sólo resplandecía intacta la juventud de los ojos, unos ojos negros de veinte años.

Rosaura, también medianeja de estatura, como Alcira, tenía también, como Alcira, unos divinos ojos negros; pero la mirada de Rosaura se endulzaba de luz y sus larguísimas pestañas y sus párpados semi-entornados la prestigiaban con un aspecto melancólico. La piel, mate, tenía tonos de ambar. La nariz, fina; la boca, gordezuela; el busto, bien guarnecido; los brazos, llenos. En la mejilla izquierda, hacia la comisura de los labios,

aovábase un gracioso lunarcillo en forma de oval medallón. Sus caderas curvábanse con gracia. Era, en sus treinta y seis años, una mujer apetitosa, con labios y senos aún magníficos para la caricia del varón. Estaba en la madurez del otoño. ¡Buena fruta para un goloso!

Orgullosas las tres, cándidas, ignorantes, no comprendieron nunca la evolución hacia la democracia de la sociedad en que vivían. Se creyeron siempre, socialmente, lo mejor de lo mejor; dignas, por sus abuelos, de representar una super-casta. Almas simples é ilusas, tenían altiveces feudales y bondades de hermanitas de Caridad.



Los primeros Agualonga, los fundadores de la familia, provenían de Burgos y se establecieron en Costa-Firme desde el siglo XVII.

Aquellos primitivos Agualonga se enriquecieron con rapidez enviando perlas de Cubagua y Margarita á España; ó mejor dicho, á Londres, por medio de España, ya que la colonia no podía comerciar durante el régimen peninsular, sino con la metrópoli. Se enriqueció esta familia sobre todo, más tarde, en especulaciones con la Compañía Guipuzcoana, que ejerció exclusivamente por buen golpe de años el monopolio del comercio entre Venezuela y la madre patria.

Cuando las primeras tentativas de independen-

cia en 1789, obra de los patriotas Gual y España, y luego en 1806 y 1808, cuando desembarcó, apellidando guerra, el general Miranda, los Agualonga se mantuvieron ajenos á aquellos conatos revolucionarios, ahogados en sangre por el Gobierno español; pero no bien sonó la hora definitiva de la independencia, cuando Caracas depuso al capitán general Emparam el 19 de Abril de 1810 y empezó desde ese día á ejercer el Gobierno propio, dando á la América española un ejemplo que ésta no tardaría en seguir, urgida por las mismas razones que Caracas,—los Agualonga, como inmenso número de familias venezolanas, se dividieron en dos bandos: los unos estuvieron por la República,—eran patriotas; los otros por España,—eran realistas. Los unos siguieron á Miranda, primero, y luego á Bolívar; los otros á Monteverde y á Boves y luego á Morillo.

Los Agualonga sufrieron la suerte de los demás habitantes de Venezuela, donde la guerra de emancipación fué más brava y más larga que en país alguno de América.

Á los Agualonga patriotas que caían en manos españolas, los fusilaban Rosete, Zuazola, Morales, Boves, Morillo; á los Agualonga realistas que caían en manos de los patriotas, los fusilaban el Libertador y sus principales tenientes de 1813 á 1817: José Feliz Ribas, Arismendi, Mariño, Bermúdez, Piar. Era la época más cruda de la guerra á muerte.

Las juntas de secuestro españolas arruinaban á los Agualonga republicanos; las confiscaciones de la República arruinaban á los Agualonga realistas.

Cuando terminó la revolución en 1824, veinte Agualonga habían desaparecido en el torbellino de la guerra; sólo quedaba un hombre de aquella numerosa familia y dos hermanas: los tres patriotas.

La República, aunque en ruinas, los resarció como pudo: regaló dos haciendas al varón, que era comandante, en premio de servicios y por haberes militares atrasados; hizo más: restituyó á las dos mujeres y al comandante algunas fincas urbanas y rurales, declaradas bienes nacionales, por pertenecer á los Agualonga realistas y que retrovenían en derecho, por reversión, á los herederos y supervivientes de la familia.

De estas dos mujeres, una casó, otra murió solterona, muy vieja. Esta se llamaba doña Hipólita, celebérrima en la familia.

El comandante Agualonga era el abuelo de Eufemia, Alcira y Rosaura.

Protegido del primer presidente de la República, general Páez, rehizo el comandante, después de la guerra de emancipación, una fortuna considerable, exportando de los Llanos de Oriente novillos, mulas y caballos para Trinidad, Jamaica, Barbada, Saint-Thomas y otras Antillas.

—El caballo y el toro—solía decir el coman-

dante—han sido nuestros únicos aliados durante la revolución; el caballo nos transportó al través de nuestros desiertos, el toro nos alimentó en nuestra penuria. Hoy mismo, cegadas por la guerra todas las fuentes de prosperidad nacional, arruinado el país, ¿qué nos queda? Mulas, caballos, toros y el Llano que los cría.



Los hijos del comandante Agualonga, herederos del nombre—unos imbéciles— se encargaron de disipar el patrimonio en fiestas de rumbo, en viajes á Europa, en revueltas contra los sucesores de Páez y buscando blasones de la familia, en España. Doña Hipólita, patriota de tuerca y tornillo, los despreciaba tanto, que los apodó los Agua-Sucia.

Sin aquel espíritu práctico, comercial, de los Agualonga del siglo XVIII, carentes asimismo del genio heroico de los Agualonga de la epopeya boliviana, los hijos del comandante,—los Agua-Sucia de la tia Hipólita—incapaces de hacer, como sus abuelos peninsulares, un patrimonio, fueron también incapaces de conservar lo heredado; y no pudiendo, como sus padres caraqueños, brillar con propia luz en las tempestades políticas, buscaron luz refleja y pasaron su vida solicitando en los Archivos de España blasones que no encontraban.

Orgullosos de que su nombre figurase en los fastos de la República, esperaban, como otros infelices atacados del mismo reblandecimiento cerebral, que su nombre hubiese figurado también en los fastos de la monarquía española. Querían ser duques, condes, marqueses y barones: no eran sino pobres diablos.

Los timbres de su familia consistían en haber sacrificado veinte vidas y una fortuna por la independencia de la patria. Les parecía poco. Ignorando que la mayoría de los grandes nombres de Europa no tuvo tan claro origen, suspiraban los degenerados Agualonga por un pedazo de pergamino castellano. Habríanse dicho felices, de encontrar una coronita de barón, por ejemplo, en las sienes de algun abuelo á quien algún monarca de Castilla ó por lo menos un favorito del monarca, hubiera coronado, antes, de auténtico cuerno real, ó de simple cacho palatino.

Naturalmente no encontraban lo que merecían encontrar. Los primeros Agualonga eran honestos labradores de Burgos. Cansados de laborar para otros aquellos pintorescos y fértiles praditos del Arlanza; de humillar la propia miseria bajo los armoniosos arcos de aquella catedral opulenta; de recorrer, sin triunfar de la penuria, aquellas sierras vecinas que vieron al Campeador escarmentando á los moros; cansados de transitar de Valladolid á Burgos, de Burgos á Valladolid, un día echaron dos hermanos—los más jove-

nes y más listos—á caminar hasta Sevilla, y allí, no sin dificultad, se embarcaron para las Américas. La fortuna, vencida por la voluntad, les sonrió en Costa-Firme, adonde aproaron. Tal era la historia. ¿Cómo iban á encontrar pergaminos de Agualonga burgaleses los Agualongas de Caracas?

Sin embargo, no faltó un hábil y bribonzuelo coronista de Madrid que trasladándose á Burgos urdió una fantástica genealogía de los Agualonga de Castilla. Según aquel árbol genealógico, recién sembrado por la famélica y pícara diligencia del madrileño, los Agualonga de Burgos eran «hidalgos de notoria hidalguía, con servicios al Rey nuestro señor, en estos reinos y en las Indias.»

Resultaba un enredo divertido. Los Agualonga, según la crónica del madrileño, resultaban señores de Agua-Clara, un lugarejo de Castilla. ¿Cómo se cambió Agua-Clara en Agualonga? Pues muy sencillamente. Agua-Clara se hizo por error Agua Larga: Agua Larga vino á parar con el tiempo en Agualuenga y Agualuenga en Agualonga.

La malla genealógica tenía sus claros, es cierto; pero tenía de igual modo visos de certidumbre. Con un poco de buena voluntad y de miopía bastaba para creer en ella. Los Agualonga de Caracas creyeron á pie firme, con la mejor buena fe del mundo. Habían pagado caro al cronis-

ta, y sobre el cronicón extraído, según contaba el autor, de Archivos nacionales, provinciales y privados, lucían el lacre rojo y la tinta negra de varios sellos de oficinas públicas de España. Eso bastaba. Los Agualonga eran de sangre azul.

Uno de estos Agualonga sangri-azulosos—uno de estos Agua-Sucia de la tía Hipólita—contrajo nupcias en Madrid; otro, en Caracas; otra se metió monja carmelita; los demás, murieron solteros.

De aquel de ellos que se casó en Caracas eran hijas Rosaura, Alcira, Eufemia, la esposa del incomparable general Chicharra, llamada Gertrudis, el varón fallecido trágicamente, de un escopetazo, en una partida de caza, y la madre de Olga. Desposada con un comerciante alemán de nombre Emmerich, la madre de Olga murió al año siguiente del connubio, al dar á luz.

Así, pues,—aparte Gertrudis, la esposa de Chicharra—eran Rosaura, Alcira y Eufemia las únicas herederas del nombre.

Empobrecidas, no les quedaba sino el recuerdo de la opulencia y las tradiciones de familia.



Las tres hermanas, bien diferentes en lo físico, se parecían en lo moral. Este fondo de semejanza, este aire moral de parentesco, lo constituían la bondad, el orgullo, aunque templado por un

sentimiento de generoso cristianismo, y la tendencia al propio sacrificio en ajenas aras.

Las tres fueron como madres de Olga Emmerich, la sobrina. "Mis tres madres", solía denominarlas ésta.

Las tres se desvivían por *cumplir con las relaciones,* según la expresión usual, cuando entre sus relaciones ocurría un duelo ó caía alguien enfermo; y se enfurruñaban no poco si con ellas no se estaba á la recíproca.

Las tres sabían de memoria crónicas de las principales familias de Caracas, y cuchicheaban esas crónicas entre sí ó con personas de su edad y de su breve círculo de antiguas amistades, círculo que la muerte y las ausencias iban estrechando de día en día. Pero nunca deshonraron á nadie con invenciones malévolas; nunca refirieron escándalos sociales de antaño á quien los ignorase; para innúmeras flaquezas encontraban siempre disculpa, y mucha historia de infamia perdía, al pasar por aquellos labios, ese carácter vilipendioso de mancha que no se limpia.

Eufemia, la mayor, era la más rica en anécdotas. Con ver á una persona, recordaba al padre, al abuelo; y por la historia de una familia, llegaba á la del país, y por la del país, á la de todo el continente.

—Eres el archivo de la ciudad—le decían sus hermanas por broma.

Veneraba cuanto se refería á sus abuelos, y

mantuvo siempre vivo el recuerdo de la tía Hipólita, que le inculcó aquel respeto al pasado, aquel culto á ciertas personas de la propia familia y á las épocas resonantes del terruño nativo.

Aquella tía Hipólita era una anciana chacharera, exaltada, muy patriota. Había nacido con el siglo, en 1800, y murió bastante vieja, pero lúcida y memoriosa, en 1876.

Alcira, y sobre todo Rosaura, no la recordaban. Rosaura tenía seis años cuando murió la tía Hipólita; Alcira, alrededor de diez ó doce. En cambio, Eufemia era ya para entonces una mujer de veinte años cumplidos.

Por eso Eufemia se complacía á menudo en referir á sus hermanas anécdotas de la anciana. Como la tía Hipólita, contemporánea de la guerra de emancipación, había vivido horas trágicas; como conoció á los próceres; como asistió al nacimiento de la República, gustaban de visitarla y evocar con ella memorias de brillo supervivientes ilustres de la epopeya boliviana: José Antonio Páez, Carlos Soublette, Santiago Mariño, José Félix Blanco, José Tadeo Monagas, Rafael Urdaneta, Bartolomé Salom.

—No sólo los viejos—relataba Eufemia á sus hermanas—venían á evocar el pasado con la tía Hipólita; muchos jóvenes acudían á menudo á ella para oir pormenores sobre hechos y personajes de la revolución. Rafael María Baralt y Felipe Larrazábal eran de este número. Conversan-

do con ambos una tarde, la tía Hipólita opinaba que la historia de Venezuela, fuera de Venezuela, estaba por escribirse, y recordaba á algunos de los muchos venezolanos que, desde los Estados Unidos hasta Chile y Argentina llenaron la América con su nombre, con su audacia, con su heroísmo y con sus servicios desinteresados á la propia libertad y á la libertad ajena.

—"Yo conocí á Miranda—decía la anciana—que estuvo de oficial con Washington, y de general en Francia: él inventó la bandera tricolor que Bolívar paseó en triunfo por todo el continente, la bandera que condujeron osados buques de la patria hasta las mismas costas de España, y á cuya sombra, puede asegurarse, la América del Sur obtuvo su independecia; yo conocí á Mariano Montilla, que tomó la plaza de Cartagena en Nueva Granada, y que sirvió con los patriotas de México; á Sucre, el de Ayacucho, lo conocí muy jovencito en Cumaná, el año catorce; Bartolomé Salom, el que hizo rendir las fortalezas del Callao en 1826, venía siempre á casa junto con Rafael Urdaneta, ex-presidente de la Gran Colombia, y Laurencio Silva, que triunfó en Junin. Conocí también á Jacinto Lara, que vino del Perú muy orgulloso; á Juancho Paz Castillo, que fué coronel ó general en Chile y sub-jefe de Estado Mayor en la batalla chileno-argentina de Chacabuco; y al atrabiliario Matute, un guariqueño que con un

escuadrón de *La Guardia*, de Bolívar—ciento setenta y tres venezolanos, hijos de Apure y del Guárico, — entró en la República Argentina, destronó y expulsó al general Arenales, gobernador de Salta, ayudó primero y luego atacó y destruyó al general La Madrid, gobernador de Tucumán, venció á cuanto gaucho y no gaucho se le opuso, dominó allí á su guisa durante mucho tiempo, hizo diabluras, hasta que fué asesinado, con los pocos venezolanos que ya restaban, por un tal Facundo Quiroga, tan malo como Matute, ó más malo. Recuerdo, como si los viera, á Pedro León Torres, que murió en el Ecuador, según creo, después de Bomboná, donde fué herido; y á Manuel Valdés, que decidió esa misma batalla de Bomboná, á favor de la patria, por haber escalado con sus tropas, en medio de la pelea, y haciendo una escalera de bayonetas, el volcán de Pasto. También está presente en mi memoria el regañón de Anzoátegui, que pasó los Andes con el Libertador y murió en el Reino de Nueva Granada, á consecuencia de las heridas que recibiera en Boyacá, cuando Bolívar conquistó aquel Reino. Á Juan José Flores, de Puerto Cabello, que fué presidente del Ecuador, no lo conocí hasta mucho después de concluída la guerra, cuando él estuvo de paso en Caracas: lo trajo á casa el general Carlos Soublette. También he conocido á un venezolano, servidor en Venezuela de España, y que quiso luego ser libertador

de Cuba. Se llamaba López, Narciso López. Prisionero de los españoles, murió en el patíbulo."

Alcira y Rosaura encontraban que la tía Hipólita era irrestañable.

—Irrestañable—respondía Eugenia.

Y memoraba algún otro episodio ó evocaba algún otro recuerdo.

Eufemia no refería sin cierta emoción á sus hermanas y á sus relaciones algunos de estos recuerdos de la anciana.

Cuando alguien en la ciudad quería un dato de esos que escapan á los historiadores y que la tradición conserva, se dirigían á Eufemia. Ella les informaba que José Feliz Ribas y Carlos Soublette tenían los ojos azules; les decía hasta dónde era gigantesca la talla de José Francisco Bermúdez, que el poeta Vicente Salias y el músico Landaeta, autores del Himno nacional, perecieron ambos en el patíbulo en 1814, y que en 1814 quedó un solo estudiante en el Seminario tridentino de Caracas, porque todos los demás habían muerto en la guerra.

Eufemia, pues, era una vieja casi enclaustrada, que vivía de los recuerdos de su familia y de su patria, más que de la trágica realidad cotidiana.

Acordándose de la tía Hipólita era tan irrestañable como la tía Hipólita misma.—Las hermanas se lo decían riendo. Pero, tanto Alcira como Rosaura, sentían por la hermana mayor, no sólo afecto, sino respeto.

Su autoridad era acatada sin chistar. Ella fué quien, echándose un nudo al corazón, dispuso que la antigua casa solariega se propusiera á Irurtia, á fin de casar á Olga decentemente, «como á una princesita».

Cuando Olga y Rosaura entraron aquella mañana á la pieza, donde Alcira y Eufemia las esperaban, ésta, á pesar del pesimismo pintado en el rostro de las arribantes, repitió con un pálido esbozo de sonrisa la pregunta de la ventana:

—¿Cuánto, cuándo?

Entonces, arrebatándole la palabra á Rosaura, empezó Olga á referir la entrevista con Irurtia.

—Si ustedes imaginan que es un hombre agradable ese don Camilo Irurtia, rey de las retroventas... Un cochino, el viejo lagarto peludo... No creo que haga negocio ninguno, á menos de quedarse con la casona por cuatro pesetas...

VI

UNA SOBRINA COMO HAY POCAS

SERÍAN las tres de la tarde. Rosaura, Alcira y Eufemia, sentadas en el corredor, á la sombra de tupida y fragante enredadera de madreselva, y en torno de una mesita de bejuco amarillo, cosían un traje para Olga, la sobrina, discutiendo, sin quitar ojos ni agujas de la costura, la impresión que produciría en Irurtia la casa. El usurero iba á llegar de un momento á otro.

Olga Emmerich, á pocos pasos de allí, repantigada en su butacón, sin mezclarse en el cuchicheo de sus tías, recreábase leyendo una novela de George Ohnet.

Olga, desde el día antes, dió su parecer concluyente, del cual no se apartaba ni un ápice. Cien veces lo repitió desde la víspera:

—Ese viejo vampiro no compra nada.

Por eso no le interesaba la conversación de sus tías.

Rosaura, aunque no mucho más crédula que Olga, infundía aliento á las demás, por espíritu generoso, y se lo infundía á sí propia, repitiendo:

—Esperemos que nuestra casa lo seduzca más que nuestras personas.

Eufemia, pálida, ojeruda, enfermiza, los cabellos cenicientos y la cara rugosa, contestó al optimismo deliberado de Rosaura con su propio optimismo sincero:

—Yo sí creo que Irurtia compre, ó que quiera cambiárnosla por otra casa más chica...

—Eso sí lo querrá, de seguro—interrumpió Alcira, sonriendo.—¿Cambiárnosla por otra casa más pequeña? De seguro que consiente. Hasta yo, sin ser un avaro como Irurtia, consentiría en negocios de ese género.

—No seas tonta, por Dios, Alcira—prorrumpió Eufemia, explicando su pensamiento: digo que nos la cambie por casa más pequeña, devolviéndonos dinero; lo bastante para que la pobre Olga tenga un *trousseau* decente, y podamos celebrarle un matrimonio digno de una princesita.

Las tres mujeres convirtieron á un tiempo los ojos hacia la sobrina, buscando una sonrisa ó una mirada de connivencia. Olga, enfrascada en su novelón, seguía leyendo. Oyó, sin embargo, distintamente las palabras de Eufemia y columbraba con el rabillo del ojo las cabezas maternales de sus tías, vueltas hacia ella.

Alcira empezó á decir:

—Pues yo pienso que Irurtia...

Pero no pudo terminar. Un grito regañón y estruendoso le cortó la palabra:

—Alcira, pon cuidado, que estás arrastrando la tela.

Era Olga Emmerich, furiosa, por que un pliegue de la costura, á los pies de Alcira, estaba rozando el suelo.

Las tres mujeres convinieron en que Olga tenía razón. ¡Qué descuido! Y continuaron cosiendo con diligente vigilancia.

De súbito Rosaura, como acordándose de una cosa indispensable echada en olvido, preguntó:

—¿Y qué le obsequiaremos á Irurtia?

—De veras—observó Alcira,—¿qué le obsequiaremos?

—Pues una taza de té—dijo Eufemia.

—No—repuso la propia Alcira,—para té es temprano. ¿Té, á las cuatro?

—¿Una sangría, entonces?—interpeló Rosaura.—¿Una cerveza?

El problema quedaba insoluble. Resolvieron consultar á Olga. Ésta se puso en pie apenas la interrogaron; de malhumor lanzó el libro sobre la mecedora, y del peor talante del mundo respondió:

—Hace un cuarto de hora les estoy escuchando sandeces. Ustedes están chochas; son viejas cursis que avergüenzan á una. ¡Ofrecerle refrescos á Irurtia! ¿De dónde se les ocurre tal ridicu-

lez? Ustedes son del siglo pasado. No adelantan, no aprenden.

Las tres mujeres se veían unas á otras sin comprender muy á las claras, ignorando lo que motivase la andanada, con ganas de echarse unas á otras la culpa de aquella pifia de que no se daban cuenta.

Olga continuó, como lluvia que no escampa:

—¿Qué le vamos á ofrecer á Irurtia y por qué motivo? Es un viejo usurero que viene á su negocio, un ladrón que viene á robarnos. Y hemos de salir nosotras á ofrecer nuestra sangre al vampiro, nuestra copita de Jerez al bribón. ¡Tome, señor lagarto peludo, aquí está el bizcochuelo. Aquí está el té, señor Irurtia. ¡Qué gracia! ¡Qué tacto! Sólo á ustedes se les ocurren semejantes absurdos.

Eufemia, queriendo hacerse solemne, fingiendo un aire terrible, replicó:

—Mira, niña, agasajar á quien nos visita, aunque sea para negocios, no pone en ridículo á nadie ni es tan mal visto como tú imaginas. Antes de tú venir al mundo ya conocíamos nosotros las costumbres sociales.

Olga se desternilló, con una risa artificial de burla.

—¿Las costumbres sociales? Sí, costumbres de los tiempos de Maricastaña, cuando se bebía agua de azúcar en los bailes y se iban los novios, como supremo *chic*, á comer pan-de-horno al Portachuelo.

—Tiempos mejores—replicó Eufemia—que estos de insolencia y malacrianza.

Alcira y Rosaura permanecían mudas y graves.

Como Olga embestía de nuevo contra las tres, Alcira exclamó en tono que quiso ser conminatorio:

—¡Olga!

Rosaura, para no ser menos, para que no le achacasen luego las hermanas complicidad de silencio con la sobrina, ó anuencia, deseando contribuir á la paz, exclamó como Alcira, pero en voz aún menos autoritaria:

—¡Olga!

La más severa, á no caber duda, Eufemia, blanca como una porcelana, dijo, sentenciosa y reticente:

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Olga rugió:

—Cuervos, ¿eh? ¡Conque yo soy un cuervo! ¡Conque ustedes han criado un cuervo que ahora les saca los ojos! ¡Pobrecitas víctimas! Por fortuna me caso pronto. Por fortuna el cuervo echa á volar y deja á sus tres madres. Sus tres madres la mirarán partir, no con ojos vacíos, sino con ojos secos.

Y poniéndose dramática, ya al escurrirse en las habitaciones, exclamó:

—¡Desgraciada de mí, que no he conocido una madre!

Las tres mujeres se miraban, de nuevo, unas á

otras. Á Rosaura se le saltaron las lágrimas. Alcira increpó á Eufemia:

—Tú eres muy dura con Olga. Le dices cosas demasiado amargas.

La pobre vieja, compungida, asentía.

Rosaura, levantándose, acudió tras de la sobrina, que se había echado en una cama. Cuando Olga escuchó los pasos, se cubrió el rostro con las manos, como agobiada por inmensa pesadumbre. Instantes después llegó Alcira y se sentó, como Rosaura, al borde de la cama de Olga. Las tías empezaron á consolarla. La sobrina, muda, ofendida, desdeñosa, no descubría la cara. Por fin, Rosaura le dijo:

—Espérate, mi hijita. Voy á llamar á Eufemia para que se reconcilie contigo.

Y salió á buscarla.

—No, no iré—comenzó por asegurar Eufemia.

Segundos después, juntando su pálido rostro avejentado con el rubio y juvenil rostro de Olga, le suplicaba, con la voz empapada en llanto.

—Perdóname, ángel mío, las palabras duras que pude decirte. Tú sabes que eres la dicha de nuestro hogar. ¡Te queremos tanto!

La vieja no exageraba. Olga era el ídolo—y el tirano—de aquellas tres solteronas.

Huérfana desde la cuna, jamás conoció otra afección materna. Aquellas mujeres se consagraron á la recién nacida; habían puesto durante

diez y ocho años como rivalidad de ternura en quererla, mimarla, servirla.

Rosaura, la menor de las Agualonga, tenía apenas la edad que Olga tenía ahora, diez y ocho primaveras, cuando Olga vino al mundo. La esposa de Emmerich prefería entre todas sus hermanas á Rosaura, por el carácter suave, amoroso, ecuánime, benigno, de la joven, y prometió, estando encinta de Olga, que Rosaura sería madrina de la criaturita por nacer. Muerta la madre de Olga, tanto el alemán Emmerich, como las Agualonga, respetaron la voluntad de la difunta, y Rosaura fué madrina de la recién nacida. En la flor de la vida, llena de ilusiones, bella, cortejada aquella mujer de abnegación, no sólo no pretermitió sus deberes, ó lo que ella aceptó por sus deberes madrinales con respecto á la huerfanita, sino que le sirvió de madre, de aya, primero, y más tarde de madre, de aya y de institutriz.

¡Cuántas veces dejó de ir á un baile, ya vestida para salir, porque Olga rompía á llorar ó no quería dormirse más que en los brazos de su madrina! Andando el tiempo, Rosaura le enseñó las primeras letras, le dió las primeras lecciones de canto. Cuando Olga empezó á asistir á la escuela, Rosaura la conducía por la mañana y la traía en la tarde. No quiso nunca confiársela á los cuidados mercenarios de una sirviente. La sirviente de Olga era Rosaura. Después, cuando Olga fué

presentada en sociedad, Rosaura fué su guía, su rodrigón, su cornac, su mentor; y cuando Olga, á los catorce años, tuvo el primer novio, Rosaura protegía, vigilante, cancerbérica, aquellos amores primaverales; pero tuvo que disimular su vigilancia y aun hacerse de la vista gorda: la sobrina exasperábase y rugía al sentir en su torno los ojos de Argos: ella sabía conducirse, deseaba libertad. Alcira y Eufemia decían á Rosaura:

—Dale un poco de cuerda. Mira que puedes perder su afecto.

Y la pobre Rosaura, celosa y amante, se tornaba, aunque sufriendo, de más ancha manga, y exponía á sus hermanas, en intimidad, casi llorando:

—Ustedes tienen razón. Yo siento que mi solicitud la exacerba. Debo cerrar los ojos. Temo perder su afección.

Pero el sacrificio más doloroso de Rosaura en aras de aquel afecto, no fué el de su juventud, sino el de su destino. Un hombre rico, bello, joven, á quien amaba y con quien iba á desposarse, no se allanaba al matrimonio si Rosaura traía consigo á Olga.

—Puede vivir—decía—con Eufemia y Alcira. Usted la verá diariamente, casi diariamente. Nada perderán ella ni usted. Pero en casa, no. Mañana tendremos hijos y aquello será una perrera. Yo mismo, tal vez, cegado por el amor paterno, puedo ser injusto con Olga. La ofende-

ré con la preferencia á nuestros hijos. En obsequio de ella, resuélvase usted á desprenderse de la ahijadita; resuélvase á formar un hogar, á cumplir su destino sobre la tierra, á ser feliz.

Sorda á todas las razones, y renunciando á la felicidad, concluyó Rosaura por escoger entre el matrimonio y Olga, á Olga.

En realidad, no fué Rosaura sola quien quemó su existencia, como un grano de mirra, ante la blonda huérfana. Alcira y Eufemia hicieron casi casi otro tanto. Casi casi no vivieron sino para aquel afecto. Olga, desde la cuna, fué el centro de todos los sentimientos de aquel hogar. Su capricho era ley, la ley. El alma de aquellas solteronas sentimentales encontró derivativo al instinto maternal, latente en toda mujer, en el amor de la sobrina, de aquella criaturita frágil, rubia, linda, desvalida, que no tenía más protección que la de ellas, más fortuna que la de ellas, más padre, ni más madre, ni más hermanos, que ellas.

Las Agualonga eran pobres y disimulaban su miseria, á veces con gracia, á veces con ardides exagerados y expedientes cursis.

El jardín doméstico las ayudó á vivir y á pagar una deuda de Olga, única herencia del alemán, durante muchos años: hacían coronas para los entierros; ramos para banquetes; floreales adornos de capricho para los matrimonios. Las beatas les encargaban cestas de rosas y manojos de lirios para patrones de cofradía y para imágenes

sagradas, los días de fiestas religiosas; y cuantos iban á visitar en el cementerio á sus muertos, pasaban primero por casa de las Agualonga á surtirse de flores.

Cuando Olga cumplió sus catorce ó quince años, y empezó á hacer vida mundana, se avergonzó de que sus tías ejercieran aquella industria; y la industria, en obsequio de Olga, quedó suprimida.

La rentecita de las Agualonga hallóse reducida á la mínima pensión que les acordaba el Gobierno como nietas solteras de prócer.

Olga encontraba aquello más *chic*. En gracia al *chic* de Olga, las Agualonga redujeron aún más sus gastos personales. Á Olga, en cambio, la sobraba todo, principalmente lo superfluo, hasta donde era posible.

Aquella deuda ajena que por años y años, á fuerza de economía, habían ido pagando las Agualonga, constituía una silenciosa y prolongada heroicidad que ni ellas ni nadie supo nunca apreciar.

El alemán Emmerich—un borrachín—murió de cirrosis un año después que su esposa. Los pocos intereses que dejó en herencia á Olga eran un embrollo intrincado. Las deudas de Emmerich sobrepasaban á sus habereıs. El abogado á quien consultaron las Agualonga se los expuso bien claro:

—Les conviene más renunciar á esa herencia.

Que los acreedores se las arreglen como puedan.

Las Agualonga se negaron á seguir el consejo. Como las deudas sobrepasaban en mucho á los haberes, las Agualonga tuvieron que vender, por medio del abogado, cuanto dejó el borracho del alemán; y luego tuvieron que ir amortizando, durante años y años, una suma. Aquella suma, aunque no grande en sí, era para las pobres señoras bastante crecida. Trabajaron con ahinco, se privaron hasta de cosas indispensables; pero al fin concluyeron de pagar á todas las acreencias. Entonces respiraron, y hasta refirieron á sus relaciones el desenlace de aquella muda tragedia íntima de tantos años. ¡Por fin habían terminado de pagar!

La retribución, el premio de aquel sacrificio consistió en que alguna de la amigas opinara delante de las tres hermanas:

—El aceptar semejante herencia, en tales condiciones, fué una ligereza.

—No fué una ligereza: bastante lo pensamos y discutimos antes—dijo Rosaura.

—Entonces fué una tontería.

—No tué una tontería, porque lo hicimos á sabiendas, bien informadas por nuestro abogado—dijo Alcira.

—Etonces, una locura.

—No fué una locura—dijo Eufemia. Queríamos que el nombre que iba á llevar Olga fuese un nombre limpio, un nombre honorable. En re-

cuerdo de nuestra hermana, la esposa de Emmerich, y por nuestra Olga, hicimos lo que hicimos. Y no nos pesa, á Dios gracias.

El casón que habitaban, restos de herencia, era cuanto poseían. Resolvieron venderlo, tras deliberaciones repetidas, para realizar el matrimonio de Olga; y si no venderlo, cambiarlo, según el proyecto de Eufemia, aceptado por las demás, por casa más pequeña, recibiendo algún dinero en compensación. Era lo más práctico. Así podían casar á Olga «decentemente», según expresión de Eufemia, y no quedarían las tres mujeres, camino ya de la vejez, bajo el cielo estrellado, en la calle.

Con dolor iban á separarse de aquel caserón sombrío, añejo, colonial, cómodo, deleitoso, lleno de flores y de árboles, con piezas altas, aireadas, luminosas, por cuyas ventanas penetra aroma de magnolias, azucenas, rosas, geranios, diego-de-noches, diamelas, heliotropos, petunias; de aquel estanque donde se bañaban á la aurora, en un agua nevada de jazmines, olorosa y deliciosa; de aquellos corredores donde se filtraba el sol al través de madreselvas odorantes y campanillas azules; de aquellos patios; de aquella huerta del corral, donde venían á picotear los pájaros la madura guayaba de oro, donde el granado reía al cielo con su fruta de labios entreabiertos y dientecitos sonrosados, donde limas y toronjas se hinchaban como tetas de nodriza, donde par-

dos nísperos aromosos maduraban al sol y verdes aguacates enternecían su oleosa pulpa de mantequilla vegetal.

Con dolor, sí, iban á separarse del hereditario caserón colonial fundado por los abuelos del siglo XVIII, rescatado milagrosamente, después de la Revolución, por los Agualonga del siglo XIX. Aquellas paredes, según previsión de las hermanas, debieron servirles para refugio de la vejez; aquellas paredes conservaban, para las solteronas, mil recuerdos de juventud; aquellas paredes guardaban el secreto de los abuelos; por esas paredes se comprendían las sentimentales, en medio de su aislamiento, unidas á los antepasados.

Pero era necesario casar á Olga «decentemente, como á una princesita». Por Olga, en obsequio de su felicidad, todos los sacrificios parecían microscópicos, no valían un ardite.

Alcira y Eufemia dejaron á la sobrina echada en el lecho. Olga se había dignado perdonar á Eufemia, sin decírselo, dirigiéndole la palabra en signo de paz.

Alcira y Eufemia se dirigieron al corredor á recoger la costura. Irurtia no tardaría en llegar. Eran las cuatro. Y estaban recogiendo ambas señoras muselina, dedales y carretes cuando alguien tocó á la puerta de la calle.

Olga, levantándose de la cama, empezó á atusarse el pelo ante el espejo de un armario.

Rosaura salió á abrir.

Con el sombrero de copa en la diestra, enfundado en su corta levita verdinegra, apareció Irurtia en el corredor.

Por el ojal de su cuello de celuloide sacaba un botón enorme una enorme cabeza de cobre.

VII

NO ES TAN FEO EL TIGRE COMO LO PINTAN

LAS Agualonga exultaban. Iban á poder celebrar el matrimonio de Olga "decentemente", iban á poder casarla con lujo, "como á una princesita". Irurtia se avenía á permutar el antiguo caserón solariego por vivienda más reducida y modesta, devolviendo dinero.

Al día siguiente del primer vistazo á la mansión, Irurtia presentóse con Berroterran, el maestro albañil de su confianza, aquel cachazudo y ladino Berroterran que respondía con sonrisas de benevolencia á las avilanteces del Harpagón, y quien, según expresión de los obreros, "le había cortado el ombligo al viejo", es decir, supo ganarse la confianza del desconfiado.

El maestro hizo llevar una escalera, y entre él é Irurtia examinaron el edificio á conciencia, desde la sala hasta el corral, desde los cimientos hasta las tejas. No quedó vigueta sin registro, ni

lumbre sin tanteo, ni pilar sin mensura, ni piedra sin ojazo. Irurtia se encaramó, junto con Berroterran, en la escalera, á pesar de sus cincuenta años, mostrando á las Agualonga, que lo contemplaban desde abajo, fundillos reparados y relucientes. Cruzaban los dos hombres de cuando en cuando, y con disimulo, palabras ó miradas de connivencia, que no escapaban á las Agualonga, haciéndolas concebir esperanzas las más risueñas.

Previendo un negocio de perlas, Irurtia aceptó en principio la posibilidad de la transacción. Después de mil triquiñuelas para desvalorar, á ojos de las condueñas, el superno caserón colonial, dejó caer las palabras siguientes:

—Yo tengo varias fincas que pueden convenir á ustedes. En cuanto á la suma de compensación por el cambalache, imagino que nos entenderemos. Supongo que no aspiren ustedes á arrancarme el hígado.

¡Arrancar el hígado á Irurtia!

Bien comprendió el astuto don Camilo, al cruzar con las Agualonga cuatro palabras, que aquellas pobres mujeres serían en manos de él segura presa, palomas en garras de gavilán.

Desde que Irurtia asomó la hipótesis de realizar el trueco, las pobres mujeres radiaron de alegría, creyendo que don Camilo iba á entregarles un palacio para vivir y un tesoro para casar á Olga.

Cumplida aquella visita de inspección á con-

ciencia, después de aquel registro de tomo y lomo, don Camilo regresó la tarde subsiguiente en casa de las Agualonga. Quería saber cuánto en pecunia, más ó menos, necesitarían las señoras.

—Si se trata de cantidad fuerte—dijo—yo no podré suministrarla, y será menester que busquen á otro permutador. La gente me cree millonario. Se equivoca. Á mí, á veces me hacen falta hasta cien pesos. Nadie lo imaginará; pero así es. Lo que yo poseo lo poseo en casas, y las casas no sudan oro ni pueden venderse cuando uno está necesitando tal ó cual suma.

—Nosotras lo sabemos—intercaló Olga con ironía.

—Ustedes lo saben; tanto mejor. Así no le pedirán peras al olmo.

Las Agualonga lo serenaron.

Ellas no aspiraban á exorbitancias. Deseaban una casa que no fuese un rancho destartalado y maloliente para ellas vivir, y algún dinerito para casar á Olga con decencia. Eso era todo.

—¿Casar á Olga con decencia? — preguntó Irurtia.—¿Qué llaman ustedes casar á Olga con decencia? ¿Cuánto necesitan ustedes para casar á Olga con decencia?

Olga se amostazó, y repuso con acritud:

—Casarla con más lujo de lo que usaría usted en su matrimonio.

Irurtia frunció el ceño.

Las Agualonga advirtieron el pésimo efecto producido por la brusquedad de la sobrina. Como eran benévolas, insinuantes, lisonjeras por naturaleza, y además, como el interés se unía ahora á la suavidad ingénita, trataron de disipar la mala impresión.

—Olga quiere decir—repuso Rosaura—que nosotras, con más dinero, haríamos las cosas menos bien que usted; que usted necesitaría, en igualdad de circunstancias, menos dinero que nosotras, porque conoce más la vida.

Irurtia sonrió de la explicación, mirando con fijeza á Rosaura, y estaba ya abriendo la boca para responder, cuando Alcira, deseosa de soslayar la conversación, espetó á Irurtia con fingida brusquedad:

—Usted es soltero, don Camilo, si no me equivoco.

—Soltero—repuso Irurtia, un poco entrecortado.

—¡Ah! No ha querido usted casarse.

Olga, con malignidad, metió de nuevo su cuchara:

—Usted habría hecho la felicidad de cualquier mujer.

Irurtia no estaba en su terreno. Él, tan dueño de sí y con ojos tan de águila en punto á negocios, vacilaba ante aquellas mujeres, tratando de amoríos y casorios, tartamudeaba sin encontrar la réplica precisa y oportuna.

Rosaura, de nuevo acudió en su auxilio:

—El señor Irurtia no ha tenido tiempo para perder en fruslerías. Su existencia ha sido, de seguro, toda de labor.

Eufemia agregó:

—Es verdad. Por eso Dios lo ha protegido, concediéndole una fortuna.

Irurtia casi no oyó las palabras de Eufemia; pero vió una puerta abierta en las de Rosaura; y por aquella puerta de par en par se abalanzó:

—Tiene usted razón—expuso dirigiéndose á Rosaura, que le inspiraba más confianza que las demás—; tiene usted razón. Mi vida ha sido toda de labor.

Como ojos y oídos lo atendían, Irurtia empezó á contar su existencia.

—Yo, desde muy jovencito, no he hecho sino trabajar. Á los quince años entré en un comercio, de meritorio, casi como sirviente. Más tarde pasé á un almacén. Allí, al cabo de mucho tiempo, apenas ganaba un sueldo de cuarenta bolívares por mes. Era poco; pero algo era. Como tenía inclinación hacia los números, y en aquella casa se explotaba á derechas á todo bicho viviente, me colocaron como auxiliar del tenedor de libros. Cuando éste murió, dos años más tarde, yo ocupé su puesto, aunque con menos sueldo que mi antecesor. Empezaba á ser dentro de aquella colmena un personaje. Con mis economías presté más de una vez servicios en dinero á

algunos camaradas de almacén. Unos me devolvían; otros no. En fin, se ha llegado hasta á decir que yo practicaba la usura. Como allí no veía porvenir para mis aspiraciones, renuncié. Entonces me dediqué á comprar objetos de ínfimo precio, que después revendía más caro. Un martillo, por ejemplo, me costaba una peseta: yo le hacía poner mango, solicitaba comprador y lo vendía en una y media ó en dos. La ganancia era mínima; pero dos pesetas por aquí y tres pesetas por allá, algo suman, y cuando no se es manirroto, se conservan. Después, ya con más dinero, negocié en joyas; más tarde, en casas. He pasado la vida, como ustedes ven, atareado. De las seis de la mañana á las seis de la tarde he trabajado siempre, ó casi siempre, desde que tuve quince años hasta ahora, que acabo de cumplir cincuenta. ¿Con qué tiempo iba á pensar en amoríos?

Y volviendo á dirigirse á Rosaura, repitió:

—Usted tiene razón cuando dice que mi vida ha sido toda de labor.

Á Irurtia no le ocurría nunca hablar de sí, aparte una que otra vez con Tomasa. Le produjo inefable gozo el que damas tan distinguidas escucharan con interés y hasta hicieran gestos de admiración mientras él refería, no sin retoques, su historia sórdida y heroica de personaje de rapiña.

Sintióse lisonjeado sobre todo cuando Eufemia, después del relato, le dijo, convencida:

—Usted, señor Irurtia, es un héroe del trabajo.

Y subió de punto la lisonja de Irurtia cuando Rosaura repitió en tono de la más sincera admiración:

—Un héroe del trabajo.

Aquellas palabras caían en el corazón del agiotista como lluvia generosa en tierra de secano. Aquellas palabras valían como aprobación de toda una existencia; borraban máculas; purificando las escorias, por sobre las heces, sublimaban al usurero hasta la heroicidad. Él, Irurtia, era un héroe del trabajo.

Hombre práctico y sin escrúpulos, don Camilo jamás se pagó de fórmulas, ni fué presa de sensiblerías, ni palabras lo indujeron al bien ó al mal, ni tuvo jamás por norte sino su interés personalísimo; pero aquella aprobación de tan puros labios femeninos, de personas representantes de la flor social, redimían á Irurtia, á sus propios ojos, de cualquiera culpa ó mácula. Era la sanción.

Los hombres, aun los más huraños y despectivos, no pueden vivir sin la estimación pública. Irurtia no la merecía, á pesar de su oro, ni la conoció nunca. Llega un instante de la vida en que á esos mismos hombres á quienes no hace falta nada, hace falta el aprecio ciudadano. Es más: los sujetos perdidos en la opinión pública suelen ser los más hambrientos de consideraciones sociales. Y también son los que más las agradecen.

Irurtia no iba en solicitud de homenajes; pero aquella reivindicación de toda su vida, por boca de mujer, lo lisonjeaba en extremo. Sintióse, en aquel momento, como el pez en el agua, muy á sus anchas; más, completamente feliz.

Cuando partió, llevaba las mejores impresiones de aquella familia. Las Agualonga le parecían las señoras más amables del mundo. Rosaura principalmente presentábase al recuerdo de Irurtia, viniendo por dos veces en auxilio de él, contra las pullas ó avinagramientos de la sobrina.

Iba por la calle risueño, feliz, saludando á los conocidos con una amabilidad desusada en él.

No bien se acercó á su casita, advirtió el caballejo de Matamoros atado á la ventana. No le ocurrió pensar que podrían robarse la bestia y se coló de rondón en el zaguancillo, dando voces:

—Amigo Matamoros, amigo Matamoros: ya sé que anda usted por aquí.

Y no bien estrechó la mano de Cirilo, interrogó, dicharachero, casi efusivo:

—¿Declara usted de alta á Tomasa? Lo deseo por la salud de ella y por la reputación de usted.

—Se hace lo que se puede, don Camilo; pero un antiguo reumatismo descuidado no se va de la noche á la mañana.

El peliparado mestizo respondía del mejor talante, lisonjeado en el fondo; pero sus foscas cejas y su aspecto truculento lo hacían aparecer, á pesar suyo, como ganoso de regañar.

Tomasa, allí presente, se descorazonó y dijo suspirando:

—Matamoros quiere decir que esto no tiene cura.

Matamoros protestó con energía. Él no había dicho tal. Ahora sus ojos sí se encapotaban de veras. Estaba terrible, con aspecto de lobo enfurecido. ¿Desconfiar él de sí? Jamás se le ocurría semejante tontuna.

Irurtia tranquilizó á Tomasa con palabritas de miel.

Hasta le preguntó á Matamoros si convendría enviar á Tomasa á San Juan de los Morros ó á Las Trincheras á tomar baños sulfurosos.

—Pero si Tomasa no tiene sífilis—protestó el curandero, temiendo que se le escapase la presa:

Y añadió, convencido:

—Un poco de paciencia: yo la sano.

La anciana había perdido la fe en Matamoros, en sus menjurges y tomas. No bien partió el curandero, se lo confesó rotundamente á Camilo:

—Opina que estoy mejor; pero no la creo. Ahora quiere que me ponga lavativas de *guamacho*. Ahí dejó la planta. Ninguno de sus remedios me haré. Ese hombre, aunque afirme lo contrario, no me curará.

Irurtia se puso á convencerla de que Matamoros era el genio de la Medicina, y de que ella, Tomasa, estaba casi buena y tan ágil de piernas como un bailarín.

Por último, le prometió resueltamente enviarla á Macuto ó Maiquetía. El mar iba á terminar de curarla. El mar era el doctor más competente.

Esa noche, en la mesa, siguió conversando, irrestañable, optimista; aunque hablaba, á lo último, sin atención, ausente, pensando en otra cosa.

Ya acostado, mató Irurtia la luz y se puso á repasar, de memoria, las casas que podría ofrecer á las Agualonga. «Prefiero—se dijo—darles una casa buena, y muy poco dinero. Si les doy demasiado dinero, tendría por fuerza que meterles una casita de mala muerte. El dinero lo gastarían todo en obsequio de la sobrina, que no vale un comino. No. Que gasten lo menos posible en la joven arpía y que aquellas dignas señoras disfruten durante su vejez de una habitación cómoda.»

Durmióse más tarde que de costumbre.

Soñó que un espantable demonio lo pinchaba con gigantesco tenedor de cinco agudos dientes. Aquel demonio sonreía con sardónica risa malvada. Su cara era la cara rubia de Olga. Pero un ángel, batiendo blancas alas, desciende de los cielos entreabiertos, fulmina y soterra á aquel diablo ó diablesa y corona á la víctima con una verde rama de laurel. Irurtia sentía las hojas frescas y las manos del ángel sobre las sienes. Aquel ángel salvador de impolutas alas de nieve tenía los pestañudos ojos adormilados, la piel mate,

el lunarcillo oval, el mismo rostro de Rosaura.

Las Agualonga, por su parte, no bien hubo partido Irurtia aquella tarde, se pusieron á comentar la entrevista.

Riéronse hasta no poder más al recuerdo de don Camilo, encaramado en la escalera, mostrando sus fundillos de remiendo.

—Á mí ese viejo me produce una antipatía horrorosa, con sus ojitos de rata, su nuez que sube y baja, su botón de cobre, su levita verdosa y su intención de ganzúa—dijo Olga.

—Á mí—dijo Rosaura—me inspira, el pobre, un poco de grima.

—Es un trabajador—dijo Eufemia.

Alcira, traduciendo el pensar de todos respecto á Irurtia, expresó que parecía menos malo que su reputación, con este refrán:

—No es tan feo el tigre como lo pintan.

Rosaura, puesta de pies tras del asiento de Olga, le acariciaba las mejillas, como á una chiquela, con palmaditas de amor, dando por seguro que Irurtia, aunque sin prometer maldita la cosa hasta aquel momento, entregaría un palacio para las tías y una bonita suma para el matrimonio de la ahijada.

Las tres solteronas abrigaban fe en la realización de la permuta. Las tres exultaban á la idea de poder casar á Olga con decencia, "como á una princesita".

VIII

EL SACRIFICIO DE OLGA

EN dos semanas las Agualonga visitaron diez ó doce casas de Irurtia. Ninguna les gustó. Éstas tenían un defecto, aquéllas otro. Las unas eran microscópicas:

—Aquí nos asfixiamos antes de entrar—decían.

Las grandes, olían mal ó eran horrorosas.

Al recuerdo del bello caserón, lleno de luz, de aire, de flores, de árboles, se quejaban de aquellos habitáculos, echando menos plantas y surtidores.

—Aquí no hay matas ni pilas. ¿Dónde se coloca en este patiecillo una maceta de albahaca? ¿Dónde se guinda la jaula de un canario? Un pájaro aquí se moriría de tristeza.

Todas las casas de Irurtia, deficientes: las espaciosas, pestilenciales; las chicas, asfixiantes; las nuevas, de mal gusto; las viejas, incómodas.

Recorrieron en aquellos catorce ó quince días barrios enteros de Caracas.

Una tarde se enderezaban al Norte, hacia la Pastora, cruzando por el puente del Guanábano, el río Catuche; otras, por el Sur, hacia el Paraíso, atrevesando el Guayre, por el Puente Dolores; otras más allá del Anauco, hacia el extremo Oriente ó levantino de la ciudad.

—Queremos residir en el centro—terminaron por exponer á Irurtia.

—Bien—contestó don Camilo.—Buscaremos algo por Catedral, las Mercedes, Santa Teresa ó Alta-Gracia.

—No quedó en las parroquias del centro casita de Irurtia á cuarenta pesos por mes que no revistasen.

—Ya no me resta inmueble que mostrarles, decía el propietario, sobándose la huesudaquijada.—Los demás son demasiado grandes ó demasiado chicos para ustedes.

—Si le queda, señor Irurtia, si le queda—replicaban ellas, con la confianza adquirida en dos semanas de paseos al través de Caracas.

Benévolo y paciente, don Camilo mordiscábase las uñas, recordando.

—Puede ser que les convenga una casita en la Plaza del Panteón. En fin, nada pierden con verla. Mañana, á las cuatro, vengo por ustedes.

Jamás fué Irurtia ni tan paciente ni tan benévolo. Él mismo se extrañaba de su actitud con aquella gente. No sólo accedía á caprichos femeniles que enredaban el negocio, amenazando con

hacerlo interminable, sino que en vez de enviar á tan exigentes cambalacheras á echar su ojazo de revisoras de fincas en asocio de Berroteran, el albañil, ó de cualquier otro estipendiado ó dependiente, acompañábalas él en persona, todas las tardes, seguro de malgastar una ó dos horas escuchando tonterías. Extrañábale el perder dos horas diarias y escuchar majaderías de mujeres con el mayor placer. Extrañábale sobre todo que durante el día entero estuviera él, Irurtia, un hombre serio, un hombre de negocios, un hombre curtido por la vida, un hombre á prueba de percances, lisonjas y debilidades, un hombre que no creía, sino en Dios y en el Dinero, esperando casi con ansia que el tiempo volase y que sonaran las cuatro de la tarde, hora en que debía ir en busca de las señoras Agualonga. No le pesaba perder el tiempo en semejante compañía; al contrario, placíase en ello. Por tanto, y por ver de engatusarlas con casitas de mala muerte, les fué enseñando, lo primero, las peores. Si podía librarse, merced á las Agualonga, de semejantes habitáculos, mejor. Y recordando su pensamiento de entregarles una casa cómoda y poco dinero, rectificaba: «Les entregaré poco dinero y la casa más mala que pueda. Después de todo, yo no soy padre ni protector de esa familia. ¡Qué diablos! Un negocio es un negocio. Y yo no soy una hermana de la caridad, sino un hombre de pelo en pecho.»

Al iniciarse aquellas caminatas de ojeo, salían con el ricacho Olga, Rosaura y Alcira.

Pero al tercer ó cuarto día, Olga no quiso molestarse más. Desde entonces sólo fueron de diario con Irurtia, Alcira y Rosaura.

Eufemia, más vieja y siempre enfermiza, no pisaba la calle casi nunca, salvo para asistir á misa de siete, los domingos, ó para cumplir con las relaciones, principalmente cuando ocurría algún duelo. Sus paseos los daba Eufemia en el jardín del caserón. Ella aceptaría—expuso—la habitación que escogiesen sus hermanas. Á ella le quedaban pocos años de vida. En cualquier parte acomodaría su ambulante esqueleto mientras sonara la hora definitiva.

Eufemia era la que más sentía, aunque no lo expresara, abandonar el viejo caserón solariego. Para ella el caserón servía, no sólo de vivienda, sino de calle, de paseo, de recreo, de todo. El jardín la puso chocha. La mañana la pasaba regando, pretexto para asolear sus huesos con el sol tempranero; en la tarde, después de las ocupaciones domésticas, empuñadas las enormes tijeras de jardinería, ó con afilado cachicuerno, distraíase tajando una rama de acacia, podando una mata de diamelas, marrojando un pie de clavellinas; ó bien se complacía en injertar un rosal, en hincar un rodrigón ó en recoger para los santos, para Olga, para la sala, para el comedor, y aun para enviar al mercado de flores todos los do-

mingos, casi á escondidas de Olga, manojos de claveles, hacecitos de violetas, varas de nardo y rosas de nieve, de púrpura, de oro.

Una tarde, al regreso de la diaria caminata, en la mesa, Alcira empezó á dar bromas á Rosaura con Irurtia:

—El viejo—dijo—se place visiblemente en conversar contigo. Á veces ni responde á mis preguntas, enfrascado en tu admiración.

—Yo creo que se place igualmente con todas.

—Jesús, Rosaura, no seas tonta: tienes á tu lado hace quince días, todas las tardes, al estafermo de Irurtia, que parece babearse mientras tú le conversas, ¡y dices que se place igualmente con todas!

—Te juro...

—No jures: mucho me engaño ó el viejo está picado de tarántula. ¡Qué conquista!

Por los ojos de Olga pasó un relámpago:

—Conque esas tenemos, madrina, pronunció. ¿Conque dos enlaces próximos en la misma familia? Me alegro. Yo doy el ejemplo. Pero tú lo aprovechas. Mi novio no vale lo que el tuyo.

—Niña, por Dios, no seas tonta—dijo Rosaura, defendiéndose, sin poder contener la risa ante aquel absurdo.

Alcira volvió á la carga:

—El viejo, contigo, se vuelve un merengue.

Olga agregó:

—Todo el dinero de Irurtia se fundirá al fuego

de esa pasión, cubriendo de oro á doña Rosaura Agualonga.

—Por lo menos nos dejará vivir y morir en nuestra casa—insinuó Eufemia.

Eufemia, incrédula, sin conceder la más mínima importancia á la broma de Alcira, hablaba por hablar; pero traduciendo con aquellas palabras de esperanza su más íntimo sentimiento: el dolor que le causaba la mera idea de abandonar la antigua mansión de sus mayores, donde ella misma nació.

Rosaura concluyó por amoscarse, hasta donde podía amoscarse Rosaura, asegurando que no saldría más ni una sola vez con Irurtia.

—No quiero bromas—dijo—con ese viejo monstruo horripilante.

Se habló de otra cosa, para no desagradar á Rosaura. Hasta se habló del nunca bien ponderado general Chicharra, que había quedado cesante, contra su costumbre, días atrás.

Terminadas la comida y la tertulia de sobremesa, Olga, de brazo con Alcira, arrastró á ésta con disimulo hacia el patio. Había luna. Las dos mujeres se detuvieron bajo los árboles. El aroma penetrante de los dondiego-de-noche embalsamaba la atmósfera.

—¿Pero tú estás segura?—preguntó Olga á su tía, sin más preámbulo, como siguiendo el hilo de un pensamiento.

—¿Segura de qué?—inquirió Alcira.

—No seas bobalicona: segura de que Irurtia gusta de mi madrina.

—¡Ah, ya me había olvidado! Segura, no. Me parece, como dije, que el viejo se complace más de la cuenta en parlotear con ella. Pero bien puede ser porque la pobre Rosaura, que es de tan buena pasta, le preste mucha atención, en parte por cortesía, en parte para que afloje pronto el dinero de tu matrimonio.

—¿Eso es todo? No será por timidez que ese viejo lagarto peludo no habla claro á mi madrina, si le gusta? Mira, sería una pesca milagrosa. ¡Adiós, pobreza!

—Por Dios, Olga, no digas semejantes disparates. Se creyera que has sido educada por judíos ó que estás metalizada como los yanquis, ó que deseas que Rosaura se venda, casándose con un hombre á quien no ama, como hacen las francesas.

—No, no es eso lo que quiero decir.

—Lo mejor es olvidar el asunto. No embromes más con ese viejo á la pobre Rosaura. Ya ves que no le divierte el chiste.

—Yo soy de tu misma opinión—concluyó Olga.

Y se puso á hablar de otra cosa.

Esa noche cuando ya Rosaura, Alcira, Eufemia, dormían á sus anchas, Olga, que no se había acostado aún, abrió la ventana de su cuarto.

La ventana caía al patio. El ambiente aromado

del jardín entró en la estancia, embalsamándola. La clara luna del trópico resplandecía en una faja azul de cielo que se columbraba del aposento. Olga, en camisa, asomóse á la ventana y se puso á mirar el cielo, meditabunda. La tibia brisa de la noche jugaba con la leve camisa blanca, colándose por las piernas elásticas de Olga y produciéndole un deleite de baño. Los rubios cabellos despeinados le flotaban sobre la espalda.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué alborozo!
¡Ya la tapia cruje al fin!
Y entra el mozo, y con el mozo
entra el aura del jardín.

Besa el joven en la fresca
boca, á la niña en botón;
y la brisa picaresca
le alborota el camisón.

Olga se puso á pensar en su matrimonio. ¿Cuál era su porvenir? Nunca tendría coches, caballos, yates, collares de perlas, palacios de mármol! ¡Qué limitación de horizonte! Jamás haría, por ejemplo, un viaje á la India, á Benares, á Madrás, á Bombay, á Calcuta, á las selvas indostánicas, á cazar tigres, encaramada sobre un paquidermo, en compañía de jóvenes rajes, de mirar oscuro, piel de bronce y constelados de brillantes. Le gustaban los hombres morenos, le gustaba el amor, le gustaba el lujo, le gustaban

las aventuras, le gustaba la vida. Quería vivir, gozar, derrochar, embriagarse de deseos, de amor, de champaña; realizar caprichos, dominar sobre los hombres, reinar sobre las mujeres; ser aclamada, adorada, odiada, célebre, feliz. ¿Y qué le reservaba el destino? Una existencia mediocre, oscura, subterránea, aburrida, monótona; en Caracas, siempre en Caracas; pobre, siempre pobre! Una vida rebosante de anhelos insatisfechos, de anhelos imposibles de cumplir, de penuria, de infelicidad. ¡Qué injusticia! Para los unos todo miel, para los otros todo acíbar. Ella se explicaba á las mujeres que cometían locuras. Las mujeres que se iban con un príncipe, que se dejaban raptar por un tenor, de esos que recorren el universo cantando, viendo ciudades nuevas á cada aurora, aplaudidos por mujeres de toda la tierra, la escarcela bien repleta con el oro de las cinco partes del mundo.

¡El oro, el oro! Tristeza daba decirlo; pero era la única llave que abría todas las puertas, hasta las puertas de la felicidad.

Pensó en Irurtia. Pensó que ella podía casarse con el avaro y ser dueña de un tesoro. Pero arrepintióse con horror á la idea de aquel connubio; á la idea de sentir sobre su carne rubia y sedeña la mano peluda de Irurtia y sobre los senos y en la boca los labios pálidos, de seguro fríos, helados como labios de muerto, de aquel sórdido vejete sucio, con aspecto de roedor. No, no,

no. No podía ser. Ella no sería capaz de resistir semejante prueba. «Primero el hambre—pensó—primero la muerte.» Para serenarse hizo mentalmente este raciocinio: «Pero si yo no toco pito en el asunto, ¿para qué suponer que Irurtia me desposaría? Á quien él galantea es á mi madrina.»

Hubo una pausa mental, luego se dijo: «Y después de todo, ¿por qué no? Mi madrina no tiene diez y ocho años. Si no aprovecha la ocasión se quedará soltera. ¡Además ella es tan buena; está siempre tan dispuesta á sacrificarse por todo el mundo! Un sacrificio más no le costaría mucho. Y en cambio, ¡cuántos beneficios! ¡Qué cambio en su vida, en la vida de todos nosotros!»

Al día siguiente, á la hora de vestirse para esperar á Irurtia que iba á presentarse, de seguro, con su puntualidad cronométrica, á las cuatro de la tarde, Rosaura declaró que ella no saldría.

—¿Pero estás loca?—le dijo Alcira—. Te disgustas por una broma. Yo te aseguro que si lo hubiera sabido no desplego mis labios. Anda, vístete.

—Anda, vístete—repitió con dulzura Eufemia.

—No, no iré. No quiero chanzas con esa lechuza de mal agüero, que me horripila. No quiero verlo, ni oirlo más. Mañana se dirá en Caracas que yo acepto las galanterías de Irurtia. Yo conozco á Caracas: lo que empieza por un chiste concluye por una calumnia. La calumnia en que

nadie cree, fingen creerla, desde que surge, todos los pícaros; y todos los tontos terminan por tragársela.

—Pero esa broma de Alcira ¿quién va á repetirla?—insinuó Eufemia á su hermana.

—Aunque así sea, que no será—repuso Rosaura—. Lo que se le ocurre á Alcira puede ocurrírsele á otros.

Olga no desplegaba los labios.

Alcira apesarándose sinceramente por lo muy á pecho que tomaba su hermana aquella broma de la víspera, repitió dos ó tres veces, arrepentida:

—¡Si yo hubiera sabido! La verdad es que en boca cerrada no entran moscas.

Hubo un silencio. Eufemia lo interrumpió diciendo:

—Anda á vestirte, Rosaura. Todas sabemos que nada de eso es verosímil.

Rosaura, sintiéndose vencida, iba á ceder, no acostumbrada á la resistencia, pero sacó fuerzas de su propia debilidad.

—No—dijo—, no iré. Si es falso lo que asegura Alcira, para que nadie lo suponga; si es verdad, para cortar el mal de raíz.

—Además—agregó—, después de segundos de silencio, nadie puede imaginarse lo que me ofende y me disgusta esa necedad de Alcira. Irurtia me produce asco, repugnancia, horror. Sus manos peludas me parecen dos arañas. Su cuello

flaco, sus ojillos de ratón, sus dientes amarillentos, su cara mal afeitada, su levita verdi-negra, su cuello de celuloide, el olorcillo de moho, de catarro, de humedad que despide, todo él me produce una sensación de casi malestar físico. Sus ideas me producen igual efecto. Si venzo mi impresión de antipatía, cuando hablo con él, es en obsequio de Olga, en obsequio nuestro, para que haga pronto el cambalache y nos dé los cuatro miserables centavos que necesitamos.

—Pues yo sola tampoco voy con el viejo—expuso Alcira.

—Yo te acompañaré—dijo Olga.

Las tres mujeres admiraron en aquel instante á Olga como á persona que realiza un acto de heroicidad cristiana en provecho ajeno. La hermana de la caridad que se encierra en un lazareto á curar leprosos no valía más, á los ojos de las tres señoras, en aquel instante, que Olga Emmerich.

IX

EL PALIQUE DE LOS NOVIOS

TERMINADA la comida, Olga se fué de brazo conversando, como el día antes, con Alcira; pero no hacia el jardín del patio, como la víspera, sino hacia el salón. Ya la sala, encendida, esperaba la visita de Andrés Rata, novio de Olga.

—¿Observaste—preguntó Olga á su tía—la cara de desilusión que puso don Camilo cuando advirtió que Rosaura no salía?

—Ya lo creo que lo noté. El viejo, aunque ladino, no pudo disimular. Por fortuna, la excusa que le dimos era aparente. Todo el mundo puede enfermarse.

—Estuvo durante la tarde algo tristón.

—¿Tristón? Grosero, y dispuesto á fusilarnos por un cuartillo.

—Así es él siempre.

—Siempre, no. Estos días atrás estaba dulce

como una melcocha. Accedía á todas nuestras exigencias. El cambio es increíble.

—¿No seré yo la causa? El viejo lagarto peludo me odia casi tanto como yo á él.

—Tú la causa, ¿por qué? Imposible que hubieras estado más amable ni más cortés.

Era lo cierto. Olga comprendió que aquella sustitución de su rubia y gentil persona, en vez de Rosaura, le cayó al viejo como un jarro de agua helada. No se descorazonó, sin embargo, y puso en juego durante la tarde entera todos los recursos de su inteligencia y de su gracia, empleó toda su capacidad de seducción para conquistarse la benevolencia de Irurtia, para hacerle olvidar las brusquedades anteriores, ó por lo menos para que Irurtia perdiese la merecida y evidente antipatía que la profesaba.

Don Camilo no se dejó domesticar. Estuvo hecho un puerco-espín.

La casa que mostró no valía un comino. Olga la encontró de perlas.

—Es bonita—aseguró—á mí me gusta.

—Pues si le gusta, señorita, no hay sino decidirse. Yo no puedo molestarme todos los días y perder mi tiempo en un negocio que no se realiza ni me reporta un céntimo.

—Si de mí dependiera, señor Irurtia, le juro que la aceptaría. Desgraciadamente yo no soy quien decide. Depende de la voluntad de mis tías, y sobre todo de mi madrina.

Olga temió que Irurtia, de mal humor, rompiese toda transacción. Alejado Irurtia, el andamiaje de proyectos de Olga venía abajo. Era menester conservar á don Camilo y endulzarle la píldora con la esperanza de Rosaura.

Se aventuró, pues, á decir:

—Lo mejor será que usted pase cuando pueda, mañana mismo, si lo desea, por casa. Ya Rosaura estará levantada, y entre Rosaura, Eufemia, Alcira y usted decidirán.

Y dirigiéndose á Alcira, la consultó sumisa:

—¿No te parece, Alcira?

Alcira, temiendo cometer una pifia, no encontró qué decir y fué de la propia opinión.

Olga continuó:

—La casa es buena, aceptable, recién pintadita, con mucha luz. No creo que haya otra en su género tan linda, ni menos que la supere. Por lo demás, señor Irurtia, respecto á lo que usted ofrezca en metálico, mi madrina y mis tías se entenderán de seguro con usted. Ellas no son difíciles de contentar, principalmente mi madrina, que es un ángel; y usted, por su parte, es un caballero.

—Yo soy un hombre de negocios, señorita.

Irurtia contestó con tanto desabrimiento, que Olga cedió la plaza á Alcira. "Que hable ella—se dijo—y que aguante el chaparrón. El viejo evidentemente no puede verme ni en pintura. Sí, yo sola no puedo luchar con este leviatán de

avaricia y grosería, buscaré aliados que lo domen. En cuanto á mi madrina, yo me encargo. No es posible que este lagarto peludo se esconda en la sepultura con sus millones. Que se case y asolee la plata".

Irurtia no acompañó á las señoras, según la adquirida costumbre, hasta la mansión de éstas, sino que se despidió en la puerta de la casita de permuta. Una amiga de las Agualonga, encontrada allí mismo, se empeñó en acompañarlas, y no sólo se empeñó en acompañarlas, sino que entró y tertulió hasta las siete. Á las siete, cuando partió, sirvieron la comida. No fué hasta levantarse de la mesa cuando Olga pudo cambiar con Alcira, á solas, en intimidad, impresiones de la tarde y con respecto á don Camilo.

—¿Con que tú dices—insistió Olga — que Irurtia en estos días atrás no estuvo tan grosero como hoy?

—Te repito que parecía una melcocha, un caramelo.

—Pues no cabe duda: está enamorado de mi madrina. El no verla lo ha contrariado. Como es un bicho sin tacto y sin cultura social, demuestra su mal humor. ¿No te parece?

—Puede ser que tengas razón—repuso Alcira—; pero lo mejor será que Rosaura no se encuentre más con ese hombre. Él se olvidará pronto; Rosaura no sufrirá con las presunciones del viejo sinvergüenza, ni con las críticas y mordaci-

dades que correrán por Caracas, si llega á traslucirse la cosa.

—Lo malo es que ya le dijimos que viniera una de estas tardes para que se entendiese con mi madrina, con Eufemia y contigo.

—Sí; pero todo se arreglará. Rosaura puede no ponerse buena ó puede haber recaído el día que Irurtia se presente.

—Es verdad—dijo Olga, cojitabunda—; todo puede arreglarse...

Andrés Rata entró en ese momento.

Eran las nueve.

Alcira se retiró minutos después, dejando ya á los novios en amoroso palique, en el salón, sentados en sendos poyos de una ventana.

Por la ventana, abierta, penetraba la luz de los faroles municipales, la voz de los transeuntes que discurrían, conversando, por la acera, estrépito de coches y tranvías, todo el ruido de la calle y las notas de un valse que volaban de vecino balcón, desgranándose en el aire.

Rosaura presentóse en la sala.

Luego de saludar al prometido de Olga, fué á sentarse en el centro de la pieza, á la luz de la lámpara. Mientras vigilaba en silencio y á distancia á los enamorados, como quien no quiere la cosa, púsose á tejer un encaje, un pañizuelo de soles de Maracaibo, para el *trousseau* de la sobrina.

Los jóvenes seguían conversando en la venta-

na, á media voz. Rosaura no percibía sino leve cuchicheo, un susurro.

—Tengo una noticia que darte—empezó Olga.

—Bueno, di.

—Una noticia que puede ser de la mayor transcendencia para nosotros.

—Bueno, dímela pronto.

—Es que no sé si deba.

La curiosidad de Andrés Rata despertóse. Quiso con ahinco saber aquella noticia que podía ser de la mayor importancia para ambos novios y que Olga vacilaba en participarle.

—No sé si deba—proseguía Olga.

—Por qué no saber si debes. ¿Dudas de mí?

—No querría que la nueva se divulgase en Caracas.

—Entonces me crees un charlatán, un imprudente, un...

—No te creo nada—lo interrumpió Olga—; pero si la cosa se trasluce, puede escapársenos; habrá muchos malquerientes interesados en que la frustremos.

La curiosidad del pobre Andrés Rata llegó á su colmo. Suplicó, le besó las manos, más por bajeza que por amor. Gimoteó, quejándose porque Olga no tenía confianza en él.

Cuando Olga, que manejaba á su novio como á una marioneta, cansóse de bailar su fantoche, cuando ya no quiso jugar más con él como el gato con el ratón, se decidió á comunicarle la buena nueva.

Andrés Rata exultó:

—¡Magnífico, magnífico! Tu madrina, casada con Irurtia, será dueña de toda la fortuna. Tu madrina te adora, no te niega á ti nada. Seremos ricos.

—Silencio—le dijo Olga, sacudiendo su pañuelito de batista sobre la jeta horrible de Andrés Rata, como para remeterle las palabras en la boca con el fino lenzuelo, y en ademán parecido á aquel con que se espanta una mosca.

—Y ella, ¿consiente?—preguntó el Rata.—¿Tu familia accede?

—Esas son cosas de nuestra incumbencia, hijo mío. No creas que este asunto será como chuparse una pastilla de orozuz.

—Por Dios, Olga, me tratas como á un extraño. Dime: ella, tu madrina, ¿qué cara pone á Irurtia?

—Ella no quiere.

—¡Ah, caramba! Eso complica la situación.

—Te repito que este asunto no será chuchería. Pero yo tengo mi plan de guerra. Mi primer teniente va á ser tío Aquiles.

—¿El general Chicharra? ¡Magnífico, magnífico!—opinó Andrés Rata, que encontraba de perlas cuanto Olga discurría—con un sometimiento semejante al de Tomasa por Camilo, aunque de otra naturaleza—, y dispuesto siempre á aplaudir y someterse.

—Y yo, ¿qué pito toco? Estoy dispuesto á todo por servirte, para secundarte.

—¿Tú? Oir y callar... Iba á darte un recado para mi tío Aquiles. Pero mejor es que yo hable con él.

Después agregó, más benévola y afectuosa:

—Tú sabes que si yo aspiro á algo no es para mí sola. Tú y yo en lo sucesivo no formaremos sino un alma con dos cuerpos.

Él juró que la amaba cada vez más.

Y continuaron conversando en su ventana, á media voz, casi en secreto.

Rosaura seguía tejiendo su encaje de soles de Maracaibo á la luz de la lámpara, en el centro del salón. Por la calle seguían discurriendo transeuntes. Por la ventana, abierta, seguía entrando el ruido callejero, la luz de los faroles municipales y la música del valse, diez veces concluído y recomenzado diez veces.

Entretanto, allá adentro, en el interior de la casa, Alcira, en el corredor, hojeaba *La Religión*, diario que ponía á las Agualonga en contacto con el mundo católico y no católico, periódico al través del cual formaban ellas su opinión respecto á las ocurrencias diarias de Caracas, de Venezuela, de América, de Europa, del Mundo. Eufemia, en su cuarto, rezaba sus oraciones. La cocinera fregaba cacerolas y platos sucios ó barría la cocina antes de acostarse. Su hija, una chicuela de quince años, medio tonta, que aseaba el caserón, tendía las camàs y cumplía, en suma, los menudos quehaceres serviles, estaba roncando

desde que terminó de atender á la mesa, y pudo ella misma cenar.

En el patio, lleno de luna, la brisa, al escurrirse entre los árboles, levantaba murmullo; aromábase el ambiente con el perfume nocturno é insinuante de los dondiego-de-noche y exhalaba su queja musical, á la luz de la luna, la turiara de amplias hojas verdes, vegetal de encantamiento, planta de cuento oriental.

X

UN LIBERAL, COMO HAY MUCHOS

CON pretexto cualquiera, Olga se hizo acompañar por Alcira en casa de aquel incomparable general don Aquiles Chicharra, marido de Gertrudis Agualonga.

Cuando llegaron serían las diez de la mañana.

Mientras Alcira se entretuvo, al apenas entrar, con su hermana y las Chicharritas, Olga, so pretexto de que la mayor de sus primas no acudía pronto á recibirla, salióse de la sala al corredor, llamándola:

—Tula, prima, no seas perezosa ni coqueta. Acostada ó vistiéndote ¡á estas horas! ¿No te da pena?

—Entra, Olga. Ven á mi cuarto.

En el camino se encontró Olga con el general Chicharra, quien, creyendo decir un chiste, la saludó con esta necedad:

—¿Qué escándalo es ese, en mi casa? ¡Cómo se atreve la bribona!

Olga sonrió sin ganas, por cortesía, y estrechando la mano que le tendía Chicharra, le dijo en voz baja:

—Tío, conviene que usted y yo conversemos cinco minutos, solos. He venido solamente á decírselo.

—Bueno, conversemos. ¿De qué se trata?

—No, aquí no.

—Pero, ¿qué misterio es ese?

La voz de Tula, seguía llamando:

—Olga, Olga, ven.

—Un momento—gritó Olga—: estoy saludando á mi tío.

Y encarándose con el general, que permanecía alelado, le dijo:

—Á usted le conviene, tanto como á mí.

—¡Caracoles! Me pones curioso. Ven un momento al comedor. Allí no hay nadie.

—No, no. Lo espero mañana á la tarde en la ventana de casa, á las cinco. Estaré sola. Ni una jota á nadie. Ya sabe: á las cinco.

Tula venía hacia ellos. Advirtiendo el cuchicheo, exclamó, con inocente malicia:

—Parecen ustedes conspiradores.

Olga, como para dar asenso de burla á las palabras de su prima, dijo en voz alta á Chicharra, delante de Tula:

—Ya sabe, general, lo convenido. Y cuidadito: ni una jota á nadie.

Todavía al instante de partir las visitantes se

burlaba Tula de los conspiradores y todavía, al instante de partir, gritaba Olga desde la puerta al famoso Chicharra:

—Lo dicho, general. Puntualidad y discreción.

Las jóvenes Chicharra se desternillaban de risa.

—Esta Olga — expresó una de ellas cuando quedaron solas—tiene cosas estupendas.

—Es muy capaz—dijo la esposa de Chicharra—de armar de veras una conspiración.

Chicharra no dijo nada. Pero se quedó pensativo.

Era Aquiles Chicharra un vientre enorme sobre dos piernas cortas, un cuello embutido entre los hombros y un rostro mofletudo. Individualizaba aquél su aspecto de cetáceo, dándole carácter al rostro, boto de facciones, una gorda nariz entre rosada y rubicunda, en apariencia sin ventanillas, una carnuda nariz en forma de bellota ó, más bien, como un balano.

Aquel saco de manteca era también una odre de estulticia y un vejigón de vanidad. Pero ni la vanidad, ni la estulticia, ni la manteca alcanzaban las proporciones de su vileza. La vanidad, que hace papel de orgullo en los que no pueden mostrarse orgullosos, suele no concurrir con el servilismo dentro del propio carácter. En Aquiles Chicharra convivían fraternalmente. Tal vez no nació para siervo; pero vistió por cálculo desde joven la librea de los lacayos y aquel uniforme de servidumbre se adhirió á su piel: escla-

vitud formó parte de su ser moral, como formaban parte de su ser físico sus cabellos, sus huesos y sus carnes gordas y papandujas.

Su vanidad consistía en esa vanidad subalterna que se alimenta de naderías, no pudiendo nutrirse de acciones resonantes. Alardeaba don Aquiles, pongo por caso, de recorrer ó haber recorrido el trayecto de su casa á la Plaza Bolívar en más tiempo ó en menos tiempo que otra persona alguna.

—Ayer salí—decía en la mesa de su hogar—á las ocho de la mañana y no llegué al Palacio Federal hasta las once. Tres horas para un camino de veinte minutos. Eso no me sucede sino á mí. ¿Y por qué tal demora, dirán ustedes? Pues sencillamente porque me fuí encontrando con amigos que me detenían, deseosos de charlar un rato conmigo.

Su carrera política fué una parábola deslumbradora.

—Todo lo he sido en Venezuela—expresaba el famoso Chicharra: todo, menos arzobispo y presidente.

Así era la verdad.

Sin talento, sin ideas, sin ideales, sin valor, sin previsión, sin instrucción, sin patriotismo, sin personalidad, sin asomos de hombre de Estado, sin ápice de hombre de guerra, sin átomo de hombre de tribuna, sin pizca de hombre de prensa, Aquiles Chicharra por su propia falta de peso,

flotó siempre como un corcho sobre el oleaje de la política. Vivió constantemente del presupuesto nacional, adherido como una ostra al Erario de la república, ó chupándoselo como una sanguijuela.

Su única virtud fué la pasividad.

Siempre que se necesitó un hombre que firmase lo que nadie quería firmar, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían ministro; cuando se solicitó un hombre que dijese lo que nadie quería decir, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían diputado; si fué menester condenar á algún inocente, allí estaba Aquiles Chicharra: lo hacían juez.

Como no servía para nada servía para todo.

En los intervalos de esos magnos servicios prestaba otros, menos ruidosos, aunque á veces no menos útiles, como el de deslizarse á lo somormujo en la amistad y en el hogar ajenos, y sondear á Fulano, ó ir á comprar en Europa un yatecito para recreo del presidente, yate que se cargaría luego á la nación al precio de un crucero acorazado.

Aquiles Chicharra era el más barato de los pillastrones políticos. Por eso lo utilizaban de preferencia. Él había ocupado todos los cargos públicos y no era rico; había ensuciado su nombre en las más bizcas y puercas especulaciones del peculado y tenía las manos, si no limpias, vacías. Así, exclamaba á menudo:

—He recorrido todos los empleos de la república y apenas cuento con qué vivir. Después dirán que los «liberales amarillos» de Venezuela no somos patriotas y honrados!

La circunstancia de tener apenas con qué vivir, según sus palabras, y la costumbre de pelechar en el presupuesto y comer de la nación hasta el punto de creerse defraudado si trascurría una quincena sin él devengar sueldo, por una ú otra razón, obligaban á Chicharra á besamanos, genuflexiones, protestas de adhesión, y á las constantes antesalas de ministros y presidentes, ya para conservar un puestecito, ya para mendigarlo. Se le veía con tolerancia, como á quien puede servir en momento oportuno y conviene tener á mano. Era necesario y pegajoso como el perdiguero del cazador.

De él se servían los politiqueros como los pescadores de la atarraya; terminada la pesca, se echa á un lado el instrumento. Pero este instrumento hablaba y no se dejaba arrinconar. Algunos viejos cómplices de Chicharra ó que se valieron de tan complaciente servidor, decían de él:

—Pobre Aquiles. Es un buen liberal. Ha prestado muchos servicios á la causa. No podemos dejarlo sin nada.

«Sin nada», era sin empleo.

Para conquistarse olvidadizas gratitudes ó nuevas benovolencias no bastaban anteriores servicios; era menester renovarlos, protestar á menu-

do que se estaría dispues to al sacrificio de los intereses del gobierno y saberse ganar con zalemas la buena voluntad de los dirigentes en turno.

Mandase Pedro ó mandase Juan, el abnegado Chicharra estuvo siempre dispuesto á sacrificarse por el gobierno, cobrando su vocación al sacrificio todas las quincenas en la Tesorería Nacional, y pagando á los mandatarios con adulaciones.

Su grado de general tuvo un origen grotesco y divertido, que ya empezaba á olvidarse.

Nombrado gobernador de un Territorio Federal donde el Ejecutivo de la República, ó más claro, el Presidente, quiso cometer no sé qué desaguisado, hubo en el Territorio un alzamiento contra Chicharra. Chicharra se rodeó de la más brillante oficialidad, partió en busca del enemigo, lo encontró, dispuso sus baterías... y salió corriendo.

—Salí corriendo—explicaba él más tarde—á participar al Presidente de la República la acción.

En efecto, lleno de ardor bélico y sin dudar del heroísmo de sus tropas, Chicharra abandonó el campo del peligro, se fué á sitio seguro y telegrafió al Presidente:

"Encuentro formidable con los rebeldes, en el sitio de La Rochela. Nos estamos batiendo como leones. Anuncio victoria completa. Lo felicito á usted y felicito al Partido Liberal por este glorio-

so triunfo de nuestras armas. Yo siempre dispuesto al sacrificio. Cuente conmigo incondicionalmente.

Su leal amigo y subalterno,

AQUILES CHICHARRA."

El ardor bélico de Chicharra, que no se empleó frente al enemigo, con las armas en la mano, sino en la oficina telegráfica con la pluma incondicional en la diestra, jugó una mala partida al prudente Aquiles.

No bien se hubo transmitido aquel despacho al Presidente cuando las tropas del gobernador Chicharra se presentaron corriendo. Los rebeldes habían triunfado. La victoria de Chicharra se convertía en fuga. Los oficiales acusaron á Chicharra de cobarde fanfarrón, que dió el ejemplo de la carrera á la tropa.

—Por Dios, señores—exclamó el ballenóptero Aquiles, con acento de melodrama.—Perdonémosnos los unos á los otros, en nombre del Partido liberal, y probemos que estamos dispuestos al sacrificio.

Aquellas mágicas palabras serenaron el horizonte y evitaron una trifulca.

Tres ó cuatro veces se encontró Chicharra con los rebeldes y tres ó cuatro veces salió corriendo para anunciar al Presidente de la República nueva victoria. Á la cuarta victoria obtenida por telégrafo sobre los rebeldes, Aquiles Chicharra se

presentó en Caracas. El Territorio quedaba en manos de los revolvedores.

Caracas lanzó una carcajada estrepitosa con los triunfos de Chicharra. «Un triunfo de Chicharra», se hizo refrán para significar derrota grotesca.

En cierto periodiquito maleante salió un anuncio sarcástico:

COCHERA DE AQUILES CHICHARRA

Ofrece victorias al público.

Y por teléfono, gente chusca y maligna lo volvió loco encargándole victorias de paseo.

Pero el tiempo había transcurrido, y no en vano. Las victorias de Chicharra se fueron olvidando: olvidóse también el origen burlesco de su grado de «general». Ya no se le titulaba general por mofa, sino por costumbre. Él mismo, con el mayor tupé, se permitía estampar en sus tarjetas:

GENERAL AQUILES CHICHARRA

EX MINISTRO, EX DIPUTADO,
EX ADMINISTRADOR DE ADUANA, EX GOBERNADOR
DE TERRITORIO, ETC., ETC., ETC.

El célebre é imponderable general no frecuentaba el casón de las Agualonga. La política lo absorbía. ¡Qué tiempo iba á sobrarle para malgastar en visiteos á parientas pobretonas y por añadidura rezanderas y conservadoras!

Olga era la preferida suya en aquella casa. Á Olga la quería, á su manera. ¿Quién sino él acercó Andrés Rata á Olga? ¿Quién introdujo al Rata con destreza en casa de la Agualonga, á pesar de la desesperada oposición de las cuñadas? ¿Quién contribuyó á imponerlo allí, apoyando á Olga?

Es verdad que él procedió de tal suerte, en primer término, para ser útil á Andrés Rata, que si bien hijo natural de una vieja mulata de Carúpano, era un joven liberal, un periodista del gobierno. Pero también es verdad que obrando de tal guisa complacía á Olga y que Chicharra se complacía complaciéndola.

Aquel nexo del noviazgo los unía.

También los unían otros nexos.

Muy jovencita Olga—apenas contaba trece años—fué á pasarse un día con Tula. Sobre condiscípulas, eran ambas primas de la misma edad. Chicharra aprovechó la ocasión. Atrajo á su cuarto á Olga y sentándose en un sillón y hablándole de cosas indiferentes, empezó á acariciar á la sobrina, no á lo padre, dejando caer las manos de la cabeza al rostro, sino como sátiro astuto, deslizándola de las pantorrillas hacia los muslos.

Olga, que se dió cuenta de las intenciones de su tío, salió corriendo.

Dos años más tarde, una ocasión, Aquiles, en la sala de su hogar, mostraba á Olga fotografías escabrosas: mujeres y hombres desnudos en complicadas actitudes de vicio. Mientras la sobrina contemplaba con avidez aquellos mimos de lascivia, su tío, el famoso general Aquiles Chicharra, se restregaba contra ella. Encendida la sangre por el roce con aquella criatura blonda y linda, Chicharra no pudo más y le cayó á besos. Olga no era ya una chicuela. Asestó al fauno una tremenda bofetada. El general la dejó tranquila. Desde esa vez respetó más á la sobrina. Aquella mano pegaba. El siervo se sometía al puño. Y no le guardó rencor.

No sólo no le guardó rencor, sino que la invitaba al teatro, á menudo, llevándola junto con Tula y hacía que viniera á pasarse con la familia Chicharra hasta semanas enteras, en las estaciones de placer, ya en las montañas de Los Teques, por Agosto, ya en la playa de Macuto, por Diciembre y Enero.

El que Olga visitase á la familia Chicharra, con Alcira ó con Rosaura ó con la misma Eufemia, que salía poco, parecía muy natural.

Lo que Aquiles no encontraba corriente eran las palabras misteriosas de Olga y sobre todo la cita. Se perdió en cavilaciones. Supuso que podía ser alguna desavenencia con Andrés Rata; pero

desechó la hipótesis por absurda. Olga manejaba á aquel hombre como le daba la gana. ¿Qué diablos podía ser? Á pesar de sus ocupaciones políticas y de sus preocupaciones cortesanas, Aquiles esperó con impaciencia la hora del *rendez-vous* y acudió con puntualidad.

En cuatro palabras Olga lo puso al corriente de la situación.

Con motivo de negociar el caserón, Irurtia se había enamorado de Rosaura; Rosaura no toleraba ni que le tratasen del asunto y no era posible dejar escapar la ocasión ni los millones. Ella le pedía consejo á su tío.

Aquiles experimentó una desilusión:

—Yo creí que se trataba de otra cosa—dijo.

Su mujer no tenía parte en el caserón de las tres Agualonga, como no tenía tampoco parte Olga, heredera de otra Agualonga. Á la madre de Olga, lo mismo que á la esposa de Chicharra, se les entregó, al casarse, la parte de herencia que les correspondía. Aquel negocio del casal, en consecuencia, no interesaba á Chicharra en lo más mínimo y juró no mezclarse en él. Cada uno que se maneje como pueda y negocie como lo entienda. En cuanto el enamoramiento de Irurtia y la repulsión de Rosaura, le importaba tres pitos.

—Yo no cargo vela en ese entierro—expuso á Olga, para significar su desistimiento de toda participación.

—Pero tío, ¿un consejo?

—Te digo que yo me lavo las manos, como Pilatos.

Entonces Olga, que tenía su plan entre ceja y ceja, lo apostrofó:

—No parece usted el Aquiles Chicharra de antes. Usted ha degenerado, tío. Usted es inferior á su fama. ¡Cómo! ¿Es usted el hombre que ha ocupado con lucidez tantos y tan varios cargos públicos? ¿Es usted el que dominó tantas situaciones políticas? ¿Es usted como Bolívar, «el hombre de las dificultades?»

Aquiles se sintió bañar en agua de rosas. Su vanidad emergía como un islote cubierto por el agua, cuando se retira la marea. Aquella bribona lo conocía. Escuchaba, el rostro plácido, los reproches de la sobrina.

No queriendo interrumpir aquella música celeste, se limitó á murmurar:

—¡Muchacha! ¡Muchacha!

—No, tío, no me desilusione. Déjeme conservar de usted la idea que me he formado. Por lo menos, que no pierda la ilusión de que usted es un grande intrigante, un intrigante de genio, como don Vicente Amengual.

Aquello era el colmo de la lisonja. Chicharra no pudo resistir. Compararlo con Bolívar, pase. Él tenía cualidades que á Bolívar faltaron. ¿Pero compararlo con don Vicente Amengual? ¡Cielo santo!

—Sobrina—le dijo, sin poderse contener,—tú eres la única persona que me comprende.

—Ya lo creo que lo comprendo, tío. Usted es un hombre superior: usted tiene hasta la falta de escrúpulos de un hombre superior. Usted no se enreda en sus alas. ¡Arriba, siempre arriba! ¡Volando, siempre volando!

Chicharra respiraba á pulmón lleno. Su rosada nariz de balano parecía enrojecerse de gusto. En su rostro de angelote cachetudo, dibujábase la sonrisa de los bienaventurados.

Olga continuó:

—Es porque lo comprendo, tío, que no me explico su indiferencia en este asunto. El oro siempre es el oro.

—Pero qué gano yo, sobrina, con que Irurtia sea rico y con que Rosaura lo abomine ó no lo abomine.

—Tío, por Dios, vea hacia adelante. Sondee el porvenir. Irurtia, casado con Rosaura, significa Rosaura millonaria. Ese viejo no puede vivir largo tiempo.

—¡Bueno, Rosaura rica! ¿Y á mí qué me importa?

—Rosaura rica, significa que yo seré rica. Ella me dará, de una manera ú otra, cuanto yo le pida. Yo rica, ¿qué no haré por usted, tío, por mi prima Tula?

—Todo eso es música celestial.

—Otra cosa, tío. Rosaura no tendrá hijos,

como usted comprende, de ese viejo lagarto de Irurtia. Los herederos de Rosaura son Eufemia, Alcira y mi tía Gertrudis, su esposa de usted. Dios nos conserve muchos años á mi madrina. Pero nadie sabe lo que puede ocurrir. Los millones de Irurtia, en parte, pueden ser de usted y de su familia.

—Francamente, yo no había visto la cosa de ese lado.

—Pues véala.

Tío y sobrina terminaron por entenderse.

El general Chicharra vendrá una tarde en casa de las Agualonga y se encontrará allí, por casualidad, con Irurtia. Olga le dirá cuándo. Una vez en presencia del enemigo, abrirá el general su campaña. Lo primero, manifestarse muy agradecido por la actitud de Irurtia con la familia Agualonga durante la negociación. Con hábil pretexto se encontrará mezclado en el cambalache y se avistará tres ó cuatro veces con Irurtia.

Ya madura la fruta, engullírsela. Se invitará á Irurtia á comer en casa del general: prevenciones, agasajos, mucha miel.

Las Agualonga irán á la comida, ignorando que Irurtia asiste.

En cuanto á Rosaura, silencio. Olga se encargará de su madrina.

SEGUNDA PARTE

I

EL CRUSTÁCEO

SERÍAN las seis y tantas de la tarde. El crepúsculo encendía sus luminarias de capricho, y el cielo de Occidente se nacaraba con nácares de oro.

Los cerrajones del Avila verdinegreaban ya, y todavía por el abra del valle caraqueño, hacia Petare, penetraba en avenida luminosa, como Orinoco desbordado, la gloria del sol. No era la luz caliente y centellante del mediodía cayendo desde el cenit é iluminándolo todo, hasta las sombras de los árboles, sino una pálida y tibia claridad de oro que mariposeaba á lo lejos, en el campo, sobre las manchas verdes de los cultivos, y prendía incendios en las vidrieras occidentales de la ciudad, que parecían de veras arder.

Cruzan coches de paseo con mujeres vestidas de claro y hombres vestidos de obscuro. Los tranvías se dirigen, repletos, hacia los barrios distan-

tes. Atraviesan obreros, sudados y ojerudos, vestidos de dril; modestos industriales con pantalones llenos de arrugas y americanas de casimir descolorido ó de alpaca marchita por el uso; innúmeros alemanes del comercio; amén de uno que otro paseante del atardecer, tal cual criada con su recua de niños, éste ó aquel matrimonio pobretón que sale á coger aire y regresa á sus penates en la *carroza di tutti,* la madre que exhibió en calles y plazas su pimpollo con enaguas, otra madre que paseó el suyo por tiendas de modas y salas de intimidad, donde abundan más los primos hermanos que las primas... Y por entre ese mundo heteróclito se apresuran, camino del hogar, ó á tener un rato de tertulia en el café antes de restituirse á la familia, aquellos á quienes el deber mantuvo todo el día en quehaceres almaceniles, tenderiles ú oficinescos.

Mientras iba callejeando y discurriendo ese público crepuscular, Andrés Rata, de pies en la acera, pelaba la pava con Olga Emmerich, sentada en un poyo de ventana, en el salón de las Agualonga.

En aquella misma sala, por dentro, hacia otro extremo, dialogaban á solas don Camilo y Rosaura. Se diría que también estaban pelando la pava.

—¿Y eso, marcha?—preguntó el Rata á su novia, aludiendo á las relaciones del viejo con Rosaura.

–Así, así—repuso Olga.—Dios sabe lo que

nos cuesta convencer á mi madrina de que debe ser, por lo menos, tolerante.

Andrés Rata era, en lo físico, un macaco de pellejo negruzco, un mulato ágil, huesudo y chiquitín, de belfo descolgado y escleróticas amarillentas. Se le busca por instinto, bajo el saco, la cola, porque no sabe uno, á primera vista, si aquello es la metamórfosis del mono, que se convierte en hombre, ó la degeneración de un hombre que retrograda al mono. De todas suertes, busca uno con los ojos la cola, pensando que la vida habitual de aquel hominideo debe ser la vida arborícola. En lo moral, peor: sucio, infeccioso como el salivazo de un tísico y más vil que la vileza. Á su lado, el famosísimo Chicharra parecía un hombre digno ó poco menos.

¿Cómo llegó hasta Olga? ¿Cómo pudo la liendre prenderse y anidar en los rubios cabellos de la linda criaturita, blanca y de oro? Era una complicada novela aquella historia, una obra maestra de Chicharra y de la Emmerich.

Cuando Olga, respondiendo á la pregunta de su novio aquella tarde, expuso que las relaciones del vampiro usurero y la Agualonga no volaban bajo cielo cerúleo, sobre una mar de aceite, viento en popa, Andrés Rata, con la inhumana urgencia del que aguarda un sacrificio ajeno en beneficio propio, insinuó:

—Tu tía, con sus melindres, nos está perjudicando á todos.

Á Olga le dió rabia la salida, y exclamó, entre chancista y regañona:

—Á ti, papahuevos, no te toca sino callar y tener paciencia.

Él quiso subsanar la pifia:

—Lo digo por ti. Sabes que el único interés que tengo en este asunto es el interés de casarnos pronto.

Con la poca estimación que Olga sentía hacia aquel que iba á ser su esposo, le dijo, sentenciosa y cruel:

—No, Andrés; cuando un hombre quiere casarse, pone los medios y busca el dinero con que hacerlo; no lo espera todo de los demás.

El Rata trató de rebelarse.

Ella lo calmó, riéndose de tan inusitados aspavientos y de que se considerase herido por una frase. Un «vamos, Andrés mío, no seas tonto», lo calmó.

La autoridad, más que despótica, que ejercía Olga Emmerich sobre aquel hombre tan vil como débil, autoridad que raras veces una mujer descubre antes del matrimonio, triunfaba sin apremio de los conatos de rebelión del Rata.

Este hombre, acostumbrado á adular á todo el mundo por necesidad de su temperamento lacayuno y como para hacerse tolerar, obedecía por secreto impulso al más imperioso. Él no vendía ó explotaba su vileza como Aquiles Chicharra no; era servil por naturaleza, por vocación, gra-

tuitamente. Á los diez y ocho años ya dedicaba loas rimadas al presidente de la República, á quien no conocía, de quien nada esperaba. Era un diletante del servilismo; complacíase en devorar deyecciones y excrementos por un cóprido instinto de cucaracha. La vanidad por ser el prometido de tan linda y blanca mujercita, aliándose con el sincero amor del mozo y su innato servilismo, constituyeron á Andrés Rata en fantoche que Olga bailó siempre como le vino á gusto.

Ya risueño, y aun curioso por conocer el resultado de aquellas relaciones entre Irurtia y Rosaura, curiosidad que obedecía á un vago y obscuro sentimiento de sórdido interés personalísimo, el cambujo preguntó:

—É Irurtia, ¿no habla de matrimonio?

Más exorable que al principio, Olga respondióle:

—Ni una jota.

—¿Pero cómo explica las visitas casi diarias que hace á ustedes y los secreteos con Rosaura?

—Pues no los explica, hijo mío, y nosotras no somos tan memas para exigirle explicaciones.

—El día menos pensado puede irse para no volver. Es un ladino. Hay que cogerlo con trampa. Y por lo menos, que realice pronto la permuta de la casa; así podremos nosotros casarnos cuanto antes.

—Irse Irurtia, no se irá. Cada vez se enamorará más y más de Rosaura; y Rosaura, por su par-

te, lo verá cada vez con menos antipatía. Cuando Irurtia hable de matrimonio, si habla, ya mi madrina estará hecha á la idea. Lo difícil ha sido llegar adonde hemos llegado: á que lo reciba. No sabes lo que ha sufrido, lo que ha llorado. Dice que cede por nosotras. ¡Pobre madrina!

—¿Y la permuta?

—Se hará. La casita que Irurtia entrega la está terminando de rejuvenecer. Era la más conveniente; pero hubo que revocarla casi del todo. Y eso toma tiempo. Antes de un mes quedará lista, y entonces nosotros dos podremos fijar fecha para casarnos.

Á la voz de matrimonio, el descolgado belfo de Andrés Rata contrájose para dibujar una sonrisa; y sonriendo el mulato lo sorprendió Irurtia cuando éste se acercó al poyo de la ventana para despedirse de Olga. Olga, de mucho tiempo atrás, se había vuelto con don Camilo un terrón de azúcar; don Camilo ya no le conservaba ni la prístina antipatía, ni el antiguo rencor.

Asomó Irurtia apenas entre umbral y dintel, por el zaguán de las Agualonga, y ya Andrés Rata se estuvo despidiendo de su novia, con el premeditado intento de acompañar unas cuadras á don Camilo, haciéndole garatusas y pindongas.

Desde que el agiotista—después de la comida en casa de Chicharra—dió en la flor de menudear sus visiteos, casi en son de galán, hacia el atardecer, Andrés Rata creyóse en el deber de

ir á las mismas horas á cortejar á Olga. Esperaba de diario á que saliese el vejestorio para acompañarlo un trecho, prodigándole zalemas.

¿Por qué adula Andrés Rata? Preguntad al pájaro por qué vuela y al río por qué corre y al rosal por qué echa rosas y al mango por qué da frutas. ¿Por qué adula Andrés Rata? Por organización, por instinto, por temperamento, por ley de su naturaleza. Aquel homúnculo de pellejo entre cobrizo y negruzco, aquel Rata de alma arrodillada, sentía la necesidad de doblegarse ante cualquiera, de buscar ante quien inclinarse, curvando la cerviz y el espinazo, porque sus rodillas tendían al hinojo por movimiento tan espontáneo como el de la respiración.

Hasta había ya disparado por la prensa su ballesta de adulaciones al usurero, desde aquel periodicucho llamado *El Constitucional*, foco de infección que enfermó de vileza á casi toda la república, hojilla de tan albañalesca memoria. "Por la vanidad me lo ganaré",—pensó Andres Rata, sin saber á punto fijo para qué deseaba ganarse á Irurtia.

El prestamista, por su parte, desconfiaba de las genuflexiones del mulatón. Nada chocó tanto á Irurtia como verse en letras de molde. Desde que lo visitaron, años atrás, aquellos cacos nocturnos y desde que el Estado introdujo la nariz en los negocios de usura doncamilesca, no apareció el nombre de Irurtia en gacetillas ni cróni-

cas. El encontrarlo ahora en *El Constitucional* de la dictadura con motivo, primero, del banquete en casa de Chicharra, y luego con mas fútiles pretextos, no halagó al usurero en lo más mínimo.

Profesó de antiguo á la prensa don Camilo Irurtia el miedo que le profesan cuantos vivieron vida con lamparones. Nada de luz con exceso para vestidos, conciencias y vidas manchadas. Su inextinguible fondo de desconfianza removióse; y de aquel légamo de sentimientos viscos y gelatínosos surgió una súplica, casi defensiva, que estuvo á punto de formular, para que Andrés Rata nunca le mencionase en la prensa, ni siquiera por vía de elogio. Pero don Camilo Irurtia, que si no alas de águila, batía alas de murciélago, es decir, que era un espíritu membranoso y nocturno, si bien capaz de un ímpetu de vuelo, por torpe y menguado que ese volar pareciese, no quiso demostrar el disgusto que sentía cuando la prensa zarandeaba su nombre, aunque delante de su nombre ardiese la mirra.—«No le dejaré descubrir mi escozor,—se dijo, pensando en el Rata; tampoco le manifestaré contento ni menos gratitud: sería contraproducente.» Por eso cuando Andrés Rata anunció dos ó tres veces á Irurtia que *El Constitucional* de la víspera hablaba «del gran financista, con la debida admiración», el usurero, que se sabía de memoria la gacetilla concerniente, le contestó: «bueno, buscaré el diario y me impondré». De allí no lo sacaban las frases

campanudas de la adulación ni los inciensos odorantes del turiferarismo.

Andrés Rata no supo inspirarle nunca sino un sentimiento invencible de recelo, aunque Irurtia no supiese por qué. En cuanto lo topaba, don Camilo se ponía en guardia, con la precaución del que vislumbra un cartel de alerta: *cuidado con los rateros.*

Aquella tarde, cuando Irurtia, al salir del zaguán de las Agualonga, pasó frente á la ventana donde discreteaban Olga y su novio, éste se empató al usurero y juntos echaron á caminar, calle delante.

El sol se había puesto. La sombra, de súbito, como una cortina que se corre, entenebreció el espacio. En la bóveda del firmamento, poco antes de azur, ya umbrosa, lucían como gota de agua lumínica la blanca Venus y como ascua bermejiza el bermejizo Marte. Á los pies de Marte, amarilleaban de envidia Los Gemelos. Estrellas, aquí y allá, guiñaban los ojos de oro.

En la calle, luceros más modestos, los faroles del municipio, también cabrilleaban; y las mariposas del gas movían sus inquietas alas de luz, mientras los arcos voltaicos parecían como pájaros de quimera en esféricas jaulas de vidrio, agitándose de continuo, nerviosos y esplendentes.

—Hace un instante,—dijo Andrés á su compañero, por decir algo,—hace un instante aún brillaba el sol, y de repente, ¡pum! la noche.

Como don Camilo no respondiese, Andrés Rata continuó:

—¿Se ha fijado usted, don Camilo, en lo breve de nuestros crepúsculos del trópico? En otras zonas, según cuentan...

Irurtia lo interrumpió con visible desabrimiento:

—Con franqueza: no me he fijado; ni conozco más tierra que la mía, ni puedo comparar crepúsculos de Caracas, que puede decirse nunca he visto, porque no me han llamado la atención, con crepúsculos de otras zonas que, repito, no conozco.

Tomando á broma la sequedad del agiotista, Andrés exclamó:

—¿Que no ha visto puestas de Sol, don Camilo? ¡Ni que fuera ciego!

É irónico, añadió:

—¡Es un espectácuto tan bello... y tan barato!

—¿Barato, dice usted, por decir que no cuesta dinero? Puede ser, para otra persona. Para mí, no. La media hora que yo pudiese perder en contemplación estéril, la aprovecho en descansar cuerpo y espíritu, en recobrar fuerzas para emplearlas al día siguiente y traducirlas en dinero, ó bien lo dedico á pensar, ó bien á realizar lo ya pensado. Mi tiempo es oro. Si lo malgasto, pierdo. Ya usted ve.

—Conviene endulzar la vida, don Camilo. Todo no ha de ser trabajo. Y no me negará us-

ted que ese espectáculo produce placer. Los pintores y los poetas...

—Pero yo no soy ni poeta ni pintor. Los artistas son otra cosa. Ellos hacen muy bien en contemplar la Naturaleza; ese es su negocio. Aparte de procurarse con ello un placer, esa contemplación les conviene. No crea usted que son tan desinteresados; ese, repito, es su negocio. Desinteresados serían los hombres que se dedicasen á lo que no les produce ni placer, ni gloria, ni beneficio: un poeta, á la medicina; un médico, á la pintura; un pintor, á la industria; un industrial, á la astronomía; un astrónomo, á la química. Pero que pintores y poetas se plazcan en la contemplación de la Naturaleza, no tiene gracia ni desinterés; ese es, repito, su negocio. Cuanto á la teoría de endulzar la vida, me parece muy buena. Sólo que unos la endulzan con una cosa y otros con otra. Yo también gasto azúcar... de la mía.

Estaban llegando á la esquina. Don Camilo deseaba desprenderse de Andrés Rata, y le preguntó:

—Y usted, ¿por dónde va?

—Por aquí—respondió el melampigio, haciendo un vago ademán con el brazo.

—Pues yo me voy por acá—dijo Irurtia, enseñando la calle opuesta.

Andrés Rata comprendió, ¿cómo no iba á comprender?, la intención de Irurtia, si no ofensiva, por lo menos de desembarazo, y en sus

adentros, sin poderlo remediar, aplaudió el desparpajo del prestamista. "Este hombre es una fuerza, pensó; no se enzarza en fórmulas vanas, sino que corre, denodado, á su objeto." Las escleróticas de Rata amarilleaban, como sucias de nicotina, á la luz de un farol. El morado belfo del negroide se contraía con mueca indefinible, mientras Andrés estrechaba la diestra del acedo tacaño, en el adiós que le infligían.

Por íntimo sentimiento de poquedad, de pequeñez, ó más bien de cobardía, Rata se puso á aplaudir, en su interior, á aquel "denodado" que lo acababa de insultar, ó casi casi, con un menosprecio patente.

¡Él, qué distinto de Irurtia! Él sentía necesidad de sonreir, de cortejar, de inclinarse, de besar manos, de lamer pies; su preocupación consistía en hacerse tolerar, en que lo tolerasen, como si no tuviera derecho á existir. Los fuertes que luchaban como fuertes le inspiraban antipatía. Él luchaba de otro modo; no á puños y dientes como Irurtia, sino con palabritas de miel, sonrisas y quitadas de sombrero. Pero los fuertes arribados á la cumbre, ya del poder, ya de la fortuna, le inspiraban el más profundo respeto. Jamás hubiera sido capaz de atacarlos. Quería á Olga, no tanto por bella ni por Olga, sino porque representaba, primero, un valor social, y luego, por el carácter de la hermosa, ríspido y dominante; es decir, veía en ella voluntad, nervio, señorio, látigo, amo.

Andrés Rata, cubierto de su ignominia como de resistente escama, y flexible, á pesar de coraza tan dura, pertenece á una especie de crustáceos, aún no clasificada. La corteza de este crustáceo es invisible al ojo: es una costra en el alma; pero esa costra no impide la agilidad en la vileza, porque tiene coyunturas como el caparazón de los crustáceos conocidos en zoología.

II

REUMATISMO Y MAL DE AMORES

CUANDO Irurtia regresó aquella tarde á su chiribitil, cumplida la cotidiana visita á las Agualonga, y después de su conversación de los crepúsculos con Andrés Rata, el crustáceo, encontróse conque la comida no estaba puesta, ni en vías de serlo.

Tendida en su camastro, con un pañuelo de Madrás, amarillo y rojo, cubriendo la blanca tumusa, cuyas mechas salían por las sienes, Tomasa berreaba como si la desollasen viva. Se estaba muriendo, decía. Aquellos remedios de Cirilo no le probaban. Á una vieja derrengada é inútil eso es lo que toca: morirse en abandono, como un perro.

Tan merecidos reproches llegaron al corazón de Irurtia. Al fin tratábase de una abnegada mujer, en cuya compañía vivió siempre. Trató de serenar el espíritu de la anciana, ya que para cal-

mar las penas físicas, las palabras no eran eficaces:

—¡Por Dios, Tomasa! ¡Qué aspavientos son esos! Pareces una chicuela, huérfana de la víspera, que llora por su mamá. Te desconozco. Tú, la fuerte; tú, la buena; tú, la única persona á quien reconozco por de mi parentela, por sobre hermanos y sobrinos que apenas trato; tú, la única persona á quien amo; tú, la única á quien debo afecto, te quejas ahora, creyendo que puedo no cuidarte ó que vas á morirte porque ese malvado reumatismo te pinza en las canillas! No seas injusta, no seas papanatas, no seas tan poquita cosa.

Si el reuma hubiese desaparecido en un segundo, dejándola ágil como una bailarina, aérea como una sílfide, Tomasa no habría sentido mayor alivio ni tanto alborozo. Empezó á sonreir. Las palabras de Irurtia le sirvieron de panacea. Y en medio de sus lágrimas primeras, aún no evaporadas por completo, al través de aquel llanto reilón ó de aquella risa de lágrimas, Tomasa hizo hincapié — quejumbrosa de que la defraudasen en su derecho —, respecto á la conducta de Irurtia para con ella.

—Se te están dando tres pitos de verme perniquebrada, casi tullida, desde que el diablo te condujo en casa de esa familia Agualonga.

Entre amoscado y benévolo, Irurtia exclamó:

—No seas borrica, mujer.

Y para cortar de raíz la querella y no dar res-

quicio ni siquiera á alusiones, habló de otro asunto.

Corrido un rato, ofreció:

—Mañana mismo te traigo un médico de Universidad, de esos que á ti te gustan, á ver si te pone buena en un periquete.

—¡Buena!—dijo Tomasa, con aspecto de duda melancólica.

—Buena, sí, buena. Ya lo estarías si el tal Cirilo Matamoros no se hubiera vuelto un zopenco.

Cuando Irurtia salió de la pieza, enjugábase Tomasa dos últimas lágrimas; pero estas dos lágrimas últimas las hacía verter, no el abandono, sino la gratitud. Hizo esfuerzos y pudo levantarse. Irurtia, que escuchó desde la alcoba el chancleteo claudicante, preguntó:

—Pero qué locura es ésa, Tomasa. ¿Cómo te levantas?

Y la vieja, de corazón maternal y siempre en holocausto, le repuso:

—Piensas, Camilo, que voy á dejarte sin comer. ¡Ni que me estuviera muriendo de veras!

Irurtia, que había empezado á desvestirse para trajearse de casa, con la muda más vieja, se quedó pensativo, con los pantalones recién quitados en la mano.

¡Pobre Tomasa! Estaba en realidad muy acoquinada por el fulano reumatismo. Y él sin darse cuenta. ¡Qué descuido! Lo cierto era que muchas cosas se le trabucaban ahora.

No quería Irurtia convenir en que Rosaura, ó mejor, su enamoramiento senil por Rosaura, fuese la causa única de todo aquel relativo desarreglo de su vida; pero confesábase que ello entraba por mucha parte. Veíase en un callejón sin salida, ó con una sola salida: el matrimonio. No deseaba, con todo, pensar en aquello, le parecía ridículo á su edad; aunque más ridículo le parecía cortejar, á su edad, á una mujer que no podía ser su manceba y á quien no pensaba desposar. Era aquello, de veras, un callejón sin salida.

Y como todo el que tiene en brumas el ánimo por obra de alguna pasión imperiosa, Irurtia desrazonaba ó razonaba á la birlonga.

No creía ni un minuto, aquel hombre tan listo, á pesar de tantos y tan sospechosos manejos, el que Olga, Andrés Rata, el general Chicharra, y, en cierto modo, hasta Eufemia y Alcira, militasen de acuerdo para pescarlo. De imaginárselo, se escabulliría antes de caer en el garlito. Pero ni por sus mientes apuntó semejante presunción. Hasta el banquete en casa de Chicharra le parecía la cosa más natural del mundo.

Aún á medio desvestir, con las faldas de la camisa cayéndole sobre los calzoncillos, con los pantalones en la mano izquierda, de pies en el centro del cuarto y fijos los ojos en la bujía del velador, sin caer en la cuenta de que estaba ardiendo, es decir, consumiéndose, el viejo langa-

ruto se puso á recordar la comida en casa del famoso general Chicharra.

Estrenó un traje para asistir al ágape, el mismo traje que estaba quitándose. Compró levita y pantalón únicamente; el chaleco le pareció prenda inútil, si cuidaba de llevar abrochada la levita; en todo caso, el antiguo chaleco aún servía. Antes de procurarse aquellas dos piezas de ropa le ocurrieron vacilaciones. Muy enamorado debió de sentirse y muy seguro de encontrar en casa de Chicharra á Rosaura Agualonga—aunque nadie se lo había dicho—, cuando se decidió á la compra. Con todo, antes de lanzarse en aquella aventura de botarate, el calavera probó á limpiar con bencina el antiguo terno de paño; las manchas se desvanecían á trechos, en parte; pero los codos raídos, las solapas con parches y los fundillos á cuadros ¿de qué manera recomponerlos?

Se presentó con su vestido flamante. Lo sentaron en la mesa junto á Rosaura. Ésta, con ojos como ribeteados de grana, ojos de llanto, casi no despegó los labios, permaneciendo cojitabunda y adolorida durante el banquete.

No por eso estuvo la mesa menos animada.

El famoso Chicharra, rebosante de buen humor y de facundia,refirió pormenores de sus campañas y recordó, con desinterés, sus servicios de estadista. El vientre del pintoresco general se inflaba, como globo cautivo, no sólo de placer sino de alimentos, mientras lo oían con atención los convi-

viales, y el balano de la nariz, más rubicundo en la ocasión por obra del Burdeos, tomó un subido tinte brasilado. El esférico Chicharra estuvo delicioso. Él lo había sido todo en Venezuela; todo, menos arzobispo y presidente. Andrés Rata, Olga Emmerich, las risueñas y frescas hijas de Chicharra, principalmente la llamada Tula, hasta Alcira, todos estuvieron chispeantes y regocijados, todos menudearon prevenciones y agasajos para Irurtia, en cuyo honor celebrábase la fiesta.

Luego, después de comer, quiso la casualidad —tan diligente celestina—que se encontrase Irurtia á solas con Rosaura en el saloncito donde Olga acababa de tocar al piano, donde Tula cantó como una paraulata. Fué un momento, un relámpago, lo que duró aquella íntima solitud, porque Rosaura apresuróse á salir cuando se comprendió á solas con Irurtia; nada se dijeron... Aquel minuto, sin embargo, constituía para Irurtia el mejor recuerdo de la noche. ¿Por qué? No podría explicarlo. Bobadas del corazón. Por lo demás, bien claro se dió él cuenta de que el nunca bien ponderado Chicharra y la esposa de éste, lo propio que Olga Emmerich y Alcira habían descubierto—¡con cuánta discreción!—el secreto amoroso; y ¡con cuánta discreción! se dijera que aprobaban, de modo tácito, aquel sentimiento. Ello lo complacía, no por vanidad, sino porque él, tan diestro y ejecutivo en cuestiones de negocio, se comprendía, con toda sinceridad, en ma-

terias sociales y sentimentales inferior al más epidérmico é incoloro pisaverde.

Aquel cerrar los ojos y dejar correr la bola que descubría ó creía descubrir en los allegados de Rosaura, no lo achacó él—¡tan receloso y de poca fe!—á celada, trampantojo, liga ó conato de pesca marital. Cuanto á Rosaura, pese á la dulzura de la dulce, á la infinita benevolencia de aquella alma generosa, adivinó Irurtia, adivinó más que sentir, algo de aspereza, de repulsa, un valladar, un orgullo erguido, no se sabe qué estorbo mudo y resistente que hacía comprender á Irurtia: de aquí no pasarás.

Pero el obstáculo enardeció más al batallador don Camilo. «¡No importa—pensó—, á las mujeres se las conquista! Son como las plazas fuertes: la gloria consiste, no en entrarlas, sino en rendirlas.»

Dos semanas transcurrieron desde la comida en casa del patas-cortas de Aquiles; y desde entonces concurría don Camilo casi de diario, por las tardes, en casa de las Agualonga, no ya como antaño para callejear con ellas mientras iba mostrándoles inmuebles de cambalache, sino para visitar á Rosaura como amigo, casi como novio. ¿De qué modo se estableció la costumbre? Pues poco á poco, como la cosa más natural del mundo. Lo recibía Rosaura en la sala, á solas, mientras en la ventana Olga Emmerich conversaba con su prometido ó no conversaba con nadie,

sino se mantenía allí, silente y vigilante, como un Lar, como un Hermes, como un Término con faldas.

Siempre en camisa y calzoncillos y con sus pantalones nuevos en la siniestra mano, el pensativo Irurtia se había sentado en el borde del lecho, buscando, maquinalmente, más cómoda postura para la soñación.

De sus evocaciones retrospectivas lo distrajo la voz de Tomasa:

—Camilo, ven. ¿Te has quedado dormido? La comida está puesta.

Don Camilo advirtió que la vela se había estado consumiendo: ¡si ya era un cabo! Y sin terminar de vestirse, rápido como un gamo, acercóse al veladorcito y mató la luz.

III

EN BUSCA DE HIPÓCRATES

Don Camilo despegó los párpados y, poco á poco, fué distendiendo los miembros, en el primer desperezo de la vigilia.

La mañana, colándose por las rendijas, había trocado la obscuridad del dormitorio, más bien que en penumbra ó casi sombra en casi claridad.

Salió de la cama y empezó á vestirse. Todavía á medio vestir, descorrió el picaporte de la ventana, y por la ventana, ya abierta, penetró un chorro de luz. También penetró una tosecilla de catarro: la tos matutina de Tomasa. Algo más invadía el habitáculo de Irurtia, junto con la luz mañanera y la tos pituitosa de la fámula: un canto de pájaro.

Don Camilo, extrañándose por la insinuación de aquel pío, inaudito en el tabuco, abrió de par en par las maderas, y sacando fuera el busto, miró, sobre el filo de una teja, cubierta de verdosa lama, un pajarito rojo y negro. Convertía el

trinador los ojos á una y otra vera, como presa de susto; su entrecortado arpegio no parecía de alborozo ó de rijosidad, sino un llamamiento ó un aviso: «Venid, venid», ó bien: «Aquí estoy»: Irurtia se puso á contemplar el avícula rojinegra.

¡Qué linda era! ¡Si estuviese enviscada la teja y él pudiera atrapar el ave y quedarse con ella! Ensayó el vejete un silbo y hasta castañeó los dedos con una vaga idea de convertirse en pájaro y un poco para engañar al trinador. Cuando el avecica se percató de aquel Irurtia con aspecto de gavilán, lo dejó allí, con un palmo de narices, el silbo en los labios y la castañeta de engañifa en los dedos; y, burlesco ó simplemente atemorizado, rompió á volar.

Poco después Irurtia y Tomasa se desayunaban, según costumbre, con sendos pocillos de café aguarapado y sendos panecillos de á cinco céntimos. Tomasa había pasado una noche de perros. No podía más. El húmedo soplar del amanecer la derrengaba.

—Ya no ando—quejóse—me arrastro. Pronto no podré moverme de una silla ó del catre. ¡Qué horror, Dios mío!

De algún tiempo á la fecha había enflaquecido, lo que no se creyera fácil en aquel espárrago humano. El continuo sufrir le plegó más y más el semblante. Aquel pellejo de Tomasa arrugábase únicamente sobre huesos. El enorme pañuelo de Madrás, rojo y gualda, anudado á la cabeza, so-

bre la siempre desgreñada tumusa blanca, parecía un lienzo de bandera española cubriendo un copo de algodón sin escardar. España se le había subido á la cabeza á la pobre Tomasa.

Mientras la vieja plañía sus dolencias, extrañábase Irurtia, para su capote, de no haber antes puesto atención, en el descender, á toda carrera, de aquella salud. ¡Si ya Tomasa parecía un esqueleto! Pero sinceróse Irurtia con este pensamiento de disculpa: "¡Tomasa nunca se queja!"

Aquel razonar era un ardid para engañarse á sí propio; para no convenir en que un sentimiento absorbente ocupaba su corazón, una idea invasora su espíritu, y que una venda caía sobre sus ojos, como para que sus ojos, cerrados á las cosas circundantes, viesen más claro lo que ocurría en el removido ambiente interior del prestamista.

Tomasa no se plañía á cada momento, es verdad, máxime en las últimas semanas, herida en cierto modo por la indiferencia de Irurtia; pero, cuán á menudo exhalaba su queja en esta exclamación: "¿Qué resta de la antigua Tomasa? ¡Una sombra!"

Irurtia recordó á la vieja la promesa de la víspera:

—Ayer cuando vine de la calle—le dijo—te ofrecí hacerte examinar por un médico de Caracas, por un doctor de Universidad, como á ti te gustan. Pues bien, hoy mismo vendrá: ahora saldré á buscártelo.

Y como aquel que se impone un sacrificio, en pro de alguien, y aspira, por lo menos, á que se lo agradezcan, preguntó:

—¿Estás contenta?

¡Sí; Tomasa estaba contenta con tan generosa promesa! Toda su fe en Cirilo Matamoros era ya niebla desvanecida. No quería ni que le hablasen del curandero.

—No me nombres siquiera á Matamoros, Camilo. No tomaré más ninguno de sus brebajes ni me aplicaré una hoja más de su herbolario, así me muera. Sus porquerías no me han aliviado ni siquiera un cuarto de hora.

Se levantaron de la mesa: ella, esperanzada ahora de curarse, por lo menos de mejorarse; él, satisfecho de sí propio, apreciándose como capaz de rasgos desinteresados, generosos, caballerescos.

Leía ya su *Noticiero*, comprado en la ventana, á un pregonero de paso, cuando llamaron al portón de la calle, repicando el férreo aldabín. Era Berroteran, el alarife pacienzudo y diplomático, el que cortó el ombligo á Irurtia, según el sentir de los peones, porque nunca le contradijo, sino que, adaptándose á aquel temperamento, supo ganarse la confianza del desconfiado. Cada vez acrecía su influencia con Irurtia, y cada vez metía más adentro la mano en aquellos negocios del usurero que se relacionaban con retroventas y revocación de fincas en Caracas.

No bien entró Berroteran, cuando sonaron de nuevo la aldabilla de la puerta. El albañil salió á abrir y penetró una arrapieza del vecindario con una jaula vacía en la mano.

Tímida y azoradiza, expuso:

—Vengo á que me hagan el favor de ver si para acá se ha volado un pajarito de casa.

—Entra, mocosa—respondió Irurtia, casi paternal; busca tú misma. Pero nada encontrarás... Esta mañana un pajarito rojo y negro andaba por el tejado...

—Ese es.

—Pues voló en dirección de aquellos sauces.

La chicuela agradeció con una sonrisa el informe y se encaminó al corralón aledaño—una vaquería,—donde apuntaban al cielo sus índices de esmeralda una docena de sauces.

Berroteran, tan conocedor de Irurtia, se quedó haciendo cruces, no sólo de la amabilidad de don Camilo para con la rapaza, sino de que la hubiese invitado á registrar el cuchitril, en solicitud del animalejo. Todavía cuando salió, el alarife iba por la acera preguntándose:

"¿Qué le estará sucediendo á don Camilo? ¡Parece otro hombre!"

Media hora, á lo sumo, luego de partir Berroteran, echóse Irurtia á la calle. Iba á buscar el médico para Tomasa.

Cuando arribaba á la plaza de Candelaria divisó el reloj público: las nueve.

Don Camilo se detuvo un instante. ¿Hacia qué lado enderezarse? ¿Qué médico solicitar? Desde la noche anterior ocurriósele á Irurtia requerir los servicios de cualquier mediquito en agraz, de cualquier joven que no se hubiese graduado, y careciese de pretensiones; cobraría menos. Lo malo es que no conocía á ninguno. Pensó dirigir los pasos hacia la Universidad, en pos de algún aprendiz de médico; pero se contuvo: los estudiantes, ¿qué son sino gaznápiros y demontres? No; no deseaba exponerse á majaderías estudiantiles. Entonces acordóse de los hospitales: un practicante; eso es, un practicante de hospital, algún mocito estudioso y pobretón, que hubiese ejercido ya la Medicina, y no sólo, como los meros alumnos de Universidad, con conocimientos teóricos: nada mejor le convenía.

Anduvo resuelto varios metros, con intento de dirigirse al hospital Vargas, cuando se detuvo de nuevo, cabizbajo: ¡el hospital quedaba tan lejos! «Además— discurrió,—ya esos pollitos se creen gallos.» Con tal imagen expresábase don Camilo que un practicante de hospital podía cobrarle casi tan caro como un médico.

Recordó entonces al bueno de Cirilo Matamoros y lamentó el desacierto del curandero respecto á Tomasa y las prevenciones de Tomasa respecto al curandero. ¡Qué lástima, de veras! Porque en resumen, Cirilo conocía tanto de reumatismo como el galeno más pintado. No era un

bruto, ni mucho menos, Cirilo Matamoros. Los éxitos curanderiles del «curioso» no se contaban ya con los dedos de ambas manos. El mismo, Irurtia, ¿no se confió á Cirilo más de una vez? Y Cirilo, ¿no lo dejó limpio de achaques, exento de dolamas cuando lacerias corporales lo hicieron acudir á Matamoros? Es más: Tomasa, la propia Tomasa que ahora denigra de Cirilo y no se allana á verlo ni en pintura, ¿no le debe gratitud por anteriores curaciones?

Le pareció injusta la indeclinable prevención de Tomasa contra el bueno del campesino que, en resumidas cuentas, daba cuanto poseía: su ciencia y sus medicamentos, y los daba sin presunción, sin regateos, gratis! Si él consultase por última vez á Matamoros para saber si podía, «sí ó no», curar á la vieja! Después de todo, nada se perdía consultándolo.

Y como en hombre tan ejecutivo, decidir una cosa mentalmente equivalió siempre á ejecutarla, porque Irurtia, hombre de acción, simultaneaba su pensamiento y sus actos hasta donde fuese posible en espíritu tan sinuoso y de recelo, Irurtia echó á caminar calle de Candelaria abajo, resuelto á irse á pie hasta la casa de Matamoros en el vecino caserío de Chacao.

«Hace un momento—pensó—me parecía lejos el hospital Vargas, porque no estaba decidido; ahora me atrevo con Chacao y aun más lejos iría sin contar leguas.»

En efecto, echó á andar, enérgico, tragándose las cuadras alegremente.

Llegó, luego de un ágil trote, á un sitio donde la avenida se bifurca. Recta sigue, por un lado, hasta la estación del ferrocarril central, mientras que, á la derecha mano, despréndese y oblicúa la vía; por esta calle oblicua se baja á las casucas de Quebrada Honda, y, á poco adelantar, la que empezó calle se convierte en carretera, en la carretera de Sabana Grande, Chacao, Petare, etc., etc.

Fué propósito de Irurtia realizar aquel viajecito hasta Chacao, á pie. Pero al considerar la ruta polvorienta, el sol que empezaba á calentar, el daño que derivarían sus brodequines de semejante caminata, el tiempo que invertiría en ir y venir, recordó que el tren, por 0,50 céntimos lo llevaba, y por 0,50 céntimos lo traía, en cosa de una hora, y que, además, evitaríase, yendo por tren, el ajetreo, el desperfecto de los zapatos y la pérdida total de la mañana, en los meandros de aquel camino, entre nubes de polvo, bajo el sol de mediodía.

Optó por la vía férrea.

Lo que partía, cuando Irurtia llegó á la estación, no era tren, sino un tranvía eléctrico.

Se informó en la taquilla. Como el precio era el mismo, ya en el uno ya en el otro vehículo, tomó el tranvía.

¡Qué paseo más agradable en aquel coche al aire libre!

Corre el coche eléctrico, al principio, por grisácea llanura quebradiza, donde albirojean, aquí y allá, casa-quintas blancas entechadas con tejas purpurinas.

En aquella planicie accidentada mueren las estribaciones de la augusta Cordillera, ramal de los Andes, que separa el mar Caribe del valle de Caracas; y como la ferrovía se prolonga paralela á la cordillera, la prócera cordillera acompaña con su noble continuidad á los viajantes. ¡Qué gracia la de aquellas audaces laderas, por donde, á trechos, se despeñan torrentes que chispean al sol, ascienden los cultivos ó enseñan su calvicie los peladeros terrosos y cenicientos que dejó la roza criminal

Irurtia, aunque ni pintor ni poeta, como expuso en momento de mal humor al zascandil de Andrés Rata, llevaba fijos los ojos en el crestón más prócer de la sierra: la Silla del Avila.

Por eso lo sorprendió el parar del tranvía.

Puso atención: estaban en Sabana Grande. Las quintas iban menudeando. Á la derecha, entre el carretero y la vía férrea, los *cottages*, de tapias con enredaderas y jardinillos frontales, asomábanse en grupos al borde de la línea; á la izquierda, hacia el lado de las sierras, se divisan en medio á una arboleda de frutales, una quinta blanca y un molino, blanco también, que agita sus aspas de nieve por cima de tantas verdes copas entre las cuales amarillean cobrizas na-

ranjas; maduran las guayabas de corazón rosáceo y acendran su ácida miel las obscuras guanábanas de vientres enormes.

El tranvía continuó su carrera por los campos. Y como oblicúa á la derecha, se distancia un poco de la sierra, y corre entre haciendas de cañas y tablones de malojo, Irurtia iba mirando á una y otra vera, esclarecidas por la lumbre solar las pértigas verdes del malojo y las flexibles lanzas de las cañas de azúcar.

Otra detención más, en medio de los campos, y se llegó á Chacao.

El zancudo Irurtia echó pie á tierra.

Distaba el poblado dos ó tres minutos de allí. Don Camilo enfiló un callejón que conduce al villorrio, caserío de escasas viviendas, partido en dos por el camino carretero.

La polvorienta calzada cubre de polvo espeso, sucio, como de ocre desvaído, las paredes blancas de las casucas asomadas á la vía pública; y aquellas casucas, enjalbegadas de cal y con manchones por el polvo y las lluvias, mostraban todas un aspecto de vetustez que hacía contraste con la risueña y eterna juventud del paisaje campesino.

Pero Irurtia lo veía todo con ojos encantados. Al fin y al cabo aquello era un paseo; él no hacía semejantes escapatorias todos los días. Era necesario aprovecharse y sacarle beneficio, aunque fuese con los ojos, á las paredes blancas del pueblo, á los verdes plantíos, á los cielos azules.

IV

LA HEMORRAGIA DEL GAÑÁN

No costó á don Camilo el dar con la pulpería del curandero. Harto conocida era. El primero á quien hizo la pregunta lo endilgó.

Desde el soportal y al través de las puertas esparrancadas, ó mejor dicho, al través del vano de las puertas, columbra Irurtia á Matamoros, en el despacho de comestibles. De bruces contra el mostrador, un lápiz en la diestra y una hoja de estraza por delante, Cirilo saca sus cuentas.

Un mozuelo de catorce ó quince años—de seguro el dependiente—anda no lejos de Cirilo. No expenden en aquel momento, porque no hay á quién. Un arriero acaba de salir. La venta es un desierto.

Aprovechando cálido chorro de luz, toma un perro helioterápico, sobre el pavimento de ladrillos, su buen baño de sol. Paséase con aire sultanesco, seguido de una gallina blanca y otra jabada, un armípedo gallo canaguey de cresta es-

carlatina y prestancia conquistadora. El mocito coadjutor espanta las moscas: va de aquí para allí agitando un haz de longas tiras de papel, atado al extremo de una verada ó vara de bambú. Las moscas, volando de este rincón, pósanse en aquél. Puntitos negros denotan sus huellas en el tubo de la lámpara.

Cuando Cirilo Matamoros reconoció á don Camilo se hinchó de vanidad, presintiendo el objeto de la visita. Lástima que la bodega no estuviese rebosante de compradores, como al atardecer, cuando los peones cesan en sus tareas y vienen á tertuliar y á remojarse el gaznate con un trago ó varios tragos de aguardiente; ó bien como á la mañanita cuando cocineras y fámulos del vecindario se presentan en muchedumbre para el mercar cotidiano. ¡Lástima!

—Don Camilo, ¿usted por aquí?

—Sí, señor; aquí me tiene.

—¿Y cómo sigue la enferma?

—Lo mismo; nada bien. Á eso vengo.

—¿Por qué no me llamó por teléfono, don Camilo? Usted sabe que yo hubiera acudido como un relámpago.

—Muchas gracias. Quise venir en persona. Ya le explicaré.

Don Camilo ojeaba la tienda. No era un sucucho. Matamoros debía de poseer dineritos. "¿Cuánto representará esta pulpería?"—se preguntó Irurtia. Y para saber si las mercancías

tendrían fácil expendio cuestionó al pulpero:

—Está usted bien surtido. ¿Pasa mucha gente por el camino? Es decir, ¿pasa mucho cliente?

Transitar, transitaban. En cuanto á detenerse, ya era otro cantar. Cirilo se puso á dar pormenores. Poco se detenían, con Caracas á un paso.

— Comprarán los vecinos, peones, hacendados...

Matamoros siguió informando.

Los peones, esos eran el sostén de la casa. Cuanto á los vecinos pudientes, se lo hacían enviar casi todo desde la capital, por mayor. Sin embargo, Matamoros no podía quejarse. El tráfico por el carretero, asimismo, era tan continuo, que algo se pescó siempre. El río acarrea tanta agua, que alguna gotea en el ventorrillo.

Mientras iba Cirilo Matamoros discurriendo y mostrando á Irurtia la pulpería, Irurtia, en un dos por tres, á las volandas, realizó el inventario del tenducho.

El mostrador, de madera pintada de gris, recubierto por una lámina de zinc, claveteada con tachuelas de cobre: *200 bolívares.*

Sobre el mostrador una balanza con platillos de cobre; junto á la balanza un rollo de tabaco en rama, una lata enorme con café molido; y más allá, hacia el extremo, dos vidrieras, la una, con pastas y dulces baratos, la otra con artículos ó renglones de mercería: *200 bolívares.*

La anaquelería ó armazón para víveres y otras

mercancías, con sus compartimientos cuadraditos, idénticos, salidizos, abajo; y con el espaldar en subdivisiones horizontales, paralelas: *250 bolívares.*

Cada subdivisión ó tramo de este espaldar contiene objetos de linaje distinto á la subdivisión paralela, ya de encima, ya de abajo. Así, un tramo ostenta sardinas, petits-pois, salmón, ostiones, toda suerte de conservas: *150 bolívares.*

En otro tramo lucen litros, botellas, medias botellas, es decir: aceite, vinagre, vinos, licores— *150 bolívares.*

En otro hay cristalería y loza: vasos, ollas, cazos, cacharros: *60 bolívares.*

En otro, velas, fósforos, cigarrillos, tabacos: *60 bolívares.*

Por tierra, ó sobre tarimas, abren la bocaza sacos de maíz, sacos de caraotas, sacos de frijoles, sacos de arroz; se apergamina el bacalao seco; yacen los morenos papelones bajo una tapa de cuero; se apilan cajas de kerosen y cajoncitos de fideos, macarrones y demás pastas italianas: *1.000 bolívares.*

De una vigueta cuelgan, como culebras disecadas, ristras de ajos y ringlas de cebollas; y penden de los muros haces de machetes, calabozos, escardillas y otros útiles manuales de campo: *200 bolívares.*

Aquí y allá se ven clavos, pólvora, guáimaros, un martillo; paquetes de triquitraques, mazos

de cohetes, ovillos de cabuya: *50 bolívares.*

En el anaquel superior de la armazón, casi contra el techo, presiden el pipiolaje, como advenedizos exaltados por el azar á la más empingorotada posición, rollos de cabestro y de alambre, jáquimas, arristrancos, baticolas, enjalmas, un par de planchas y un anafe: *500 bolívares.*

Además, vió Irurtia, en ménsula bajera, al alcance de la mano, frascos bocones: eran los aguardientes para la peonada, el aguardiente de caña, blanco, trasparente; el aguardiente de cucuy, rosado; el aguardiente con berro ó yerbabuena, verde...

Y vió también que erguían su mole sobre una tabla lisa dos enormes quesos, heridos ya por el cuchillo detallador: el uno, queso de Maracay, fresco, lechoso; y otro más baratón y endurecido, un queso de los Llanos. No lejos de los quesos, barrigona lata, ya principiada á expender al por menor, de manteca yanqui, es decir, de oleomargarina, es decir, de ese veneno en lata que el yanqui no consume en su tierra de Porcópolis, pero que exporta á tierra de imbéciles. Esa grasa de yanquis, un racimo de cambures pintones, y ambos quesos, valían en concepto de Irurtia poca cosa, algunos *70*, ó quizás *80 bolívares.*

Don Camilo recapituló: «podré equivocarme, en tales ó cuales avalúos, porque yo no soy mercader; pero Cirilo Matamoros tiene aquí al rededor de 3.000 bolívares entre víveres y utensilios.»

Y pensó: "Los habrá pedido á crédito al comercio de Caracas: de seguro á algún mercachifle alemán. Le habrán mayorado, por lo menos en 50 por 100 el precio de cada artículo, so pretexto de dárselos á crédito; sobre que estarán, como es de rigor, pesados con fraude los que sean de pesar. Así, este hombre se obliga á pagar por esos tres mil bolívares, cerca de siete mil, si no más; es decir, deberá trabajar siempre, si continúa en semejantes negocios de ruina, para enriquecer á los alemanes ú otros vampiros de Caracas."

Después de haberle enseñado á conciencia la pulpería, Cirilo iba conduciendo á Irurtia.

Lo sacó de la abacería y, por una puerta adyacente, lateral, que da acceso á la habitación de la familia, hizo que entrara. Don Camilo se encontró, de sopetón, en una sala de lugareño.



La casa, para campestre y de palurdo no era mala; ni rancho de bajareque, ni bohío con techo de paja seca, ni cabaña del tío Tom: era una vivienda coquetona, toda de cal y canto. El orden y el aseo resplandecían. Manos de mujer hacendosa adivinábanse. Don Camilo, en parte por cortesía, en parte por curiosidad, dijo:

—Es una bella finca. ¿Cuánto puede valer aquí una finca semejante, amigo Matamoros?

Cirilo valoró la propiedad. El viejo Sylock,

sabiendo que el inmueble pertenecía al abacero, exclamó:

—Ya usted ve cómo se puede ganar dinero en Chacao.

—Es heredada de mi padre—repuso el otro.

—Ah, ¿heredada?

—Sí, señor; lo mismo que el campito, á espaldas de la casa: unos diez mil metros cuadrados.

Sentáronse en mecedoras de madera charolada de amarillo, en torno de una mesita con barniz obscuro. Del interior llegaban, indistintas, voces de mujer. Matamoros, ansioso por tratar el punto médico, preguntó, apenas sentados:

—Bueno, don Camilo, ¿qué ocurre á su enferma? ¿En qué puedo servir?

—Tomasa no va bien.

—¿Pero hay algun síntoma especial, decae, qué le pasa?

En lugar de responder, don Camilo cuestionó:

—Yo deseo que usted me responda, con toda lealtad, amigo Matamoros, si se siente capaz de curar á Tomasa.

Un hombre de ciencia hubiera vacilado antes de responder. Habría pensado, no en el reumatismo como enfermedad en abstracto, sino en la enferma Tomasa, en el reuma de la enferma Tomasa, que pudo complicarse con tales ó cuales cosas de aquella especial paciente. Cirilo Matamoros, no. Pensó en el mal, no en quien lo padecía; en el reuma, no en Tomasa. Sabía de me-

moria los agentes de farmacopea criolla, que sanan ó alivian aquella dolencia, los aplicó cien veces con éxito, y exclamó, rotundo y jactancioso:

—¿Que si lo curo? ¡Ya lo creo que lo curo! ¡Si sabré yo lo que es reumatismo y cómo se sana! ¡Si habré yo curado reumáticos! Mire usted: doña Josefa Linares, de Caracas, tenía una criada que...

Iba á engolfarse en referencias. Irurtia lo interrumpió, exultante:

—¡Lo que yo decía! Matamoros sabe de estas cosas como el que más. Es muy capaz de hacer desgaritarse á los mismos cojos, y que los propios mancos se echen á colear todos los toros de un potrero.

Entonces Sylock Irurtia expuso con detalles al curandero que Tomasa sufría de tales y cuales dolores, á tales y cuales horas, que no practicaba con soltura éste ó aquel movimiento, que la humedad de las noches y el frío de los amaneceres la victimaban, que enflaquecía á ojos vistas, que había perdido confianza en los remedios de Matamoros, y que él mismo, don Camilo Irurtia, sí, señor, don Camilo Irurtia en persona, tan partidario de Cirilo, casi estuvo tentado á ocurrir á algún profesional con borlas académicas. Aquella idea de venir por última vez á consultarlo, salvó la situación. Se iría tranquilo, sin pensar un minuto más en médicos ni en boticas, porque

daba absoluto crédito á la buena fe de Matamoros, á sus conocimientos prácticos y á sus remedios criollos.

Cirilo no volvía de su asombro. Comprendió con pesadumbre retrospectiva, que aquella paciente estuvo á pique de escapársele. ¡Y no sospecharlo él! Así llegan las desgracias, sin anunciarse. Las foscas cejas de Cirilo parecían encapotarse más y más, prestándole al semblante del pobre hombre un aíre de tragedia.

Por sentimiento de gratitud hacia don Camilo, por amor de su farmacopea criolla, para lucir sus conocimientos y apuntalar su prestigio en la conciencia de Irurtia, Cirilo Matamoros se puso de pies é invitó á Sylock á que lo siguiera:

—Acérquese usted acá, don Camilo. Verá usted si poseo yo los medios de combatir el reumatismo.

Don Camilo titubeó, se creyó perdido. Imaginando que Matamoros iba á infligirle alguna lectura, arguyó:

—Mi tiempo es limitado. No quisiera perder el próximo tren.

Cirilo, inflexible, no aceptó excusas. Trenes había á cada momento. No iba á perder mucho tiempo don Camilo.

—Venga—repetía exaltado, el mirar trágico, el aire resuelto, con su aspecto el más tenebroso.—Venga y luego me dirá si yo soy capaz ó no de curar el reumatismo...

Parecía lanzar un reto.

—Y no digo el reumatismo, sino la sarna, la sífilis, la fiebre amarilla, el paludismo, el tifus...

Don Camilo no pudo excusarse y fué siguiendo á Matamoros hacia lo interior de la casa. Matamoros, avanzando, no cesaba de hablar, las cejas hirsutas, los cabellos en punta como de cepillo, la mirada truculenta, el aspecto feroz:

—... la fiebre amarilla, el paludismo, el tifus, la escarlatina... Para todo tengo remedio. Lo único en que puedo equivocarme — como todo el mundo, hasta el más sabio — es en el diagnóstico. Hay algunas enfermedades cuyos síntomas se parecen á los síntomas de otras enfermedades. Y como el paciente no dice tengo tifoidea, ó malaria, ó fiebre amarilla, no sabe uno á qué santo encomendarse, ni qué remedio propinar. Con algunas enfermedades, como el carare, es mejor; eso se ve. Con la disentería, por ejemplo, yo nunca me equivoco...

—Sí, eso se huele—dijo Irurtia.

—Se huele y se conoce—afirmó Cirilo sin abandonar su aire de verdadero matamoros, aunque en el fondo no fuese mi matamoscas...

—Se huele y se conoce... En los demás casos yo me pregunto siempre, al principio, un poco atortojado: ¿Será escarlatina? ¿Será sarampión? ¿Será sífilis? ¿Será cáncer? Pero una vez seguro yo del mal que aqueja al paciente, ¡zas!, le propino la medicina indicada y cura por

fuerza... á menos que Dios resuelva otra cosa.

Llegaron á una piececita muy clara, de paredes encaladas, con dos ventanas sobre el campo. Una clara anaquelería de pino, sin charol, ni barniz ni pintura alguna, encuadra todo ese local.

En cada compartimiento ó anaquel del armazón se enfilan redomas, botes, frascos, tarros, pomos, hasta cazuelas de tierra cocida, todos ó casi todos con rótulos.

Hay también en la pieza un extraño mueble lleno de cajones, ó gavetas. Dentro de las gavetas ó cajones, cada uno de los cuales ostenta su etiqueta frontal, se apilan hojas, cáscaras y raíces de árboles; yerbas marchitas, florecillas muertas y frutas ya sin frescor.

Hasta por los suelos, hasta pendiente de cuerdas, veíanse vegetales, aún verdes, ó puestos á secarse. Saquitos de lona ó de lienzo y bolsones de cuero redondeaban sus panzas repletas de semillas, bayas, tubérculos.

Sobre una mesa, al fondo, yérguese una monísima balanza; encima de otra mesa, algo más resistente, duerme un almirez boca abajo con, á la vera, el majadero y una espátula.

Debajo de esta segunda mesa, tiénense en pie botellines y frasquitos, y frente á la batería de frascos y botellas, como un oficial delante de su fila de soldados, se esponja, con vanidad pavorrealesca, un garrafón,

Olor indefinible, mezcla confusa de botica y de campo, se exhala de aquella pieza.

No faltaban sino los bocales con agua de colorines, iluminada por detrás con una lámpara, y la inevitable tenia en alcohol, para que don Camilo se creyese en una farmacia de villorrio.

Matamoros, saboreando de antemano la sorpresa que iba á producir en Irurtia aquella droguería, tan en orden como la tienda, si no más, detúvose bruscamente en el centro del cuarto, y extendiendo los brazos en ademán de círculo, exclamó, con manifiesto y legítimo orgullo:

—¡Mire usted, don Camilo!

El aire fosco había casi desaparecido. Matamoros, el tremebundo Matamoros, estaba sonriente y satisfecho. Hasta las puntas de su cabeza peliparada parecían menos ríspidas.

Don Camilo se maravilló.

—¡Si esto es una farmacia!—dijo.

—¡Ya lo creo! Aquí hay de todo; lo que se llama de todo. Y vea el orden: aquí los cáusticos; aquí los tónicos; aquí los antiespasmódicos; aquí los sudoríficos; aquí los antifebrífugos.

Cirilo iba apuntando con el índice, á cada nombre, un tramo ó sección de la anaquelería, y el rótulo genérico encolado á cada tramo.

Casi constreñido por el curandero iba don Camilo Irurtia escudriñando etiquetas, leyendo rótulos, descifrando marbetes: "*Narcóticos ó estupefacientes*"; "*Emenagogos*"; "*Emolientes*";

"*Templantes ó refrescantes*"; *Purgantes ó catárticos*"; "*Disolventes, fundentes ó resolutivos*"; "*Drásticos*"; "*Diuréticos*"; "*Espectorantes ó pectorales*"; "*Estornutatorios*"...

Cansado de aquel tedioso recuento, don Camilo interrumpiólo, diciendo, entre irónico y circunspecto:

—Amigo Matamoros: ¿cómo es que con tantos emolientes, fundentes, estupefacientes y emenagogos no ha puesto usted como nueva á la pobre Tomasa?

—Á eso vamos, don Camilo. Yo no puedo hacer sino lo indicado. Lo demás es obra de la Naturaleza.

Y acercándose á un ángulo del armazón, añadió, indicando sucesivamente varios objetos:

—¿Ve usted estas flores rosadas, esta cáscara de fruta y esta corteza?

Sin aguardar respuesta alguna, Cirilo prosiguió:

—Son corteza, cáscaras y frutas de *copey*. Las cáscaras y la corteza son una maravilla contra el reumatismo. Se hace un cocimiento con ellas y se aplica en baños locales. Lo primero de que me serví para Tomasa fué de las cáscaras. No se logró éxito. Entonces ensayé la corteza. Al mismo tiempo le he dado hojas de bucare y hojas de tártago para que se las coloque en las sienes contra los dolores de cabeza, que la molestan á menudo; y como tales dolores de cabeza pueden provenir del estómago, la he hecho purgar, unas

veces con *cañafístola* y otras veces le he recomendado ponerse lavativas de *guamacho*.

—Pero lo cierto es que no mejora, amigo Matamoros.

—Hay que dar tiempo al tiempo. Los medicamentos no surten efecto de un día para otro. El reumatismo de Tomasa no es de ayer. ¿Cómo quiere usted sanarlo en un abrir y cerrar de ojos?

—Yo no quiero nada, sino que se ponga buena; mientras más pronto, mejor. Y diga usted, ¿no existe otro agente antirreumático, á más del *copey*, algo que pudiera ensayarse con Tomasa?

—Ya lo creo que lo hay: la *raíz de mato*.

—¿Raíz de qué?

—*Raíz de mato*. Y aún existe algo superior.

Extrañóse Irurtia de que existiendo una planta superior en virtud antirreumática á la *raíz de mato* y al *copey*, Cirilo no la hubiese, de preferencia, aplicado á Tomasa. É ingenuo, dijo:

—De seguro no tendrá usted esa maravilla, amigo Matamoros.

Cirilo señaló en el propio tramo del *copey* una cosa arrugada, y exclamó radiante:

—La maravilla es ésta.

Irurtia abrió sus claros ojos agudos con avidez. Sus manos de ganzúa se contrajeron como garras de halcón listas á apresar.

—¿Y qué diablos es eso?—preguntó.

Cirilo se puso á informarlo.

—Es la fruta del árbol llamado *cereipo*, y tam-

bién *guatemare*. En el centro de la República no se conoce el guatemare; es árbol que sólo se cría en los montes del Caroní, en nuestra Guayana.

—¿Y usted cómo tiene aquí la fruta?

—La he hecho venir del territorio Yuruary. Me la envían de Guacipati por medio de la casa Blohm. Mi dinero me cuesta.

Irurtia quiso al punto que Matamoros le diera el *cereipo* ó *guatemare* del Caroní.

Ante la avilantez ignorante del langaruto Sylock, Cirilo sonrióse y le dijo en tono doctoral:

—Eso hay que prepararlo. Así de nada sirve.

—Pues prepárelo usted.

Pero pensando que la preparación del *cereipo* ó *guatemare* tomaría tal vez mucho tiempo, y que Cirilo, sin piedad, iba á aprovecharse para detallarle toda la farmacopea venezolana, corrigió:

—Aunque, diablos, ya es tarde.

Y tratando de ser amable con Matamoros, añadió:

—Ya es tarde... y es mejor que usted no se moleste ahora.

—No, para mí no es molestia alguna—repuso Matamoros—, pero la preparación es lenta. Supóngase que necesito hacer una tintura á base de ron, para que Tomasa beba en dosis de quince á treinta gotas. También le aplicaré el *cereipo*, para más eficacia, en fricciones. Yo, usted sabe,

estoy por atacar siempre, directamente y sin descanso, el órgano enfermo. Ese es el camino. ¡Que duele un brazo: pues cuidar el brazo! ¡Que el mal es del estómago: pues al estómago! Usted me entiende.

—Ya lo creo que le entiendo.

Don Camilo deseaba partir. Sabiendo ya cómo Tomasa iba á sanar, nada hacía en casa del abacero curanderil. Pero Matamoros, inexorable y científico, no se resignó á perder aquella ocasión de mostrar sus conocimientos y sus plantas virtuosas:

—Acérquese usted, don Camilo. Mire: esto es *curta*. Bebida en infusión y aplicada en cataplasmas, quita la sífilis.

Matamoros refirió curaciones estupendas por medio de la *curta*. Cien peones avariosos de por allí le debían la salud.

—Esto—continuó, irrestañable, mostrando un paquete—, esto se toma con aguardiente, después de machacar las hojas; es *onoto:* cura el tabardillo. Para la ictericia tiene usted esas flores amarillas tan olorosas, aun ya secas. Vienen también de Guayana. El árbol que las produce se llama *carnestolendas.*

Irurtia sacó el reloj. Matamoros se hizo el ciego. Puso la mano sobre un antiguo frasco de aceitunas muy bocón, lleno ahora con un vegetal seco, y continuó, minucioso, concienzudo, terrible, sus explicaciones de farmacólogo:

—Esta planta es *borrajón;* llámasele también, en algunas partes de Venezuela, *rabo de alacrán* y *cotorrera.* Parece un heliotropo, y en el extranjero suelen bautizarla heliotropo de Indias ó índico. El zumo de esa planta, agregándole un poco de sal, destruye la sarna. La misma planta, en infusión, alivia las almorranas...

Una voz de mujer empezó á llamar desde lejos:

—Cirilo, Cirilo.

Era la esposa de Matamoros. Éste se hizo el sordo, como antes se hizo el ciego. Estaba ahora con visita y sin miramiento lo interrumpían para alguna sandez. ¡Qué mujer más ridícula!

Irurtia, impaciente, royéndose las uñas á más y mejor, quiso aprovechar la ocasión para librarse de aquel chaparrón de medicina práctica.

—Amigo Matamoros—dijo—, lo están llamando. No se ocupe usted de mí; acuda, hágame el favor de acudir.

Cirilo aseguró que eran majaderías de su mujer, y continuó, sin perder un minuto, aleccionando á Irurtia:

—Hay vegetales que sólo surten efecto cuando frescos. El higuerote, por ejemplo, cuya resina ó leche, si se aplica al brotar, saca un diente de raíz mejor que un dentista.

—Ya lo sé—dijo Irurtia—, y á veces saca hasta dos... contra la voluntad del paciente.

Matamoros oyó que de nuevo lo llamaron y de nuevo se hizo el sordo:

—Para provocar la menstruación he usado yo con mucho éxito la *raíz de mato*, lo mismo que el carato de *maguey* fermentado ó el simple cocimiento de *cocuiza*, añadiéndole, eso sí, raíz de *brusca*. Respecto á diuréticos, dispongo del...

Matamoros no pudo continuar. Á la puerta estaban llamando con violencia. Salió á ver, malhumorado. Su mujer le dijo, con la voz de angustia:

—Es un herido que traen. Está ahí, á la puerta de la calle.

Como por arte mágica, Matamoros cambió de aspecto. Su semblante de troglodita asumió, de súbito, una expresión casi de beatitud. Un hombre herido, moribundo tal vez. ¡Qué felicidad!

Corrió hacia la puerta de la calle, sin dársele tres pitos de Irurtia, dejándolo allí plantificado en la droguería, sin decirle una palabra de excusa ó de explicación.



El herido era un mocetón, vecino de Chacao. Estaba allí con su madre.

Apenas divisó á Matamoros, la anciana gimoteó:

—Se ha llevado dos dedos de un machetazo picándole malojo al caballito. Una cosa horrible; á ver qué le puedes hacer, Cirilo.

Matamoros hizo entrar á la vieja y al jayán.

Se puso á desatar el vendaje, un pañuelo tinto en sangre, y la herida quedó al aire: el índice, herido de chaflán y con fuerza, había quedado en punta, como un lápiz. El pulgar y el dedo del corazón también heridos. ¡Qué machetazo!

—¿Alguna arteria, Cirilo?—preguntó la madre.

Cirilo, por única respuesta, gritó:

—Agua... una esponja...

Presentáronle una palangana de metal con agua hasta los bordes; la esponja, como ínsula frotante, dentro.

Atraído por el alboroto, Irurtia allegóse adonde Cirilo, en medio de su mujer, una criada, la madre del gañán y dos ó tres curiosos que se adentraron, familiares, estaba ya lavando y reconociendo la herida. Egoísta, trató de escabullirse, pretextando cualquier cosa, para no presenciar el dolor ajeno: aquello le obligó á pensar en el propio dolor, y hasta supuso que sus venas, rotas, eran las que chorreaban sangre.

—Usted está ocupado, Matamoros, permítame...

El respeto de don Camilo hacia el curandero acrecía por segundos, sin darse cuenta, por obra del contagio, en presencia de la confianza respetuosa con que los demás lo consideraban. La autoridad de Cirilo, por su parte, afirmábase en los estribos, ante las cabezas inclinadas de los demás, inclinadas ante la ciencia benefactora del curandero. Por eso, tratando casi de quien á quien

al usurero, á quien siempre guardó respeto, le repuso:

—¿Que le permita irse? No, señor, don Camilo: no le permito nada. Yo le acompañaré á la estación. Esto es cuestión de un instante. Usted ve este colosote que se desangra; pues ya va á mirarlo, bueno.

El herido no pestañeaba. La madre, que quería dar detalles del incidente, concluyó por callarse.

Matamoros, encargó á su mujer:

—Fulana: tráeme el frasquito con tintura de *aporó*; tú sabes dónde está.

No bien llegó el frasquito, el curandero, acucioso, feliz, dejó caer varias gotas sobre la mano enferma.

La sangre siguió manando.

Corridos uno ó dos minutos sin que la sangre diera señales de estancarse, á pesar de aquel riego de bálsamo *aporó*, Cirilo Matamoros se dirigió en persona á la droguería.

De allá regresó, un instante después, con su mortero en las manos.

Dentro del mortero apeñuscábanse unas raras hojas, moradas por el verso, y verdes y lustrosas por el reverso. Parecían casi frescas. Empezó á machacarlas delante del concurso boquiabierto y confiado, diciendo y repitiendo al pálido jayán cuya siniestra mano goteaba aún:

—Ya verás: dentro de un momento se estancará.

—Y ¿qnedará manco, Cirilo?—se atrevió á preguntar la madre.

—Cirilo se encogió de hombros, indeciso, sin quererse comprometer por una respuesta.

Todos presenciaban la cura en silencio.

Matamoros continuaba machacando. De pronto, sin interrumpirse, exigió á su mujer:

—Fulana, tráeme unas hilas.

Pero debió de pasarle una idea por la cabeza, porque corrigió:

—No las traigas aquí: llévalas al botiquín.

Y haciendo levantar al paciente se dirigió con él hacia la pieza donde apila sus plantas de farmacopea. Exigió que Irurtia lo acompañase; pero sólo Irurtia. El viejo, aunque á regañadientes, obtemperó sin poder escabullirse.

Los demás circunstantes, curiosos y desilusos, envidiaron aquel honor.

Y se pusieron á hacer comentarios.

¿Por qué resolvería Matamoros irse con el herido y no realizar allí la cura, delante de todos, como empezó? ¿Sería para que la madre no presenciase la operación? ¿Se habría amoscado por alguna impertinencia? Nadie pronunció una jota extemporánea. Sin embargo, Matamoros, súbito, pareció enfurruñarse. Aunque con Matamoros, ¿quién sabía á qué atenerse? Cuando más hosco se le creía estaba más de plácemes.

La verdad es que Cirilo al partir de allí iba como un demonio: los ojos encapotados tras de

las foscas cejas, los pelos agresivos, con una cara de pirata argelino.

Minutos trascurrieron.

Por fin apareció el membrudo gañán con el brazo en cabestrillo; tras el hércules, Matamoros y don Camilo.

Irurtia, admirado sinceramente del arte de Cirilo, deseó conocer el nombre de la planta con que éste realizara la curación:

—Se llama *suelda-con-suelda*, informó el curandero.

Partió Irurtia convencido de la competencia de Matamoros, en cuanto farmacólogo, terapéutico y clínico.

Cuando ya muy tarde y con un sol de mil demonios llegó á su casa, hambriento y sudoroso, púsose antes de todo á referir á la vieja reumática, con palabras de admiración, el estancamiento de la hemorragia; y se deshizo en loas respecto á la droguería de Matamoros.

—Mañana ó pasado, terminó asegurándole á Tomasa, traerá Cirilo Matamoros la salud para ti, en un frasquito de tintura. Se trata de una planta prodigiosa que viene de Guayana y cuesta mucho dinero. Esta vez no tengo un gerónimo de duda: Matamoros te pone buena.

Tomasa movió la cabeza en son de escepticismo. Hasta se permitió palabras de duda; pero como Irurtia insistía, y como vivió siempre acostumbrada á creer á Irurtia, á obedecerlo y admi-

rarlo, la acecinada vieja guardó silencio y aun sintió renacer, en los silos de su alma, esperanzas de mejoría. Matamoros podía curarla. ¿Por qué no? ¡Dios es tan grande!

V

LO QUE SABE EL ATTACHÉ DE LA LEGACIÓN DE CHILE

En el salón de las Agualonga parlotean Irurtia y Rosaura. Olga Emmerich, vigilante y silenciosa, permanece en la ventana. En el corredor pespuntean Eugenia y Alcira. Abierta de par en par la puerta de la sala, que comunica con el corredor, penetra en la sala el murmullo de las femeninas voces fraternas. Trina un canario cuya jaula de alambres de cobre cuelga de una lumbre, entre dos pilares, no lejos de Alcira y Eufemia. Son las cinco de la tarde.

El agiotista rabia. Dentro de cuarenta y ocho horas quedará revocada y pronta la casita por Santa Teresa, adonde se mudan las Agualonga; cuarenta y ocho horas más, apenas, tardarán en secarse las últimas capas de pintura: "total, repite Irurtia, cuatro días y aún no se fija el de la mudanza".

Y no sólo no se fijó el día de trasladarse las Agualonga á la nueva morada; pero ni siquiera el del matrimonio de Olga, ceremonia que, según deseos de las Agualonga, debe celebrarse en el antiguo caserón solariego, antes de abandonarlo para siempre.

Irurtia, parlón, quéjase á Rosaura de aquellos andares de tortuga.

—Tanta prisa al principio, y vea usted ahora. Ya resuelta la cosa, la difieren, por dejadez, por pereza, sin motivo.

—Poco á poco, don Camilo. ¿Á usted qué le importa—contesta Rosaura—si nos mudamos días antes ó días después; si Olga se casa hoy ó se casa mañana?

Irurtia no comprende el que Rosaura no comprenda.

—¡Que si me importa! ¿Pero usted no piensa que existen intereses de por medio, intereses míos?

—¿Intereses de usted?

—Ya lo creo. Hemos concluído entre ustedes y yo un negocio, ¿sí ó no? Pues en virtud de ese negocio yo he hecho gastos, muchos gastos, para entregar á ustedes una casa decente.

Y bajando la voz, agrega el cutre:

—Dios sabe si he consentido en todo por usted.

Rosaura no permite que le digan semejante cosa.

—Es una majadería, señor Irurtia. Creo que desea usted molestarme; y lo consigue sin dificultad. Si usted se avino al cambalache fué por su conveniencia, no por mí. Yo era para usted una desconocida. Además, ni hubiera aceptado entonces, ni aceptaría ahora de usted ni de nadie otro género de favores sino los de mera cortesía que cualquier caballero puede rendir á cualquier dama.

Comprendiendo que ha metido la pata, Irurtia rompe en excusas más ó menos torpes. El que supiera ver en su corazón, vería allí sentimientos de respeto, de admiración, de simpatía... Las Agualonga... especialmente Rosaura... En suma, él sentía mejor que hablaba.

—Vamos, sí; como un escolar.

—No se burle usted.

—¡Si no me burlo! Pero el apremiarnos usted á la mudanza y el invocar sus intereses, no es para menos.

—Eso no. No mudándose ustedes pronto, me perjudican, porque no puedo alquilar ni vender la casita de Santa Teresa, donde he invertido suma de consideración, mayor de la que hubiese invertido para negociar ó alquilar la casa á otras personas que no ustedes. Ese dinero, pues, no rentará ni un céntimo, paralizado como va á permanecer, días y días.

Don Camilo embarullaba á sabiendas el asunto. Lo que él quería cuanto antes era el caserón

de las Agualonga. No pudo menos de terminar diciendo á Rosaura:

—De este casón que debe pertenecerme, desde el día en que ustedes se muden, tampoco puedo disponer, mientras ustedes no lo desalojen. Ya ve si la demora en el traslado me perjudica.

Rosaura no creía mucho en el perjuicio de Irurtia ni puso atención bastante á las explicaciones; pero, á fin de evitar nuevos detalles engorrosos, exclamó, dejándose llevar de aquella condición muy femenina que consiste en costear las dificultades en vez de afrontarlas y resolverlas:

—Usted tendrá un poco de paciencia, señor Irurtia, porque usted es bueno.

—Bueno, sí. Pero bondad no significa malgastar tiempo y perder dinero, ó dejar de ganarlo—que es lo mismo—sin beneficio para mí, ni para ustedes, ni para nadie. Un hombre que tal haga no es bueno ni malo, sino incapaz.

Cuando Irurtia partió, poco más tarde, á eso de las seis ó seis y media, Rosaura y Olga salieron al corredor, donde Alcira y Eufemia cuchicheaban aún, mirando caer la sombra sobre los árboles del patio.

La sobrina se encaminó á sus habitaciones. Rosaura, Alcira y Eufemia se pusieron á comentar la actitud de Irurtia, sus urgencias de mudanza y las razones de su urgencia.

Llamaron á Olga.

—Olga, ven acá; oye algo que te interesa.

Cuando Olga sospechó lo que iban á tratar, quiso, echando á broma el asunto, escabullirse.

—Uf, ¿consejo de familia? Yo estoy demás entonces. Apruebo cuanto resuelvan de antemano, de *Antí-mano*.

Antímano es el nombre de un pueblecito cercano á Caracas. El juego de palabras, de pueril pasaba á tonto; se lo celebraron, sin embargo. Aquella Olga tenía un *esprit!* Pero no le consintieron la fuga; y Olga, burlesca, sin prestar importancia á las preocupaciones de sus tres madres, dijo:

—¿Qué desean ustedes? ¿Conferenciar? Conferenciemos... en la obscuridad si gustan, aunque yo preferiría que encendiesen esta lámpara del corredor.

Y agregó:

—No estamos en casa de don Camilo ni queremos imitar *las tinieblas* de Semana Santa. Digo, me parece.

La complacieron. Para no perder tiempo llamando á la pazguata hija de la cocinera, Alcira, encaramándose en una silla, tiró hacia sí la lámpara de bronce, péndula del techo. Por un juego de polea, la broncínea lámpara abajóse. Ya encendida, volvió á su altitud costumbrera gracias á un leve impulso de Alcira.

Encaramada aún en su silla, Alcira exclamó:

—*Fiax lux*, y la luz se hizo.

Olga corrigió:

—*Fiax lux*, y la luz fué fiada.

En aquella familia no sólo hacía Olga la luz con una palabra, como el Dios del Génesis, sino que su voluntad era la ley, aun contra la autoridad de Eufemia. Pero, á pesar de toda su influencia y toda su marrullería, estaba en el garlito, no pudiendo sustraerse á aquel cuarto de hora de entrevista que tanto deseó evitar.

Después de haber urgido como nadie para la mudanza, con prescindencia absoluta de Eufemia, cuyo apego al viejo caserón la inclinaba á ir difiriendo un poco y otro poco, hasta donde fuese posible, el traslado á la casa nueva, Olga, de pronto, á última hora, sin motivo aparente, empezó á asegurar que nada corría prisa.

—Como he de casarme antes, y Andrés y yo no hemos convenido en fecha para el matrimonio, ¿á qué rompernos la cabeza pensando en mudanza?

Cuando la excitaban á que se acordase con Andrés Rata para la boda, pretextaba que Andrés Rata carecía aún de menaje. En la ebanistería donde lo estaban fabricando no cumplieron la promesa de entregarlo cuando se convino. Faltan este mueble y aquél.

¡Qué mentira! El pobre Rata no encargó mueble alguno, sino que los fué comprando de ocasión, poco á poco, según pudo: el dormitorio

un día, el comedor otro día, el saloncito otro.

¡Cuán distinta la verdad! La verdad era que Olga Emmerich se había encontrado noches atrás en un baile con el *attaché* á la Legación de Chile—un buen mozo de Santiago, recién arribado á Caracas—, y esbozó con el santiaguino desde el primer momento un *flirt*.

Un *flirt* más en la vida alegre de Olga, aún á las puertas de Himeneo, aún ya prendida, ó poco menos, la antorcha simbólica, no extrañaba á ninguno. Era la cosa más natural del mundo. Caracas la conocía y sonrió.

El chilenito enamoróse de aquella mujer rubia, esbelta, de senos resistentes, músculos elásticos, boca sedienta de boca, garganta y brazos apetitosos, cabeza altiva, ojos azules, ya fieros, ya rendidos... Y aquella mujer de cuerpo y alma golosos de placer, que soñó siempre en aventuras ultramarinas, con hombres que no fuesen sus caraqueñitos de costumbre, á quienes se sabía de memoria; aquella mujer voluntariosa, sensual, egoísta hasta la médula de los huesos; aquella mujer sin escrúpulos, se enamoró del santiaguino, quien, sobre ser gallardo mozo, ejercía en ella la influencia de lo distante, de lo desconocido, de lo romántico.

Fué un *flirt* galopante. En diez ó doce días se encontraron veinte veces. Y cada encuentro mundano, ya en un salón, ya en otro, y mayormente en casa del gran alcahuete de Chicharra, fué una

íntima charla sin término. En la fiesta última de la Legación Chilena, una *garden party*, aquella charla amorosa fué también paseo de solitarios, bajo los viejos árboles y por los más apenumbrados y discretos rincones de un magnífico jardín.

«Es el adiós á mi vida de soltera», decía ella para su capote, disculpándose.

Y aquel *flirt* de adiós, ya en vísperas de nupcias, podía permitírselo con tanto descaro porque Andrés Rata, su novio, perteneciendo como pertenecía por su origen, no sólo obscuro, sino tenebroso, á una de las más ínfimas capas sociales, y no habiendo ascendido sino por medio de la política, vivía lejos de los salones, no visitaba á nadie, con excepción de alguno que otro politicastro inescrupuloso como Aquiles Chicharra.

El chilenito fingía no creer que Olga consintiese en desposarse con Andrés Rata. Ella, tan linda, tan rubia, con aquel hombre tan feo; de cuerpo y alma tan negros! En Chile jamás ocurriría tan deslayada nupcia.

Los amores y el futuro enlace de Andrés Rata con Olga tenían su explicación.

Aquella hija de alemán, educada en colegio de alemanes, respirando á pulmón lleno el ambiente espiritual de la revuelta sociedad democrática en que le tocó vivir, no tuvo ni los sentimientos, ni las ideas, ni los gustos de sus tres

madres, damas orgullosas, caseras, rezanderas, casi monásticas; con costumbres, ideas y sentimientos que no supieron inculcar, por falta de energía, en la semi-tudesca.

La influencia de las tres madres fué nula por exceso de amor hacia la sobrina. Ellas se amoldaron á Olga, en vez de Olga amoldarse á ellas. Eran las madres tres ardientes virtudes teologales frente á un *iceberg*, tres abnegaciones frente á un egoísmo, tres debilidades frente á una fuerza.

Por eso las Agualonga, que se creyeron siempre la flor y nata de la sociedad, señoras que, aun en medio de su pobreza nunca hubieran abajado su ingenuo orgullo ante nada ni por nadie, y cuyo círculo de relaciones era estrechísimo, antiguo, hereditario, se fueron ampliando de ideas, ó, con más propiedad, fueron sacrificando sus ideas por amor de la niña. Por eso tantas amigas de colegio de Olga, y los hermanos de éstas, se convirtieron en visitas de la casa. Por eso Olga, con aquella hambre de placer y aquella necesidad de consumir un exceso animal de vida, concurría á todas partes á fiestas de sociedad. Por eso Olga tuvo, desde los catorce años, amores á puños. Por eso Olga se besaba con los novios detrás de las puertas. Por eso Olga, esquivando el rodrigoneo de Rosaura, se acostumbró á salir sola, con amigas que venían por ella á la casa ó á quienes ella iba á

buscar en las ajenas. Por eso Olga fué sorprendida una vez entre los brazos de un hombre casado. Por eso Olga, convencida ya de que ningún joven de Caracas que se estimase en lo más mínimo iba á desposarla, máxime careciendo ella de fortuna, aceptó la mano del mulatín servil y ambiciosillo. Por eso las tías lloraron mucho, mucho, noches enteras, antes de consentir. Por eso consintieron en aquel deslayado y absurdo matrimonio.

Las tres madres no eran tontas de capirote, aunque el afecto las convirtiese en juguetes de la sobrina. No eran tontas; eran distintas de la semi-tudesca. Mentalidades babélicas, vivían en intimidad unas y otra sin entenderse. En el fondo, las Agualonga apenas conocían á la Emmerich: la periferia del carácter, no más. Para disculpar en parte á la atraviliaria y caprichosa, y en parte por estúpida admiración, decían las ciegas, las consentidoras: «Olga es tan original». Caracas decía otra cosa, con menos lisonja de eufemismo.

Caracas advirtió desde temprano, con más claridad y justeza que las tres madres célibes, el imperio de la seducción varonil en aquella juventud de nieve y oro; el afán excesivo de libertades en aquella bestezuela rubia que tascaba con impaciencia todo freno; el egoísmo gélido, la tendencia á la intriga, la ensoñación mórbida en aquella criatura, más linda por fuera que por dentro.

En los campos de Venezuela se abaten los pericos, por nubes, sobre los conucos de maíz, desde que el grano de oro apunta en sazón y aun antes. El buche de esos pequeños loros, gárrulos y devoradores, es el primer granero de las cosechas. Un refrán lo recuerda: "el primer maíz es para los pericos." Así los novios con Olga. Nubes de mozalbetes asediaron la madurez de aquellos catorce abriles. Las tres madres, al principio, tomaron la cosa á risa, mirando á la arrapieza con su corte. Luego, ante la avalancha de renovados galanes imberbes, se enfurruñaron.

—Eso no puede ser—protestó Eufemia.

Alcira y Rosaura corearon:

—Eso no puede ser.

—Pero si todas hacen lo mismo—les inculcaban algunas señoras de manga ancha.

Las tres madres cedieron, por temor de perder el afecto de la voluntariosa, contrariándola, y porque «todas hacían lo mismo».

Anduvo el tiempo. Vinieron bailes, y con los bailes, nuevos y ya bigotudos pretendientes.

Se imaginaron entonces las Agualonga que tan fugaces amoríos de ventana y cotillón constituían sólo inofensivo deporte sentimental, moneda corriente de nuevo cuño, manera de pasar el tiempo sin aburrirse.

Luego, se acostumbraron.

Á desengaño las llamó el compromiso de Olga con Andrés Rata. Bebieron cicuta, transitaron

una calle de amargura, se rebelaron con el dulce balido de protesta del corderito que degüellan... Todo en vano; entre Olga y el rufianesco de Chicharra impusieron á Andrés Rata. Las tres madres nada pudieron, sino llorar y aceptar.

Consentido el matrimonio, dispusiéronse á desprenderse de todo en obsequio de la sobrina.

Poco tenían; pero lo poco que tuvieran era para Olga. ¡El pretendiente, ya prometido, era tan pobre! ¿Qué no habría que darles? Y hasta pensaron las solteronas en alguna urgencia de mañana—no de ellas, sino de ellos. Las madres necesitaban para vivir poquísima cosa. Olga se llevaría los medallones de oro macizo de Rosaura, las esmeraldas antiguas de Alcira, los camafeos de Eufemia; las perlas de Cubagua, trasmitidas de generación en generación, todas las viejas prendas hereditarias. Y como aquello mismo poseía más bien un valor sentimental y de recuerdo que efectivo ó intrínseco—pues hasta las perlas se desmejoraron y aun murieron—se convino en vender el caserón solariego ó permutarlo por una casilla cualquiera, á objeto de percibir algún dinerito de compensación. De tal suerte casarían á Olga con decencia y podrían entregarle en numerario lo que sobrase, en previsión de alguna eventualidad.—Andrés Rata era tan sin céntimo, que Eufemia decía á espaldas de Olga: "es, de veras, no un Rata, sino una rata", refiriéndose á lo desvalido y paupérrimo.

El sacrificio de abandonar el caserón, como vivienda y como propiedad, era el mayor de cuantos pudieran infligirse las Agualonga.

Todos sus recuerdos de familia se vinculaban á aquellos muros, levantados por los abuelos á comienzos del siglo XVIII. La juventud de las tres deslizóse entre aquellas paredes. Entre aquellas paredes vivieron sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, sus tatarabuelos. Cada rincón evocaba memorias de tal ó cual persona de la familia, remembranzas trasmitidas por tradición piadosa, de hijo en hijo. "En aquella pieza nació Fulano, en aquélla murió Mengano. Ese árbol fué plantado por Perencejo."

Eufemia, principalmente, se entregaba á tales evocaciones. Ella no salía casi nunca de allí y pasaba la vida discurriendo por los vastos corredores, como claustros, ó ramoneando en los jardines, alta, pálida, enfermiza, con su nariz de hoz, sus cabellos de ceniza y sus ojos de sufrimiento, ó curucuteando en los cuartos adonde las otras nunca iban.

Era como el alma viva y elocuente del caserón. Desprenderse de la casona venerable y querida constituía para Eufemia dolor cien veces más profundo que para Alcira y Rosaura. El sacrificio de Eufemia era, por tanto, mayor que el de sus hermanas. Por eso Eufemia, aunque propuso deshacerse del casal en pro de la sobrina, trató siempre de diferir, hasta donde fuese posible con

pequeñas argucias y cándidos pretextos, el traslado á la caseta de Irurtia. Pero ya se había "resuelto de veras," según su propia expresión. Ahora urgía ella también, ó poco menos. Que se casara pronto aquel pobre ángel y fuese feliz.

—Poca vida puede quedarme,—añadía.—En cualquier parte puede morirse una vieja achacosa.

Y Eufemia comprendía menos que nadie que Olga, en vísperas de matrimonio, ni fijase fecha para la boda, ni hablase de mudanza.

Cuando Rosaura, aquella tarde, refirió delante de Olga los apremios de Irurtia, la sobrina se amoscó, y en son de protesta dijo:

—¿Y ese viejo ridículo, qué ingerencia tiene en nuestros asuntos íntimos? Que se apresure el peludo lagarto á mudarse, él, de su escondrijo.

—Eso le pregunté yo: que quién lo autorizaba á inmiscuirse en nuestras intimidades, expuso Rosaura. Pero insistió. Parece que si no se apodera de nuestra casa, desde que la de Santa Teresa esté pronta, se perjudica en sus intereses.

—Se perjudica en sus intereses. ¡Que me salga á mí con esas el viejo zorrastrón! arremetió la Emmerich.

Y luego de sardónica pausa, repitió:

—Que se apresure él á mudarse de su escondrijo.

La rubia y erguida cabeza de Olga se afianzaba sobre los hombros, en son de reto caracterís-

tico, el ceño se fruncía, los grandes ojos azules despedían centellas.

Las tres madres quisieron, por su parte, saber en definitiva si podía señalarse data para la boda.

—He repetido cien veces—repuso Olga,—de pésimo talante; he repetido cien veces que á Andrés le faltan los principales muebles, que debemos esperar.

Entonces Eufemia, pálida y trasojada, dirigiéndose á Olga, dijo:

—Esperemos. Pero juro que no entiendo una jota de este enredijo. Hace un mes aseguraste que no faltaba ni una silla del mobiliario. Ahora resulta que falta lo principal. No acierto á comprender.

— Usted no comprende, tía — le contestó Olga,—porque usted sólo comprende las cosas del siglo XVIII.

Irurtia extrañábase de la demora. Eufemia decía no comprender. Tampoco Alcira ni Rosaura sentíanse capaces de explicar la equívoca actitud de Olga. Ni siquiera Chicharra, á pesar de sus marramuncias de politicastro; ni siquiera el pasivo y desvirilizado Andrés Rata, á pesar de sus diarios parloteos con Olga, habrían aclarado el misterio.

Para despejar la incógnita hubiera sido menester dirigirse al *attaché* de la Legación de Chile.

VI

LA PROTESTA DE ADHESIÓN

Aquiles Chicharra había quedado cesante. De dos meses atrás á la fecha se agitó, visitó, intrigó, ofreció sus servicios al presidente, á los ministros... ¡Todo en vano!

¡Cuatro quincenas trascurridas sin que Chicharra percibiese ni un céntimo del tesoro Nacional! ¡Parecía mentira! El primero en extrañarlo era él mismo; y en su mentalidad de Chicharra presupuestívoro, juzgó que el gobierno lo estaba desfalcando. Aquello no podía ser.

Como no dieron resultado las visitas, las antesalas, las epístolas abrasadas en sentimientos de lealtad; las ofertas de servicio, ni las claras y contundentes peticiones de un puestecito cualquiera, "de acuerdo, eso sí, hasta donde se pudiese, con la importancia de tan constantes y antiguos sacrificios en pro del Partido liberal," según expresión del propio Chicharra, éste comprendió que

era menester dar un golpe que lo pusiera en evidencia.

¿Qué golpe daría Chicharra? Conocía de memoria las mil y una tretas de que se valieron siempre los empleómanos, cuando, salidos por la tangente y sintiéndose, *per accident*, fuera del Presupuesto aspiraban á entrar en él.

Pensó en una compactación del Gran Partido Liberal, para imponerse al gobierno. Cuando comunicó aquellas ideas á otros copartidarios, éstos se rieron en las narices rubicundas de Chicharra. Los liberales, más compactos que nunca, gobernaban el país. ¿Se imaginaba Aquiles Chicharra que porque él careciese de un cargo público estaba ausente del gobierno el Partido Liberal?

—Es que hay mucho *godo* en los puestos públicos—argüía el famoso Aquiles.

—Que haya mucho *godo* en los puestos públicos—le retrucaban—no significa que las instituciones liberales hayan desaparecido de la república.

Le dijeron, además, que para obrar en nombre de un partido era menester obrar con la aquiescencia de éste, como jefe ó delegado de tal agrupación.

Chicharra se amostazó:

—Yo no me creo jefe de los liberales—dijo—, aunque no me faltan méritos para ello.

El pobre Chicharra, como tan vanidoso que era, no se convencía de que nunca se le tomó en

serio y de que apenas servía para instrumento de los demás; pero se penetró, en aquella ocasión, de que el camino emprendido mal lo llevaría á un cargo público.

Entonces imaginó otra cosa. Ya no quiso que el Gran Partido Liberal se compactase para imponerse en bloque al Gobierno; sino ideó que cuantos liberales cesantes hubiera á la sazón en Caracas suscribiesen una protesta de adhesión al presidente.

Después de apalabrarse con ellos, Chicharra los convocó en casa de él, una tarde.

Concurrieron todos; y todos, sin una sola discrepancia, estuvieron de acuerdo. Pero ocurría una dificultad: ¿en qué coyuntura producir aquella protesta de lealtad, para que rindiese más ópimos frutos?

—La ocasión es cualquiera—gritó Chicharra á los preguntones.—La ocasión se busca y se encuentra.

Alguno de los adherentes—un vejete, más que cáustico y satírico, sujeto de lengua suelta y amigo de chungas—inquirió, fingiéndose el ingenuo:

—Y el motivo de la adhesión, ¿cuál es? ¿El que nos hayan dejado cesantes?

Chicharra se puso furioso. No podía tomarse á risa la política.

—¿Cree usted que los comerciantes toman á risa el comercio y los industriales la industria? Nuestra industria, nuestro comercio es la políti-

ca. No podemos convertirla en objeto de chacota. ¿Adónde iríamos?

Los demás asintieron:

—De veras, ¿adónde iríamos?

—Pues iríamos á cualquier parte, hasta al trabajo...—insinuó el chirigotero.

Otro viejo grave, comedido, asnal, camarada y admirador de Aquiles, dijo, para embotar las pullas del chuzón:

—Por ahora, basta de chanzas, y dediquémosnos á redactar el documento que debemos suscribir.

Entonces Chicharra, muy digno, tal vez de acuerdo con su amigo, se desabotonó la levita, y extrayendo de un bolsillo interior robusto mamotreto manuscrito, se puso á explicar:

—Yo me he permitido redactar esto..., para no perder tiempo ni caer en improvisaciones.

Y blandiendo su rollo en la mano agregó:

—Éste es un documento muy ponderado. Si ustedes quieren oirlo, para que introduzcan algunas rectificaciones, como lo juzgaren útil... Aunque yo, con franqueza, no las creo necesarias. ¡Tengo tal práctica de la política! Recuerden ustedes que lo he sido todo en Venezuela, todo, menos Arzobispo y Presidente.

Lo excitaron á que leyera.

Todo estaba dispuesto de antemano. Chicharra se dejó ver en la puerta de la sala y, á un mero signo, se presentó la doméstica, como por esco-

tillón, llevando una silla con asiento de madera: la silla de la cocina. Chicharra trató de encaramarse en la silla, y no pudo.

El zumbón dijo á la oreja de su vecino:

—Tal vez Aquiles acostumbre más á menudo encaramarse encima de la criada que encima de la silleta. Por eso no puede ahora.

Ensayó de nuevo á subirse; pero tuvo miedo. El asiento era damasiado angosto y Chicharra —un vientre enorme sobre dos piernas cortas— demasiado ancho de barriga. Resolvió quedarse de pies detrás de la silla, apoyado en el respaldo, para que el trasto simulase tribuna. Se aclaró la garganta, miró al auditorio con benevolencia, respingó su brasilada nariz balanoidea, meneó su vientre de esfera, y pasándose un pañuelo por los labios, rompió á leer:

«AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, JEFE, CENTRO Y DIRECTOR DEL PARTIDO LIBERAL.

Los momentos son solemnes. Vivimos en un momento histórico. La historia nos contempla y la Providencia vela, como madre amorosa sobre sus hijos, sobre la patria que nos dió el ser, y sobre el Partido Liberal que nos dió garantías ciudadanas y libertades públicas á los parias que éramos, bajo el férreo yugo de los impenitentes conservadores que el pueblo en su sabiduría llama godos recalcitrantes».

Al llegar á este punto aquel hombre grave, compinche y admirador de Chicharra, lanzó estentórea aprobación:

—¡Muy bien, muy bien! Al pan, pan; y al vino, vino.

Chicharra convirtió los ojos, agradecido, hacia el punto de donde partiera la exclamación, y dijo, consciente de su propio valer y del valer de su obra:

—Ustedes verán: éste es un documento muy meditado, muy serio, muy importante.

La nariz de bellota ó la bellota de la nariz, congestionándose de satisfacción, había pasado, en un segundo, del coral pálido al escarlata.

Luego continuó Aquiles su lectura, desbrazándose al leer y con adecuados matices de entonación:

«*En los pasados siglos, cuando el hombre ignoraba sus derechos, los monarcas imponían sobre el siervo de la gleba un feroz despotismo aterrador, sangriento, lúgubre como la noche del dolor sin límites en que se vertían las lágrimas de los hombres, las mujeres, los ancianos y hasta los niños. Tarquino, Nabucodonosor, Nerón, Tubalcaín, Felipe II, Luis XIV y Fernando VII, son ejemplos que no me dejarán mentir, si fuere necesario. Después llegó la Edad Media con sus horrores y tinieblas, en que sólo se salvó la humanidad de un exterminio completo, por las doctrinas del Crucificado y la Cruz que abría sus*

brazos como un ave celeste, sobre los abismos de sangre, la injusticia y las lágrimas. Después llegó la Revolución Francesa que fué el Tabor y el Sinaí de los Derechos del Hombre en sociedad; y los monarcas—aunque el más inocente—perecieron en los cadalsos y la guillotina cortó cabezas de justos y pecadores, hasta que alboreó la luz de las libertades modernas, del Derecho, de la Civilización y de la Fraternidad humana.»

Ahí llegaba de su discurso Aquiles, ya acalorado y sudoroso por sus múltiples evocaciones históricas y su largo viaje de siglos, cuando uno de los asistentes lo interrumpió:

—Yo creo que eso no viene á cuento. Dejemos tranquilos á los griegos y á los romanos, la Edad Media y la revolución francesa, y comentemos la política actual de nuestra República.

—Y abordemos sobre todo nuestra situación personal, ingirió cierto filósofo carnívoro, sin más preocupaciones que las del bandullo.

Chicharra disentía de ambos pareceres.

Hablar de la situación personal de cada uno era imposible. Cuanto á las citas históricas, convienen mucho en un documento público, y lo engalanan. En el presente caso, impresionarán al Presidente, que es lo que se busca.

—Además—añadió,—no he citado á humo de pajas. De los antiguos paso á la Edad Media, de la Edad Media á la Revolución francesa, cuna de los derechos del hombre. De ahí pasaré á la

independencia de nuestro país, para pintar el obscurantismo que siguió á los primeros años de nuestra emancipación, á fin de que se vea á los godos, ya vencidos en todo el mundo, queriendo apropiarse nuestro país como un feudo, hasta que en 1848 José Tadeo Monagas, en 1864 Juan Crisóstomo Falcón, y, por último, el general Guzmán Blanco, en 1870, acaban para siempre con los conservadores é imponen en Venezuela el Partido Liberal, que desde entonces gobierna.

Un liberal de buena fe y amigo de la concisión, objetó:

—Sería más prudente comenzar la historia de las ideas en José Tadeo Monagas.

—Debe decirse claro en el documento—interpuso el chunguero de marras—que impusimos en Venezuela el régimen alternativo y por eso gobernamos la República desde 1870.

Aquiles se encogió de hombros, la nariz como un pimiento. El buen humor malhumoraba á Chicharra; el chiste le convertía en Furia. La solemnidad es la elegancia de un estadista.

El filósofo de estómago exigente metió baza, casi en angustia, viendo á los demás correr por los cerros de Úbeda:

—Pero bueno, y nosotros, tristes liberales sin puesto, ¿en qué quedamos? No olvidar que á su tiempo un mal *beefsteack* vale más que diez dehesas selladas de rebaños. ¡Que se nos acorra!

—Responderé á todas las objeciones que lo

merezcan—pronunció Chicharra, grave, importante, decisivo, despreciando, como quien no quiere la cosa, las palabras del hombre jovial.

Todos hablaban á un tiempo. Un barullo del diablo impidió que se percibiese la promesa de Aquiles. Entonces Chicharra, nervioso, decidido, en rasgo heroico, subióse en aquella suerte de taburete con espaldar de la cocina para señorear con más imperio el revuelto auditorio, y continuó diciendo:

—La historia de las ideas no puede comenzar en José Tadeo Monagas. No he visto eso en ningún autor, antiguo ni moderno, venezolano ó extranjero. Lo que he visto siempre es el procedimiento empleado por mí: Grecia, Roma, Edad Media, Revolución francesa, Independencia de Venezuela, godos y liberales.

—Bueno, ¿y la política actual? ¿Y nosotros?

—Repito que responderé á todas las objeciones en defensa de este documento, que no por ser mío deja de tener su importancia. Fíjense bien; comprendan mi pensamiento: desde Guzmán Blanco, que impone las ideas, los procedimientos y los hombres liberales, llego, en rápida revista de todos nuestros gobiernos, hasta el actual Presidente. Pinto la situación actual con colores muy vivos. Nosotros, innúmeros liberales, separados de la Administración; entretanto, innúmeros godos pelechando en el gobierno. Es la losa de la reacción. El Presidente de la Repú-

blica debe rodearse de nosotros, que estamos dispuestos á secundarlo; debe salvar con nosotros el tesoro de las doctrinas liberales.

Sin dar tiempo á nuevos comentarios é interrupciones, dijo:

—Oigan ustedes el final.

Y empezó á leer de prisa, casi sin tomar aliento:

«*Repetimos que el momento es solemne. El obscurantismo ultramontano despliega sus horribles alas. Vedlo ahí: los godos caen sobre el Erario, ocupan los cargos públicos, y desde las alturas oficiales pretenden, ¡insensatos!, ahogar los nobles sentimientos de nuestro benemérito Presidente y asfixiar la política liberal de tan magnánimo, heroico, modesto, civilizador é incomparable Magistrado. Amenazan acabar con todas las conquistas liberales de que se enorgullece Venezuela: libertad de la prensa, libertad de industria, libertad de cultos, abolición de la pena de muerte, patrón de oro, instrucción pública gratuita y obligatoria, aunque no laica, para que no se ofenda la piedad de nuestras madres, hijas y esposas, y las demás conquistas liberales, como el divorcio, garantía de nuestros hogares, que no mencionamos por conocidas del país, que se beneficia con ellas.*»

El admirador de Chicharra, aquel que ya lo aplaudiera, estentóreo, al comienzo de la peroración, aplaudió de nuevo, convencido:

—Muy bien, Aquiles; eso es irse al grano.

El abdomen voluminoso de Chicharra hizo á su modo, aunque no ruidosamente, una reverencia.

Alzando la vista del manuscrito, advirtió Chicharra que dos ó tres personas se escurrían.

—Por Dios, señores, no se vayan ustedes—clamó, consternado—. Ahora viene lo mejor; oigan.

Nadie quería oir ya más. La gente, en plena lectura, se puso á charlotear en voz alta, sin miramiento alguno hacia el tedioso leyente, cansada, presa del hastío.

Aquiles, haciéndose de la vista gorda, continuó infligiendo su lectura. Ahora ya se escabullían á lo somormujo. Aquiles comprendió que debía ganar tiempo, y siempre de pie sobre aquel rostro de cocina, sobre la silla tribunicia, prosiguió leyendo, más de prisa, á toda carrera, sofocado, sudoroso, maltrecho. Casi no se entendía ya. Los ágiles matices de entonación habían desaparecido. Un golpeteo monótono, como el de la lluvia; un rezongo, como el de beata que musita oraciones, resonaba en el capaz recinto.

«*En vista de la solemnidad del momento, convencidos de la honradez, abnegación, patriotismo, desinterés, talento, valor y todo género de virtudes públicas y privadas que adornan á nuestro Presidente, de quien somos partidarios, adictos, muy adictos, leales é incondicionales, le*

ofrecemos nuestro concurso para la grande obra de salvar las ideas y los procedimientos del Gran Partido Liberal Histórico, contra los solapados seides de la oligarquía, que se deslizan en la sombra, y como conservadores encarnizados y godos recalcitrantes quieren adueñarse del país y retrotraernos á las épocas de obscurantismo. Pero no será mientras el benemérito Presidente actual, elegido de los pueblos, siga presidiendo la república y salvando el Partido Liberal.

En este solemne y crítico momento histórico, en esta época de definiciones, nos complacemos, en protestar sin reserva, á la faz del país y del mundo, nuestra adhesión al Gobierno y ofrecer al Presidente, incondicionalmente, nuestros servicios de partidarios decididos que aprueban y sostienen todos sus actos oficiales pasados, presentes y futuros.

¡Viva nuestro jefe único, el Presidente de la República, ilustre americano, restaurador de las leyes, gran demócrata y héroe del deber! ¡Viva el Gran Partido Liberal Histórico! ¡Abajo el obscurantismo y la oligarquía! ¡Abajo los godos!

Una estrepitosa salva de aplausos, principalmente de alegría por arribar al fin del discuso, resonó en la sala. El perorador, sudoroso, limpiábase el rostro con un pañuelo.

Emocionado, el admirador de Chicharra abalanzóse á la silla tribunicia para abrazar, el primero, al famoso general. Por malaventura Aqui-

les, al inclinarse, perdió el equilibrio y dió con su enorme panza en tierra.

Los concurrentes lo rodearon, desternillándose de risa, aunque tratando de disimular la hilaridad:

—¿Se ha golpeado usted?

—¿Quiere usted un vaso de agua?

—Sería bueno un poco de árnica.

—Tome una pócima.

Pero Chicharra, superior é indiferente, cortó preguntas y exclamaciones:

—No es nada, señores. En un momento tan solemne, en un día como hoy, de gravedad para el liberalismo de Venezuela, no podemos ocuparnos de boberías. ¡Si yo caigo y muero, no importa! Otros seguirán mis huellas.

É invitó á los presentes á firmar el documento leído.

Aquel mismo señor que propuso antes dejar tranquilos á los griegos y á los romanos, propuso ahora que se firmase el manuscrito, suprimiéndole todos los párrafos de carácter histórico.

—Eso no—protestó Chicharra, enérgico.—Eso no: yo no permito que se mutile mi pensamiento.

Como no se avenían, alguien prometió redactar allí mismo un nuevo documento, más breve.

Chicharra palideció. Todo, menos aquello. Aquello equivalía á arrebatarle la gloria, como padre é inspirador de la protesta de adhesión incondicional al Ejecutivo. Ante la perspectiva,

no nada risueña, de que prescindiesen en absoluto de su escrito, Chicharra, más exorable, convino en que le mutilasen su pensamiento.

Despojado el manuscrito de sus bellas divagaciones históricas, reducido á menos de la mitad, fué suscrito por todos los presentes.

Cuando estuvo signada, tratóse de enviar aquella prosa de incondicionales á la imprenta. Debía circular en hoja suelta, repartida gratis. Pero, ¿quién pagaría la estampación? ¿Quién?

—Gasto inútil—interpuso el hombre jovial y burlesco.—¿Para qué tanta difusión? Nuestro propósito es alcanzar un único lector: el ilustre, el restaurador, el gran demócrata, el héroe del deber... Digo, me parece. Pues enviarle nuestro manucristo...

Le replicaron que no fuese majadero. Y se convino en practicar allí mismo una colecta. El sombrero de un sujeto de buena voluntad, circulóse de persona en persona. Las monedas caían dentro con parsimonia; con menos abundancia, en todo caso, que los adjetivos de loa en el documento de Chicharra.

Cuando presentaron el chapeo al famoso Aquiles, el famoso Aquiles exclamó:

—Yo he incubado la idea de nuestra adhesión al Gobierno; yo he sido el promotor, y, puede decirse, el jefe de esta manifestación liberal; yo acabo de escribir esa página de nuestra historia contemporánea que tratamos de publicar; yo, por

último, he cedido la sala de mi casa para la presente asamblea. Es justo que se me exima de contribuir en metálico para la impresión.

Y Chicharra, digno y lógico, no desembolsó ni un céntimo.

VII

EL ADIÓS DEL CASERÓN

No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.

Llegó, á la postre, el momento de cambiar de domicilio las Agualonga. Olga se había casado noches atrás. De súbito quiso la boda, lo antes posible.

Ya Andrés tuvo muebles completos. Ya se explicó Olga los apremios de Irurtia.

—No serviré de obstáculo á nadie—dijo—y menos á Rosaura, con quien Irurtia, amoscándose, puede romper.

—¿Romper qué?—replicó Rosaura, bravucona.

—Yo me entiendo, madrina—concluyó Olga, moviendo con gesto ambiguo la cabecita blonda.

En suma, Olga Emmerich, sacrificaba sus últimas semanas de soltería, en obsequio de las Agualonga.

Las tres madres, en el fondo, no alcanzaron á penetrar ni el diferir anterior ni la subsiguiente urgencia, respecto á las nupcias; y achacaron á fantaseos y terquedades de tan original mujer aquellas resoluciones de capricho.

El busilis era de fácil desentraño.

El ministro de Chile, acreditado á un tiempo en Caracas y La Habana, partió, días atrás, para Cuba, á presentar sus credenciales, dejando un *Chargé d'Affaires* en Venezuela. Con el ministro ausentóse, rumbo á la hermosa Antilla, el *attaché* del *flirt*. Eso fué todo.

Á Olga no le quedó sino casarse; y lo hizo con premura.

¿Á qué esperar más, sin objeto? ¿Á qué seguir disgustando á don Sylock Irurtia quien, con razón ó sin ella, tenía metido entre ceja y ceja que cuando se pacta un negocio es para cumplirlo? No convenía poner obstáculos á los movimientos de pereza con que se enderezaba hacia el matrimonio aquel viejo remolón. Es más: convenía ocuparse con interés en aquel Irurtia jabonoso, escurridizo; máxime ahora, cuando ella iba á casarse y cuando el dinero del mezquino, goteando, aunque fuese por céntimos, en la hucha de las Agualonga, podía serle á Olga y á su pobretón de marido tan de remedio y oportuno.

Con motivo del chileno, echó al avaro, si no en olvido, en descuido. Y aquellos vejestorios de tías, ineptos y timoratos, se enredaban en tan

minúsculos, fútiles y múltiples escrúpulos, que el usurero amillonado podía escapárseles. Pero no, viejo lagarto peludo, no escaparás mientras Olga respire. ¡Ah! Irurtia vampiresco, don Camilo uñón y de oro, Olga te meterá con destreza en la cama de Rosaura, te aliará á la existencia de la madrina! Otras manos, que no las tuyas solas, manejarán los cordones de tu bolsa repleta; otras, la cerradura de tu caja de hierro. ¿Quieres mujer? Pues tómala y págala. No van á adorarte por tu prestancia de canijo, langaruto, donquijotesco, por tu hocico de roedor, tus inquisidores y claros ojos de neblí, tu cara huesuda, tu barba mal afeitada, tus uñas bien comidas, tus tragaderas de urraca, tu vegetarismo económico, tu tacañería sórdida, tu insociabilidad regañona, tus fundillos de remiendo y tu cuello de celuloide.

Apenas se hubo efectuado la boda de la sobrina, las tres madres, con lágrimas aún en los ojos, empezaron á desmontar la casa.

El desmonte y traslado duró varios días.

Andrés y Olga concurrían después de almuerzo para acompañar á las señoras y ayudarlas en cuanto pudiesen.

Parecía embuste que existiesen tantos chismes y chirimbolos antiguos en aquel caserón. Removiéndolos, removían siglos. Salían al aire, á la luz, de baules desvencijados, de escaparates inverosímiles, de viejos cajones olvidados en viejos cuartos telarañosos, adonde nadie iba sino

Eufemia alguna que otra vez, cuando su lubia de anticuallas y el ocio la conducían á esas entelarañadas y obscuras piezas, olientes á ratón.

Y sacando al aire y á la luz tantas dormidas vejeces, reverdecían, en la memoria de las tres damas, principalmente de Eufemia, recuerdos de los que en vida fueron usufractarios y posesores de aquellas cosas antiguas, hogaño sombra de cosas.

¿Qué no se encontró? Vestidos de modas pretéritas, restos de vajillas con cifras de tal ó cual ascendiente, relojes que marcan una hora de cincuenta y más años atrás: brinquiños de Mari-Castaña; legajos de cartas amarillentas; y, en los desvanes, muebles descabalados, una silla vaquera con freno y herrajes de plata, el caballete de un pintor y lienzos á medio embarrar.

Entre los muebles, había algunos interesantes: una vieja cama, por ejemplo, y sillas aún más viejas.

La cama, ó el armazón de cama allí restante, lo constituyen cuatro columnas salomónicas como de dos metros de altura, adornadas con protuberancias simétricas de oro y rematadas en piñas de oro también. Las cuatro columnas se enlazan por medio de travesaños de madera esculpida; cada travesaño ostenta, en alto relieve, ocho cabezas doradas de ángeles ó amores.

De las sillas no queda sino un par,—ambas perniquebradas, desvencijadas, lamentables, inservibles; con todo, majestuosas en medio de su

ruina. Las patas delanteras de cada silla son garras de águila sobre sendas bolas de madera; y tiene cada silla por espaldar un águila bicéfala de alas abiertas, águila que sostiene entre las zarpas, sobre el pecho, un escudo de cuatro cuarteles: un león rampante, un árbol, unas barras, un castillo.

Curiosos otros objetos: las insignias de la orden de Isabel la Católica, condecoración de España á un Agualonga realista, defensor de España en América contra los emancipadores; un rosario de esmeraldas, todavía con algunas piedras; una tabaquera de carey con portillos; una sortija tejida con cabellos seguramente de mujer. Junto á la filigrana de una cruz, ya sin brazos, intacta cáscara de nuez, obra tal vez de pacienzuda industria china, conteniendo aquella cáscara un diminuto y bien labrado juego de ajedrez en marfil, y no lejos de la nuez, oblongo estuche, asimismo de marfil, con útiles de costura: el dedal y las tijeras conservábanse,—de otras piezas, ausentes, quedaban sólo huecos.

Y retratos, retratos, retratos, al creyón, al óleo, en daguerrotipo, más modernos: hombres de caras bigotudas, enérgicas; damitas en la flor de la vida; matronas de absurdos miriñaques ó monumentales peinetas; una miniatura; el Agualonga con su cruz de Isabel de Castilla, al óleo, y hasta reciente fotografía en colores, de Olga, que á Olga no satisfizo y fué arrumbada allí.

De alguno de los cuartos más tenebrosos extrajeron dos vastos lienzos cubiertos de polvo y telarañas, representando, el primero, á Santa Rosalía, morena, de ojos enamorados y trenzas de ébano; el otro á la Magdalena, rubia y rolliza como flamenca de Rubens. Ambos pertenecían á un monasterio. Cuando el Gobierno de la República, en mil ochocientos setenta y tantos, clausuró las casas de religión y expulsó monjas y frailes, aquellos cuadros vinieron á manos de la familia Agualonga, por donación de las Carmelitas. En presencia de las santas pinturas recordaron Eufemia, Alcira y Rosaura, que una de las tías abolengas, la tía Benigna, profesó en el convento caraqueño de aquella Orden.

En la misma habitación oscura y mohosa, y dentro de un arca de cedro, topó Andrés Rata con una espada cubierta de herrumbre. Á la vera de la vetusta hoja herrumbrada yacía una caja de pardo terciopelo, desvaído por el tiempo. Abrió la caja Andrés, y encontró dentro dos añejas llaves enormes, tomadas de orín más que la vaina del espadón, y de aspecto más decrépito y roñoso. Considerólas Andrés breves instantes, y creyendo que algún abuelo monomaníaco guardó allí con esmero chismes tan antiguos como inútiles, propios más bien de alguna ferretería de viejo, las tiró á la basura.

Observó luego la hoja de acero: tenía grabada en el pomo, sobre una fecha, y entre dos ramas

de laurel, un nombre propio: el nombre de aquel Agualonga que, á los veinticuatro años, ganó las presillas de capitán, en Boyacá, el 7 de Agosto de 1819, y las de comandante en Carabobo, el 24 de Junio de 1821.

Entonces, extrañándose de que las vetustas llaves herrumbrosas, se conservasen con esmero en asocio de aquel arma, recogió el estuche de terciopelo marchito y, llamando á Olga, preguntóla:

—¿Sabes por qué guardan estos llavones antediluvianos y de dónde provienen?

—Francamente no sé, no recuerdo—repuso Olga.—Parecen llaves de iglesia.

—¿De iglesia? Las del Infierno no serán ni más grandes ni más feas.

Le preguntaron á Eufemia. Eufemia sí sabía. La tía Hipólita las tuvo siempre en veneración. Conservólas siempre junto con el sable de Carabobo.

—Esas viejas llaves—dijo—son las llaves de una ciudad del Alto-Perú: los generales españoles, vencidos, las entregaron al general vencedor; y el general vencedor, Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, las regaló á uno de sus oficiales, á nuestro abuelo que pudo señalarse, entre tantos héroes, cuando la ocupación de aquella plaza.

Y luego añadió:

—No son esas reliquias las únicas de tal géne-

ro que se conservan en Venezuela. Venezuela es un museo de esas reliquias. Ellas atestan cuántos prodigios realizaron un día, por toda América, los venezolanos. La municipalidad de Cumaná posee la corona de oro, incrustada de perlas, que Cochabamba, antigua y opulenta ciudad del virrreinato del Plata, ofrendó á Sucre: y que Sucre envió á su nativa Cumaná. La municipalidad de Caracas conserva, en urna de cristal, aquel famoso gonfalón de Pizarro, tejido por las manos de una reina de España, que del Cuzco leyendario desclavó un caraqueño llamado Simón Bolívar. Las llaves de Cartagena, la granadina, la Cartago de Indias, se hallan en Caracas también: en posesión de los últimos descendientes de Mariano Montilla. En España los descendientes del general don Pablo Morillo, que arrebató Cartagena á los americanos, llevan el título de condes de Cartagena. En América, los venezolanos descendientes del general caraqueño don Mariano Montilla, que arrebató Cartagena á los europeos,—y la arrebató para siempre—no tienen sino esas llaves. Pero dicen que es bastante.

Olga Emmerich y su esposo comieron esa tarde en casa de las Agualonga.

En la mesa, recordaron las solteronas el descubrimiento—podía decirse descubrimiento—de tantos añejos cachivaches que ya tenían en olvido. Las llaves de la ciudad alto-peruana salieron á colación.

—Tiene un gran valor—dijo Andrés.

—Y yo que no lo sabía—interpuso Olga.

—Y yo que las eché á la basura, sin darme cuenta—agregó Rata.

—Sí; tienen un gran valor—opinó Alcira.

Andrés coadyuvó á avalorarlas:

—Son una joya de la República.

Y luego de un segundo, continuó:

—Se le pueden vender al Gobierno.

Eufemia, como picada de tarántula, como si un resorte la impeliese, saltó en su asiento; y contestando á lo que imaginaba una suerte de profanación:

—No—dijo—nosotras las conservaremos mientras vivamos, sin vendérselas á nadie. Cuando no quede ya ningún Agualonga se entregarán al Museo boliviano, sin retribución alguna. Son de la patria; á ella deben volver.

Olga salió en defensa de su marido.

—Andrés tiene razón. Para olvidarlas en un arca decrépita, expuestas á que cualquiera las arroje al montón de orduras, cien veces preferible cambiarlas por dinero.

Rosaura se interpuso.

Todas las opiniones merecen respeto. Pero conviene en el presente caso proceder conforme al parecer de Eufemia. Por lo demás, adjunto á las llaves existe un papel indicando eso mismo. ¿Para qué contrariar, por cuatro pesetas, á los muertos y á los vivos?

Á la mañana siguiente hubo que echar al fue-

go, en el corral, donde se encendió una vasta hoguera, muchos, muchísimos, de aquellos objetos añosos é inservibles: toda la guardarropía histórica, las sillas cojas, las mesas desvencijadas, las tabaqueras olientes á rapé, los colchones olientes á moho; todas aquellas vetusteces, nidos de cucarachas, hamacas de telarañas, escondrijos de ratones; todos aquellos restos de un siglo y medio ó dos siglos de mutaciones, de guerras, de paces, de muertes, de vida. Y aquel arder del pasado era triste, porque no existe nada más triste que la vida ya vivida.

Otros enseres y trastos, aún utilizables, se repartieron entre mendigos y gente de la pobrecía vergonzante.

En el nuevo domicilio apenas cabría lo indispensable. ¡Era tan pequeñita la casuca!

Casi pareció á Eufemia un símbolo de la existencia ulterior donde no iba á tener cabida la existencia de ayer. Nada de tradición, nada de historia. Ruptura con lo pasado. Bien sepultos quedasen los muertos. ¡Los supervivientes, á vivir! No tarde, aquellas tres vidas fraternas, como tres lámparas iban también á apagarse. Los venideros obrarían lo propio: borrarían de ellas hasta el recuerdo. Para Olga, para los hijos de Olga, nada quedaría pronto, ni un pensamiento grato, ni una lágrima dulce, nada, de aquella vida á tres de mudo heroísmo, de constante deposición, de tristuras calladas.

En la tarde fué necesario partir. No quisieron esperar el caer de la noche por una vaga superstición. Pero el sol, declinando aprisa, avecinaba al crepúsculo. Ya eran las seis.

Apilaron, urgidas, cuantos efectos no expidieron antes por irlos necesitando hasta última hora: un lío con servilletas, toallas, el mantel; cuchillos, tazas, platos, jabones, hasta cinco ó seis jaulas de pájaros. ¿Quién iba á dar alpiste ó cambur ó aguacate al moriche, á la paraulata, al turpial, á los canaritos? Cargaron con cuanto se pudo á la cocinera y á su papanatas de hija. Que se fueran pronto.

Quedaron las tres damas, vestidas de obscuro, casi de duelo, y, acompañándolas, Andrés y Olga.

El caserón era un desierto.

Los cinco bultos se movían como un solo cuerpo ó permanecían quedos como grupo escultórico, en medio de aquellos claustros silentes, por aquellas habitaciones altas, desnudas, en aquel patio ya umbroso, en aquel corredor de congoja, en aquella mansión con sus techos negruzcos, con sus grandes canales como arterias grises, con sus vetustos aleros protectores, con sus sauces llorosos, con su fuente muda—sin una silla donde sentarse, sin un cuadro en las paredes, sin una cortina en las ventanas. La vida huyó de los muros. El caserón parecía más imponente, más grande, más viejo, más triste.

Concluyeron los cinco por callarse: voz interna hablaba dentro de cada uno y cada uno se puso á oirse. Una impresión de pesadumbre, de respeto, una impresión indefinible, vaga, insistente, los sobrecogía á todos.

Se dirigieron, siempre callados, siempre juntos, al jardín del primer patio.

Eufemia, pálida, trasojada, murmuró dos palabras, casi al oído de Andrés, y Andrés le entregó un pequeño objeto: un cortaplumas.

Entonces se adelantó Eufemia sola entre las plantas, y talló varas de nardo y varas de gladiolas. Con su varillaje blanco y rojo enderezóse á un rincón del patio, donde se alza un altarito de piedra con una virgen del Carmen, también de piedra, al fondo. Delante de la imagen ardían, en vasos de aceite, mariposítas de luz. Eufemia depositó el haz de varas níveas y el mazo de varas encarnadas á los pies de la santa.

Los demás acompañantes la siguieron, siempre graves, siempre mudos, en aquel postrer homenaje á la patrona del caserón. Cuando hubo colocado las flores, Eufemia, sin quitar los violados ojos de la santa, dijo:

—La virgen del Carmen es una antigua devoción de nuestra familia. Los que fabricaron esta casa, erigieron al mismo tiempo ese altar. Esta imagen nos ha visto nacer, crecer y pasar á todos. El 26 de Marzo de 1812, cuando el horrible terremoto que destruyó á medio Caracas, cayó esa

pared: sólo quedó un lienzo de muro incólume: el lienzo de muro que sirve de apoyo á la santa. La virgen quedó intacta, sobre los escombros. Desde entonces la veneración por esta imagen redobló en nuestra familia.

La cabeza cenicienta de Eufemia, su nariz de hoz, su palidez de porcelana, su prócera magrura, sus moradas ojeras, le infundían majestad al dolor que iba pintado en su rostro.

Consumida, talluda, sarmentosa, alma viviente de la mansión, siguió Eufemia, al frente del grupo familiar, recorriendo el recinto. El grupo movió el paso hacia el interior de la vivienda.

Llegaron los cinco bultos á un cañón ó crujía de piezas cuadradas con paredones eminentes; habitaciones ya invadidas en parte por la sombra que empezaba á caer. Los pasos resonaban en la penumbra.

Cruzaron dos habitaciones, deteniéndose en la tercera.

—Aquí—dijo Eufemia, encarando á Olga—: aquí nació tu madre. Aquí nacimos Gertrudis, Alcira, Rosaura y yo. Aquí murió nuestra madre. Aquí murió nuestra abuela. Aquí murió la madre de nuestra abuela.

Suspiros y sollozos partieron á volar. Y el grupo de lágrimas enfiló otras piezas que salían al segundo patio. En casi todas, deteniéndose, evocaron memorias y figuras familiares. El pasado, allí presente, daba su adiós de recuerdos.

Andrés Rata, el intruso, el advenedizo, para quien aquellas paredes que arrancaban llanto á las señoras no decían nada, nada; aquel hombre de alma vil y rastrera, sintiéndose molesto, comprendiéndose de más, secreteó á la oreja de Olga:

—Pero abrevien y vámonos, por favor. Esto lleva trazas de no terminar nunca.

No repuso Olga sino con gesto desabrido, significando: «cállate, imbécil».

El grupo retornó por el otra ala de la mansión. Arribaron de nuevo al patio frontal donde la virgen del Carmen, dentro de su hornacina de piedra se entristecía con sus mariposítas de luz y sus flores á los pies.

Una maciza, pesada escalera de granito, de escalones defilados por el uso, conduce del patio á las habitaciones del primer piso—otra casa dentro del caserón. En los últimos años casi nunca ascendieron esas gradas de piedra las Agualonga. El piso de arriba quedó siendo una suerte de museo y cachivachería; depósito de muebles, arrequives, chirimbolos y trastos en deterioro y desuso; almacén de todas las antiguallas recién repartidas entre mendicantes ó quemadas en la pira del corral.

Apuntando con el índice de la derecha hacia arriba, Eufemia, con su voz de aquella tarde, una voz velada, como de cuarto de agónico, como á la sordina, expuso:

—La tía Hipólita refirió más de una vez que en esos salones de encima dieron los Agualonga realistas un baile al general Pablo Morillo y á sus oficiales, en Mayo ó Abril de 1815, para celebrar el arribo á Caracas de los quince mil soldados europeos del ejército pacificador que trajo Morillo; y agregaba la tía Hipolita, que á fin de borrar aquel recuerdo, los Agualonga republicanos dieron á Bolívar otro baile, en esos mismos salones, el 2 de Agosto de 1821.

¡Cuántas, cuántas remembranzas!

El culto á la religión, á la familia y á la patria confundíanse en el amor de aquellos resistentes paredones antiguos, mudos para el advenedizo, llenos para las tres señoras de voces conocidas, de recuerdos siempre frescos, de un pasado flotante, aún no desvanecido, y puede decirse allí presente.

La noche seguía avanzando.

Callada Eufemia, permaneció el grupo silente, de pie en el corredor, próximo ya á salir, no lejos de la contrapuerta del zaguán.

Era el instante definitivo del adiós.

Ninguna se atrevía á adelantarse la primera hacia la salida; nadie osaba romper el silencio. Los pañuelos acudían á los ojos.

En medio de la invasora obscuridad, ya más densa, Rosaura se cubrió el rostro con ambas manos y sus lágrimas corrieron silenciosas. Un recuerdo acababa de cruzar por su cabeza: el de

la última vez que en aquel mismo corredor, junto á aquella misma contrapuerta, frente al patio aromado, estrechó la mano del hombre que la amaba, del hombre á quien quería y á quien se negó á desposar en obsequio de Olga. Y ahora se la lleva un cualquiera; ahora, cuando ya no luce Rosaura en la flor de la juventud, cuando su espíritu flaquea, cuando necesita de afecto, de sostén, de calor, de hogar. ¡Y ahora insulta su infortunio con pretensiones risibles un vejete grotesco, un usurero odioso! ¡Y tener ella que soportar su charloteo, su compañía, para que Chicharra no la tilde de egoísta y Olga no la apellide mala madre, incapaz del más mínimo sacrificio! Sentía náuseas de la vida. ¡Quisiera morirse!

De pronto advirtió Rosaura que la iban enlazando con suavidad por la cintura y que sobre su hombro se ahogaba un sollozo ajeno.

Era Alcira, á quien sus propios, íntimos pensamientos punzaban el corazón y humedecían los ojos, empujándola con dulzura hacia los brazos fraternos.

La noche había cerrado por completo.

¡Y las supersticiosas, que temieron la lobreguez, la sombra tétrica, en el adiós último al caserón de sus mayores!...

Cuando, por último, ya en la calle, echaron la férrea llave de cuatro libras al solemne portón de cedro con chapas y piñas de bronce, dentro

de aquellos tres corazones, enfermos de añoranza y víctimas de la suerte, se echó también la llave á toda esperanza risueña, á toda ilusión de porvenir.

Y ya estaban poniendo el pie en el estribo del coche que las iba á conducir á otra nueva morada, á otra vida nueva, cuando alguna puerta mal cerrada y batida por el viento hizo en el interior de la vieja casa un estruendo repentino.

Aquel portazo era el adiós del caserón.

TERCERA PARTE

I

NUNCA FALTA UN ROTO PARA UN DESCOSIDO

CUANDO reconoció la voz de Aquiles Chicharra, Olga salió al encuentro del general, en alborozo más ó menos fingido.

—¡Su excelencia en mi casa! Cuánto gusto, mi general.

Chicharra sonrióse, tendiéndole ambas manos:

—Sí, sobrina; yo me dije: si la montaña no viene hacia mí, yo iré hacia la montaña.

—¡Pensando estaba la montaña en ir hacia usted, tío! Parece cosa de telepatía. Tenemos tanto que hablar.

—Nosotros siempre tenemos que hablar. Nos entendemos bien, por fortuna.

Olga, tan conocedora de aquel vanidoso grotesco, le aseguró que se entendían porque él, hombre de veras grande, supo siempre amoldarse á los demás, poniéndose á la altura de cada quisque, sin apabullar á nadie con su indiscutible superioridad.

—¡Hombre grande, sobrina! ¡Con mi estatura!

—¡Y César! ¡Y Bolívar! ¡Y Napoleón!

—Calla, muchacha, cállate—repuso el héroe, desvanecido por el incienso.

Y convirtiendo picarescamente los ojos al vientre de Olga, donde la maternidad no delineaba su noble curva, le preguntó, chancista:

—Cuatro meses de matrimonio, ¿y nada todavía?

—¡Nada, tío! Una luna de miel entre tres, ¡qué horror! Ni aun cuando el tercero permanezca en su escondite.

El héroe, oportuno, se puso á filosofar.

Olga siempre de buen humor. Pero, ¿cómo no? Era joven. ¡Qué tesoro, la juventud! "¡Juventud, divino tesoro!" No se la aprecia hasta perderla. Es como la vista, otro tesoro cuyo valor sólo conocen los ciegos. Él estaba muy desilusionado, muy desilusionado. Su experiencia de la vida era enorme. Sentía en la boca pregusto de amargor.

—Estas cabezas blancas — añadió tocándose los pelos grises—encierran más sabiduría que una Biblioteca. La experiencia acumulada, hija: he ahí toda la ciencia.

Chicharra se explayó en consideraciones pertinentes, de la filosofía más zahorí.

Un joven, por talentoso y estudiante que se le suponga, siempre ignorará la mitad de las cosas que Chicharra sabe de memoria, con sólo haber

vivido. Él no perdió su tiempo en aprender fárragos, ni se hizo miope en velas de erudito; sus libros fueron la experiencia cotidiana, la observación, la naturaleza, el hombre. Su conocimiento del corazón humano, su ciencia de las sociedades eran profundas.

—Y todo ¿para qué, sobrina?—dijo con acento melancólico.—¿Para qué? Hace más de cuatro meses encabecé un magnífico movimiento liberal, ¿y qué se ha conseguido? Quiero que se me responda, ¿qué se ha conseguido?

—Algo habrá logrado usted, tío—pronunció Olga, ambigua y cortés.

—Nada, ni un céntimo... Si aseguran lo contrario los godos, es una calumnia atroz. Hace más de seis meses, ¡de seis meses!, el Gobierno me abandona. Soy como un pestífero. Hasta los mismos liberales del ministerio me dan con la puerta en las narices.

Olga sonrióse de pensar el efecto de un portazo en el nasal apéndice balanoideo del tío Aquiles.

Advirtió Chicharra la impertinente sonrisa, y, reportándose, añadió, algo molesto:

—El darme con la puerta en las narices es una figura retórica, como tú comprendes.

Olga quiso desvanecer la nube que produjo su repentina hilaridad, y protestó:

—Por Dios, tío: ya lo creo. No necesita usted de aclaraciones. ¡Si sabré yo quién es Aquiles

Chicharra! Á la menor descortesía se estaba usted comiendo vivo á todo el ministerio, y de postre, al presidente.

Aquella salida obró su efecto.

Desnubarróse el espíritu de Chicharra; y recobró su diáfana serenidad. Hasta el balano de la nariz, congestionándose de placer, empezó á rubicundear. ¡Si se los comía á los descorteses! Olga lo conocía mejor que nadie. Él no era un bravonel ó fanfarrón, ¡pero se los comía! Creásele capaz de todo, de todo, por su honor. ¡No faltaba más! No poseyendo, como otros, desproporcionada fortuna adquirida en la política, sino apenas un modesto pasar, su único tesoro consistía en su buen nombre; ese buen nombre, patrimonio de sus hijos, á toda costa lo mantendría incólume.

Olga escuchaba con resignación. El propio Chicharra, comprendiendo que había hablado mucho de sí, y anheloso de lisonjear á Olga, para que Olga conviniese en conceder lo que él vino á solicitar, le dijo:

—¿Y tú, sobrina? Hazme tus confidencias.

—Por Dios, tío. ¡Confidencias una mujer casada! ¿No piensa usted que las intimidades de una señora pertenecen también al marido; y que ésta no puede referirlas sin traicionar al esposo?

—Bueno; si son de ambos á ti te toca la mitad. Supongo que de tu mitad podrás disponer. Á ver, desembucha.

—Eso no puede repartirse, tío. El tesoro se conserva indiviso, incólume, como decía usted del honor.

—¡Paparruchas, hijita, paparruchas! ¡Si tienes desconfianza de mí!

¡Desconfianza de él! Pues bien, sí, le iba á contar, porque Chicharra constituía una excepción para ella. Él apadrinó sus amores; él le presentó á Andrés; él hizo que lo aceptaran las Agualonga ó contribuyó á que lo aceptaran. En una palabra: Chicharra la casó. Si era feliz ó no, á él y á nadie sino á él se lo debía.

¿Cuándo rehuyó Chicharra ninguna responsabilidad? Por eso con la conciencia de aquella resposabilidad que tan lindamente le achacó la blonda y gracil criatura, el imponderable Aquiles, el héroe sin segundo, el hijo predilecto de la fama y del ridículo, exclamó:

—Pero feliz si eres. Eso se mira en tu semblante, se trasluce en tu conversación. Andrés es un joven liberal de mucho mérito... y de porvenir. Ése va por el buen camino.

—Conmigo es un ángel. Se la pasa adivinándome el pensamiento, aunque á veces no lo consiga. Se echaría al fuego por mí. Pero, francamente, tío, al principio no se acostumbra una á vivir con un hombre con quien jamás vivió. Es un desconcierto de las costumbres más arraigadas; un sacrificio de las naderías más íntimas, que son tan importantes.

—Pero hay compensaciones.

—Hay compensaciones, es cierto. Pero es cierto que la brusquedad del cambio sorprende. Sobre todo en mi caso, tío: recuerde que se trata de personas tan diversas de origen, hábitos, relaciones, ideas. Aunque á todas las recién casadas debe de ocurrirles otro tanto. ¿No cree usted, tío?

—Puede ser, hija: yo nunca he sido señora racién casada.

El héroe se rió á mandíbula batiente de su chiste. Y pensó, en medio de sus carcajadas: «es muy ocurrente salida; la repetiré, al presentarse la ocasión, donde haya más público».

—En dos platos, resumió el general, te gusta el matrimio, ¿sí ó no?

—Lo bueno del matrimonio me gusta, ya lo creo. Lo malo, no.

—¿Y qué llamas tú lo malo?

Olga no sabía explicarse. Tal vez lo que juzga malo del matrimonio, es sólo malo en su matrimonio, en ella, en Andrés, en ambos. ¡Quién sabe! No se anda por la vida sino de sorpresa en sorpresa. Las cosas de más bulto, ella las veía con ojos de cegarrita; pero ciertas nimiedades, con franqueza, no podía tolerarlas, le torcían los nervios, la amargaban, la hacían sufrir. Por ejemplo, Andrés endosa, al llegar, unas raídas pantuflas y la excita á que ella también se ponga á sus anchas, y ande en la casa sin corsé.

—Pero esas son fruslerías indignas de mención. Basta con una hábil maniobra tuya...

—¡Fruslerías! Pero esas fruslerías es lo que distingue en sociedad á los seres. Cuatro meses llevamos de casados, y no he podido extirpar de raíz ni esa ni otras pequeñeces enormes, á pesar de mis más hábiles maniobras. Andrés me complace, claro; pero yo, lo advierto desazonado, le doy permiso, así, permiso, para que obre á su guisa, y luego soy yo quien se tortura.

—Eso no es ahogarse en un vaso de agua, sobrina, sino en medio vaso, en una gota, como triste insecto.

—Y llama usted gota de agua el haber tenido que renunciar á la mayor parte de mis relaciones sociales, por no desagradar á Andrés, porqué Andrés no tiene las mismas amistades.

—Entonces, ¿divorcio?

—¡Qué divorcio, ni qué niño muerto! Si no me quejo. Hablo de esto, porque usted se empeña; pero en el fondo yo soy muy feliz con mi esposo. La prueba es que renuncié á todo, á sabiendas, por él.

Ella no se apartó de la sociedad; fué la sociedad quien se apartó, poco á poco, de ella.

Aquel paulatino alejamiento mortificó su vanidad. Palpó el despego; y á su pesar, sin que valiera disimulo de mundana lista, respiraba ahora por la herida.

Chicharra oyó decir á su hija Tula ciento y

una veces que todo el mundo, desde el matrimonio de Olga, empezó á poner á ésta en cuarentena. Ahora la misma Olga lo estaba confesando, ó casi casi. Y Chicharra, en vez de hacerse el sueco y cambiar el curso de la charla, exclamó:

—¡Y por qué repudian á Andrés! Preocupaciones imbéciles de conservadores y ultramontanos.

—Y de los liberales, tío.

—No creo yo.

—Créalo: éstas no son necedades ni odios de partidos; son preocupaciones de clases. Los grupos sociales, máxime los que se imaginan superiores, se defienden encarnizadamente de las intrusiones de los extraños.

—Mal hecho.

—Bien hecho, digo yo. Á ese espíritu de cuerpo deben el existir.

Se detuvo el instante de un suspiro, y añadió:

—Entre esa gente las más excelsas virtudes de los extraños no encuentran fácil acogida; en cambio, cierran los ojos para las flaquezas de los propios.

Olga se puso á citar ejemplos; y derramó todo su veneno en las citas.

Doña Equis, que tiene cuatro pimpollos de cuatro padres distintos. Las Zeta, que señalan días de recibo para hombres solos. Don Fulano, un borrachón. Don Zutano, que sólo ha alcanza-

do tres puestos públicos, porque sólo tenía tres hijas. Los hijos de doña Perenceja, señora á quien apodan doña Pereza, porque la Pereza es la madre de todos los vicios. Francisco Linares Alcántara, Alcantarita, aquel papandujo hermafrodita, aquel cobardón lardaceo, que tiene alma, formas, veleidades y vicios de mujer.

Olga hubiera podido agregar su propio ejemplo.

La aceptaban, la sonrisa en los labios, á pesar de aquellos lunares suyos, tantos en número que ya la ennegrecían. El día cuando se casó con Andrés Rata le cerraron todas las puertas.

Chicharra aplaudió el verbo irrestañable, mordaz, cáustico, de Olga.

—Eres un termocauterio, sobrina. Eres terrible.

Y traduciendo un pensamiento cobarde que cruzó por su mente, dijo:

—No quisiera yo caer en tus garras.

—¡Usted! ¿Mi tío, mi amigo, mi aliado? Yo no saco las uñas para usted. Sería ingratitud. Yo admiro y respeto lo que es digno de respeto y de admiración. Para lo demás, *chust*.

É hizo con los labios un ruido como de quien escupe.

Al cabo de un momento, añadió:

—No hay sino dinero, dinero, dinero.

Y volvió á insistir:

—No hay sino dinero para independizarse,

para viajar, para salir de esta pavorosa topera de Caracas; para ser feliz.

Chicharra asentía con la cabeza, mientras Olga iba discurriendo:

—Y á propósito, tío—continuó Olga asociando en su espíritu las ideas;—á propósito: el asunto de Irurtia no anda bien.

—¿Cómo que no anda bien?

—Aquellas imbéciles de tías están dejando escapar la ocasión. No han sabido atrapar á Irurtia. No han sabido ni retenerle casi. Mientras yo estuve allí, el don Camilo se acostumbró á visitar á mi madrina de diario ó poco menos; ya estaba á punto de cantar claro, y tal vez de pedirla. Pues bien; ahora apenas si porta por allá. Le han dejado, no enfriar, sino aterir. Ya se le pasó el entusiasmo al viejo Sylock.

—¡Qué va á pasarle, á su edad! ¿Para cuándo lo dejaría?

—Si no le pasó, le pasará. Conozco al ladino. Pero mal puedo repicar y conducir la procesión: no puedo vivir á un tiempo aquí y en casa de mis tías.

—Esas mujeres, las pobres, son muy buenas—aseguró Chicharra,—pero son tontas de remate.

Y recordando que la ocasión la pintan calva, quiso aprovechar aquella que se le presentaba para prometer su apoyo á Olga en el asunto de Irurtia, á trueque de lo que él necesitaba de la sobrina, de lo que había ido á solicitar.

—Bueno, hija—comenzó.—Yo me comprometo á ayudarte á cazar el zorro. Á nosotros dos no se nos escapa.

Olga aprobó la idea.

¡Qué había de escapárseles! ¡Ni que fuera cien veces más zorro!

Chicharra añadió:

—Combinaremos un plan con calma, sin carrera. Yo odio las cosas precipitadas, improvisadas, sin base, sin solidez. Madura tú lo que se te ocurra; yo, hija, estoy á tus órdenes sin reservas de ningún género.

Olga sonrió. ¡Qué solemnidad en aquel lenguaje casi político! Aquella oferta de los servicios de Chicharra, "sin reservas de ningún género", la movió á reir. Se lo dijo, y el vanidoso quedó picado.

—¿Y tú, sobrina? ¿No hablaste con más solemnidad que un bachiller, hace unos minutos, cuando expusiste con cara de socióloga tu parecer sobre los grupos sociales y su estrecho espíritu de corporación? No nos fijemos en minucias, indignas de nosotros, y ¡viva la alianza!

—¡Viva!—exclamó Olga batiendo ambas manos.

—Alianza "muy noble y muy leal", como la ciudad de Coro en tiempo de España. Yo te pido y tú me das, yo te doy si tú me pides.

—Eso depende, tío. Yo, mujer; usted, galanteador incorregible: usted me puede exigir cier-

tas cosas que no deba conceder sino á mi marido.

Se lo decía por broma, y á broma lo tomó Chicharra, aunque alegre, en el fondo, de que la chica le creyese, "tal vez de buena fe", galanteador contumaz. Y pensó, con pensamiento de relámpago: "Si supiese la realidad; y cómo ya no soy aquél". Aunque los bríos de intención no le fallaron nunca. ¡Dios mío, cuando él miraba una falda corta, cuando encontraba las chicuelas de doce á trece años que salen de la escuela mostrando vírgenes pantorrillas provocadoras! Ante unas medias y unas enaguas de pollita núbil, ó pronta á serlo, sentíase fauno. Era capaz de brincarles encima, como aquella lejana tarde con Olga, cuando se encalamucó y se puso rijo, mientras le iba enseñando á la sobrina, á la sazón de cortos años, fotografías escabrosas, mientras la piel de terciopelo sonrosado y los crespitos blondos de la nuca le sorbieron el seso y engallaron su sátiro interior, entonces siempre alerta.

Este súbito recuerdo hizo casi ruborizar á Chicharra, temiendo que la sobrina pudiera descifrar aquel pensamiento de impudicicia.

—Desde hace mucho tiempo, hija—pronunció—yo no me ocupo sino de la cosa pública.

Ella, guasona, insistió en sus ideas galantes.

—¡La cosa pública! Una ramera es una cosa pública. No se calumnie, tío.

—Hija, por favor. Hablo de la política. La política me absorbe.

Y para no darle cabida á otra sandez de Olga, agregó, de prisa:

—Y con referencia á la política venía á hablarte.

—Soy toda oídos.

—Pues oye.

—Ya *oyo*.

Se quejó. Olga no se avenía á permanecer seria ni un minuto. Y sin embargo, lo que iba á tratarle no era caso de risa.

Como la Emmerich se dispuso á escuchar con interés, no estando Chicharra para tontunas, él comenzó á exponer sus ideas. ¡Qué proyecto!

Había más de seis meses que el gobierno se le mostró hostil. Había más de cuatro que él encabezara una gran manifestación liberal, sin resultado alguno. Después produjo é hizo pública una extensa manifestación, «con mucha miga», al Presidente de la República, cuando el onomástico del primer magistrado.

El primer magistrado se hizo el sueco.

Hasta las cartas privadas, ardientes y entusiastas, las dejaba sin respuesta. Viendo lo inútil de sus gestiones públicas y privadas y lo nulo de los ministros, á quienes el Presidente se complacía en desoir y menospreciar, se dirigió á la esposa del mandatario para que ésta le obtuviese un puestecito cualquiera.

—¿Un puestecito?—preguntó Olga, extrañando la modestia del general.

—Un puesto de acuerdo con mi significación política y mi larga hoja de servicios liberales. Tú sabes que lo he sido todo en Venezuela, menos Arzobispo y Presidente.

—Bueno, ¿y la señora?

—Tampoco ha podido conseguirme nada. Terminó, como su marido, por no responder á mis cartas. En cuanto á visitarla, tarea inútil. Mi perseverancia encalló: nunca la vi. Como vas advirtiendo, esa gente parece resuelta á lanzarme en la oposición. Yo repugno las medidas extremas; pero si me fuerzan seré terrible.

—¿Ese es el proyecto de usted, tío? ¿Para eso cuenta con mi apoyo?

Chicharra la tranquilizó.

No; no era eso. Antes quería ensayar un golpe maestro. Él conocía bastante la política y no se iba de bruces. Olga no ignoraba la afición del Presidente al baile. ¡Si parecía un danzarín!

Y agregó, enérgico:

—Ese canalla hace la política con los pies.

—Sí; es un bailómano.

—Pues bien, yo le daré un baile.

Olga aplaudió; y, curiosa, deseó conocer cuál papel Chicharra le asignase en todo aquello.

—¿Qué papel?—repuso Chicharra.—Uno muy importante, el primero. Ya verás.

—Bueno, veamos.

Entonces le explicó.

El presidente, además de bailómano, faunesco, amaba sobre la danza, las mujeres. Era un libidinoso, un bestial, un despreciable; pero debían tomarlo como era. No podían convertir de la noche á la mañana en cumplido caballero á aquel mono lascivo, traído de las selvas por el huracán revolucionario. ¡Ah, las revoluciones, las revueltas! ¡Cómo las odiaba!

El héroe pudo extraviarse en disquisiciones extemporáneas; pero Olga lo redujo á lo pertinente.

—¿Y su proyecto? ¿Y mi papel?

En suma, daría un baile á aquel bárbaro de las cavernas, pero eso no era lo importante. ¡Le ofrecieron antes al troglodita tantos y tantos bailes! Lo nuevo consistía en una cuadrilla; ó con más justeza: en una figura de cuadrilla que él, Chicharra, inventara.

En la supradicha figura, á un momento dado, los caballeros van separándose de las damas. Se separan todos, menos uno. En torno de ese único hombre restante, empiezan las mujeres á formar círculo, á tejer una guirnalda de hermosuras. El círculo se va estrechando, estrechando. Las mujeres ahogan casi con sus cuerpos al hombre feliz que está en el centro. La pareja de éste, constreñida por el aluvión de hembras, queda un rato en frente del galán, ceñida á él, cuerpo contra cuerpo, sin que entre ambos pase ni la hoja de un ci-

garrillo. Después, la figura iría deshaciéndose, con lentitud...

Chicharra opinó que aquél sería un gran golpe.

El sátiro de las montañas, el Presidente encalabrinado—centro de la figura coreográfica, naturalmente—iba á volverse medio loco entre tanto cuerpo de mujer, respirando perfumes de afrodisia, ceñido de brazos mórbidos, rodeado de hombros desnudos, viendo, sintiendo senos y espaldas que lo comprimen con dulzura y teniendo á su frente, por final, el íntimo contacto de una mujer joven, hermosa, deslumbrante, enloquecedora.

—Es un gran golpe, sobrina—aseguraba, frotándose las manos, el famoso é invalorable Chicharra—. Es un golpe maestro. ¡Si conoceré yo la política! ¡Si conoceré á los hombres! Ó ese mono de las montañas pierde la cabeza, ó no me llamo Aquiles Chicharra.

En dos platos ¿convendría á Olga servir en aquella cuadrilla como pareja del Presidente?

Ella opuso reparos. Caracas iba á murmurar. ¿Y si Andrés no consintiera?

—Andrés quedará encantado—exclamó Chicharra, convencido.—Encantado. Lo conozco mejor que tú.

Y prosiguió:

—En compensación, te ofrezco casar á Irurtia; y, si lo deseas, te ofrezco conseguir un Consulado para Andrés. Así te irás á pasear dos ó tres

años por Europa; y entretanto, que Caracas murmure.

Olga vacilaba.

El héroe terminó asegurándole:

—En Europa el mundo es tuyo: ese es tu campo de acción.

Olga seguía vacilante. Chicharra no podía lograr un puestecito cualquiera para sí ¡y prometía Consulados! Luego pensó: «Tal vez me convenga tratar al Presidente, que él me conozca.» La amistad del Presidente podría resarcirla de la amistad de Caracas, acabada de perder. ¡La vida era tan complicada!

Chicharra, mirándola en titubeo, trató de decidirla, poniéndola entre la espada y la pared:

—¿Qué respondes? ¿Sí ó no? Mira que la ocasión la pintan calva. Se trata de nuestro destino. ¿Qué respondes?

Olga irguió el busto; alzó la rubia y linda cabeza, como en desafío á todas las potestades célicas y terrestres, y respondió:

—Acepto.

II

UNA CASITA QUE TORTURA Á EUFEMIA Y SALVA Á ROSAURA

LAS Agualonga no podían quejarse de Irurtia. Tanto y tan mal oyeron decir del agiotista, les llenaron á tal punto la cabeza de patrañas respecto al garduño, que Eufemia, Alcira y Rosaura, á pesar de la invencible tendencia á creer en las buenas intenciones, en el buen corazón, en la honradez de todo el mundo—transmutando su propio sentir en el sentir de los extraños;—á pesar de aquel cándido optimismo que tan caro les costaba á las tres, no podían sustraerse á un sentimiento de aprensión y desconfianza con respecto á Irurtia. Hasta última hora temieron alguna marramuncia de Sylock, y que Sylock no cumpliese el pacto, entregándoles casa y dinero por la casona hereditaria.

Lo temían sobre todo Alcira y Eufemia, á quienes Olga habló siempre de Irurtia de un

modo muy distinto del que empleó con Rosaura. Á Alcira y á Eufemia las engatusaba, asegurándoles que Irurtia era un bandido, un tramposo, más resbaladizo que un jabón. Pero estaba enamorado, por fortuna. La suerte de todos dependía de Rosaura. Sin la colaboración de Rosaura, sin que ésta prestase oído benévolo á Irurtia, Irurtia se escurriría, no dejándoles un céntimo. Olga no podría entonces casarse: ¡qué desgracia! Las señoras debían contribuir á que Rosaura tolerase al bélitre adinerado.

Á su madrina la embaucó de otra suerte, con otros argumentos. Irurtia era en el fondo el mejor de los nacidos; tenía defectos, como todo el mundo. Tolerarlo un poco, provisoriamente, á fin de que desencajase las onzas de oro. Luego se vería. Por ahora, que la madrina hiciera un pequeño sacrificio, en obsequio de Olga. Tratábase del porvenir de la ahijada. La dicha de ella la tenía Rosaura en las manos. Pero que obrase á su guisa. Olga no exigía nada.

Conocía la pícara á sus tres madres. Se las sabía de memoria.

De ahí el que Alcira y Eufemia cerraran los ojos á las pretensiones casi amorosas de Irurtia, si ya no lo alentasen con suma discreción. Pero tenían fe en Rosaura. Rosaura, por obra de sortílega debía conjurar el peligro. Por eso la tildaron siempre de egoísta cuando, enfurruñada, negábase á recibir al viejo.

Obrando de tal guisa, conspiraban Eufemia y Alcira, engatusadas por Olga, á los planes de la sobrina; pero jamás creyó ninguna de las hermanas ni en proyecto avieso de Olga, ni en factible matrimonio de Irurtia.

Alcira y Eufemia no dudaron un punto de que á Rosaura se debía el que don Camilo, en aquella negociación, no se hubiese vuelto atrás.

—Todo es obra tuya, Rosaura,—aseguraban las hermanas.

—Dios sabe si me cuesta—respondía la otra.

Sólo por Olga habría hecho el sacrificio de soportar á don Camilo tarde sobre tarde, por semanas y semanas.

Irurtia, en efecto, sacó buena su palabra.

Les entregó como nueva, ó casi casi, la casita del convenio; y en monedas contantes y sonantes les puso entre las manos aquella suma, previamente fijada, con que casaron á Olga «como á una princesita», se aviaron ellas de ropa y, por último, pudieron cambiar de domicilio. El remanente casi íntegro lo entregaron á la sobrina, en previsión de lo que pudiese acaecer. No previeron para sí las Agualonga acaecimientos de los que se conjuran con dinero, porque ningún dinero conservaron. ¡Qué iban á necesitar las tres señoras! Á ellas les sobraba con su escuálida pensioncilla oficial como nietas solteras de prócer.

Aunque descontentas con el destino, que les obligó á dejar la casona patrimonial, sentían las

Agualonga gratitud ó casi gratitud, hacia Irurtia. Gracias á él casaban á Olga.

—Gracias á mí—corregía Rosaura á veces, ya penetrada de la importancia de su papel en aquellas tramitaciones.

—Gracias á ti, en primer término. Pero si don Camilo hubiera querido hacernos alguna trastada...

Lo repetían á menudo:

—¡Si don Camilo hubiera querido hacernos alguna trastada!

—Al agua connubio—concluía Andrés, con frase pedantesca.

Era aquella quimérica trastada que no realizó Irurtia lo que le agradecían.

Y hasta pensaron:

—Tal vez ni siquiera ha ganado con el cambalache lo que suponemos.

El cicatero de Irurtia hizo su agosto, es claro. Según sus máximas y prácticas, un negocio no es obra de misericordia: un negocio es un negocio. Ocurre como entre duelistas: se cruzan los aceros, se esgrime, se contiende: el arte consiste en herir al adversario, sin que el adversario os rasguñe.

Esta vez el contrincante de Irurtia era la mujer á quien amaba. Pero su afección hacia Rosaura, su muy sincera afección, no era bastante para inducirlo á cometer una tontería. El sentimiento nada tiene que hacer con el bolsillo. El

amor es una cosa y otra cosa el dinero. No confundir.

Irurtia se propuso, con todo, que las Agualonga ocupasen una casita coqueta, cómoda y relativamente espaciosa. Iba á matar dos pájaros con la misma piedra. Sobre prestar un servicio á aquellas piadosas damas, desembolsaba él más corta suma para devolución; como que, según trato, á mejor casa de entrega menos dinero de vuelta.

Ya le ocurrió tal idea, por antipatía hacia Olga, cuando se iniciaron las negociaciones; luego, desvanecido el sentimiento de repulsión á la sobrina, por maña lisonjera de ésta, refirmóse Irurtia en aquel antiguo propósito, no ya por repugnancia de la Emmerich, sino por aprecio á las Agualonga.

Por ello puso insistencia para que escogiesen aquella casita en la parroquia de Santa Teresa, que no se avino á proponerles hasta muy tarde, cuando advirtió que no podría endosarles alguna ratonera de las propuestas antes, pues todas eran rechazadas, ya con un pretexto, ya con otro.

Y si por deber dejó la casucha como nueva, ó casi casi, por simpatía á las señoras se complació en que resplandeciera, á pesar de las pinturas baratas que empleó para restaurarla, de las tejas usadas con que la hizo techar y de los albañales de deshecho, comprados á algún chamarilero, que puso por rejilla á cañerías y cloacas.

Su liberalidad no se extralimitó ni un ápice, aunque él asegurase lo contrario.

¿No llegó á jurar á Rosaura más de una vez que gastó en aquellas reparaciones lo que no hubiese gastado si de otras personas se tratara? Una ocasión hasta afirmó que cometía semejantes calaveradas por placerla. Como Rosaura se atufase, Irurtia limitóse en lo futuro á ponderar su desinterés y la hermosura de la casilla con expresiones de encomio:

—Es una tacita de plata—decía á veces.

Y otras:

—Ustedes estarán allí como la nata sobre la leche.

Irurtia fué mal profeta.

Desanidadas, las Agualonga no se hacían á la nueva morada.

Eufemia principalmente, siempre enfermiza, con habitudes monásticas, que no salía sino á la iglesia, los domingos, ó bien para visitar tal cual vieja de su parentela, ó para ver á Olga, una que otra mañana, lamentábase con amargura.

—Me ahogo entre estas cuatro paredes. Me parece que vivo en una prisión.

Rosaura y Alcira, ya por más resignadas, ya por más jóvenes y sin achaques físicos, habituábanse mejor, aunque no pasara día sin que las tres mujeres echasen menos el antiguo caserón de familia. Eufemia, á menudo, mientras las tres

se apacentaban de memorias, vertía lágrimas de añoranza y pesadumbre.

Con el propósito de desvanecer negruras en el ánimo de la primogénita, y para alegrarse á sí mismas un poco la existencia, Alcira y Rosaura comenzaron á transformar, en lo posible, desde el día siguiente de la mudanza, aquel feo casucho, «tan pequeñín y tan feo», según expresión de Alcira.

Las piezas, tapizadas con papeles del peor gusto, llenos de absurdas ramazones y tintes de chocolate, fueron empapeladas de nuevo, con papeles claros y ledos.

Sin más valerse que de aquella bobalicona hija de la cocinera, lo realizaron todo por sí mismas. Nadie las ayudó, ni siquiera Eufemia, que parecía resuelta, no ya á vivir, sino á esperar la muerte.

Por las tardes, en los primeros tiempos, solía ir Olga á acompañarlas; pero Olga no se allanaba á ensuciarse las manos con engrudo, ni á subir en las escaleras por miedo á un desvanecimiento, ni á clavar una tachuela, por no asestarse un martillazo. Las dos hermanas, que no tenían derecho de temer un porrazo, ni un vahido, ni el olisquear del engrudo, montaron la casa entera, desde los cuadros del salón hasta el espejo del baño.

Y sin otro coadjutor que la sirventuela mentecata, hermosearon la casuca ambas mujeres, acicalándola á su amor.

Como de fingir la vida á Eufemia menos amar-

ga trataban las generosas, en primer término, hasta los caprichos de Eufemia se encontraron con que se les recordó.

Así, arreglóse una pieza, á pesar de la estrechez, como Eufemia tenía arreglada desde casi medio siglo atrás otra pieza del caserón: allí la cama donde murió la madre de las Agualonga, tendida como en tiempos de la difunta; allí el reloj de bolsillo que usara en vida el padre, como esperando que el propietario viniese á colgárselo en el chaleco; allí el sillón de Córdoba, que perteneció á la tía Hipólita, y donde arrellanada en sus postreros días, discurrió ella tan á menudo sobre los primeros días de la patria. Útiles y chismes de recuerdo, diversos, heteróclitos, antagónicos, mantenían viviente la memoria de algunos muertos de la familia: la escopeta de la pared fué el arma con que se mató el hermano en una partida de caza; el cofre encima de la consola guardó las prendas de la abuela; ese crucifijo de marfil provenía de la madre de la abuela; aquel rosario perteneció á un religioso de Tierra Santa, y lo regaló á Eufemia la tía carmelita.

En cuatro ó cinco meses la casuca parecía otra.

En el horrible y árido patio de cemento romano hicieron practicar hoyos; los hoyos, por obra y gracia del humus, de la siembra y del cuido, se convirtieron en rosales de púrpura, de oro, de nieve; en matas de blancos jazmines del

Malabar, en morados heliotropos odorantes y sedientos de sol. Al fondo tendieron una enredadera de trinitaria, trasplantada del caserón, y á la sombra de aquella trinitaria, en el comedor, cosían por las horas de la canícula. Las ventanas que caían al patinejo se festonearon pronto de campánulas azules. En tinas verdes plantaron diamelas que florecían en botoncitos apretados y bien olientes, geranios de púrpura, begonias de rosicler, hortensias de azul muy tenue y margaritas de plata y oro. Por el borde de cada tina, una corona verde, una corona de ramitas de te, circuía aquellas margaritas de oro y plata, aquellas celestes hortensias, aquellas róseas begonias, aquellos geranios de grana y aquellos botoncitos de diamela.

Eufemia, con un poco de buena voluntad, podría ya ver en la flamante morada, si no el trasunto, el remedo de la antigua mansión, y resolverse á vivir sin aquella sombra de tristeza que la mudanza echó sobre su alma y encima de su rostro.

Pero todo fué vano: no se acostumbraba á la casuca.

Casi de diario, temosa y majadera, repetía su cantaleta:

—Me ahogo entre estas cuatro paredes. Me parece que estoy en una prisión.

Como Irurtia continuara visitándolas con asiduidad después del traslado, Rosaura urdió me-

dios para deshacerse del engorroso. Propuso la ruptura con el vejete á las hermanas, y argumentó su propuesta: ya cumplido el cambalache, nadie podía ahora suponer que por no sufrir los parloteos del agiotista con un poco de paciencia se frustrara la negociación. Dios sabe que aguantó á Irurtia en obsequio de Olga, por la felicidad de su ahijadita y para ceder á las hermanas. Que hasta el general Chicharra la diese de egoísta y mala persona, le molestaba. ¡Cuántas veces preguntóse: "¿Tendrán razón Chicharra, Olga, Eufemia y Alcira?"

La vida era una suerte de purgatorio. Ella lo creía resueltamente: «el purgatorio es la vida». Hubo que sufrir á Irurtia, y lo sufrió. Ahora, las cosas cambiaron. Nadie necesita ya del vampiro. Ella puede ponerlo de patitas en la calle.

Las dos hermanas sintieron, de buena fe, escrúpulos.

—No, Rosaura—le dijeron;—ese parecer no parece noble, ni siquiera correcto. ¡Cuando necesitamos de ese hombre lo recibimos con agasajo, y ahora, cuando ya no puede sernos útil, le damos con el pie! No. Eso no es caballeresco.

Rosaura lamentábase de aquel raciocinio:

—¡Que no es caballeresco! Entonces lo caballeresco es que yo me sacrifique por un viejo extraño y odioso, por ese lagarto peludo, como decía antes Olga. ¡Que Caracas murmure de mí, no importa! ¡Que yo me hastíe, no importa! ¡Que yo

sienta náuseas del animalejo, no importa! Es necesario ser caballeresca. Pues bien, yo no comprendo esa caballerosidad que ustedes predican. Es verdad que á ustedes les cuesta poco el sermoneo á favor de Irurtia, á quien apenas conocen, y en contra mía, hermana de ustedes. La víctima, la única víctima, soy yo.

—Pero no se trata de sacrificio tuyo—le argüían.—No lo recibas tú sola nunca más. Lo recibiremos todas, y todas sufriremos por igual, y con resignación, si hay que sufrir. De memoria sabes que el disponer que lo recibieses tú sola no fué cosa nuestra, sino capricho de Olga. Asentimos á ello por temor de que Irurtia se escabullera, dejándonos con un palmo de narices y sin casar á esa pobre niña.

La dificultad quedó transigida.

En lo futuro Irurtia iba á ser recibido por las tres hermanas á un tiempo.

La ausencia de Olga permitió aquel expediente. Substraídas á la vigilancia, al comento, á la astucia, á la presión constante de la sobrina, las señoras obraron á su guisa, y creyeron conciliar la corrección social que debían á Irurtia con el respecto á los sentimientos de la hermana.

Entretanto, Olga les hacía falta, máxime á Rosaura; y la estrecha casuca continuó siendo torcedor de las tres, máxime de Eufemia.

No eran felices.

III

LA ONZA TRIUNFANTE

Don Camilo no pareció deleitarse con la estratagema de las Agualonga. ¡Estaba ya tan hecho á sus coloquios vespertinos con Rosaura! No se desavezaba de la visita cotidiana. Recibirlo entre las tres equivalía á un retroceso en aquellas dulces relaciones.

Con una mujer á solas se pueden hablar naderías; es más, casi de sólo naderías se charlotea. Pero semejantes nonadas valen por el carácter de íntimas, por las inflexiones de la voz que expresan más que la voz misma; porque la soledad os transforma, por lo menos en apariencia, en más del uno para el otro, y el *tête-à-tête,* aun tratando de calor ó de lluvia, toma aspecto de confidencia.

La pasión ejercía despótico imperio en aquel corazón virgen. Aquel afecto senil absorbía todos los jugos sentimentales de una vida sin juventud, de una juventud sin amores. Hombre de pasiones fuertes, amanecía en su corazón el senti-

miento con tanta más violencia cuanto más tarde; todo el afecto por la hembra conservado en almacén, todo ese ignorado stock de ternura, toda esa pólvora seca explotó á la intimidad con un hermoso fósforo mágico: dos ojos de mujer.

Á Irurtia lo urgía confuso presentimiento, el presentimiento, más que convencimiento, de que el amor iba á serle inútil bien pronto. La decadencia bate alas cuando la ancianidad se pone en camino.

Es verdad que en Irurtia la pasión del oro privaba sobre cualquiera otra; y que cuando en un ser impera con tanto señorío una pasión, desaparecen las demás, porque aquélla se alimenta de la savia de todas, y todas secan y mueren. Pero es verdad que en la verde vejez de Irurtia aparecía el amor, lo que significa que existían en estado latente, dormidos, mas no muertos, aquellos apetitos carnales que no son en el fondo, unas veces, sino necesidades sensitivas ó voluptuosas no satisfechas, y otras sino ansias de paternidad, necesidades afectivas que solicitan satisfacción.

La Naturaleza hizo que tales anhelos fueran casi siempre imperiosos, pero aun cuando vagos, inflexibles; como que de esos anhelos que siente cada hombre en lo íntimo de su ser, depende la suerte de la especie.

En el corazón de Irurtia iban ahora á librarse batalla el oro y la mujer. ¿Cuál triunfaría?

La recepción de las tres Agualonga, equivalía á los ojos de Irurtia, á un percance en su vida sentimental, y no pensó sino en sortear el escollo. Cambió de horas. Quedóse dos ó tres días sin ir. Cuantos ardides puso en juego resultaron fallidos. Ellas, en aquel punto, sabían más que él.

La primera tarde imaginóse—porque todo el mundo es, en el fondo, vanidoso, hasta Irurtia—que lo recibieron los tres por cortesía; la mudanza á una finca, antes perteneciente á don Camilo, la corrección de él, lo contentas de ellas, el reciente estreno ó toma de posesión de la casita, todo aquello y quién sabe qué más, debía de entrar por algo, según el agiotista, en la recepción á tres. La persistencia de las hermanas lo hizo cambiar de sentir. No, no era pleitesía ni agasajo aquello.

Supuso entonces, que la estrechez de la casa influía en el nuevo hábito, y considerando siempre el nuevo hábito como un contratiempo, pensó: «he debido cederles domicilio de mayor capacidad; menos dinero desembolsara y gozaría ahora, en mis visitas, de más independencia».

Y disculpábase la pifia con un razonamiento de explicación: «al mejor cazador se le va la liebre».

Poco á poco fué penetrándose el agiotista de que la estrechez de la casilla nada tenía que hacer con la resolución de las tres mujeres. Por que era una resolución: ahora lo veía claro.

¿Y á qué obedecía el que las Agualonga se determinasen á obrar como obraban? Irurtia no pudo explicárselo. Él fué siempre de intachable corrección en su trato con Rosaura; ella, además, no hubiese consentido el más ínfimo desliz. ¡Era tan fiera en su dulzura! ¿Andaría secretamente la traviesa mano de Olga en todo aquello? Desechó el pensamiento por absurdo. ¿Quién como ella le prodigó carantoñas en casa de las Agualonga? Olga miraba con buenos ojos, para no decir que apadrinó sus relaciones con Rosaura.

¿Entonces?...

De tanto cavilar y de inducción en inducción, Irurtia concluyó ó dedujo lo siguiente: lo encocoraban para ver de constreñirlo á hablar de matrimonio, ya que durante el tiempo de sus íntimos y diarios coloquios con Rosaura, no lo hizo.

"Mi dinero es lo que buscan"—pensó.—"Pues bien: no lo obtendrán." Parecían tres moscas muertas y eran tres sanguijuelas. Conque dinerito, ¿eh? Á mala puerta llamaban. El dinero de Irurtia, amasado con tanta laboriosidad, en tan luengos años de privaciones, no pertenece al primero que se presenta. Mientras aliente Irurtia, sabrá defenderlo.

Una idea confusa de fraude y de ruina agita el cerebro de don Camilo. Á semejante horror, un escalofrío invade su espina dorsal y eriza sus vellos. "Prefiero la muerte—se repite—, cien muertes, á perder mi fortuna!"

Aquellos pensamientos lo sobrecogieron con tesón cierta noche, al acostarse. Aterrorizado, resolvió romper con las Agualonga y no portar nunca más por donde vivían. Sólo aquellos malditos ladrones de años atrás le produjeron impresión de pavura comparable á la que ahora le inspiraban las Agualonga. ¡De la que se escapaba!

Una semana estuvo sin pensar en semejante gentuza, sino con una pavidez retrospectiva, como piensa en su viaje aquel que sale con vida, en algún choque de trenes.

La imagen de Rosaura revoloteábale por la mente. Cerraba los ojos—como si con los ojos cerrados pudiese no verla—, en empeño heroico por desterrarla de su espíritu: ¡bribona, farsante!

Á las tres hermanas las confundía Irurtia en el mismo sentimiento de espanto y repulsa.

Con el transcurso de los días y el continuo cavilar, fué poco á poco deslindando responsabilidades. ¿Cuál de las tres merecía más desprecio é inspiraba más odio? Presentábase de nuevo á la imaginación de Irurtia, acalorada por la desconfianza y el temor, la imagen de Rosaura. Ante aquellos mansos ojos de vaca, adormilados y de luengas pestañas, aquel aspecto de dulzura melancólica, aquella gracia que surgía de la boca gordezuela, de la piel mate con tonos de ámbar, del lunarcillo oval, ante la Rosaura de sus pensamientos, madura y exquisita fruta de otoño,

sentía don Camilo dudas. ¿Rosaura tan culpable como las otras? No, no era posible. Hacía distingos: «Cómplice, tal vez; inspiradora, nunca.» Ella tan graciosa, ella tan suave, ella tan linda, ella tan noble! Recordaba don Camilo observaciones suyas respecto á la inagotable bondad de Rosaura. No, no era posible. Cómo pudo imaginárselo ni un minuto. ¡Qué torpeza!

La misma idea de complicidad la fué descartando, á fuerza de pensar en la ingenua mansedumbre y en la hermosura moral de Rosaura.

Terminó por convencerse de que á Rosaura «juguete de sus dos hermanas», no le alcanzaba la más mínima culpa.

Todo su odio se concentró en Eufemia y Alcira. ¡Si él pudiera librar á la víctima de aquellas garras! Pero no, él no tenía vocación de redentor. Los redentores mueren crucificados. Cada uno que se arregle como pueda.

Había ya trece tardes desde la última visita de Irurtia á las Agualonga; desde su tácita ruptura con Rosaura.

¡Trece tardes, un siglo!

Pensando en ello arribó don Camilo, al crepúsculo, casi anocheciendo, á su casa. Mientras Tomasa dispuso la comida, sentóse el prestamista en el diminuto corredor, sin prender luz.

Del obscuro cielo, donde albeaba como un presentimiento de luna, caía sobre el patiuco, una sombra clareante, una sombra casi transpa-

rente, una sombra que permitía ver en la obscuridad á dos, á tres metros, aunque sin distinción.

¡Propicia penumbra al ensueño! Don Camilo recordó que antes se restituía él á su albergue á aquella misma hora; pero entonces venía invariablemente de casa de Rosaura, el alma envuelta como en bruma de amor.

Comprendió que aquel recuerdo le venía ahora á las mientes porque echaba de menos la visita. Y si echaba de menos la visita era porque la visita le producía placer. Ahora bien, ¿qué le obligó á suprimir de su vida aquel placer, aquel placer que no le costaba ni un céntimo? No pudo responderse con claridad. ¡Que querían robarlo! ¿Quién dijo que quisieran robarlo? ¿Que lo recibían las tres, que semejante recepción obedecía á siniestro conato para inducirlo á pedir la mano de Rosaura? Pero si él no pedía la mano de Rosaura aquellas pobres señoras, aunque se multiplicasen por veinte, aunque llamasen en su auxilio á todos los santos del cielo y aun á todos los poderes de la tierra, no podían constreñirlo á que la pidiese. El matrimonio no es obligatorio en Venezuela y en Venezuela vivía él.

Se rió de sus temores; le pareció imposible que hubiera cedido á una idea absurda. Le pareció más imposible aún que él, Irurtia, hombre práctico, para quien dos y dos son cuatro, y que no confunde un vaso de agua con el mar, se hubiese restado un placer real, un placer que no

costaba dinero, una de las pocas dulzuras de su vida...—¿por qué? por una idea absurda, por una suposición, por una quimera.

Es decir que él, Irurtia, hombre práctico, suprimió una cosa efectiva, una cosa real, por una sombra, por menos de una sombra, por algo inexistente, por nada. No pudo explicarse aquello. «¿Estaré envejeciendo; mi cerebro empezará á flaquear; ya no seré el mismo?»—preguntóse.

Hombre de cálculo y de precisiones matemáticas, don Camilo, para someterse á prueba, formuló en espíritu la siguiente cuestión: «Entre Rosaura y mi fortuna, ¿qué prefiero yo?»

No le pareció bien claro el planteamiento del problema y lo hizo de otro modo. Pensó en la boca de Rosaura, en los brazos, en los senos que él adivinaba, recios, tibios, túmidos, odorantes, debajo de las flojas blusas de muselina y que tanta impresión le causaban. Pensó que aquella boca de Rosaura estrujaba la suya en la avidez de un ósculo; que aquellos brazos lo ceñían; que aquellos senos prominentes le bailoteaban á él por el rostro, por el pecho, entre las manos. ¡Rosaura poseída, Rosaura suya! Dios mío, la sensación era divina, divina, como él, tan casto, nunca tuvo otra igual... Se quedó cojitabundo... La imagen de Rosaura resplandecía en el cerebro de Irurtia. De entre la sombra del patiecito doméstico vió Irurtia surgir una balanza inmensa. Rosaura cayó en uno de los platillos de

la balanza. En el otro platillo fué á echar, de pensamiento, una casa y otra y otra. Pero aquello no resultó claro. En el platillo no cabía ni una sola casa, ¿cómo, pues, echar tantas? Entonces, por un golpe mágico de imaginación, redujo las casas á dinero. Ya la cosa quedó neta y precisa. En un platillo empezaron á caer talegos repletos de oro. La balanza se inclinó hacia los talegos de oro.

Irurtia se comprendió salvado, á prueba de tentaciones, señor de sí mismo, el Irurtia de siempre. ¡Qué iba á estar envejeciendo!

Entonces, para mejor probar su hombría, su fortitud, su auto-dominio, su antiguo sér, empezó á disminuir talegos de un platillo, mientras Rosaura, á quien amaba, quedó balanceándose en el otro. Quitó uno, quitó dos, quitó veinte: el platillo de los talegos pesaba más que el de Rosaura.

Á la postre no quedó sino un talego de un lado y Rosaura del lado opuesto. Rosaura pesó menos.

Entonces Irurtia fué sustrayendo onzas de oro del saquito postrero. El saquito, con las pocas piezas de oro que restaban, pesaba más que Rosaura. Siguió sacando, sacando: la balanza no encontraba nivel.

Por último, ya no quedó sino una sola onza de oro, limpia, refulgente, en uno de los platillos. La onza de oro pesó más que Rosaura.

Una voz lo sustrajo á aquel ensueño de dinero y amor. Listo el condumio, Tomasa lo estaba llamando á comer.

IV

BELLAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS

El general Chicharra tertuliaba con su familia, en su sala, una prima noche, cuando, á eso de las diez, llamaron á la puerta de la calle. Era un policía. El polizonte entregó una carta dirigida al dueño de la casa y partió.

Un ángulo del nema ostentaba las armas de la nación, y debajo del escudo se leía: *Presidencia de la República.*

Chicharra se puso nervioso, orgulloso, cuando tomó en sus manos la carta del Presidente. Con la emoción le subió la sangre, si no á la cabeza á la nariz, y el apéndice nasal de Aquiles empezó á acarminarse.

Rasgado el sobre, Chicharra recorrió el pliego en un segundo, con la vista; y ya impuesto del contenido, dióse á leerlo en alta, clara é inteligible voz, rodeado de atenciones vigilantes y silenciosas.

"Mi querido amigo:

Mañana á las siete salimos para una jira por los Valles de Aragua. ¿Quiere usted ser de los nuestros? Habrá peleas de gallos en Maracay, bailes en La Victoria, coleadas de toros en Turmero, excursión por el lago de Tacarigua. Dentro de seis ó siete días estaremos de regreso. Será una cana al aire. Si resuelve ir, ya sabe: en la estación mañana á las siete."

¡Qué exploxión de alegría en aquel hogar!

—El Presidente es un hombre encantador—dijo la esposa de Aquiles.

—Encantador—repitió Tula, la primogénita;—y baila muy bien.

Pero Chicharra dominó todas las exclamaciones con la suya:

—¡Y lo que me estima! ¿No advierten ustedes lo que el Presidente me estima? Con su hermano no sería más afectuoso. Juro que no existen tres personas á quienes nuestro Primer Magistrado escriba, de su puño y letra, epístola semejante.

—¡Cómo ha cambiado contigo!—apuntó la esposa.

Chicharra tomó pie para una serie de autoelogios. La familia escuchaba con sincera admiración, boquiabierta, á aquel hombre ilustre, á quien el Presidente escribía de su puño y letra, y cuya compañía deseaba.

—¡Que ha cambiado conmigo! Ya lo creo. En cuanto pude acercarme á él y hablamos cuatro

palabras solos. El Presidente aprecia el mérito y conoce á los hombres. Mis enemigos, temerosos de la influencia que yo pudiera alcanzar sobre él, me cerraban la puerta. No me dejaban acercar al Magistrado. Lo tenían como en un círculo de hierro. Ni mis cartas tal vez le llegaron: de ahí el que no las respondiese. No se tomaban en cuenta siquiera mis manifestaciones políticas de mayor importancia: la felicitación por la prensa con motivo de su onomástico, aquel magnífico movimiento liberal que yo promoví y encabecé...

Una de las chicas más jóvenes lo interrumpió:

—¡Pero con el baile no hubo tu tía!

Chicharra sonrió; toda la familia sonrió al recuerdo. Había sido un golpe maquiavélico, una de esas ideas que atraviesan raras veces el cerebro de un estadista.

—¡Si conoceré yo la política!—exclamó Chicharra, más satisfecho que nunca de sí propio.

Debía, en efecto, de conocer mucho la política de Venezuela, Aquiles Chicharra, ya que, siendo tan pesado y sanchesco de espíritu como de prestancia, flotó siempre, á manera de corcho, sobre el oleaje de los partidos; cuando, ahora mismo, se bienquistó con el Presidente, que no podía verlo ni en pintura.

La cuadrilla de marras obró el milagro.

El danzómano lascivo nunca se halló tan á gusto, al son de la música, como la noche de Chicharra, entre tanta mórbida espalda, tanto seno

semi-desnudo y tanto *odor di femina, di femina* elegante.

Se le pusieron á la cuadrilla parejitas de selección, la mayor de las cuales, Tula Chicharra, tendría apenas veintiuno ó veintidós años. El danzarín de instintos de caprípedo creyó desmayarse sobre la carne resistente y nívea de Olga. En el momento culminante de la figura, Olga le respiraba en la boca, lo veía en los ojos, lo abría materialmente los brazos y las piernas.

Sentía el libidinoso aquella carne de tentación contra su cuerpo, desde las rodillas hasta el pecho; por su flanco diestro sentía el roce de otras piernas de mujer; por su flanco izquierdo, el calor de otras caderas; por su espalda, la presión de otras tumideces perfumadas; en su torno, otros senos de virgen... Creyó volverse loco. Nunca tuvo sensación semejante de elegancia, de lascivia, de música, de amor.

¡Trabajo le costó á Chicharra el encontrar parejas para la complicada y audaz figura de su invención! Por fin, tres de sus hijas, Olga y algunas hijas de aquellos liberales de buena voluntad y aspirantes á cargo público, de aquellos mismos suscritores de la protesta de adhesión, aceptaron. Pero no aceptaron todos; hubo quienes se achubascaron, y hasta uno gritó que sus hijas no eran bacantes de profesión, ni bocado para faunos, ni calentadoras de bragueta, y que Aquiles era un sinvergonzón.

¡Cuántos dolores de cabeza para Chicharra con la mera divulgación de su idea! ¡Quién sería el imprudente que dejó traslucir el proyecto! Tal vez Rata—pensó Chicharra—para que lo supusiesen en secretos de sociedad, por alabancioso.

Lo cierto fué que á Chicharra le cayó encima, desde antes del baile, el vilipendio. Hasta llegó á temer que ninguno de los invitados concurriera, y lo cierto fué que hubo más hombres y señoras maduras que palmitos graciosos. Casi nadie llevó á su familia. Los hombres se presentaban solos, dando excusas: "¡Mi esposa cayó enferma hace dos días!"; ó bien: "¡Mi hija, á última hora, fué presa de una jaqueca atroz!" La familia de otros andaba por Macuto. Cada uno, al entrar, daba una excusa parecida, cuando no idéntica, al que lo precediera. Causaba risa aquello, y Aquiles, algo corrido, pensaba: "Son todos unos canallas de poca imaginación."

Pero sus esfuerzos quedaron recompensados con la fiesta. ¡Qué alegría la del Presidente!

La estrella de Aquiles empezó á fulgir aquella noche. Los alcahuetes oficiales palidecieron de envidia. El inventor de aquella cuadrilla maravillosa los hundía á todos.

Ahora el Presidente iba á una jira por los valles de Aragua y deseaba que Aquiles lo acompañase. ¡Quién mejor para dirigir la cuadrilla de su invento en los bailes del camino! Á me-

nudo realizaba el Presidente aquellas que podían llamarse de veras *excursiones* ó *jiras de placer.*

Apenas se impuso del billete presidencial, Aquiles Chicharra comprendió lo que se quería de él y por qué se le invitaba. Se bañó en agua de rosas, como quien sabía que de aquellas complacencias y de aquellas intimidades estaban saliendo los ministros, los presidentes de Estado, los jefes de Aduana, todos los personajes de la Administración.

Ordenó Chicharra que le preparasen al punto una maleta. Y mientras la disponían, se puso á meditar en posición que impresionase á la familia; es decir, con la cabeza entre las manos.

La Victoria era, en las jiras del Presidente, el centro de las saturnales, y en aquel centro tan importante de la política, en aquella capital del vicio, en aquel nido de la abyección (no por el pueblo en sí, ajeno á todo y víctima de los rufianes, sino por el sátrapa de aquella satrapía) iba á habérselas con el monopolizador de las bacanales, jefe de los alcahuetes, Francisco Linares Alcántara, hermafrodita y rufián, elevado á categoría de primera autoridad del Estado Aragua.

Se preparó de antemano á la lucha. Lucharía; á él no lo apocaba lucha de más ó de menos. Era un batallador.

Francisco Linares Alcántara, ó, como se le llamó siempre, *Alcantarilla,* supo desde Cara-

cas, por teléfono, apenas salió el tren oficial, quiénes componían la comitiva.

Inmutóse el eunuco no bien escuchó el nombre de Chicharra, muy llevado y traído desde la noche del baile, en boca de los terceros del Presidente. Presentábase un émulo, á partir el sol, en la palestra. Por fortuna iba á librarse aquella lid de influencias y de faldas en terreno que él conocía mejor que el adversario. Contra viento y marea conservaría él su puesto de primero, más célebre y mejor provisto entre los celestinos.

Por algo era la primera autoridad en Aragua y disponía en La Victoria, junto á su corte de efebos y miñones para uso interno suyo, que se desvivía para darle placer, de aquella otra banda de zurcidores de voluntades que lo reconocía por jefe y protector, banda á la cual debió el Presidente de la República tan exquisitos bocados, y él, Alcantarilla, tanto prestigio y tanta influencia.

Por fortuna, rica presa ya se le tenía dispuesta al fauno en aquella ocasión, antes de conocerse el arribo próximo de Chicharra.

Era la víctima una muchacha campesina, fresca y hermosa como una flor-de-Mayo. Muchas esperanzas fincaba en ella Alcantarilla.

Cuando el Presidente arribó á La Victoria serían las doce.

Quiso bañarse antes de almuerzo y le prepararon una bañera con más agua de colonia que de

la fuente. Alcantarilla, dispendioso de suyo, no escatimaba en gastos. Quería eclipsar á Chicharra.

Después del almuerzo, el Presidente subió á sestear en las habitaciones del primer piso, acompañado de Alcantarilla y dos ó tres íntimos. Allí se echó sobre una amplia hamaca de cumare; mientras reposaba, Alcantarilla se puso á despertar la concupiscencia y la curiosidad del salaz personaje con indirectas del padre Cobos.

—Mi general—dijo:—hay moros en la costa.

Otro de los circunstantes, agregó:

—El Presidente se relamerá de gusto.

Paró el fauno las orejas, y cuestionó:

—¿Muy joven?

—Claro: como á usted le gustan.

—¿Trigueña?

—Un copo de espuma.

—¿Alta, delgada; gorda, chica?

—Alta y fuerte, más bien: parece una torre. Tiene senos, cuello, brazos y caderas de primer orden.

—¿Entonces, un *bocato di cardinale?*

—Sí, señor; un bocado de cardenal.

El presidente se fingió regañón:

—¿Y qué diablos hacen ustedes ahí sin traérmela?

Alcantarilla le repuso con energía:

—No, no, mi general. Así me lo ordene usted. Será la primera vez que le desobedezca; pero le

desobedeceré. Dígame que me tire por un balcón, y me tiraré. Dígame que le corte la cabeza á mi madre, y se la cortaré. Pero no me diga que le traiga la muchacha ahora, porque no lo haría: usted acaba de almorzar.

—Esas son pamplinas, Panchito.

—No, mi Presidente. Para usted no lo son. Yo, Pedro, Juan, cualquiera puede *montar á caballo* después de almuerzo: no importa. Usted, no.

Otro de los áulicos aclaró la idea:

—Es verdad: la salud de usted, general, pertenece á la patria.

Y otro, más vil, extremó:

—La salud de usted es hasta más importante que la salud de la patria (1).

Alcantarilla no quiso quedarse corto, y dijo:

—La vida de usted, después de Dios, soy yo quien la guarda.

Al pie de la escalera se escucharon en ese instante voces.

Era Chicharra que quería subir á la pieza del Presidente. Un portero, colocado allí por Alcantarilla, con orden expresa de no dejarlo pasar, se lo impedía.

Asomóse Alcántara á una ventana para ver lo que ocurría; y aprovechó la ocasión para disparar contra el émulo una saeta con ponzoña:

(1) Histórico. Oído por el autor de estas páginas, en La Victoria, al señor Manuel M. Azpurúa, cuñado de Alcantarilla.

—No es nada: Chicharra que disputa con un sirviente.

Y después de un segundo, agregó:

—¡El pobre es tan vanidoso! Una vez, siendo ministro, hubo que deponerlo de carrera, porque decía á todo el mundo que él estaba dirigiendo los destinos de la nación, y á fin de probarlo, divulgaba secretos de Estado.

El Presidente sonrió.

Alcantarilla no se percató bien si la sonrisa condenaba ó no á Chicharra. Acababa de sembrar un grano de desconfianza y de descrédito; pero no era lo suficiente, y añadió como en sondeo al ánimo del omnipotente:

—Chicharra, después de todo, es un excelente liberal y un magnífico sujeto.

El gobernante, echado en el chinchorro, fumando, maraqueaba la cabeza, sin asentir ni negar. Luego, benévolo, dijo:

—Es buena persona.

«Una confesión»—pensó Alcantarilla. «No hay aprecio; pero despunta acaso. Aunque no lo toma aún en cuenta, como yo temía que lo tomase. Conviene demoler esta figurilla de barro en el espíritu del Presidente.»

Éste, meciéndose en la yaciga colgante, con suavísimo vaivén, y ya con sueño, insistió:

—Chicharra, un general sin campañas; pero buena persona. La cuadrilla que ha inventado no puede ser mejor.

Alcantarilla espiaba con ojo zahorí, aunque sin parecerlo, al Presidente. Bebía más que oía sus palabras; y pesó por adarmes, como en balanza de farmacéutico, los gestos del magistrado, los ademanes, las miradas, hasta la inflexión de la voz. Se confirmó en su juicio. No era tan de temer Chicharra como al principio supuso; mas convendría alejarlo. Un hombre sin escrúpulos cerca de un hombre vicioso es siempre un peligro.

Con la mayor naturalidad del mundo, dijo:

—Tiene usted razón, mi general. Chicharra es magnífica persona. Con su familia nadie mejor. En su casa lo adoran. Y tan servicial como respetuoso con todos los Presidentes. Por eso me extraña el que se pusiera á hacer ruido, casi un escándalo, estando usted aquí, sabiendo que usted se recogía para dormir la siesta.

El de la hamaca bostezó. Tenía sueño. Los contertulios se dispusieron á partir. Alcantarilla corrió él mismo las persianas y entrejuntó ó acerrojó los postigos. La estancia permaneció en penumbra. El Presidente cerró los ojos.

Un momento después de partido, Alcantarilla, devolviéndose desde la escalera, entró de nuevo y expuso:

—El general Chicharra desea subir á verlo. ¿Le digo que pase?

—No, ahora no—repuso el Presidente bostezando.

—Insiste, mi general.

—Que no sea majadero.

Después de la siesta, á cosa de las cinco, el Presidente salió á caballo.

Le tenían preparada una colea de toros. Aunque no colease, lo distrajeron siempre mucho aquellas carreras de hombres á caballo, tras del toro al que, tirándole del rabo, echan por tierra... si pueden. Á veces el toro se revuelve furibundo. ¡Qué remolino de caballos y jinetes! «Es una fiesta muy nuestra—decía el gobernante;—por eso me gusta».

Cuando ya de regreso de la función de toros, entre dos luces, penetró en sus habitaciones, tuvo una sorpresa. En su cuarto había una mujer.

Se acercó, decidido, la interrogó con la mayor dulzura y comprendió: era la sorpresa de Alcantarilla.

Se puso á contemplarla. Grande, fuerte, rozagante, hermosota, azoradiza, aquella pobre campesina endomingada, ignorante de lo que hacía allí ó de lo que iba á hacer, le inspiró más piedad que deseo. Le preguntó, afectuoso:

—¿Cómo te llamas?

Ella repuso:

—María-Juana González, ¿y usted?

No pudo contener la sonrisa el Presidente; y acercándose á la muchacha, le dijo, por única respuesta:

—Eres muy linda.

Fué ella quien sonrió á su turno, aunque no las tenía todas consigo. ¿Por qué la introdujeron allí en las habitaciones de aquel señor?

Ya junto á la muchacha, el Presidente se permitió pasarle la diestra por las mejillas, casi paternalmente. La chica lo rechazó; pero él pudo percatarse de que la piel, si no suave del todo, agradaba al tacto con la frescura de un palmito montañés de diez y ocho á veinte años. Y pensó: "¿Cómo tendrá los senos?" Para cerciorarse, aproximóse aún más, y ágil, deslizó la mano por el corpiño; pero la montaraz, irguiéndose, le dió un empellón brutal.

Quiso dominarla, colérico, y abalanzóse á ella. La chica, aterrada, empezó á dar voces, y á recorrer el cuarto para ver de ganar la entrejunta puerta y librarse del persecutor.

Nadie respondía á sus gritos, nadie llegaba en su apoyo. Aquel hombre, entretanto, seguía estrechándola.

Perseguida como fiera en coso, aculada contra un rincón, la campesina extendió la mano instintivamente buscando con qué defenderse, y apoderándose de un bastón, propiedad del mismo Presidente, asestó al sátiro dos ó tres garrotazos de padre y muy señor mío.

La sangre empezó á correr de la calvicie presidencial, empapando cráneo, frente, bigote y barba. El ímpetu de la persecución cesó como por encanto. La campesina aprovechóse

de la tregua y echó á correr hacia la puerta.

Por fin llegaron los áulicos. El Presidente, corrido y maltrecho, se puso á lavar la herida.

Cuando se presentó Alcantarilla, el sátiro lo increpó:

—Eso no es mujer, sino un toro furioso.

Chicharra se puso él mismo á lavar la rotura, pidiendo, desesperado:

—Traigan bálsamo, percloruro de hierro, hilas, un médico, diez médicos...

Unos corrían escalera abajo, otros registraban las gavetas, como si el tocador fuera una botica. En la confusión se oía la angustiada voz de Chicharra:

—Un médico; volando; un médico.

El Presidente, sin decir una jota, se fué á echar en su hamaca. Aquel silencio estaba preñado de centellas.

Alcantarilla sintióse triste, humillado, vencido. Creía un ángel á aquella bestia de mujer. Lo habían engañado; pero ya verían. Estaba resuelto á un escarmiento.

Chicharra terció:

—No haga usted tal. Eso redundaría en descrédito de nuestro Presidente; y estoy seguro que la intención de usted es otra. Pero es necesario tener cuidado, mucho cuidado, mucho más cuidado del que aquí se tiene con el Jefe del país. No es posible encerrarlo en un cuarto solo con la primera mujerona que se topa.

—No supe cumplir con mi deber —confesó Alcántara.—Mi deber era permanecer en la puerta, aguardando el resultado.

—Eso hubiera hecho yo—aseguró Chicharra.

Hablaban recio. Así los escucharía el herido desde la pieza aledaña.

Al día siguiente el periódico oficioso de Andrés Rata publicó un largo telegrama de Aquiles Chicharra. Allí se decía que el presidente fué agredido por una loca, en el momento de ir á hacerle una caridad. Escapó con vida por milagro.

Chicharra envió otro despacho, que también insertó, con adecuados comentos, Andrés Rata. Este segundo telegrama iba dirigido al arzobispo de Caracas excitándole á cantar un *Te Deum* en acción de gracias por haberse dignado el Todopoderoso conservar la existencia de tan ilustre y benemérito gobernante.

Al pie del segundo telegrama insertaba Andrés Rata la respuesta del arzobispo.

El domingo próximo, para mayor solemnidad, se efectuaría el *Te Deum*. Quisiera Dios preservar siempre, con tan patente celo como en la presente ocasión, la vida del glorioso magistrado, del presidente modelo, de aquel héroe de tan insignes virtudes públicas y privadas. Dios protege á los buenos.

No se necesitó más. De todos los puntos de la República empezaron á llegar, instantánea-

mente, suscritos por Chicharras y Alcántaras de las provincias, felicitaciones al Presidente por haber salvado la vida, «con la visíble protección de la divina Providencia». Estos despachos los fué publicando, durante semanas enteras, el periódico de Andrés Rata.

En todas las iglesias de la República se cantó el *Te Deum*.

Días después, ya en Caracas, Aquiles Chicharra fué á visitar al primer magistrado; le habló de aquel gran movimiento de opinión hábilmente suscitado, y terminó protestándole su adhesión con estas palabras:

—Obras son amores, mi presidente.

El magistrado le repuso:

—No crea usted que lo olvido. Antes de quínce días será usted ministro. No le diga una jota á nadie.

V

LA DESGRACIA DE CIRILO

CIRILO Matamoros en la cárcel! ¡Quién iba á creerlo! Pero así era.

Á su Chacao nativo fueron á buscarlo dos gendarmes, de su pegujalito lo arrancaron, y de la pulpería salió Cirilo entre ambos corchetes, para La Rotunda ó cárcel de Caracas.

Cirilo Matamoros, el curandero de peones, el benefactor de pobres, aquella Providencia de desvalidos y dolientes, ¿qué hizo para merecer los rigores de la jaula y que la mano férrea del Estado le apretase el gaznate?

Nada; ó con más propiedad, hizo lo que hasta entonces, á ciencia y paciencia de todo el mundo: medicar. Y fué el ejercicio de la medicina lo que, cuando menos lo esperaba, lo condujo á chirona.

Don Camilo tenía la culpa. Por lo menos Matamores lo creía allá en sus mientes y Olga lo aseguraba.

Después de su tácita ruptura con Rosaura, después de aquel ancho paréntesis de visitas, don Camilo volvió — ¿cómo no iba á volver? — en casa de las Agualonga.

Estaba seguro de sí propio. Que lo recibiesen las tres, que lo recibiesen mil, que lo acribillaran á dardos, que lo estrechasen entre la espada y la pared... Todo sería inútil, todo redundaría en pérdida de tiempo y esfuerzo. Don Camilo estaba seguro de sí. No haría sino lo que debería hacer. Él era más fuerte que el amor.

Aprovechó como pretexto para empatar relaciones y proseguir su visiteo de antaño una mala nueva: Eufemia, días atrás, había caído en cama.

Encontró don Camilo, en casa de las Agualonga, un numeroso viejero, á la mayor parte de las cuales no conocía ni siquiera de nombre. Lo presentaron; pero Irurtia, zurdo y tímido, no se halló á su sabor entre aquellas añejas damas, unas graves, peripuestas, estiradas, y otras más chachareras que cotorras. Nadie fijó la atención en él, y él, transcurrido apenas un tercio de hora, se despidió y se fué.

Iba sólo á informarse por la salud de doña Eufemia. Á una casualidad debió el conocer la noticia. Andrés Rata, á quien topara la víspera en la calle, se la comunicó. Como su interés era grande, volvería.

Dos tardes después, regresó, en efecto.

Sorprendióse al encontrar mayor número de

viejas que la primera vez, y entre las viejas, como islas de verdura en medio de un mar de estaño, como oasis en medio de monótono desierto gris, varias mujeres jóvenes. Había también algunos caballeros.

¿Por qué tanta gente? Bien pronto lo supo: Eufemia seguía mal. El estómago, la hipocondría, la vejez; una mezcolanza de años, miseria fisiológica, pesadumbres morales y dispepcia inveterada la postraron y la estaban victimando. ¡Pobre Eufemia! Las hermanas juraban que todo era tristeza por el abandono del caserón. Desde la mudanza empezó á dejar de alimentarse: al punto de transcurrir días enteros sin más comer que un huevo tibio;—á no cesar de sufrir: al punto de llorar noches íntegras;—á no querer conversar con nadie: al punto de ya no salir de su cuarto ni podérsele arrancar, durante horas y horas, cuatro míseras palabras. ¡Pobre Eufemia!

En la prima noche de aquel día volvió Irurtia en casa de las Agualonga.

Andrés Rata, al divisarlo, se le acercó solícito, y don Camilo se dió por muy satisfecho de tropezarse con quien charlar un poco, en medio de tantas personas á las cuales no conocía ó conocía apenas.

—¿Y está muy grave?—preguntó al joven.

—Ya lo creo, don Camilo. Esa vieja ha hecho su maleta para el gran viaje y no hay quien la detenga.

—¡Es lástima!

—¿Lástima de qué? Ha vivido ya lo bastante. Llevar una vida como la suya es ridículo: llorar, rezar, casi no comer, casi no hablar. ¿Qué vale una existencia en tales condiciones?

En aquel momento salió de una pieza Rosaura, los ojos enrojecidos, con huellas de lágrimas.

Andrés Rata se le acercó:

—Venga un instante á saludar á don Camilo.

—Ahora no puedo — repuso.— Voy por un remedio.

Entonces Rata, casi deteniéndola, hizo una seña con la cabeza á Irurtia. Aproximóse éste, compungido. ¡Cuánta pena le daba saber que la mejoría de la enferma no se acentuaba de firme! ¡Y cuánta pena ver sufrir á Rosaura! La sinceridad se traslucía en el acento del viejo.

—Muchas gracias, don Camilo. Ya sé que usted ha venido varias veces. Ahora permítame un instante: voy por un remedio.

Partió sin más... Un minuto después volvía, con un pomo en la mano.

Irurtia y Rata la detuvieron de nuevo.

Por la cabeza de don Camilo acababa de cruzar una idea y la expuso á Rosaura, no sin vacilaciones, temeroso de una brusca repulsa: ¿por qué no hacían recetar á la enferma con Cirilo Matamoros?

Tuvo que explicar quién era Matamoros. Irurtia aseguró tener una ciega confianza, una con-

fianza absoluta, en la ciencia del mestizo. Aquel hombre realizaba curas maravillosas. Él mismo lo vió contener una hemorragia, por medio de un riego de bálsamo *aporó* y un apósito de yerbas, en menos de un cuarto de hora. En todo caso, como las medicinas propinadas hasta el presente, no probaron á Eufemia, como los médicos no acertaban á levantarla, ¿qué se perdía en consultar á Matamoros?

Á Rosaura le pareció la proposición un absurdo. No queriendo herir á don Camilo buscó un subterfugio para barajar el tropiezo, y dijo:

—Su idea es excelente; pero temo que no pueda realizarse. Usted conoce á los médicos: no ignora ni sus celos mutuos, ni lo vidriosos que son. No podemos ofender al nuestro, que nos asiste desde hace muchos años.

Irurtia no insistió; pero Andrés Rata, para adular á don Camilo, opinó que la idea no sólo era excelente, sino realizable:

—Yo me encargo—dijo—de ponerla por obra si la familia consiente. Al médico se le da una disculpa, y basta. No debemos ahogarnos en un vaso de agua.

Rosaura, para sortear el escollo, apresuróse á partir, asegurando que su opinión nada valía.

—Consulten más bien—añadió—con Alcira y Olga.

Á Olga le fué bien fácil complacer á don Ca-

milo, convenciendo á la familia y haciendo traer á Matamoros.

Á la mañana siguiente se presentó Cirilo, examinó á la enferma, regresó á Chacao, y preparó un brebaje. En la tarde propinaron el potingue á Eufemia. Esa misma noche Eufemia moría.

El médico de cabecera, á cuyas espaldas se tramó y operó la intervención matamorosil, no bien lo supo, espumajeó de furia y bramó de ira, á pesar de sus años patriarcales, que no parecían permitir semejante desfogue á la vanidad ni tal ímpetu á la cólera. ¡Él pospuesto á un vil curandero! ¡No era posible tolerar tamaña ofensa! Por lo demás, el bárbaro había matado á la señora, ya en vías de sanar.

El enardecido galeno pasó una comunicación, convincente y perentoria, á la Academia de Medicina, respecto al curandero de Chacao. ¡Qué pliego de cargos! Sobre ejercer la Medicina ilegalmente de mucho tiempo atrás, con escándalo de la ciencia y para mengua del protomedicato, podía culparse á Matamoros, en la presente ocasión, de homicidio por ignorancia, en la persona de Eufemia Agualonga.

La Academia de Medicina, alborotada y acuciosa, celebró una sesión solemne, y aquella solemne sesión produjo como resultado la queja oficial de la Academia contra Matamoros, el arresto de éste por las autoridades civiles y el proceso incoado.

El escándalo fué mayúsculo. Apareció en los periódicos el retrato de Cirilo, se estamparon su vida y milagros, y al referir las últimas aventuras curanderiles de Matamoros, salieron á colación los nombres de Tomasa, Irurtia y las Agualonga.

Á Rosaura y Alcira no les permitieron leer los diarios, ni estaban para ello, agobiadas de dolor por la pérdida de Eufemia; pero Rosaura, que supo la prisión y el proceso de Matamoros, á quien consideraba inocente respecto á la muerte de la hermana, suplicó á Irurtia:

—Vea, don Camilo, si usted y Aquiles pueden salvar de una larga prisión á ese pobre señor Matamoros.

Don Camilo, mordido por la prensa—lo que destemplaba su buena fibra—y anhelando complacer á Rosaura, dispúsose á interceder para lograr en lo posible el silencio de los periódicos y para que Matamoros recobrase la libertad. Más tarde referiría á Rosaura sus gestiones: cómo evitó, con ayuda de Andrés Rata y del general Chicharra, el desbordamiento de los diarios, que ya sacaban á relucir á menudo el nombre de las Agualonga. Este servicio lo agradecería mucho Rosaura. Ya la conocía bien.

Obtendría, pues, doble provecho si abogaba por Matamoros, y bastante lo calculó don Camilo. Primero, cesando el proceso, el nombre de don Camilo no sería llevado y traído por los diarios, y evitábase don Camilo horas de amargura. ¡Le

inspiraba tal mezcla de odio y pavor la prensa! ¡Tan poco le gustó siempre la publicidad de su nombre! Luego Rosaura... Sentíase más que nunca amartelado: deseaba de veras complacerla en espera de una retribución de orden sentimental. Nadie sabe hasta dónde podría llegar la gratitud de Rosaura. ¡Era tan buena!... ¡Y son tan raras las mujeres!... Aunque varias veces se preguntó: "¿Para qué diablos necesito la gratitud de Rosaura? ¿Qué hago yo con su amor?"

Desde antes de realizarlos, empezó Irurtia, por medio de Olga, á hacer valer discretamente sus futuros trabajos por la liberación de Matamoros. Olga, que conocía á Irurtia, le dijo, sin poderse contener:

—Pero don Camilo, si á alguien interesa la libertad de Matamoros no es á Rosaura, ni á mí ni á nadie sino á usted. Por usted, puede decirse, que está en prisión.

Y refrenándose, poniendo miel en su acíbar, por no escamar al agiotista, agregó:

—Á usted y al tío Aquiles deberemos nosotros el que se eche tierra á ese asunto y no sirva la pobre Eufemia de tópico á los periodistas sin magín que exprimir ó sin noticias que dar.

Y para sus adentros pensó Olga:

"Las esperanzas de Irurtia con respecto á la gratitud de mi madrina no parecen muy lógicas: razonamiento, al fin, de enamorado. Este viejo parece tonto, á veces; ó cree tontos á los demás.

Olvida que sus gestiones se reducirán á estimular á Andrés para que hable con sus amigos de la prensa; y al tío Aquiles para que el presidente eche aceite sobre las olas; y olvida, sobre todo, que ambas gestiones puedo realizarlas yo tanto como él. Lo único que sale incólume de todo este propósito de consagración á un triste preso, es una de las esquinas del ser moral de Irurtia: su egoísmo calculador. Es incapaz de alzar un dedo sin medir de antemano el provecho, sin calcular el tanto por ciento que el ademán pueda reportarle. ¡Qué don Camilo! Además se pirra por mi madrina. Parece un monaguillo amoroso; nunca dejó ver tan á las claras su sentimiento. Ya el bribón no puede disimular: está vendido."

Sin embargo, á pesar de comprender que don Camilo, á los ojos de cualquiera estaba, como ella decía, vendido, Olga, por una complicación de la vanidad, se felicitó de adivinar las esperanzas, de conocer el pensamiento del usurario.

Un secreto en posesión de una intrigante equivale á una brújula, unas veces, y otras veces, á un cañón. ¿Iba á servir aquello á Olga de arma ó de índice? Aún no podía saberlo; pero iba á servirle, de fijo, al presentarse la coyuntura.

Sí; se alegró de conocer el pensamiento de Irurtia. Irurtia amaba de veras á Rosaura; y como todo enamorado, se volvió tímido, audaz, contradictorio, absurdo. Mejor: así llegaría hasta el matrimonio. Faltaba sólo darle un hábil empujón.

Ah! Y conquistarle á la madrina! Pero ver claro en el corazón del agiotista, era bastante. ¡Que la llamaran intrigante! Ella iba á su objeto:—el fin justifica los medios.

Don Camilo no olvidó á Matamoros.

La primera persona que llegó á la cárcel, después de la esposa de Matamoros, fué Irurtia.

Matamoros vió el cielo abierto cuando oyó las promesas de don Camilo.

—Yo que no conozco á casi nadie en Caracas, dijo quejumbroso:—¡cómo le agradezco cuanto usted promete hacer en mi favor!

Y añadió, pintando la gravedad de su caso:

—Lo malo es que me han abierto un sumario por ejercicio ilegal, según afirman, de la Medicina. Antes de ayer rendí declaración.

Irurtia lo sabía todo por los periódicos.

—¡No importa!—aseguró.—Usted no es culpable. Ya he hablado y volveré á hablar con el general Chicharra, que está á partir un piñón con el Presidente.

Despidióse don Camilo, animando todavía al reo:

—Entereza, amigo Matamoros. Su causa es buena. Y cuente que yo haré por usted cuanto esté á mi alcance.

Á Matamoros se le estaba cayendo el mundo encima. Su predio en abandono, su pulpería cerrada, su hogar deshecho en lágrimas; ¡él, tan hombre de campo y amigo de la libertad, en una

jaula de piedra! Y todo ¿por qué? ¡Por haber practicado el bien durante su vida, aliviando el dolor de tanto miserable; por haber estudiado virtudes de plantas, en beneficio de infelices; por haber enjugado tantas lágrimas, devuelto la salud á tantos seres, el vigor á tantos cuerpos, la alegría y la bendición de Dios á tantos ranchos! ¿Qué hizo, por último? Obedeció á quien lo llamó de Caracas; puso al servicio de personas á quienes no conocía, y en auxilio de una señora moribunda, que ni Dios mismo pudiera salvar, su buena voluntad y sus potingues de alivio. ¡Y cómo le pagaba la sociedad! ¿Merecía él que le instaurasen un proceso como á un bandido y lo enjaulasen como á un tigre? No podía creerlo. La sociedad era injusta con él, injusta y cruelísima.

Contábanse entre las cosas que más le desazonaron en la Rotunda, las pullas de un medicastro allí preso por haber hecho abortar á cierta mujeruca. El aborto costó á la una la vida y al otro la libertad.

¡Este hombre, que vendía lo que aprendió en las Universidades para realizar acciones de crimen, como la provocación de un aborto, mofarse de él, que nunca obró sino el bien y no vendió jamás sus servicios!

El medicastro, en efecto, se informaba con sorna de las virtudes de cada planta. En su estrecho magín de doctor venezolano, es decir, de

idiota redomado, no conocía sino lo que aprendió en libros europeos, lo que hombres de otras tierras descubrieron y él repetía como loro, mientras que Cirilo Matamoros, cien veces más inteligente, estudió en la Naturaleza de su país y descubrió por sí mismo secretos de lo que tuvo en su alrededor, de la flora patria.

—Bueno—le decía el medicastro, dándose ínfulas—admito que usted hasta acierte con la enfermedad del paciente y sepa el medicamento criollo adecuado al mal que se propone combatir. Pero cómo aplica usted en las cantidades debidas ese medicamento, si usted ignora hasta las medidas científicas.

—Se equivoca usted.

—No, señor mío, no me equivoco; pues usted me habla, por ejemplo, de un *vaso* de agua, un *manojo* de borraja, un *polvo* de canela, una *cucharada* de sirope. Ni *cuchara,* ni *polvo,* ni *manojo,* ni *vaso* son medidas científicas.

Los reclusos admiraban al doctor, con menosprecio de Matamoros.

—No serán científicas—respondía éste—; pero son las que entiende nuestro pueblo, que es al que yo receto. No me entenderían los campesinos si les hablase de dracmas, adarmes, gramos, granos, ni, tal vez, de onzas.

El doctorcito lo atajaba:

—Es verdad: ellos no entenderían... ni usted tampoco.

La sonrisa de los circunstantes le servía de estímulo y aplauso.

Cirilo, picándose, trataba á su turno de mostrar sus conocimientos y evitar, con el menosprecio, las chirigotas, que nunca dejaron de condimentar las parlerías del borlado.

—No es que yo ignore, doctor, «las medidas científicas», sino que usted desconoce las populares. Son tan sencillas. Mire usted: *una cucharita de tomar café*, por ejemplo, tiene cuatro gramos de agua corriente; *la cuchara grande ó de sopa*, tiene veinte gramos de agua ó diez y seis gramos de un aceite cualquiera. Un *vaso* contiene ocho cucharadas de las de sopa. Ocho cucharadas, es decir, ciento sesenta gramos. Es lo más claro. Un *vaso:* cienta sesenta gramos de agua; más ó menos, cinco onzas.

—Pero eso no constituye sino la equivalencia de tres medidas; todas de líquidos. Supongo que no tomará usted el malojo con cucharas.

La gente reía.

Á Cirilo lo entraban ganas de responder: «el malojo es sólo para los asnos... y para los medicastros como usted»; pero reportándose, añadía:

—Con las otras medidas, señor doctor, ocurre lo mismo: tienen su equivalencia. Un *polvo*, es decir, la cantidad de polvos que puede tomarse entre el índice y el pulgar pesa de ordinario unos siete granos. El *manojo*, es decir, lo que se puede apuñaren la mano, corresponde á una onza y

dos dracmas y media de hojas ó de flores secas; á onza y media de cualquier raíz seca, y si se trata de una corteza seca, á dos onzas.

—Por lo que veo, usted no pesa las cosas sino cuando están secas; ¿y si estuvieran verdes?

—Si estuvieran verdes, pesarían el doble, ya se trate de cortezas, de raíces, de yerbas ó de flores.

—¿Conque pesarían el doble, Matamoros? ¿Y quién asegura que eso es verdad?

—Nadie... La experiencia.

El doctorcito decía entonces que Matamoros encontraba respuesta para todo, que argumentaba más que un picapleitos.

—Si hubiese usted optado por la profesión de rábula, y no por la de brujo ó curandero, habría ganado usted más y no estaría llorando aquí la muerte de esa señora Agualonga.

Un día, desviando la conversación hacia terreno que pisaba mejor, adonde podía exponer con sobra de pedancia y falta de discernimiento cuanto aprendió en textos universitarios, el mediquín del aborto, recordando el reumatismo de Tomasa, de que ya hablara Cirilo, exclamó:

—Bueno, Cirilo, usted que trata y medica á la vieja del agiotista, confiéseme con franqueza: ¿Sabe usted lo que es un reumático?

—Ya lo creo que lo sé

—¿Y conoce usted el lazo de unión etiológico ó patogénico, del reumático con el artrítico, con

el tabético, con el hemiplégico, con el siringomiélico?

—Ni lo sé, ni lo necesito.

Los presos, que formaban invariablemente corro en torno de los curanderos, en cuanto los veían conversando, es decir, prestos á justar, se ponían invariablemente de parte del mediquillo charlatán.

La confesión honrada de Cirilo respecto á su ignorancia de aquellas complicaciones del reumatismo, hizo que los circunstantes se desternillasen de risa. Aquel Cirilo, desde su entrada en la Rotunda, días atrás, alegró la prisión, no por sí, sino por servir de blanco á las pullas del mediquín. Era el espectáculo, el pasatiempo de la cárcel.

El sabihondo universitario, dejando ese día el tonillo de mofa y penetrándose de su importancia científica se puso las manos en la cabeza ante las leales confesiones de ignorancia que hacía Cirilo.

—¡Conque usted quiere curar á la vieja de Irurtia é ignora las afinidades del siringomélico, el tabético y el artrítico con el reumático! ¿Sabe usted, de dónde proviene el artritismo; conoce, por lo menos, cuántas clases de reumatismos crónicos existen?

Ante la sincera negativa de Matamoros, el doctorcito del aborto, concienzudo y metódico, expuso:

—Pues bien, los neurólogos demuestran que ciertas atritis crónicas dependen de lesiones nerviosas centrales ó periféricas y que otras dependen de la histeria. En cuanto á los reumatismos crónicos, existen tres grupos: 1.°, *el reumatismo crónico deformante;* 2.°, las artropatías polimorfas bajo el punto de vista clínico, de la misma naturaleza que el *reumatismo franco;* 3.°, los *reumatismos gotosos,* observados en los artríticos y que denotan amortiguamiento en la nutrición. ¿Sabe usted á cuál de estos grupos pertenece su enferma?

—Yo lo que sé es que con mis remedios mejora.

—¿Que mejora? Sí; puede ser que pronto no los necesite, siguiendo el camino de la señora Agualonga.

Los circunstantes se echaron á reir. Matamoros, se amoscó y se separó del grupo, refunfuñando.

Desde entonces, no queriendo servir de hazmerreir, optó por no responder al charlatanesco mediquillo.

Apenas lo veía hacia un ángulo de la prisión, enderezábase al opuesto.

La verborrea irrestañable y aun la mera presencia de aquel majadero constituían para Cirilo uno de los sinsabores de la cárcel. Terminó por envolverse en su clásico silencio como en una toga. Nadie le sacó una palabra más. Á todos

los presos los comprendía sus enemigos; todos, unos más, unos menos, se burlaban ó querían burlarse de él.

Aquel pobre y pelitieso Matamoros, siempre con su aspecto de alimaña feroz, parecía ahora un tigre acorralado.

Entretanto, los días iban corriendo y las promesas de Irurtia no cuajaban en realidades.

VI

EL DON CAMILO DE ORO

SERÁN las tres ó las tres y media de la tarde. El sol oblicúa ya sus corceles hacia Occidente y fíltrase de soslayo en la alcoba de Irurtia, llenándola de luz y de calor. Baja la claridad en un grueso chorro de sol, y por el chorro de luz elévase desde el raído petate amarillento un enjambre de átomos, de corpúsculos, de partículas móviles y ágiles.

Se perciben, hacia el interior, los andares claudicantes de Tomasa, ya en pie después de la siesta, trasteando aquí y allá, calentando en el fogón sus paños de fomento, ó bien disponiéndose para lavar, en las horas aún tibias de la tarde. Durante las horas cálidas puede, á lo menos, evitar agudezas de su reuma, mientras moja, estruja y blanquea toallas, manteles, trapos de cocina, enaguas propias y camisas de Irurtia.

En el centro de la alcoba, Irurtia concluye de

vestirse para salir á sus quehaceres de la calle.

Desde que se enamoriscó se fué convirtiendo, sin darse cuenta, no ya en un petimetre, pero sí en más cuidoso de su persona y coquetón; y solía perder ahora en su *toilette* más minutos que antaño.

Hasta compró un espejito de sesenta céntimos á uno de tantos turcos buhoneros que por Caracas portan su tienda á lomo y van, de puerta en puerta, vendiendo bujerías. Antes, jamás compró un espejo. Usó siempre, para afeitarse, la desazogada luna de un espejito de á peseta que le regaló Tomasa y él colocó encima del aguamanil cojitranco y añejo que le servía al mismo tiempo de tocador. Pero casi no reflejaba la imagen aquella luna: tan permanente y antiguo era el eclipse. Podía decirse que Irurtia se afeitaba de memoria.

Otro espejo tuvo, redondito, diminuto, de bolsillo, que le cayó entre las manos, sin saber cómo, un día de carnaval. Servían tales adminículos como añagaza y por reclamo á una fábrica de cigarrillos, que los repartió á los transeuntes aquel día de carnestolendas. Irurtia atrapó uno en el aire, sin proponérselo; y en verdad, le sirvió más, aun siendo tan minúsculo, que su opaca luna, semi-ciega. Por lo menos, se veía claro en él. Pero todo en el mundo es frágil y perecedero, hasta los espejitos de regalo en carnestolendas, y un día se convirtió en añicos.

Guardaba Irurtia en el armario su espejito nuevo, el del turco, después de haberse remirado, después de atusar concienzudamente los cuatro pelos gríseos del bigote, cuando escuchó que un coche se detenía á su puerta, ó por allí, no distante. «¿Será aquí?», pensó, con ganas de que no fuera. Le respondieron que sí dos recios aldabazos.

Enderezóse á los postigos de la ventana á cerciorarse de quién aldabeaba, antes de permitir que franquease sus umbrales la visita, caso de que fuese persona de fiar. ¿Quién podría ser?

Era nada menos que el ilustre, el nunca bien ponderado general Aquiles Chicharra.

—Me trae un asunto—dijo el arribante—de la mayor perentoriedad; un asunto de enorme trascendencia, para mí, para usted, para el Presidente de la República, para el Partido Liberal, para la Nación entera.

Don Camilo se alarmó, inacostumbrado á tan solemnes introitos. Chicharra continuó su preámbulo de pompas de jabón.

Algo confuso, Irurtia confesó:

—Francamente, general, no comprendo ni una jota.

—Ya va á compreder, amigo Irurtia. No puedo espetarle un negocio de tanta magnitud, así, de sopetón.

Chicharra seguía por las ramas:

—Usted sabe, don Camilo, que yo soy amigo

de usted: un verdadero, un buen, un grande amigo de usted.

—No lo dudo un momento, señor general, ni un momento...

Sobre Irurtia cayó de súbito, helándole, un balde de agua frígida. Su desconfianza, despertando, se puso en guardia. Creyó que Chicharra iba á pedirle dinero en préstamo. ¿Á qué, si no, tales protestas de amistad y el ponerse á prepararlo antes de proponerle un negocio?—Porque Chicharra dijo claro, «negocio». Le sonaba aún á Irurtia la palabreja en los oídos. Ya en guardia y dispuesto á defender su dinero, Irurtia, combativo como siempre, precisó:

—Bueno, general, vamos al grano. ¿Qué es lo que desea usted de mí? ¿En qué puedo servirle?

—Á mí no es á quien usted puede servir; es al Presidente de la República, al Partido Liberal, á la Patria.

«Será algún préstamo al Presidente»—pensó el usurero escamándose más y más. «De ésta no escapo».

—Yo—repuso—no exijo nada á la Patria, ni al Partido Liberal, ni al Presidente de la República. Ellos tampoco tienen nada que exigirme... Digo, me parece.

—¡Blasfemo!—gritó Chicharra.—Pues sepa usted, que el Presidente, representante de la Patria, y yo, representante del Partido Liberal, nos hemos acordado de usted.

Irurtia creyó entonces que le iban á condecorar con el busto del Libertador.

Pero no estaba seguro. El botón de la camisa, lleno de curiosidad, sacaba la enorme cabeza de cobre por el cuello de celuloide. Irurtia, todo ojos, enclavijaba las manos, torcía las piernas, se iba encogiendo, encogiendo, hasta parecer próximo á una metamorfosis, como si se decidiese á perder la forma humanana y convertirse en un roedor fantástico. Creeríase que el roedor, echándose con avidez encima del lardáceo Chicharra, roía la rubicunda nariz de Aquiles; que penetrando ombligo adentro hurgábale al ventrudo los varios kilómetros de bandullo, hasta salirse luego por el sitio donde los demás hombres tienen los sesos y en donde sólo encontrábase el roedor con una viscosidad entre blanquecina y verduzca, bastante parecida á la materia que secretan las narices pituitarias y bocas de tuberculosos.

Una condecoración, un empréstito, ¿qué venía á anunciarle aquel majadero de prólogos insulsos, enrevesados y vacuos? ¡Que se habían acordado de él! No pudo menos de preguntar con extrañeza y curiosidad:

—¿Para qué se han acordado ustedes de mí?

Chicharra, por último, se avino á cantar de plano, y en dos platos expuso el objeto de su misión. Ya era tiempo.

Se trataba de hacer á don Camilo Irurtia, Ministro de Hacienda.

Había crisis ministerial. Chicharra, futuro Ministro de Relaciones Interiores, supo, por confidencia del Presidente, la dificultad del momento para escoger un Ministro de Finanzas. El Presidente, perplejo en la elección, quejábase de que no existiesen hacendistas en Venezuela, y de que habiendo en el país un Ministerio del Ramo, faltase siempre el Ministro, aunque siempre se pavonease un funcionario con tal título.

Chicharra asomó entonces la candidatura de don Camilo Irurtia. El Presidente no lo conocía ni de nombre. Entonces Chicharra, aparentando que servía al Presidente, ó con intención sincera de servirlo, para que éste no imaginase que el futuro Ministro de Relaciones Interiores no era persona que no tuviese á la mano solución á cuantos problemas pudieran presentarse,—y también, allá en sus mientes, á fin de que se supiese que él recomendaba á un Ministro de Hacienda y obtenía la elección de su protegido,—se hizo lenguas del agiotista, exagerando cuanto pudo, adornándolo de bellas cualidades y múltiples talentos. Refirió, á su modo, la historia del usurero, en términos pomposos y encomiásticos. Era un financista, de veras. Uno de los pocos con que contamos en el país. El Presidente, socarrón, preguntó:

—¿Y dónde se esconde esa perla? ¿Por qué

anteriores gobiernos no han utilizado los conocimientos de ese hombre?

Quiso conocerlo, conversarlo.

No menos vanidoso que Chicharra, aunque sin pelo de tonto, el Presidente creía que con sólo ver á Irurtia descubriría si era financista de veras ó de engañifa; y, por lo menos, si podría convertir en buen Ministro del Tesoro á aquel atesorador.

—Como conserve—dijo—los dineros del Estado tan bien como los propios, nunca estaremos sin blanca. Y ese poco ya es algo.

Cuando Irurtia escuchó, de labios de Chicharra, que se estaba pensando en hacerlo Ministro y que el Presidente deseaba conversar con él, turbóse profundamente y quedó mudo, pensativo.

—Responda—lo apremió Chicharra.

—Responder, ¿qué?—dijo como alelado.—Meditaré, si acepto; ya veremos... es asunto grave...

Chicharra se aborrascó.

Una imposibilidad orgánica, anímica, de algo que provenía de las más íntimas raíces del propio ser, le impedía comprender que un hombre meditara si pudiera convenirle ó no ir á entrevistarse con el Presidente de la República y aceptar ó no una cartera ministerial.

Cuanto á Irurtia, que no vivió jamás de ilusiones sino de realidades de carne y hueso, y sobre quien la vanidad jamás tuvo imperio, sintió, al

oir las palabras tentadoras de Aquiles Chicharra, una mezcla de estupor y desconfianza. De estupor, como que jamás supo que se ofreciera el ministerio del Tesoro á domicilio, á quien nunca lo solicitara, por carecer de títulos para obtenerlo y capacidad para ejercerlo; de desconfianza, como que todo cuanto á la política se refería, comenzando por la prensa, inspirábale recelo en grado sumo.

Él amasó dinero, hizo capital, sin necesidad de intervenir en la cosa pública; ya lo tenía, ya era suya la riqueza. Ahora, su fortuna se iba aumentando por sí misma, y necesitaba sólo de vigilancia inteligente para prosperar. En la política, muchos, casi todos, se enriquecen, es cierto; pero ¡cuántos se arruinan! Aquella no era su profesión. Otros más conocedores y ladinos podían engañarlo. Y luego, al menos listo ó más escrupuloso, ó de mejor patriotismo, ¿qué suele ocurrir en la política de Venezuela, qué le espera, segun hábitos ya inveterados?: el insulto de los periódicos, la malquerencia de los que gobiernan, tal vez la cárcel, tal vez el destierro, tal vez la ruina...

Por otra parte, acostarse de simple mortal y despertar ministro del Tesoro, no es bicoca. A la sola idea de "tesoro", que el hábil Chicharra hacía espejear, los ojos de Irurtia relucían.

Pero, no; no podía resolver así como así. Daría la respuesta mañana.

—¡La respuesta mañana!—gritó fuera de sí Chicharra, con el apéndice nasal como un rubí.—Ustedse ha vuelto loco, hombre de Dios. Al Presidente no se le puede decir: mañana; al Partido Liberal, no se le puede decir: mañana; á mí, futuro, próximo Ministro del Interior, que vengo á ofrecerle honores, poder, riqueza, no se me puede decir: mañana. Usted no conoce la política. Para la política, amigo Irurtia, no hay mañana, ni ayer, ni yo pensaré, ni meditaciones, ni nada, sino buscar la ocasión y agarrarla por los cabellos cuando se presenta.

Irurtia permanecía perplejo.

—Ahí está mi coche á la puerta,—siguió Chicharra.—Vámonos á ver al Presidente. Por el camino meditará cuanto quiera. Y piense que usted no va á comprometerse para esto ni aquello; que á usted no lo han nombrado esto ni lo otro; que usted ni siquiera debe darse por enterado con el Presidente de cuanto acabamos de hablar... Usted va sólo á que el Presidente lo vea, lo oiga, lo conozca, lo juzgue, para luego decidir, en su gran previsión, si le conviene ó no convertirlo á usted en personaje de la Administración, lanzándolo de un golpe—él que tanto puede—á las más encumbradas esferas de la política.

Don Camilo oía en silencio y comiéndose las uñas.

Chicharra continuó:

—¡Cuántos suspirarían por estar en su caso!

¡Cuántos se darían con una piedra en los dientes porque Aquiles Chicharra descendiese de un coche, á su puerta, para llevárselos de remolque á ser Ministros de Hacienda!

—Bueno, general Chicharra—preguntó Irurtia de pronto,—y ¿qué se exigirá de mí?

—¡Yo qué diablos sé! ¿Soy yo por ventura el Presidente de la República?...

Luego de una solemne pausa para que don Camilo se percatase de que Chicharra no era el Presidente de la República, Aquiles continuó:

—No exigirán nada, de seguro. Nada, ni siquiera una protesta de adhesión al Partido Liberal.

Y sonriendo añadió:

—Lo que yo encuentro algo inconsulto, porque en el fondo usted es godo.

Irurtia no se sonrió como Chicharra, sino se puso muy serio, temiendo ya perder aquel ministerio que no había aún aceptado.

—¿Yo conservador?—repuso con gravedad.—¡Como no sea conservador de mi dinero! Siempre tuve las mayores simpatías por los liberales. De haber entrado, ó de entrar, en la política, sería en las filas del liberalismo.

Chicharra, poniéndose de pie, lo abrazó y le dijo terminantemente:

—Pues bien, si usted es un liberal de veras, pórtese como tal. Tome su sombrero, y en marcha.

Obediente y sin pronunciar una jota, cogió Irurtia su bastón y su sombrero y salió tras del triunfante y obeso Aquiles.

No iba á ser ministro á palos, en caso de que lo nombrasen. Chicharra lo tenía casi convencido, casi conquistado. Aunque dejándose arrastrar, iba Irurtia cabizbajo, temeroso; iba como una doncella á quien conducen al lecho del varón la primera noche, como una mujer encinta que va á alumbrar el primogénito, como el ratero que se inicia en las raterías, como todo aquel que se encamina á perder una virginidad, como todo el que se aventura por vez primera á realizar una acción trascendente y de porvenir.

El carruaje corría hacia el Palacio de Miraflores. Los plaustros resonaban sobre los adoquines de piedra azul. El sol de la tarde refulgía en los botones dorados del cochero.

Chicharra pensó que no era todavía hora para acudir en casa del Presidente, porque aún estaría el Presidente en gabinete. No queriendo abandonar á don Camilo, por temor de algún extemporáneo arrepentimiento, ni confesar á Irurtia que no tenía nada que hacer en aquellos instantes—para no restarse importancia á los ojos del agiotista—Chicharra tuvo uno de sus arranques muy personales, é hizo guiar hacia Santa Teresa. Había pensado en Olga.

Dejó á Irurtia en el coche, sumido en cavilaciones, y voló á participar á Olga, ya que la oca-

sión se presentaba, que el futuro ministro de Hacienda, indicado, casi electo, impuesto por él pudiera decirse, sería Camilo Irurtia.

En el zaguán de Olga cruzóse Chicharra con un hombre que salía, la cara limpia de barba y en la cabeza un sombrero calañés. Chocóle aquel encuentro, y al saludar á la sobrina, antes de sentarse siquiera, le preguntó:

—Y ese tipo afeitado que encontré en el zaguán, ¿quién es?

Olga se turbó un poco—¡oh, nada, casi nada, cosa de un relámpago!,—sin que Chicharra, con el espíritu lleno en aquel momento de planes y humos políticos, lo advirtiese.

—Es...—repuso la esposa de Andrés Rata—un torero. Viene... viene á ofrecernos billetes para su beneficio.

—Pero ustedes están de luto.

—¡Qué va á saber esa gente que no nos conoce, tío!

—¿Y por qué no se dirige á Andrés, en la redacción?

—Lo ignoro. Ya le dije que Andrés no estaba en casa.

Y para desviar la conversación invitó á Chicharra, todavía de pies en el corredor, á pasar al salón. Con el ademán y con la voz lo apremió:

—Por Dios, tío, entre usted; siéntese.

Entraron y se sentaron. Chicharra juró que hacía mal.

—¿Mal de qué, tío?

—Es que no tengo tiempo de nada, hija; de nada, ni de comer, ni de respirar. Maldita política.

Lo que había ido á decir, no se lo dijo de sopetón á Olga, sino que la fué preparando con enrevesados circunloquios: era su costumbre. Dios se apiadaba de Venezuela. Por fin los liberales puritanos iban á gobernar: él sería ministro de lo Interior, director de la política, podía hasta afirmarse, en sentido figurado, amo del país.

—¿Usted, tío? ¿Usted?

—Pero, mujer, parece que te extrañas. ¿No soy yo digno? Pues bien, sábelo: no sólo soy ministro, sino que llevo á Irurtia al gabinete como ministro de Hacienda.

Olga se quedó estupefacta. ¡Qué imbéciles eran los hombres: un país en manos de aquel microcéfalo, de aquellos cucurbitáceos á quienes ella conocía tanto y tanto despreciaba!

La estupefacción instantánea la tomó Chicharra por un signo de admiración sincera é irreprimible que podía traducirse con estas palabras: "pero este hombre es un demonio".

Antes que la Emmerich pudiese pronunciar nua jota, aseguró Chicharra que venía en casa de ella,—no para ganar tiempo, no porque el Presidente estuviese á aquella hora en gabinete,—sino para apresurarse á noticiar á Olga la buena nueva: él, ministro; Irurtia, ministro. Era capaz de

hasta á ella hacerla ministro. Él conocía la aguja de marear.

Olga quiso corregir su extemporánea exclamación de momentos atrás, aquel ingenuo «usted, tío» que tan mal cayó á Chicharra,—y provocó, discreta, una explosión de vanidad aquílea.

El ministerio de Aquiles no le extrañaba: ¡qué iba á extrañarle! ¿No fué Chicharra en Venezuela cuanto quiso, menos Arzobispo y Presidente? Él había nacido como las águilas, para las cumbres. Pero haber llevado á Irurtia al ministerio, eso sí, con franqueza, eso sí le parecía increíble.

—Es un colmo, tío, un verdadero *tour-de-force*.

—¡No te imaginas! Nunca podrás imaginarte la lucha que he sostenido para imponerlo; un trabajo de Hércules. Ya te contaré.

Chicharra se pasó el pañuelo por la frente, como si en aquel instante mismo, tras titánicos esfuerzos, acabara de levantar doscientos kilos.

Olga tuvo un pensamiento de natural egoísmo. Con semejantes valedores en el gobierno, ¿cómo no obtener un buen cargo para Andrés? La prensa no daba dinero. No atreviéndose á insinuar su ambición, recordó á Aquiles, sin embargo, indirecta y hábilmente, que á ella, por haberse prestado para la cuadrilla que debía enloquecer al sátiro, debía en parte aquel ministerio.

—¿No se perdió nuestra colaboración, tío?

—No, hija; no sembraste en mal terreno.

Y como Chicharra no se dió por entendido, Olga, fingiéndose la ingenua, añadió:

—¡Lo contento que se va á poner Andrés!

Chicharra entonces empezó á hacer promesas; pero sacando el reloj en medio de sus ofertas advirtió que era tiempo de partir.

—Me voy, sobrina—dijo—tomando el sombrero con resolución.

Olga no lo detuvo.

Se despidió, la vanidad satisfecha. En la puerta del zaguán, hasta donde lo fué acompañando, Olga le dijo, estrechándole afectuosa la diestra:

—Adiós, pues, señor ministro. Le felicito, principalmente por haber llevado al gobierno, como criatura de usted, *al hombre de oro.*

—Sí—dijo él, haciendo una frase—dalo por hecho: el hombre de oro será el hombre del oro.

VII

IRURTIA EN LA HACIENDA

TOMASA parece un autómata. No comprende jota de cuanto ocurre. Va, viene, hace, deshace, pero vive como en el limbo y en balde se devana los sesos en cavilaciones sin término.

Su vida y la vida de Camilo cambiaron de la noche á la mañana. Cesó la lógica en el mundo, cuando aquella existencia de economías terminaba en derroches; cuando aquel vivir en aislamiento concluía en turbante remolino de gente que entra y sale sin cesar; cuando á dos viejos se les torna del revés, como á las medias. Hasta su reumatismo casi crónico, tratado por un especialista, huyó del reciente esplendor y no se presentaba sino de cuando en cuando.

En presencia de las adulaciones que tanta gente prodiga ahora á Irurtia, en vista de la nueva casa, de los muebles, del coche; de todo aquel aparato ministerial, la admiración de Tomasa por Camilo subió á las nubes. Ya no se atrevía sino en

intimidad, á llamarlo Camilo á secas, ni á tutearlo. ¡Dios mío, quién iba á creerlo!

La desorbitación de Tomasa era bien comprensible. ¡Qué cambio!

Irurtia mudó de domicilio por tercera vez durante su ya dilatada existencia. Un ministro de Finanzas no podía vivir en el antro del usurero. Se fué al centro, á una de sus mejores casas, que hizo amueblar por el Estado, si no con gusto, con ujo .

El Estado paga asimismo los alquileres de aquella casa de Irurtia en que Irurtia vive; ó mejor dicho, el propio don Camilo se cobró de antemano dos anualidades, no sin mayorar en tres ó cuatro veces el alquiler.

De la noche á la mañana, las innúmeras fincas urbanas de Irurtia, desde los humildes ranchos hasta la casa solariega de las Agualonga, ya puesta á la moderna, fueron tomadas al asalto por inquilinos de buena voluntad, que no regateaban precio, más contentos mientras más acreciera el inquilinato, como gente dispuesta á dejarse robar. Eran ambicioncillos y aspirantes que discurrieron aquel ardid para entrar en relación, aunque fuese indirectamente, con un ministro de Hacienda que tanto influjo iba granjeando en las esferas del gobierno. El mismo Berroteran, con quien á menudo se entendían los aspirantes á inquilinos, aquel mismo cachazudo y zorrastrón Berroteran, había ascendido á personaje á quien

se prodigan carantoñas y cuyos apretones de mano se agradecen.

La influencia de don Camilo, en efecto, subió y se dilató presto.

Inició don Camilo desde la primera semana de su ministerio un plan de economías que fué muy del agrado del Presidente. El proyecto carecía de complicaciones y por su misma sencillez era mejor comprendido por aquel primer magistrado, dispensador de todo bien, principio y fin, en su patria, de todas las cosas; amigo de economizar la fortuna pública, para que aumentase con más rapidez su fortuna privada.

Consistía el proyecto de Irurtia en reducir á la mitad, y aun á la tercera parte, el sueldo de los empleados nacionales; acortar el presupuesto de Instrucción pública; impedir que se gastase ni un céntimo en comprar barcos de guerra, fusiles, cañones; suprimir, por inútiles, cónsules y ministros diplomáticos de Venezuela en el exterior; anular, ó casi casi, el presupuesto de Fomento. Nada de más telégrafos: había tantos kilómetros de alambre aéreo! Nada de más ferrocarriles: que viajasen por las carreteras, deteniéndose en los villorrios para que el pueblo de los villorrios viviese; el ferrocarril era enemigo de las aldeas y arruinaba á los pulperos del camino. Nada de provocar la inmigración: ella vendría por sí misma cuando fuese necesaria; nada de Bancos Agrícolas: el comercio de las capitales, que prestaba y

fiaba con tanta abnegación á los agricultores, se arruinaría. Había, además, que pechar la exportación: lo que produce el país y sale de él, debe dejar algo al Fisco. Había que crear fuentes de ingresos.

Don Camilo tenía ideas propias. El Presidente las fué aprobando y prohijando á medida que las iba conociendo.

Con las reformas doncamilescas quedó asentada, sobre graníticas bases, la reputación de Irurtia como hacendista.

Pero no impuso don Camilo sus innovaciones sin luchar á brazo partido con los apóstoles del *statu quo*. Por fortuna, «el gran financista», como lo bautizó Andrés Rata, contaba con dos palancas, lo que no ocurrió á Arquímedes, y pudo desquiciar el mundo, su mundo. Aquellas palancas de maravilla que no conoció Arquímedes eran el Presidente y Aquiles Chicharra.

No sólo se enfrentaron á Irurtia los partidarios del *statu quo*, sino los que aspiraban á mejoras sin proporcionar el dinero para realizarlas. Unos y otros se confabularon contra don Camilo. En los diarios se expusieron varias teorías.

Cuando alguna hoja censuraba — ¡oh, bien tímidamente! — la política económica de Irurtia, Andrés Rata saltaba, denodado, á la palestra.

Andrés Rata era sostenedor incondicional de los proyectos de Irurtia. «Los planes de este gran financista — escribía —, émulo de los más

eminentes de Inglaterra y Francia, serán la salvación de la república... Aceptémoslos llenos de un ardiente patriotismo.»

El gabinete celebró una sesión histórica, cuando Irurtia presentó sus primeros proyectos económicos.

Respecto á la reducción de sueldo á los empleados públicos, parecía ridículo á varios ministros el que un gobierno se rodease de una corte de muertos de hambre.

—No, señores—opinaba Irurtia—; con lo que les asigno pueden vivir. Con menos he vivido yo.

Aquiles Chicharra lo apoyaba con resolución:

—Es necesario acabar con la empleomanía—, vociferaba Aquiles. El empleaducho que no esté contento, que se vaya á trabajar. Nuestros campos carecen de brazos.

Y el Presidente, soñando ya en robarse las economías de Irurtia, afirmó:

—El dinero que se ahorra en empleados, se aprovechará para fomentar las industrias criollas.

Por los demás, cada Ministro defendía su ramo, casi exclusivamente.

El de Instrucción, expuso:

—Sin Instrucción pública no existe ni puede existir Estado moderno. Esta es la piedra angular del porvenir; formemos ciudadanos concientes, si queremos tener patria.

Y el de Guerra:

—Si queremos tener patria, compremos fusi-

les, cañones, aeronaves, acorazados, submarinos; erijamos fortalezas; establezcamos arsenales; creemos un ejército formidable. Nuestros peligros son múltiples. ¿Cómo defenderemos nuestras vastísimas costas sin muchos, muchos submarinos, sin muchos buques de guerra y sin muchas minas flotantes? ¿Cómo defenderemos nuestra independencia contra los apetitos imperialistas de las grandes Potencias, sin ejército aguerrido y numeroso?

—¡Bah!—exclamó Irurtia.—Contra las grandes Potencias nos defienden los Estados Unidos.

—¿Y quién, demonios, nos defiende contra el defensor?

—Eso es sutilizar mucho, señor Ministro de la Guerra,—contestó Chicharra.—Los Estados Unidos, país que conozco bien, por haber habitado tres meses y doce días en sus principales ciudades y adquirido allí la experiencia que poseo; los Estados Unidos, repito, afirmo y sostengo, no aspiran en la América Latina á la dominación política, sino á la hegemonía comercial.

—¿Pero usted ignora, general Chicharra—exclamó el ministro de Relaciones Exteriores,—que aceptar esa hegemonía comercial es aceptar una forma de dependencia; y que la esclavitud comercial es precursora de la esclavitud política? Es más: la independencia de un pueblo es palabra vana, si depende comercialmente y en absoluto de otro pueblo. Tanto vale que lo agarren á

uno por el estómago como por el cuello. Por eso yo creo que, para defendernos contra los Estados Unidos, debemos crear intereses y relaciones de toda suerte con Europa y con Sur-América. Por eso no estoy por la supresión de Cónsules y Diplomáticos.

—Ese dinero gastado en Diplomáticos y Cónsules me parece absolutamente inútil,—opinó el Presidente.

—Así es—apoyó Chicharra sin dejar concluir al Magistrado y sin conocer por tanto el pensar de éste.

Cuando cesó la ruidosa y servil aprobación, el militarote de Presidente pudo aclarar su idea:

—Es inútil el dinero que empleamos en diplomáticos.—Para nuestras relaciones con las Potencias me entiendo yo, aquí, en Caracas, con sus representantes.

La idea era luminosa, digna del general Presidente, recién salido de sus cavernas andinas, y de la aprobación de Chicharra, el hombre de la famosa cuadrilla, el émulo de Francisco Linares Alcántara.

El ministro de Relaciones Exteriores se creyó en el deber de protestar.

—No, general, ¡por Dios! Eso equivale á que Venezuela renuncie, por propio querer, á su entidad jurídica internacional; á que, por nuestra voluntad propia, nos reduzcamos á la categoría de los Protectorados, á los cuales se envían agen-

es, pero de los cuales no se aceptan representantes.

El Presidente no le entendía así y no hubo medio de convencerlo.

—Al que no esté de acuerdo con mi política y con la política económica del Ministro Irurtia, cuyo proyecto apruebo en todas sus partes, no le queda sino un camino: renunciar y retirarse.

Aquello bastó. Se buscaron paliativos, se encontraron fórmulas de avenimiento y todos, todos, todos, el ministro de Guerra, el de Instrucción, el de Relaciones Exteriores, todos, aprobaron el proyecto de Irurtia y la política interna, externa y eterna del general Presidente.

Los pormenores de esa inolvidable sesión del Gabinete trascendieron al público, gracias á las confidencias de Chicharra.

Ante la opinión nacional, el prestigio de Irurtia fué subiendo hasta las nubes: "el maquiavelismo" y la previsión del ya famoso general don Aquiles Chicharra merecieron encomios sinceros. Cuanto al Presidente, se le consideró desde entonces como á un personaje de ideas propias y de mucho carácter para sostenerlas.

El bien conquistado y merecido influjo de Irurtia con el Presidente, no hizo, al correr de los días, sino ganar en solidez; y reflejo de esa privanza, el prestigio de don Camilo entre áulicos y no áulicos acrecióse cada vez más.

En cortísimo tiempo fué Irurtia, después del

Presidente, el favorito de Caracas, el amo de la República. Sus palabras merecían comentarios y meditaciones, aun de aquellos á quienes no pudieran afectar. Se defería á sus pareceres; se encontró de buen gusto su sencillez en el vestir é higiénica su parquedad vegetariana en el comer. La gente hizo gala de acostarse con las gallinas y levantarse con la aurora, como Irurtia. La sobriedad se convirtió en virtud. La castidad mereció la ofrenda de todas las virilidades. En cuanto á la economía, tuvo altares. Éramos un pueblo de manirrotos. ¡Qué lección daba á todos el gran financista! Había que ser económicos, como don Camilo Irurtia.

Sólo el prestigio del Presidente supeditaba al de Irurtia. ¡Cómo sería el prestigio del Presidente cuando el de Irurtia, por refracción, alcanzaba aquellos límites!

Cierta mañana, muy de mañana—á eso de las ocho,—en la antesala de Irurtia aguardaban innúmeras personas.

Un portero galonado iba haciéndolas pasar, una á una, al gabinete donde el hacendista, sentado á su escritorio de palisandro, las recibía y despachaba en un dos por tres.

Los visitantes, al salir, alejábanse agradecidos, risueños, felices, repartiendo cortesías. ¡Acababan de hablar con Irurtia! ¡Irurtia les prometió tal ó cual cosa!

Á un momento dado, el ministro, por medio

del portero, se excusó de no poder seguir dando audiencia. Mañana á la misma hora esperaría á los señores presentes. La nube de antesalistas, la turba de postulantes se desvaneció, suspirando ó refunfuñando.

Quiso Irurtia quedarse solo, no por ocupación, sino por hastío. Aún no era hora de salir para el ministerio ni llegaba todavía su correspondencia. Pero sintió cansancio de aquellos visitadores pedigüeños: unos demandaban una cosa; otros, otra; pero todos exigían algo, todos pronunciaban los mismos discursos enfadosos, que ya se sabía de coro. No, no quiso seguir recibiendo. Deseaba libertad; un rato para sí, por lo menos en su casa, ya que en el ministerio no era posible. ¡Qué vida la suya ahora!

¡Estaba contento con la suerte! ¡Imposible explicarse cómo antes no arrimó el hombro á la política! Había perdido años preciosos de su vida vegetando como un parásito adherido al cuerpo social, en vez de servirle de cabeza, ó, por lo menos, de músculo. ¡Lástima! Se creía defraudado. Pero su satisfacción de ahora compensábalo, por intensa, de aquellas satisfacciones que no gozó y que pudo gozar desde la juventud.

Y estas dulzuras oficiales no consistían sólo en el placer generoso de contribuir, desde un ministerio, á la felicidad de sus compatriotas. En aquel continuo trasegar de oro, mil y mil pie-

zas rubias se escurrían entre sus dedos y caían todas, como obedientes á un conjuro, á una fatalidad, en la antigua caja fuerte, que Tomasa no se atrevía á tocar ni con el plumero y que se conservó siempre cubierta de un venerable polvo.

¿Cómo arreglar los más descarados chanchullos, los más cínicos latrocinios? No en balde aprendió Camilo Irurtia la teneduría de libros y la aritmética parda. Sacaba, minucioso y concienzudo, sus cuentas para saber, por lo que sustrajo y apañó en cortos meses de inicio ministerial, lo que pudo pelechar durante aquellos años que vivió sin percatarse de que existiesen ministerios de Hacienda en este bajo mundo. Se había robado á sí mismo. La idea de semejante pérdida amargaba su dulzura.

Otra gota de acíbar, incesantemente renovada, caía en su copa de poderoso adulado y feliz: Rosaura.

Rosaura no lo amaba; por lo menos no lo amaba como él ya soñó, como él deseó que Rosaura lo amase. Es cierto que convino en desposarlo; pero también es cierto que aceptándolo por marido, Rosaura parecía más resignada que dichosa. Él, hombre práctico, sabe de memoria que á su edad ni se alimentan ni se inspiran ciertas ilusiones; pero sabe también, como hombre práctico, cuándo se le acoge con entusiasmo y cuándo se le sufre.

¡La idea de que Rosaura lo sufra no puede to-

lerarla! Amábala é iba á poseerla; nada debía importarle que ella lo amase ó no lo amase á él. Sin embargo, sí; ¡sí le importaba! ¿Por qué? Todos lo saben: el amor, compartido, es como aumenta... y como gusta. La naturaleza del amor lo obliga á nutrirse de amor, y si nuestro sentimiento amoroso no se nutre de un sentimiento análogo, que se despierta por simpatía en el ser amado, quéjase, duélese, padece y nos convierte en infelices.

¡Cuántas, cuántas se hubieran dado con un canto en los pechos por casarse con él! Ni insinuaciones ni avances escasearon durante los últimos meses. Y Rosaura no quererlo, ó quererlo con frialdad, ¡ella, tan apasionada!; con altivez, ¡ella, tan mansa!; con resignación, ¡ella, que siempre gozó haciendo la dicha de los demás!

Razón tenía Irurtia en cavilar; razón en lamentarse en medio de sus prosperidades, como el pesimista y desiluso rey Salomón.

Su buen sentido, su olfato de las realidades, su juicio perspicaz de las cosas no lo abandonaron en el trance de amor, en trance en que la mayoría de los hombres pierde el juicio, el olfato y hasta aquel buen sentido ó sentido común, que es el talento de los mediocres. Rosaura convino en desposarlo; ¡pero á qué precio! La vida terminó para ella el día cuando aceptó; y ese mismo día, en ese mismo instante, comenzó una existencia

de sombra, un vivir de infierno, de alma precita, todo crujir de dientes, todo llanto.

Cedió, en primer término, por instancias de Olga, que la apremiaba de día y de noche: sacrificábase por la sobrina. Olga lo exigía, ¿cómo no complacerla? ¿Cómo negarle aquel resto de existencia cuando lo mejor de la juventud se lo había consagrado?

Andrés Rata la urgía también, poniéndola entre la espada y la pared, con argumentos de lisonja. ¡Iba á ser la mujer de oro, la reina de Caracas, la dueña del país, tal vez la futura presidenta de la República! ¡Qué le importaba á ella el oro! ¡Qué le importaba ser presidenta, ó reina, ó señora adulada en una sociedad tan vil, ni aunque no lo fuera! Suspiraba sólo por una vida obscura, silente, cristiana, mientras llegase la hora—¡y ojalá que llegase pronto!—de una buena muerte.

El general Chicharra no era el menos instante. Puso en juego á su esposa, á Tula, su primogénita; á sus demás hijas, á todo el mundo. Los recursos de su ingenio eran múltiples y de varia naturaleza.

La propia Alcira contribuyó, aunque indirectamente, seducida por Olga, engañada por Aquiles, adulada por Andrés Rata y con la ingerencia cotidiana de la familia Chicharra.

Fué una conspiración en torno de Rosaura, una conjura contra su soltería, un asalto á su aislamiento, una trampa á su buena fe, un tocar so-

matén á su noble corazón. Protestó, lloró, suplicó: en vano. Nadie tuvo piedad. No pudo contra todos: sucumbió al fin. Desde entonces su pecho parecía acerico de puñales y era su rostro el de una Dolorosa.

Razón, pues, sobraba á Irurtia para no sentirse del todo satisfecho con aquella suerte de amor que inspiraba, con aquella mano que se le ofrecía, con aquella futura esposa trasojada, resignada, víctima de la vida y presa del dolor.

En su enamoramiento senil, casi retrospectivo, en su pasión de retardatario, Irurtia, á quien nada faltaba ahora, sino la alegría del corazón, la dulzura de la vejez, la sal de la vida, la familia, el hogar, suspiraba por lo que no tenía: por la consorte satisfecha y orgullosa del marido, por la mujer contenta que difunde en su torno calor de afecto, placidez de intimidad, la dicha doméstica.

Aquella Rosaura no se parecía á la Rosaura de sus sueños. Iba á llevar á su casa más bien una lágrima que un rayo de sol.

Lo sustrajo á sus pensares un golpecito respetuoso en la puerta. Era el secretario particular del señor ministro, que pedía permiso para entregarle un paquete de correspondencia.

Antes que abrir las cartas desplegó Irurtia los periódicos y fué repasando con la vista las hojas, en un ojeo de relámpago. Leía únicamente los títulos, y, cuando las había, las firmas. Sólo bus

caba con interés su nombre, en aquella confusión negra y blanca. Adquirió, con la práctica, una destreza increíble en aquella caza del nombre propio; y caía siempre sobre su nombre, en medio de la estepa gris de lo impreso, con la ágil voracidad de un cóndor, de un alfaneque, de un azor, ó de un neblis sobre la presa. Ya no le inspiraban aquella antigua pavura los periódicos: ¡cuánta miel podía deslizarse entre la tinta Además, un ministro de Hacienda en Venezuela no le tiene miedo á nada.

Empezó, por último, á romper nemas y leer ó semileer numerosas epístolas. Iba marcando unas con lápiz azul; otras, con lápiz rojo: dos ó tres signos cabalísticos eran lo suficiente. El secretario sabría ya cómo corresponderlas; y para ello las fué clasificando.

Mientras el secretario se puso á ordenar la papelería, Irurtia, con una hoja delante de los ojos, se quedó meditabundo, como si aquella esquelita suscitase algún recuerdo.

Era una carta de Cirilo Matamoros.

El pobre hombre suplicaba á don Camilo que no lo olvidase en la prisión. Toda su esperanza la tenía fincada en Irurtia, hoy todopoderoso. El proceso le costaba ya mucho dinero y no parecía cerca de concluir. La pulpería hubo que cerrarla de firme y entregar el pegujalito, en pago, á los acreedores, a aquellos malditos alemanes del comercio caraqueño, que no tuvieron para

él, en la desgracia, la más mínima piedad. Don Camilo no sería como los vampiros alemanes: se condolería de la triste situación de Matamoros.

Después de la firma venía una postdata:

"Mi mujer estuvo yendo casi todos los días, durante un mes, á su nueva casa de habitación, para impetrar el favor de usted, nuestro único paño de lágrimas. El portero no quiso dejarla pasar, ni siquiera quiso avisarle á Tomasa. No culpo á nadie, sino á mi suerte, que es negra. No me olvide en mi degracia, don Camilo."

Don Camilo tomó una pluma y escribió:

"Amigo Matamoros:

He recibido su carta y se la contesto inmediatamente, de mi puño y letra. Esto debe consolarlo y le hará ver cuánto lo estimo.

He hecho y seguiré haciendo cuanto puedo por usted, aunque en las últimas semanas, con motivo de un cúmulo de ocupaciones, lo he olvidado un poco. Pero usted, antes que en nada, debe tener confianza en los jueces y en la bondad de su causa.

No olvide que mi posición es muy delicada y que yo no tengo derecho para influir, en mi calidad de ministro, con ningún juez, sin exponerse á caer bajo el peso de las leyes, y sin desacreditar la administración que me honro en servir. Le repito: su causa es buena. Tenga absoluta confianza en la honorabilidad y rectitud de nuestros jueces.

Tomasa le manda un saludo; y yo soy su afectísimo amigo.

CAMILO IRURTIA."

Ya don Camilo iba conociendo la política. El famoso general Aquiles Chicharra no perdió su tiempo. De haber leído la contestación de Irurtia, el maestro no se hubiera avergonzado de su discípulo.

VIII

LA CHARADA

DORADO y cálido atardecer veraniego.

Abrillanta el astro la cumbre de las colinas caraqueñas del Sur. Las quintas del Paraíso, entre jardines, á una y otra vera de la Avenida, se cuajan de mujeres. Las vegas del Guayre suavizan, con su aliento de campo, los últimos fuegos del día. El Guayre mismo exhala su frescura y se desliza bajo los puentes de hierro, furtivo y melancólico, recordando tal vez épocas mejores, cuando era personaje de más cuenta en la vida de la ciudad.

Por las aceras discurren los peatones con lentitud procesional, paseándose concienzudamente. La calzada es un cruce de coches. De innúmeras quintas parten sonrisas de mujer hacia una victoria elegante, á cuyo paso rinden los transeuntes, aquí y allá, sus más insinuantes destocadas. Es el Presidente, el idolillo.

Poco más atrás otra victoria atrae sonrisas,

aunque no tan expresivas, y sombrerazos, aunque menos rendidos.

Allí van el ministro de Hacienda y el de Relaciones Interiores: Camilo Irurtia, muy cuco y peripuesto, y Aquiles Chicharra, muy repantigado y satisfecho.

—Vea usted lo que es el mundo, don Camilo—dijo de pronto Chicharra á su acompañante. Hace poco ninguna de esas mujeres lo conocía á usted. Hoy todas le sonríen.

—Hablemos de cosas serias, general. ¿Sabe usted lo que se me ocurre? Que ni yo, por mis relaciones con Rosaura, ni usted por esposo de una Agualonga, debíamos andar de paseo cuando aún está reciente el duelo de Eufemia.

—¿Reciente? Por lo visto para usted no pasan los días, ni las semanas, ni los meses... Además, amigo Irurtia, nosotros somos hombres públicos; nos debemos á la Nación más que á la familia; estamos dispensados, en suma, de ciertas nimiedades.

Chicharra repartió dos ó tres saludos más, á diestra y siniestra, y continuó hablando:

—Á propósito de familia, oígame usted: Aquiles Chicharra no olvida á sus amigos, parientes y colaboradores. La consecuencia es una de las virtudes públicas y privadas de Aquiles Chicharra. Ó mejor dicho: entre los defectos de que acusan á Aquiles Chicharra sus múltiples y gratuitos enemigos, no puede mencionarse la incon-

secuencia ni en el parentesco ni en la amistad.

Irurtia no comprendió adónde conducía aquel exordio. Chicharra, según su costumbre, tardó en irse al grano; pero á la postre, cuando ya no pudo extenderse más en su prólogo insulso, explayó su pensamiento.

Se trataba de recabar el apoyo de Irurtia para ver de conseguir un Consulado á Andrés Rata. Aunque los consulados después de la reforma quedaron reducidos en número y en sueldo, Chicharra quería cumplir á Olga la empeñada palabra y complacer á Andrés. Don Camilo, tan de casa de las Agualonga, debía sufragar á la candidatura del periodista.

—Pero usted anda por los cerros de Úbeda, general—repuso don Camilo. Esa gente piensa en todo menos en consulados. Rosaura tampoco desea que Olga se ausente del país.

—No es posible. Andrés no hace otra cosa diariamente que impetrar mi intervención para que lo nombren cónsul en cualquier parte, hasta en Haití; y como yo, además, prometí á Olga desde hace tiempo convertir á su esposo en personaje consular, deseo cumplir. La inconsecuencia en la amistad, en las relaciones de familia y en el compañerismo partidario, según lo he dicho ya, no es uno de los defectos de que puedan acusar á Aquiles Chicharra sus múltiples, gratuitos, odiosos y cobardes enemigos.

—Ahora no se trata de los enemigos, sino de

los parientes de usted, general. Y le repito: usted anda descarriado. No quieren ser cónsules ni procónsules. Olga, en persona, me lo ha dicho cien veces.

—¡Esto es una charada! El uno me exige á mí, la otra le rehusa á usted: ¡una charada! Lo mejor será que yo me entere. Veré á Olga, á quien no veo sabe Dios desde cuándo.

—Eso es lo más práctico: y ya sabiendo nosotros qué desean — como lo confesarán á usted, con quien tienen más confianza—, se tratará de obtenérselos.

—Y Rosaura, si no quiere que Olga se vaya al extranjero, ¿no le ha exigido á usted otra cosa?

—¡Qué mal la conoce usted! Es incapaz de pedirme nada. Lo mejor es que Olga y Rata, de acuerdo, digan claro á qué aspiran.

Tenía razón Irurtia...

Poco después, el hacendista se hizo conducir á su domicilio; y Chicharra, sin quehacer antes de la comida y aprovechando la ocasión, enderezóse á casa de Olga.

La charada existía, en efecto.

Olga, que soñó siempre con viajes y aventuras, quiso, antes de ser ministro Irurtia y Chicharra, un consulado para Andrés; para que Andrés fuese cónsul prestó su colaboración al famoso general, cuando el famoso baile. Andrés, por su parte, desde que Chicharra é Irurtia fueron ministros, ya no aspiró á ser cónsul. Su ambición

ascendía. Hasta imaginó verse en alguna Aduana, como administrador é interventor. ¡Se realizan tantos negocios en una Aduana y puede un funcionario de ese ramo, en breve tiempo hacerse tan rico! Pero los papeles se habían trocado: ya Andrés Rata no soñó con playas de mar ni arenas de oro en Venezuela, sino que urgía por un cargo en el Extranjero, en cualquier parte, "hasta en Haití", mientras que Olga, de espíritu erratil y enamorada de lo desconocido, empeñábase ahora en no salir de su tierruca por ningún respecto, así la empalasen.

Aquiles se propuso descifrar la charada, no por mera curiosidad, sino deseoso también de complacer al periodista, á quien tan oportunos servicios de prensa debía, quien se prestó siempre para todo con mansedumbre, y que tan útil podía serle en lo porvenir. De ahí el que Aquiles preconizara, en aquella ocasión, su consecuencia en la amistad. De ahí el que, al separarse de Irurtia, se dirigiera á casa de Olga.

Ésta convenció sin dificultad á Aquiles.

¿Irse? ¡Qué locura! Nadie lo comprendería mejor que el mismo Chicharra con su gran penetración. Á él, un lince, un Maquiavelo, con ojos capaces de ver en la mayor tenebregura, como ojos de nictálope, y cerebro para dilucidar las más abstrusas cuestiones, ¡qué iba á escapársele la conveniencia de que Andrés y ella permaneciesen en Caracas! Primero, Ir ırtia. No había que fiarse en

absoluto de don Camilo: era resbaladizo, escurridizo, como un jabón; muy capaz, á última hora, viéndose adulado y poderoso, de hacer traición á su palabra y renunciar al matrimonio. Se perderían entonces todos los trabajos preparatorios, ¡y cuántas risueñas esperanzas! Porque los ministerios pasan; y el dinero, la fortuna, el don Camilo de oro, queda.

Segunda razón, Andrés. Creía Chicharra, prudente, justo, equitativo, el que Andrés se fuese á morir de hambre al extranjero, ó á vivir al día, como un pobre diablo cualquiera, como el bachiller Pedro ó Juan, á quien nombran de cónsul sin más títulos que ser sobrino del primo de un señor que conoce á un ministro. Andrés prestó servicios de cuenta en el diarismo. Los estaba prestando. Los prestaría en lo futuro. Y todo de balde, por vocación, por diletantismo, por espíritu partidario. Y ahora, ¿iba á pagársele con un consulado? ¿Ahora, cuando tenía por ministro del Interior á su tío político el general Chicharra, una de las cabezas mejor organizadas de la república, uno de los estadistas más consecuentes del país?

Y no mencionaba á Irurtia, por novato en política é ignorar que en política unas son de cal y otras de arena. Pero el mismo Irurtia—ella estaba segura—tendería la mano á Andrés, para que Andrés escalase alguna posición, si no eminente, ventajosa, de acuerdo con su hoja de servicios gratuitos. Era claro: debían permanecer en Caracas.

Y aún silenciaba otro motivo de mucho, mucho peso: Rosaura. ¡Cómo abandonar á Rosaura, á quien ama como á una madre, cuando Rosaura muéstrase tan abatida después de la muerte de Eufemia! Había ido enflaqueciendo, enflaqueciendo, hasta parecer un cadáver; ella, antes tan regordeta. Lloraba sin interrupción, sufría á ojos vistas lo indecible; era infeliz. Á Olga le parece que se reproduce el caso de Eufemia. ¡Cómo abandonarla en semejantes circunstancias! Sería monstruoso.

Chicharra quedó convencido.

—Te sobra razón, muchacha—le confesó.—Y yo que no pensé en nada de cuanto me dices. Más sabe el bruto en su casa que el sabio en la ajena.

Olga, sonriente por lo de bruto:

—Gracias, tío—le dijo.

—No, no; perdona, hija. Es un refrán. No pensé en tus cosas, porque la política me absorbe; los problemas del Estado acaparan mi tiempo y mi cerebro.

En ese instante penetró Andrés en la sala. Llegaba de la redacción.

Aquiles se alegró mucho. Olga se alegró menos.

—Llegas á tiempo—expresó Chicharra.—Y descifremos la charada.

—¿Qué charada?—preguntó Andrés.

—No crees una charada, y una charada china,

que son verdaderos rompe-cabezas, el que tú me pidas un consulado, mientras que Olga me exige que no te lo dé. Las razones de ella son buenas.

—Las mías también lo son.

—¡Ah! ¿No se ponen ustedes de acuerdo?—preguntó, chancista, el general.—¿Tenemos sombras en el horizonte doméstico? ¡Bah, esas son nubecitas de verano! Un chubasco de lágrimas, de parte de Olga; ó unos cuantos truenos y rayos de parte de Andrés,—y san-se-acabó.

Los esposos protestaron. ¡Nubecitas de verano! Ni una sola. ¡Qué idea!

—Olga me expone sus razones para no salir por ahora de Venezuela. Me ha convencido. Pero no me ha dicho á qué aspiran ustedes.

—Un puesto en la Secretaría del Presidente—intercaló Olga—tal vez convenga á Andrés.

—Yo no quiero secretarías.

—¿Una dirección de Ministerio?—intervino Chicharra.

—Tampoco.

El general opinó que, de no avenirse ambos, difícil sería colocar á Andrés. Para cada cargo público había cuarenta candidatos, antes de que el cargo vacase.

Entonces Andrés se ratificó en su aspiración consular. Por salud deseaba embarcarse. Necesitaba, además, para su espíritu salir un poco de aquella caldeada atmósfera de odios políticos.

Y, por remate, quería escribir una obra sobre *Los prohombres de la causa liberal en Venezuela:* para ello necesitaba irse al extranjero con sus papeles y pasar uno ó dos años trabajando, lejos del tráfago diario del periodismo.

Semejantes motivos, máxime el último, parecieron de mucha entidad al famoso Aquiles. En mientes recorrió sus datos biográficos y se dispuso á escribirlos y entregárselos á Andrés. Ya se veía Chicharra entre el general Guzmán Blanco y el abogado J. P. Rojas Paúl (1), no lejos de don Vicente Amengual, en la galería de notabilidades del liberalismo venezolano.

Así, después de haber suscrito á las razones de Olga, suscribió á las razones de Andrés. Estaba de acuerdo con ambos. Ambos quedaron descontentos.

—¡Veleta!—le dijo Olga, sonriéndose.

Y sonriéndose le dijo Andrés:

—¡Veleta!

Chicharra salió engañado por Olga y engañado por Andrés. Ni el uno ni la otra le dijeron pizca de verdad.

(1) Hombre modesto y patriota, y si no ilustre, ilustrado, á quien un historiador de la Argentina convirtió en marqués para censurar el que una democracia erigiera marqueses por presidentes. Por fortuna, esa *Historia de América* se dedica á las escuelas. Los niños ríoplatenses están curados de espanto desde que sus padres leyeron la novela patriótica de aquel buen señor Mitre, especie de general Chicharra de la República Argentina.

Olga quería permanecer en Caracas porque estaba enamorada; Andrés quería partir porque estaba celoso.

La culpa la tenía el torero, aquel español de rostro glabro y sombrero calañés con quien Chicharra cruzóse un día en el zaguán de Andrés Rata.

Éste conocía los recios pitones con que la esposa se puso á engalanarle. De no sentirlos por sí propio, no faltó quien le presentase espejos. Recibió cien anuncios anónimos; los amigos le espetaban indirectas; los periódicos adversos le disparaban pullas buídas, y los caricaturistas empezaron á figurarlo brevicórneo, con los rizos de la frente como al desgaire, levantados y en punta, semejantes á rabitos de alacrán, ó más bien á cuernecillos de ternero. Aquel poetastro participaba por el canto, del ave, y por los cuernos, del ciervo: era un poeta elafórnito. Si hubiera sido capaz de engendrar, habría dado ser á un onotauro. Todo Caracas sabía aquello, menos el perspicaz Aquiles.

Carecía Andrés Rata de valor para impedir al bárbaro de torero que continuase sus relaciones con Olga, ó bien para lavar la afrenta con sangre; y carecía de carácter para imponerse á Olga. Optó por la fuga, por salir de Venezuela con su mujer.

El tiempo no limaría sus cuernos, pero obraría tal vez el milagro de que Caracas los olvi-

dase, ó, por lo menos, de que, habituándose, ya no enjorquinara la reputación del marido, ni acribillase á saetas al minotaurizado, ni le pusiera, como hilarante novedad de las caricaturas, aquellos rabitos de alacrán en las sienes.

Á fin de propiciarse á Chicharra, cuya estúpida vanidad conocía, y para que Chicharra solicitase el consulado, discurrió aquella estratagema sobre los prohombres liberales. Jamás pensó en escribir tal obra. "¡Prohombres!..."—pensaba—. "¡Cochinos!... ahora me dejan cara á cara con mi vergüenza! ¡Que les redacten apologías los toreadores de España!"

Cuanto á Olga, sentíase enamorada de veras, enamorada como nunca, enamorada loca.

Vió al torero *Feúco* por la primera vez en el circo, una tarde de corrida. La prestancia del gladiador, vestido de luces, hizo dar un vuelco al corazón de la pizpireta. Volvió á la plaza otras tardes de fiesta y se despalmó aplaudiendo al espada.

Pero murió Eufemia y ya Olga no pudo asistir á más corridas.

¡Lástima! Los billetes los enviaban á la redacción de Andrés, gratis. Por fortuna existe sobre la tierra la casualidad, esa buena diosa. Fué Olga un día en casa de su modista—una española—á probarse un traje de luto para el duelo de Eufemia, y allí encontró al espada, tan sevillano como la costurera y, desde España, su amigo.

Con tanto ardor encomió Olga el arte del matador, mientras le ensayaban el traje que, al salir, la modista creyó complacer á la cliente, diciéndole al torero:

—*Feúco*, la señora es una grande admiradora de usted.

El torero gruñó algo, respetuoso y confuso; pero Olga le echó una mirada, una sola, de esas que rinden á un hombre las enaguas.

Aquello bastó.

Se encontraron de nuevo una y otra y otra vez, como á la ventura, en casa de la servicial y complaciente costurera española. Después se vieron en otras partes.

Llegó el Carnaval. Ella dijo al marido, una tarde, que iba en casa de las Agualonga; pero la estaba ya aguardando el toreador con coche y disfraces listos. Jugaron carnaval de lo lindo, hasta con Andrés Rata, á quien toparon en el corso.

Aquel torero más bestia que sus toros y más enérgico, apenas sabía sino mugir; pero su másculo carácter dominó á la dominadora. Por la primera vez de su vida Olga conoció el amor de un hombre de intensa varonía, de un macho garañón; y por primera vez rindió su voluntad... Aquel mozote bruto y brutal, se impuso á la dorada pantera razonadora, de cuerpo lindo y alma horrenda.

Feúco, conocedor, por Olga, de los apremios consulares de Rata, hizo jurar á su barragana que

ésta no se ausentaría de Caracas, mientras él torease allí. *Feúco*, bélitre vanidoso, quería lucir su conquista. Aspiraba también á que Olga partiese con él para México, adonde marcharía cuando concluyese su contrata de Caracas.

—En eso no te complazco, *Feúco*—le decía Olga.

Y *Feúco* respondía:

—Bueno: me iré solo.

Entretanto, ni Andrés Rata, ni Aquiles Chicharra, ni Camilo Irurtia, ni Mandinga en persona eran bastante influyentes para obtener que Olga se ausentase de Caracas desprendiéndose de los brazos del espada *Feúco*.

IX

EL NEGOCIO DE ACTEÓN

CUANDO Irurtia se presentó en el Teatro Municipal aquella noche, á eso de las nueve, un trueno de aplausos saludó su presencia. El gallinero se rompía las manos batiendo entusiastas palmas á Irurtia. En el patio los hombres se pusieron en pie. En los palcos las mujeres clavaban los binóculos en el recién llegado ministro.

—¿Qué ocurre?—preguntó cierto rubicundo moscovita que la víspera desembarcara en La Guaira.—¿Por qué tan unánime entusiasmo á la presencia de ese hombre? ¿Es el jefe del Estado? ¿Es algún general triunfador de enemigos extranjeros? ¿Ha obrado algún máximo beneficio en pro de su país?

—Es simplemente—le respondieron—un antiguo agiotista, ahora ministro de Hacienda y Crédito Público. Pero, hoy por hoy es, después del

Presidente, el hombre más poderoso. Es también la única esperanza de este país.

—¿La única esperanza?

Hubo que explicarle.

El presidente, sujeto cruel y rapaz, representante de la barbarocracia soldadesca, ejercía, apoyándose en los más podridos y retardatarios elementos de la República, más que un gobierno civil, una dictadura casi militar. Los áulicos de Caracas, los bárbaros de las montañas, los siervos de todo el país lo adoraban de hinojos, como á un ídolo; de igual suerte adorábanlo cuantos bribones imaginaban monopolios, y cuantos los explotaban, todos los hijos del fraude, todos los padres del peculado, todos los veteranos de crímenes políticos: los que tenían las manos y la conciencia sucias, los sin escrúpulos y los sin vergüenza. En cambio, sentía por él un odio disimulado, pero intenso, la parte sana del país, los hombres de trabajo, los de estudio y los de decoro. Y el pueblo lo aborrecía sin disimulo, á pecho y cara descubiertos.

Por uno de tantos caprichos de su temperamento de neurópata, el Presidente resolvió retirarse á la vida privada, en el campo, durante varios meses.

Era vicepresidente, y como tal quedó, según las leyes, en ejercicio del gobierno, el más fiel de los seides del autócrata, un antiguo jifero del Táchira, enriquecido y levantado á la sombra de

su patrón. La República no lo odiaba tanto como al Presidente; pero lo despreciaba mucho más.

El Presidente poseía, en medio de sus defectos, auténticas virtudes, como el valor y como el patriotismo, un patriotismo *sui géneris,* pero innegable. El vicepresidente, llamado Juan Bisonte, no poseía brillo alguno: su inteligencia era la de un topo; su hipocresía, la de un jesuíta; su vileza, la de una proxeneta; su corazón, el de un esclavo; su cobardía, la de un genízaro hermafrodita. No tenía más dios que el dinero, ni más sed que la de oro, ni más virtud que la fidelidad á su protector el Presidente.

Éste lo conocía como el hombre más incapaz y lo despreciaba como al más ruin de sus lacayos. Por eso, aunque dejándolo, según el mandato legislativo, por jefe nominal del gobierno, el magistrado llevó á Irurtia al palacio presidencial de Miraflores, lo instaló allí como su representante y lo impuso como director real del Ejecutivo, y cabeza responsable.

Irurtia quedó como perilla de la administración; el otro, como perillán.

Irurtia, pues, el antiguo agiotista, era el Presidente de la República.

El extranjero á quien se daban aquellos pormenores de política venezolana dijo entonces:

—¿Pero la presidencia de la República inspira por sí tanto respeto en Venezuela que así aplau-

den al que la ejerce, aunque sea un descocado agiotista?

—No, no es eso.

—Y entonces, ¿qué es?

La cuestión era complicada. Le explicaron de nuevo.

Se odiaba al Presidente, se despreciaba al Vicepresidente y se quería salir de ambos. Aplaudiendo á Irurtia, haciéndole candongas y garatusas tratábase de despertar en él la ambición del mando supremo. Ninguno mejor que Irurtia, por su actual situación y por su riqueza, para dar un golpe de Estado, derrocar á los que usufructúan el Poder, y alzarse, con el beneplácito de todos, hasta el solio de Presidente. Cien elementos de conjura lo estaban ya rodeando y dirigiendo. Aquellos aplausos eran una recepción de comparsas, preparada en la sombra por hábiles maestros de la política venezolana.

Camilo Irurtia, ayer agiotista menospreciado, corpúsculo social sin nombre ni más valía que la de sus ocultos talegos, era el hombre más poderoso, el más adulado, el más feliz, árbitro de la República y su más bella esperanza.

*
* *

Cuando Andrés Rata regresó á su hogar, después de haber presenciado la apoteosis de Irurtia, padeció horas de infortunio, las más negras

de su vida de adulón profesional. ¡Pobre periodista de alquiler!

Su mujer no estaba allí.

En la mesita de noche una esquela corta y trágica explicaba la ausencia. Olga le decía en aquellas líneas que huía en busca de la felicidad que él no supo darle.

Andrés Rata, nervioso, no pudo conciliar el sueño durante la noche.

Con el alba estuvo en Miraflores. Cuando abrieron las puertas, entró, antes que el panadero y el lechero.

Irurtia no se había levantado aún y Andrés Rata permaneció cerca de dos horas esperando que el ministro pudiera recibirlo.

Cuando Irurtia supo la fuga de Olga se llevó las manos á la cabeza:

—Pero esa criatura es una loca. Las salpicaduras de ese lodo llegarán, probablemente, hasta mí. Rosaura va á morirse de vergüenza y dolor.

Andrés suplicó para que la detuviesen en La Guayra. Irurtia telefonó de allí mismo, en persona.

El torero *Feúco* — le contestaron — acababa de partir, acompañado de una dama á quien no conocían, por un vapor que zarpó á las siete de la mañana con rumbo á Cuba y á México.

—Yo no puedo permanecer en Caracas—gimoteó Andrés Rata. ¡Figúrese usted cómo se cebarán en mi infortunio los enemigos!

Y pidió un consulado cualquiera.

—Antes de mediodía—le repuso Irurtia—tendrá usted en su casa el nombramiento. Le haré asimismo enviar su viático y sueldos adelantados por cinco ó seis meses. Váyase volando. Si de aquí á la noche sale algún vapor, parta hoy mismo. Si no, mañana, por la Mala Real. Adiós, escríbame.

Cuando Andrés se restituyó á su domicilio, se puso á arreglar, con los objetos más necesarios, un baúl y una valija; escribió á un hermano para que desmontase la casa y arreglase los asuntos pendientes. Esa misma tarde partió, en un vapor holandés.

Con sueño por el desvelo de la noche precedente, aquella noche, á bordo, durmió como un bendito. Al día siguiente se levantó, matinal; y apenas concluyó el desayuno, se puso á escribir un poema contra su mujer llamándola traidora.

Desde entonces ¿qué hizo el minotauro sino cantar sus cuernos; llamar pérfida á la esposa en redondillas hebenes y explotar la compasión que inspira á los incautos? Su desgracia ha sido su negocio. Si de algún escritor venezolano puede decirse que ha vivido de su cabeza, es de Andrés Rata.

Pornichet, 1913.—Madrid, 1914.

DOCE OPINIONES

SOBRE

LA LÁMPARA DE ALADINO

LA LÁMPARA DE ALADINO

NOTÍCULAS

por R. Blanco-Fombona. Renacimiento, 1915. (Un volumen de 584 páginas.)

Bajo el nombre de *Notículas*, explicado en digresión filológica, ha reunido el brillante escritor venezolano, Sr. Blanco-Fombona, un copioso caudal de impresiones, lecturas, recuerdos personales suyos, formados en diversos tiempos, con los más variados motivos, y diseminados, al ver la primera luz, en muy distintas publicaciones. Es un mosaico multiforme, policromo, iluminado á veces por la luz tenue y sedante del alba, y á veces por los cárdenos y cegadores reflejos de la tempestad—eco de un alma inquieta, tumultuosa, contradictoria, pasional, vibrante, brava, proteica y sensitiva.

¿Por qué estas notas, estos apuntes deliberadamente desordenados y pocas veces conexos entre sí, se enlazan bajo un título común de leyenda oriental: *La lámpara de Aladino?*

Esa lámpara, responde el cálido poeta de América, es la *Imaginación*. «Uno frota su lámpara cuando la tiene, y ya tierra y cielo son suyos...» «Con la lámpara de Aladino, al alcance, uno revive las horas pasadas...» «La lámpara de Aladino no es enemiga de la verdad. ¿No recordais á Shakespeare? *La realidad es el hilo con que se tejen los sueños.*» «Al rozar el instrumento maravilloso, la maravilla se produce, y surgen de la niebla

mujeres que amamos, paisajes que entrevieron nuestros ojos, pueblos que abrieron sus puertas á nuestra curiosidad. No es todo: surgen el poema de embriaguez que respiró nuestra adolescencia, el cuadro maestro que nos enfermó de belleza, y la hora de dicha efímera y la palabra de áloe y la gota de ajenjo.»

Blanco-Fombona, dueño del mágico talismán, le hace revivir espléndidas perspectivas de Naturaleza y de Arte, accidentados y dramáticos sucesos de su tumultuoso vivir personal, imágenes pintorescas de hombres, mujeres ó cosas que han perdurado en aquél con huella palpitante; observaciones y apostillas anotadas al margen de los sucesos y al caudaloso fluir de su existencia.

No busquéis en él una lógica rectilínea, una consecuencia inflexible, ni mucho menos orden y compostura académicos. Renuncia á ello por indeclinable propensión de su espíritu, que le impulsa sólo á buscar la verdad y á reflejarla con su pluma, tal como al través de su temperamento se proyecta. Y así lo declara paladinamente: «¿Que lo que miro dentro de mí y la manera como miro lo ambiente, difieren de un día para otro? ¡No importa! ¿Que carecen de lógica mis ojos? ¡No importa! Yo sé que obedecen á una lógica superior. Sólo puede exigirse la sinceridad mental y sentimental del momento.»

De modo que busca, no la verdad, sino su verdad. Pero en el fondo, verdades *nuestras* son las que todos buscamos y expresamos, aunque tengamos la pretensión de proclamarlas doctoralmente verdades universales.

Este personalismo del Sr. Blanco-Fombona, que no teme la contradicción ni la disonancia, en nada amengua el interés de *La lámpara de Aladino*, por ser el autor un exquisito poeta, cuyos estados de alma, aunque mudables, tienen una comunicativa fuerza de emoción ó de convicción, y se traducen en ingeniosidades dialécticas, en relampagueos de juicios propios, de observaciones agudas, de frases brillantes.

Blanco-Fombona ha vivido mucho y muy de prisa.

Hay en él un ansia loca por asomarse á todos los miradores que la vida pueda ofrecer (panoramas de todas las latitudes del planeta, almas de mujeres ó de artistas, fondo de libros, corrientes de ideas) y por contarnos lo que ha visto ó sentido, qué impresión han dejado las cosas en él y cuáles han sido las vicisitudes de su existencia: aventuras, duelos, lances amorosos, desavenencias con colegas de profesión literaria, veleidades de fortuna que le llevan desde el cargo diplomático ó el gobierno de provincia hasta la cárcel.

Las perspectivas que nos ofrece son variadísimas. Hasta donde cabe clasificar el heterogéneo carácter de sus *Notículas*, pueden considerarse en el libro siete partes:

I.—*Nombres.*
II.—*Pensares y sentires.*
III.—*Ciudades y panoramas.*
IV.—*Italia, 1903.*
V.—*Viaje al Alto-Orinoco.*
VI.—*Comentarios.*
VII.—*Confesiones.*

Entre los *Nombres* se barajan Maeterlinck, Loti, Gogol, Isadora Duncan, Ibsen, Garófalo, Anatole France, Rusiñol, Bourget, Max Nordau, Juan Ramón Jiménez, Unamuno y otros más de Europa y América.

Entre las *Ciudades y panoramas*, Aquisgran, Delf, Tours, Pisa, Sorrento, Roma, París, La Guayra, Toledo, Pancorvo, etc.

Pero, ni sobre aquellos escritores ni sobre estas ciudades, se ha de buscar ningún estudio objetivo; sólo una impresión particular y rapidísima, un aspecto minúsculo, á veces el asidero ó punto de partida para una grata divagación.

Mayor multiplicidad ofrecen *Pensares y sentires* y *Comentarios*. Son sutiles y leves notículas donde se hace crítica rápida de todo lo humano y algo de lo divino. Allí hay consideraciones políticas, sociales, artísticas, literarias, morales, religiosas (ó más bien antirreligiosas).

Los relatos que ofrecen mayor continuidad é interés narrativo son los de *Italia* y el *Alto-Orinoco.*

El primero es una vibrante evocación de la tierra del arte por un artista de corazón que entrevera travesuras de viaje con bellos cuadros de Capri, Sorrento, el Vesubio, Florencia, etc. El segundo es la relación dramática de un viaje de Blanco-Fombona á posesionarse del gobierno de una provincia de Venezuela, atravesando extensa zona de América tropical, casi tan bárbara como en los tiempos del Descubrimiento, entre los peligros, las privaciones y las zozobras de la selva inmensa, sin humana habitación, poblada de alimañas peligrosas, surcada por ríos invadeables, azotada por diluvios y tormentas horrísonas.

Blanco-Fombona unge todas las páginas del libro con las esencias de su ética y su mentalidad resueltamente paganas.

Sólo lo fuerte y lo bello le parecen con derecho á vivir. Le encanta todo gesto audaz, toda voluntad firme y poderosa, toda rebelión contra las pautas de la rutina ó del vivir cotidiano y gris. Las normas sociales y hasta las leyes positivas para asegurar el orden y la parsimonia en los pueblos, le parecen insufribles grillos que coartan el libre vuelo de la personalidad é impiden alcanzar su pleno desarrollo á los hombres superiores.

¿Es, en suma, un eco de Nietzsche? Aspira á poner al superhombre más allá del bien y del mal. Pero la fuerza por la fuerza, la fuerza mecanizada le repugna. Lógico esta vez con su exaltado sujetivismo y con sus inclinaciones de *élite* espiritual, odia la fuerza teutónica, avasalladora del individuo ante el monstruo absorbente del Estado no menos que la fuerza pecuniaria de la prosaica Yanquilandia, formada por groseros mercaderes sin otro ideal que el *dollar.*

Odia también las democracias por lo que tienen de arbitrarias y niveladoras; y en su culto al *aristo,* al que sabe imponerse á los demás, llega él, ex gobernador, ex representante del orden y de la fuerza pública del Estado, á hacer la apología del anarquismo, por lo

que tiene de idealista y viril y á dudar que la Sociedad tenga más derecho á la vida del que tiene á destruirla quien se halla incómodo en su seno.

El valor, la acción personal, el bello gesto le inspiran un apasionado culto, muy frecuente en los escritores hispano-americanos, en quienes, bajo el refinamiento externo de París, *nutrix* intelectual de casi todos ellos, late la sangre bravía de los conquistadores épicos de España, el alma impetuosa de la América ancestral.

Por esa mezcla de íntima pasión y exquisita forma, Rufino Blanco-Fombona ama sobre todas las cosas el Renacimiento italiano, paraíso de los audaces, que tiene bula para todo, hasta para el crimen; época en que, incluso la religión, toma en lienzos y mármoles empujes y morbideces la paganía.

Su héroe representativo es Benvenuto Cellini, á quien los contemporáneos, papas entre ellos, perdonaron el ser un prodigioso foragido en gracia á ser también el más prodigioso de los artistas. Entiende justamente que los presidios están llenos de héroes en flor, los cuales en aquella propicia época hubieran sido gloriosos conquistadores de Indias, y hoy, por falta de adecuado ambiente, han quedado en meros profesionales de la navaja ó la ganzúa. «El Código — dice Blanco-Fombona — es enemigo del bello vivir.» «Las cadenas legislativas, las preocupaciones, la grotesca actual concepción de la vida impiden la eclosión de los verdaderos hombres...» «¿Qué Benvenuto va á salir de entre las páginas del Código penal? ¿Qué Pericles de esta Beocia? ¿Qué bello tirano de esta democracia?»

Si las trabas éticas ó jurídicas sublevan al Sr. Blanco-Fombona, figúrese el lector hasta qué punto encalabrinarán sus nervios las trabas gramaticales.

Deliberadamente salta sobre ellas, dándosele un ardite el afrancesamiento de su sintaxis y el neologismo de su léxico. Convierte en principios su anarquía gramatical y pone de oro y azul á los puristas, á esos desdichados cazadores de gazapos, estilo Valbuena, que

se erigen en pontífices de severos dogmas cerrados y tienen, como la Iglesia, Inquisición, índice expurgatorio y excomunión mayor para la concordancia sospechosa, el trasconejado participio ó el verbo de nuevo cuño colado de matute.

Blanco-Fombona, con la entereza de un hereje que acepta la hoguera mejor que la retractación de su credo, declara que *antes se dejaría aspar* que consentir en trocar el galicano guión con que separa sus apellidos por la castizamente española copulativa *y*.

Parecerá esto una nimiedad, pero de nimiedades se teje todo carácter.

El individualismo, desde la concepción del cosmos hasta la construcción de la cláusula, es el fondo de esta obra.

La finura de observación, el buen gusto, el elegante arte de narrador esmaltan sus páginas todas y hacen gratísimo deleite su lectura.

J. Deleito y Piñuela.

(*La Lectura,* Madrid.)

APOSTILLAS Á UN LIBRO

Abierto sobre la mesa tengo un libro un poco extraño, escrito por un hombre algo extraño también. El libro se titula *La lámpara de Aladino.* El escritor se llama R. Blanco-Fombona.

Yo no conozco al Sr. Blanco-Fombona. Quiero decir que no tengo el honor de ser amigo suyo. Hará tres ó cuatro años, no puedo precisar la fecha exacta — siempre he sido una calamidad para esta labor de coordinar recuerdos —, me lo presentó no sé quién en no sé qué banquete de confraternidad hispano-americana, cinco minutos antes de servirse la sopa. Cambiamos un apretón de manos y unas frases trilladas de vulgar cortesía, y desde entonces no le he vuelto á

ver. Es muy posible que si algún día le encontrara en la calle no le reconociera.

Digo todo esto para hacer constar que no tengo compromiso alguno que me empuje por ningún concepto de gratitud, amistad ni camaradería á hablar del Sr. Blanco-Fombona ni de su libro. Con una simple tarjeta de acuse de recibo podría quedar perfectamente saldado por mi parte el único deber de cortesía á que pudiera obligarme su atención de haberme remitido un ejemplar.

Por no obligarme, ni siquiera me obliga la dedicatoria, que, afortunadamente, no puede ser más lacónica ni menos expresiva: «Al Sr. D. Pedro Mata, su afectísimo, el autor.»

¿Y por qué afortunadamente? Pues porque no hay nada en el mundo más molesto que la exageración, la adulación, la farsa y la mentira. Un hombre que empieza por mentir en la primera página, ¿qué garantía de sinceridad puede ofrecer en el resto del libro? Y si á un libro se le quita el perfume de sinceridad, ¿qué es lo que queda de él? Además, que dentro de un embustero hay siempre un ruin; dentro de un farsante, un adversario; dentro de un adulador, un miserable. Entre una censura, por injusta que sea, y un ditirambo exagerado y desmedido, venga la censura, que es más leal, más franca y sobre todo menos ofensiva. Despreciemos á los aduladores; apercibámonos contra los farsantes; desoigamos á los embusteros y agradezcamos la sinceridad de las nuncupatorias sencillas.

Decía que el señor Blanco-Fombona, á quien no conozco, ha tenido la atención de enviarme un libro, que titula, en uso de un perfectísimo derecho, *La lámpara de Aladino*, como lo podría haber llamado pisto manchego ó ensalada rusa, si estos títulos fueran lo bastante eufónicos para ornamentar una portada.

La lámpara de Aladino es la imaginación, ó quizá, mejor dicho todavía, la evocación.

Como el héroe de Scherezada, el Sr. Blanco-Fombona, que también es un héroe á su modo, frota de cuando en cuando su lámpara, esa lámpara espiritual

que, más ó menos luminosa, llevamos todos dentro, y al conjuro maravilloso de la evocación van apareciendo sobre las páginas del libro sensaciones de viaje, críticas de arte, aspectos sociales, recuerdos de paisajes vistos en una hora, de pueblos visitados en un día, de mujeres adoradas una semana, lecturas, amores, dolores, odios, sueños, injusticias, pasiones; todo revuelto, entremezclado, sin concierto ni orden, incoherente á veces, contradictorio á ratos y siempre esquelético, abocetado, como entrevisto en una carrera desenfrenada de automóvil. Junto á unos retratos, que no son retratos, pero que dejan la impresión intensa de las aguas fuertes, una ciudad inglesa y una hacienda venezolana; una playa holandesa y una marina tropical. Y mezclado con ello, una sección que se llama «Pensares y sentires», y otra que se apoda «Comentarios», y otra que se titula «Confesiones».

¿En qué casillero literario podríamos clasificar estos trabajos de Blanco-Fombona? Declaro ingenuamente que no lo sé. No son crónicas, no son artículos, no son biografías, no son estudios, no son nada de esto, al menos dentro de las definiciones que nos enseñaron los preceptistas. Pero son otra cosa que acaso valga más que todo esto; son fragmentos, retazos de vida.

—«Es criminal»—le dice al autor una voz en una página, una página breve que apenas llegará á media cuartilla—; «es criminal el modo como estás pasando la vida. No lees, no escribes, no piensas, no sueñas. Tu existencia no es de contemplación, ni de ocio fecundo, ni saboreo de la vida. Tu juventud, tus energías, vuelan sin que tú lo percibas, y vuelan para no volver; vuelan llevándose la savia y la flor de tus abriles; vuelan dejándote, ¡ay!, mustio, carcomido, estéril.»

Pero á continuación otra voz le responde.

—«No te quejes de malgastar la vida; la estás viviendo.»

Este es el secreto, el gran secreto de Blanco-Fombona: haber vivido mucho.

Vivir es gozar, es sufrir, es amar, es viajar, es correr muchas tierras, navegar por muchos mares, dormir

bajo distintos cielos, conocer á muchos hombres, saber experimentalmente lo que vale la amistad y lo que es la ingratitud, sentirse un día potentado y levantarse otro sin tener qué comer, ser mártir y homicida, pasar en veinticuatro horas del despacho oficial de un gobierno civil á la celda de una cárcel y tener un día la humorada de relatarlo todo en un libro de 600 páginas, caótico, desordenado, incongruente y contradictorio, como la vida.

—«¿Qué hemos aportado nosotros, americanos, á la literatura de lengua castellana? Con más precisión: ¿qué estamos aportando?»—se pregunta este inquieto Sr. Blanco-Fombona en uno de estos retazos interesantes de su libro.

Y entre las varias respuestas, da ésta, atinadísima:

«Al través de cierta nébula de tristeza que envuelve nuestras obras, parece que en nuestras obras se descubre el desperezo de un alma nueva, el despertar de una nueva raza, la vibración de un espíritu recién nacido que se produce en una de las más viejas lenguas de Europa, arrancando á este viejo y maravilloso instrumento tonalidades inéditas.»

Es verdad. Ya un gran escritor español hace mucho tiempo que lo había reconocido: «Nuestra lengua nos dice desde allende el gran mar cosas que aquí no dijo nunca.»

PEDRO MATA.

(Blanco y Negro, Madrid.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

por R. BLANCO-FOMBONA.

Hay libros audaces y acometedores que salen á la plaza como mozos reñidores, buscando la fama por los caminos de la pendencia; los hay, en cambio, recelosos, tímidos, acobardaditos, que por muchos que

sean sus méritos parece que se acercan suplicantes y humildísimos pidiendo una limosna de atención.

Los escritores sur-americanos suelen lanzar libros de los primeramente enumerados en esa arbitraria clasificación. *La lámpara de Aladino* es de éstos, de los libros valentones y algo aventureros que se meten en la república sin encomendarse á Dios ni al diablo, soltando votos como puños y verdades como bendiciones, pregonando con montaraz independencia—mal embridada por las riendas de la literatura—lo que buenamente se les viene á las mientes, sea una pacífica reflexión, sea una linda pedrada contra el prójimo ó un botonazo certero contra el rival.

Y estos libros, amigo lector, podrán ser lo que quieran, pero no hay duda de que resultan agradables y simpáticos.

Fijémonos en los artículos que van en la primera parte del libro de Fombona; una de las secciones en las que aparecen distribuídas las heterogéneas *notículas* (gracioso mote, diga lo que quiera el inventor del vocablo) que componen ese abultado volumen.

La sección lleva el título genérico de *Nombres;* no son semblanzas, no son artículos de crítica tampoco. Son las ideas sugeridas al Sr. Fombona por la obra de una bailarina ó de un escritor. Nada de titubeos ni de contención; se le ocurre un juicio y allá va con gentil desenfado, como un chinarro que cae en la tersura de un lago, turbando la quietud y espantando á las ranas clásicas, unánimes en el croar de su crítica y su erudición.

En estas mañas anda oculta la mano revolucionaria de Unamuno, maestro en rebeldías y pontífice de la generación iconoclasta. Estos articulitos desesperarían á un catedrático de Literatura y llenarían de santa indignación á un académico; pero á nosotros nos agradan sobremanera estos ejercicios de pim pam pum, que sirven para adiestrar el brazo y para afinar el gusto, que es la puntería difícil y buscada.

Puede que el mismo Sr. Fombona escriba otros artículos rectificando las ideas vertidas en este libro y

sustituyéndolas con otras no menos ágiles y retozonas. Eso no será muy serio ciertamente; pero la vida, rectora de todo, es también de una informalidad estupenda y teje y desteje con incesante frivolidad, lo cual no quita para que la vida sea muy amena y muy trascendental.

De un hombre como Blanco-Fombona tenía que salir una literatura como la que él viene haciendo.

Ahora está de moda un cierto género de apachismo intelectual, que consiste en decir, pongo por caso: «cuando el «Chanas» y yo robábamos en la sierra de Gredos, etc...»; pero de ese infantil estilo — estilo de sacamantecas, para dar un susto padre al buen burgués — al que emplea Fombona y emplean otros de su mismo temple y acaso de su mismo país hay la misma distancia y diferencia que existe entre un pobre hombre provinciano que adivina la fastuosidad y los placeres en un rápido viaje á París y el parisién, de origen ó adopción, que saturado y harto del mundanal y orgiástico devaneo, escribe y describe con natural elegancia y con elegantísimo cansancio.

Fombona dice: «Entonces gastaba yo en París 70.000 francos anuales...» Fombona, dice: «Una noche, estando con Rubén en el Grand Café, la emprendí á bastonazos con la plebe.» Y á Fombona se lo creemos, cosa que no sucede con los que fabrican las trolas de sus deseadas aventuras mientras les asoman por las muñecas los puños deshilachados, sucios de un mes...

Blanco-Fombona ha luchado por la libertad en su patria; ha sufrido cárcel y destierro, ha visto de cerca á la muerte y hasta se ha permitido la exquisita galantería de hacerle la corte como á una cocota de chez Paillard.

Un hombre simpático y un libro simpático. Ahí van mis dos manos, Sr. Fombona, mosquetero y escritor.

FERNANDO ISCAR PEYRA

(La Tribuna, Madrid.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

Rufino Blanco-Fombona es tipo representativo del literato americano, hispano-americano. La literatura de la joven América se caracteriza por una constante y aguda rebeldía hacia todo lo ordenado por los viejos cánones preceptistas...

Es hombre cultísimo Rufino Blanco-Fombona. Leyó mucho, viajó más, y en vivir no se quedó en zaga. Conoce varias lenguas; ha visitado los principales relicarios del Arte; en el escenario de la vida representa un papel de primera fila.

Gustó de intensas emociones. Con tanto poderío sintió el amor como la muerte. El amor embrujó su carne y su alma en los palacios de Himeneo hasta llegar á una voluptuosidad refinada ó bárbara, porque téngase presente que vivió en París, Londres, Venecia y Córdoba, como también en los exuberantes países salvajes de Amazonas y Pampas.

Ora combatiendo en duelo á sable, ora empuñando fieramente el winchester contra los explotadores de indios, luego contra las grandes y temibles alimañas que dominan en Orinoco y Andes, la distancia que lo separó del sepulcro no sobrepasó de una pareja de palmos, y en más de una ocasión memorable.

La labor literaria de Blanco-Fombona, si no de mucha extensión, es valiosa. La escasa cantidad compénsase con la brillantez y valor. Novelas, cuentos, crónicas, poesías, ensayos históricos — notabilísimo el dedicado á Bolívar —, impresiones de arte, apostillas á cuestiones sociales é internacionales; un complicado baturrillo pintoresco que agrada y hace pensar y despierta emociones.

Recientemente ha publicado en «Renacimiento» un conglomerado de artículos, impresiones, relatos de viaje, apuntes sobre libros, episodios de su vida y milagros, etc., que nos llegan agrupados bajo un nuevo nombre literario: *Notículas.*

Notículas son—al decir de Blanco-Fombona—apun-

taciones breves sobre cosas de arte, de literatura, de pensamiento, de sensación, de vida. Todo ello se cobija bajo un nombre oriental milenario, lleno de dulces recuerdos: *La lámpara de Aladino*, nombre cuya propiedad al contenido del volumen explica el autor en un prólogo que es una joya literaria.

No se pretende hacer crítica sobre este libro. Solamente, y un poco temeroso, se recomienda su lectura. Y si ella se hace con serenidad, con limpieza de prejuicios y de basura tradicional, se encontrarán en el libro de Blanco-Fombona pensamientos llenos de fuego interior, de sinceridad, de coraje, desusados en el viejo solar de la raza amadora del sol, fuente de sarna y anarquismo.

Porque aquí no sabemos ser rebeldes sin degenerar en el ridículo matonismo; no comprendemos la valentía sin caer en la bufonesca fanfarronada. Somos ecuánimes, limitados, mediocres. Las innovaciones, los juicios originales y el ideal de los tiempos que corren son cosas indiferentes, cuando no despreciables, para nosotros. Estamos acostumbrados á vivir del pasado, de los recuerdos; estamos enlazados al añoso árbol de la tradición; estamos nutridos por la vieja y gélida savia que recorre el carcomido tronco de los siglos pretéritos...

Hay que ir saliendo de este existir paralizado, de este «ir tirando», como se explica la resignación del vulgo. Rompamos las cadenas esclavizantes del pensamiento y la acción. Cantemos el aria de la ilimitación como desea el autor de *La dama errante;* seamos activos, emprendedores, hasta aventureros, para todos los órdenes de la vida...

Lleguen presto las ansias infinitas de ilusiones; lleguen los propósitos de empresas nobles; lleguen los principios de la filosofía pragmatista; cantemos á la ilimitación... y en los ratos de ocio, hojeemos estos libros de coraje, por el estilo de *La lámpara de Aladino*.

FRANCISCO VALDÉS

(*El Liberal*, Madrid.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

NOTÍCULAS

por R. Blanco-Fombona. Madrid, Biblioteca Renacimiento.

Pocas veces se verán tan unidas la vida de un escritor y su obra, ni será ésta tan fiel imagen de aquélla, como en el presente caso: el que Blanco-Fombona nos ofrece.

Lo que primeramente nos trae y nos liga á él es la sinceridad con que se presenta. Es una sinceridad voluntariamente desprovista de todo circunloquio y eufemismo; cruda y restallante á veces, siempre expresión de convicciones y sentimientos íntimos.

Evoco ahora la impresión que me produjo el primer libro que leí de este escritor. Era un libro de ruda, de inusitada acometividad contra hombres y cosas de Venezuela, patria de Blanco-Fombona. Recuerdo que, aun cuando desconocedor por completo de tales hombres y tales cosas, ajeno en absoluto á cuanto allí se ventilaba, hube, sin embargo, de sentirme «chocado» por las excepcionales violencias de frases y conceptos; pero hube también de sentir que quien las lanzaba era un hombre sincero, aunque no me estuviera dado el garantizar que fuese justo.

Leí después otros libros suyos y he llegado por último á conocerlo personalmente.

Tan grande como su sinceridad son su nervosismo, la inquietud de su espíritu, la perenne y fecunda actividad de su cerebro, la amplitud de su cultura y la intensidad de su vida.

De esto se tienen abundantes y decisivas pruebas en *La lámpara de Aladino*. Este libro es como resumen de la personalidad de Blanco-Fombona: el escritor y el hombre.

De varias partes se compone *La lámpara de Aladino*.

En una de ellas, bajo el título de *Nombres*, desfilan

figuras de la intelectualidad contemporánea: Maeterlinck, Loti, Gogol, Oscar Wilde, Ibsen, France, Rusiñol, etc. Cada una de estas figuras es obra de un trazo.

Pensares y *sentires* es otra parte del libro. Disquisiciones llenas de felices atisbos hacen de *Pensares* y *sentires* un tratadito de amena y, muy á menudo, honda filosofía.

Siguen unos relatos é impresiones de viajes tan varios que, de Italia, por ejemplo, nos lleva Blanco-Fombona al Alto-Orinoco. De estos viajes voy á referirme preferentemente á dos.

Comenzaré por el que lleva como título: *Sensaciones de España.*

Blanco-Fombona no es nuevo entre nosotros. Ha estado diferentes veces en España y actualmente se ha establecido en Madrid. Él mismo nos confiesa que no ha venido nunca á España como extranjero; ha venido como todo americano del Sur: á su casa solariega. Blanco-Fombona, con su sinceridad constante, sobre la que hago de nuevo hincapié, habla con emoción de la tierra de sus antepasados; aunque no recata tampoco sus dejos de amargura, en opiniones resueltas.

Pero hasta en sus rudezas se descubre, en el fondo, un caudal de simpatía, que nosotros debiéramos corresponderle mejor.

Cuando se leen declaraciones tan leales y tan justificadas como las del venezolano Blanco-Fombona sobre lo que podían ser, y en realidad no son, las relaciones entre España y sus hijas las Repúblicas de América, preciso es reconocer que no siempre son éstas las culpables. Blanco-Fombona, en suma, nos acusa de de cerrar nuestras puertas: redacciones, casas editoriales, etc., al pensamiento americano, mientras que en América, dice, no se funda una revista sin que se busque, y se pague, la colaboración española. La queja puede tener un fondo de verdad, pero no en absoluto: el mismo Blanco-Fombona es prueba de ello. Sea como sea, no olvidemos que la queja se ha producido.

El otro relato de viaje á que quiero referirme es el qúe se titula *Alto-Orinoco.*

Hizo aquella expedición Blanco-Fombona, con motivo de haber sido nombrado gobernador del Territorio Amazonas.

El relato, sobre tener el encanto de una excursión aventurera, nos informa de costumbres curiosísimas, de pueblos singulares, de paisajes grandiosos. No sólo interesa al literato, sino al hombre de ciencia, al geógrafo y al antropólogo.

Unos *Comentarios* y unas *Confesiones* cierrán este libro.

En aquéllos y éstas, burla burlando, con un suave humorismo, entremezclado á veces de sarcasmos duros, vuelve Blanco-Fombona, más brevemente ahora, más nerviosamente se diría, á las expansiones de amena y, muy á menudo, honda filosofía de sus *Pensares y sentires.*

Tal es el índice de esta *Lámpara de Aladino*, obra, ante todo y sobre todo, de un gran literato, de un gran artista.

LUIS DE TERÁN

(*Nuestro Tiempo*, Madrid.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

En un mito miliunanochesco se justifica el título que Rufino Blanco-Fombona ha puesto á su último libro.

Como la lámpara de Aladino, así este libro, evocador de recuerdos é invocador de sueños, hace desfilar ante la mente del lector, como ante sus ojos materiales — tal es la viveza de la narración — paisajes exóticos, interesantes figuras célebres, de una celebridad de ayer, ya marchita, visiones de la propia intuición, trozos de vida contemporánea.

El estilo de Blanco-Fombona—como queda apun-

tado,—un estilo nervioso, vibrante, plasmado con integridad de sentidos y de mente, ayuda á la intensidad de estas evocaciones. ¡Lástima que algunos neologismos y americanismos, que no tienen nada de bellos ni tampoco son más expresivos que sus locuciones castizas correspondientes, afeen y desluzcan un estilo tan original!

Ya sabemos que Blanco-Fombona, al leer estos reparos, se encogerá de hombros y exclamará: «¡Hay que escribir como se habla!» Ya conocemos su desdén por los escritores relamidos y por la pulcritud inexpresiva, que se ha dado en llamar académica; pero, con todos los respetos debidos, nosotros le diríamos: «¿No sería mejor hablar como se escribe?» Tronar contra las Academias es algo pueril y trasnochado en un escritor de los méritos y de la plena madurez de Blanco-Fombona. ¿Qué más alto triunfo puede desear un escritor que ser admitido en la suprema comunidad de los iguales?

Una parte interesante del libro es aquella en que el autor expone las impresiones de su reciente estancia en Madrid y de su trato con nuestros escritores. En estas páginas, Blanco-Fombona nos da á conocer una actitud espiritual que de seguro compartirán con él muchos escritores americanos: la del orgullo literario de América frente á las tradiciones españolas.

Blanco-Fombona extraña el desconocimiento que aquí se tiene de los escritores americanos y toma la voz de América para recordar cuánto debe nuestra literatura contemporánea á la influencia del genio americano, manifiesto y activo en la obra de un Rubén Darío, un Lugones, un Díaz Mirón.

Es una actitud nueva, muy interesante; es lo que pudiéramos llamar la reivindicación americana, frente á injustificados desdenes de la metrópoli espiritual. América, la más rica, la más moderna, es también la más grande en méritos literarios. Y es ella la que, si un tiempo se nutrió de las irradiaciones de nuestro genio, hoy nos impone su orientación espiritual y nos colma y abruma con su exuberancia poética.

En este punto, Blanco-Fombona exagera las cosas y llega á encontrar una filiación americana á obras tan castizas como *Tradiciones y devociones de Madrid*, de Répide. Y por exagerar las cosas incurre en contradicciones. ¿No se queja de que los autores españoles no leen á los americanos? Entonces, ¿de dónde esa influencia? Y encontrar plagios forzados en esas poesías que transcribe de Gabriel G. Maroto y alguno más, ¿no es un poco extraño en quien, páginas atrás y en el mismo libro, tiene frases tan duras para los rebuscadores de plagios?

Pero esa incongruencia, que en un crítico profesional sería pavorosa, en Blanco-Fombona es un encanto más. El gallardo escritor americano es, además de un gran poeta, un cronista admirable vuelto hacia la vida, lleno de vivacidad y de espontaneidad. Su estilo es enérgico, vibrante, armónico, con su gesto de condestable de las letras.

Y en un estilo así, la incoherencia es como la cojera de *Manzana de Anís*, que, según Francis Jammes, era una gracia más.

R. CANSINOS ASSENS (1).

(La Correspondencia de España, Madrid.)

---

(1) *He aquí, por fin, la ocasión, mi querido Cansinos, de encararme con usted.*

Hace usted muy bien en dedicarse á encender los siete brazos litúrgicos de su candelabro. Para cultivar la literatura posee usted, á más de buen gusto y cultura espiritual, uno de los factores primordiales: imaginación. ¿De dónde, en efecto, sino de la imaginación ha sacado usted, mi querido Cansinos, que yo ataqué á la Academia, que pongo en la picota ese libro de Répide que cita, y que incurro en contradicción diciendo que no se lee á los americanos en España, y, sin embargo, se les plagia?

Ninguna de las páginas de La lámpara de Aladino*—y son casi seiscientas—ha sido dedicada á la Academia; puede, sí, que haya algún mordisco de paso. Pero yo ni siquiera me ocupo de la Academia Española de la Lengua: no sé si existe.*

Respecto al libro de Répide que usted menciona, y al que,

LA LÁMPARA DE ALADINO

par M. R. BLANCO-FOMBONA

Le nom de M. Blanco-Fombona n'est pas inconnu des lecteurs de l'*Eclair*. J'ai eu l'occasion d'en parler ici, à plusieurs reprises, notamment lorsqu'il publia, il y a deux ans, chez Ollendorff, enrichies de notes pré-

---

según usted, me refiero, confieso que no lo conozco ni de oídas. Mal puedo haber hablado de él. ¿En qué página lo cito?

¿Contradicción entre el no leer á los americanos, y sin embargo, aprovecharse de ellos? Lo invito á que de buena fe repase los ojos por mi escrito. Nada de plagios dije... Esbozé allí una observación de psicología social, que no puede usted borrar con una picardihuela de humorista.

Queda un punto, un punto de elogio. Me anuncia usted, querido Cansinos, que he sido admitido "en la suprema comunidad de los iguales".

Permítame que le pregunte: ¿Admitido por quién? ¿Qué es eso de comunidad de los iguales? ¿Se refiere usted, como Víctor Hugo, á los genios, ó simplemente á los literatos españoles?

Si, como supongo, esta "comunidad de los iguales en que se me admite es la de los escritores españoles, se equivoca usted: ni nunca solicité esa admisión, ni la necesito, ni la acepto. Yo soy el semi-bárbaro de un pueblo en que, hasta hace poco, los abuelos de usted cazaban á mis abuelos en los bosques. Soy un escritor de América: eso me basta.

Por lo demás, escritores españoles son, por ejemplo, Cervantes y el Sr. Julio Casares: yo, por malaventura, no me parezco á Cervantes; tampoco, por fortuna, me parezco al Sr. Casares.

Querido Cansinos: continúe encantándonos con sus páginas literarias, tan emotivas, tan llenas de sutileza y de frescura; ellas le han granjeado á usted sitio de honor entre los más brillantes prosadores jóvenes de España. Deje la crítica ratonil é insincera para don Antonio Valbuena. Usted, amigo condor, abra las alas, rompa á volar y busque desde el espacio azul la montaña en que va á hacer nido.

cieuses, les lettres de Simon Bolivar, le libérateur de l'Amérique espagnole.

Aujourd'hui, l'occasion se présente de rendre un nouvel hommage au talent de l'éminent écrivain d'outre-mer, dont le dernier ouvrage, *La Lámpara de Aladino* (Renacimiento, Madrid), nous apporte un éclatant témoignage.

Historien, romancier, poète, critique et homme politique à la fois, M. Blanco-Fombona est sans doute un des esprits les plus clairvoyants de cette jeune Amérique latine qui compte, parmi tant d'autres gloires, un Rodo, un Gomez Carrillo, un Ruben Dario, un Olavo Bilac, un Oliveira Lima, un Carcia Calderon, un Enrique Larreta, pour ne parler que des vivants.

J'ai connu l'auteur vénézuélien, il y aura bientôt cinq ans, à l'Hôtel Universal, à Madrid. J'étais alors de passage dans la capitale espagnole, chargé d'une mission politique importante. Un jour, le poète Villaespesa me parla en termes enthousiastes de Blanco-Fombona et me proposa d'aller le visiter. Il faisait une chaleur torride; l'asphalte des rues de Madrid nous brûlait la plante des pieds, à travers les semelles fines, et paraissait fondre sous nos pas, comme il arrive souvent à Madrid pendant les journées ardentes du mois de juillet.

Blanco-Fombona nous reçut dans son appartement, avec cette amabilité accueillante qui caractérise le caractère espagnol. Il me présenta un de ses amis, rédacteur d'*El Liberal*. La conversation tomba naturellement sur le but de mon voyage et le bruit qu'on en faisait dans la presse espagnole et portugaise. La question politique de mon pays intéressait vivement l'écrivain américain, et je cherchai à satisfaire sa curiosité bienveillante.

Le lendemain, je lisais dans *El Liberal* le compte rendu de notre conversation, agrémenté des pires fantaisies et rédigé avec une mauvaise foi manifeste. Le journaliste que Fombona m'avait présenté avait abusé de ma confiance. Ses fausses révélations dénaturaient le but de ma mission et en compromettaient

le succès. Je m'empressai d'y opposer un démenti formel en invoquant, avec son autorisation, le témoignage du poète Villaespesa; mais je n'osais pas m'adresser à Blanco-Fombona, de qui je connaissais les relations d'étroite amitié avec le journaliste indiscret. Celui-ci fit appel, publiquement, à son témoignage. Blanco-Fombona refusa de s'associer à cette écœurante manœuvre, et sa loyauté et son honneur l'obligeant de prendre parti contre son ami s'il restait à Madrid, il partit pour Paris le même soir.

Depuis lors, nous devînmes amis et nous rencontrâmes souvent à Paris, où l'illustre écrivaín demeure depuis de longues années. Il m'apprit à mieux connaître son pays et m'éclaira dans la recherche des admirables trésors littéraires de l'Amérique latine, que la France ignore ou connaît mal. Il fut mon guide patient et impartial. Son ardent patriotisme trouvait ainsi un nouveau moyen de s'exercer utilement, et je lui dois en grande partie mon érudition américaniste. Il me plaît de lui rendre ce témoignage public de ma reconnaissance.

*
* *

L'œuvre littéraire de M. Blanco-Fombona est des plus vastes et je ne puis, dans l'espace limité de cette chronique, en faire l'analyse détaillée. Deux de ses livres: *Au delá des Horizons* (poésies), et *Contes américains* ont été traduits et publiés en français. Tous les deux furent accueillis avec les plus grands éloges par la critique française. Edouard Rod consacra un long article à ces poêmes qui nous apportaient un parfum d'outremer. «Il excelle—ecrivaít Rod de M. Blanco-Fombona—à exprimer une emotion vive et communicative en quelques vers qui font image et se gravent dans l'esprit.» M. J. Ernest - Charles s'occupa des *Contes américains* dans la *Revue Bleue*, la *Revue des Revues* consacra plusieurs pages d'ardent enthousiasme à l'œuvre si originale de l'écrivain vénézuélien, et M. Henri Barbusse écrivait encore à ce propos dans *Femina*:

«M. Blanco-Fombona est une des personnalités littéraires les plus éminentes de l'Amérique du Sud. Peu d'écrivains, parmi ceux qui dans le Nouveau comme dans l'Ancien Monde, manient la langue espagnole, savent la faire chatoyer avec autant d'élégance et de maîtrise. Et à travers la traduction française de ses *Contes américains* qu'il nous offre aujourd'hui, on voit scintiller les jolis arrangements de mots, les poétiques expressions serties dans le texte original.

«Ces contes sont très courts: des notations de gestes dramatiques; des aperçus á la lueur d'un éclair éblouissant, sur une destinée poignante ou une situation ironiquement cruelle. Il ne nous plaît guère d'ordinaire de rattacher les écrivains les uns aux autres et, à côté d'un nom, d'en évoquer d'autres, car de tels rapports sont la plupart du temps forcés pour les besoins de la symétrie et si l'on se trompe en les faisant on a doublement tort.

«Toutefois il nous sera permis de penser et de dire que ces contes sont conçus et écrits dans la manière française, manière sobre et forte, teintée parfois de délicates nuances descriptives. Ils font songer plus ou moins à la briéveté de Maupassant, á l'émotion de Daudet et à la tragique ironie de Villiers de l'Isle Adam.»

*
* *

Le dernier ouvrage de M. Blanco-Fombona, *La Lámpara de Aladino,* qui vient de paraître à Madrid, est un gros volume de six cents pages qui contient surtout des impressions de voyage, des impressions littéraires, des critiques sur les personnalités qu'il á connues, les pays où il à séjourné, les heures heureuses ou angoissées qu'il a vécues en Europe ou dans les geôles du Vénézuéla.

C'est une œuvre personnelle, originale, dont les conceptions et les jugements peuvent être discutés mais qui s'affirme et s'impose par la puissance et l'originalité de son style et la rare qualité de son esprit. M. Blanco-Fombona fait œuvre de critique et

de polémiste. Il défend la vérité et le paradoxe avec la même brillante ardeur; son ironie pénétrante s'exerce avec la même cruauté sur nos idoles de bronze et sur nos idoles de plâtre. Pourtant les coups de son marteau iconoclaste sonnent, malgré lui, différemment, selon qu'il tape sur le plâtre ou sur le bronze.

Il s'agit en tout cas d'un livre remarquable, qui fait honneur à la littérature espagnole et qu'il serait souhaitable de voir traduit en français.

HOMEM CHRISTO FILS.

(*L'Eclair*, París.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

DE RUFINO BLANCO-FOMBONA.

En estas páginas de cautivadora amenidad, de atractivo colorido, en veces fustigadoras y agresivas, de honda sinceridad, vibra y se intensifica un alma de selección, impetuosa y acometedora, pero plena siempre de generosidad y nobleza.

En todo escritor, por regla general, existe, en mayor ó menor grado, un incondicional acatamiento á ciertos convencionalismos sociales que imperan con indiscutible fuerza en la vida colectiva. Se quiere ó se pretende siempre no salirse de un eticismo muy convencional; no descarriarse, ó si acaso muy tímidamente, del conjunto de modos de ver, entender y practicar la vida que imprimen carácter al organismo social, por más que en el fondo se les considere falsos y entorpecedores.

Nada de esto sucede con el autor de *La lámpara de Aladino*. En Rufino Blanco-Fombona la sinceridad, su sinceridad peculiarísima, está siempre, puede decirse á flor de pluma. Es lo más saliente y característico de su personalidad intelectual, proteica y deslumbrante...

En él, por lo común, parece no existir el yo acomo-

daticio, flexible, adaptable, convencional que todos poseemos. Su yo, el yo que se desborda de continuo en sus creaciones literarias, parece más bien tener algo del yo profundo de que habla Bergson.

Su espontaneidad arranca de lo más íntimo de su ser y no titubea nunca en echar afuera, así sea desconcertante ó hiriente, lo que en un momento dado enciende su fantasía ó totaliza su emoción.

Dice la verdad sin miramientos ni indecisiones, su verdad, lo que él cree sinceramente que lo es. Acaso esa verdad, en más de un caso, merezca ser puesta en tela de juicio, sometida á discusión, pero para él lo es realmente y poco se le importa lo que de ella se origine: la consecuencia ó consecuencias más ó menos comprometedoras de lo que sostiene ó el juicio adverso de los demás.

Es apasionadísimo por temperamento—este libro lo demuestra con frecuencia; pero ese hervor de pasión que caldea á menudo las obras de su ingenio es siempre, absolutamente siempre, expresión vehemente y honrada de lo que de veras preocupa su inteligencia ó hiere su sensibilidad.

Para mí es el escritor más sincero y menos convencional con que cuenta actualmente la literatura hispano-americana.

*
* *

Y es singular que personalidad intelectual tan varia, tan proteica, conserve siempre, á despecho de su multiplicidad de aspectos, de su aparente dispersión, sin desgastes ni resquebrajaduras, la unidad diamantina de su resaltante psicología.

No obstante su diversidad de facetas—poeta, novelista, cuentista, crítico, polemista, sociólogo, historiador—es siempre el mismo, siempre inconfundible. Su *cachet* personalísimo resplandece en todas sus producciones. Su unidad personal ilumina de continuo su mundo intelectual. Avalora con recóndito relieve sus juicios y sus creencias; mueve y exalta el tumulto de

sus simpatías, de sus amores, de sus rencores, de sus odios.

No es paradójico, *exprofeso*, como parece serlo el eximio Unamuno, como lo son otros, pues en él, por condiciones privativas muy íntimas, lo espontáneo, la sensación inmediata y directa se impone con frecuencia á la idea ó al sentimiento que buscan en la reflexión detenida un seguro criterio de comprobación y de acierto.

En determinadas horas aparece como contradictorio. En nuestro tiempo de multiforme y compleja civilización lo contradictorio, lo aparentemente antinómico, se justifica, en parte, por lo vertiginoso de la vida moderna, cambiante, inestable, de desordenado ritmo, sujeta de continuo á perennes modificaciones y rectificaciones. Ese necesario dinamismo sólo presenta sólida base en lo que atañe á ciertas ideas de perdurabilidad indispensable.

Las relativas contradicciones en el caso de *La lámpara de Aladino*, contradicciones de que el mismo Blanco-Fombona hace gala, y aun gala exagerada, se explican porque las páginas que integran la obra fueron escritas en distintas épocas de vida, bajo muy distintas impresiones, á distancia algunas de otras, de veinte años.

Esas páginas, pues, proceden de diversos momentos psicológicos en que el autor se sintió impresionado de ésta ó de aquella manera frente á cambiantes aspectos de su vida interna ó de visión objetiva.

Cuando oigo producirse una nota acerba de censura contra éste ó aquel escritor porque en sus producciones de tiempos diversos se adviertan contradicciones de relativa importancia, se me antoja tal censura producto de espíritus críticos muy superficiales que sólo perciben fragmentos ó aspectos unilaterales de la realidad sin poder en ningún caso elevarse á una visión integral y definitiva de la vida. «Contra la imbecilidad hasta los dioses luchan en vano», ha dicho Schiller...

*
* *

De todos los libros de Blanco-Fombona éste es acaso el que da una una impresión más completa de su personalidad intelectual potente y simpática.

Acaso haya escrito otros en que la profundidad del pensamiento sea mayor, en que ahonde con más fuerza en la entraña de las cosas que observa y estudia; pero aquí en estos capítulos de resaltante espontaneidad, de fuerza descriptiva, de hermoso colorido, exentos de rebuscamientos de expresión, de hojarasca, de vana fraseología, está él, vive él, á ratos observador zahorí de intensa mirada crítica, y siempre, aun en sus monumentos de descuido, dueño y señor de la forma artística concisa y soberanamente expresiva.

La lámpara de Aladino descubre á cada instante, envueltos en resplandores de maravillosa claridad, los mas recóndito ssitios del pensamiento y la sensibilidad del ilustre escritor americano.

Este libro parece algo así como cofre riquísimo, cincelado por las divinas manos de un moderno Cellini; cofre que guarda en su seno numerosas joyas. El mágico poseedor de tal tesoro lo vuelca y esparce de improviso ante nuestros ojos asombrados. Naturalmente, entre tantos joyeles, entre tantos camafeos, entre tanta piedra preciosa, acaso haya algunas de mediocre valor. Pero esas joyas de relativo mérito resultan rarísimas en esta valiosa colección de pensamientos de verdadera médula, en medio de tantas bellezas y filigranas de estilo.

Bajo la aparente frivolidad de algunas de estas páginas se esconde por lo general una observación sagaz ó una apreciación de positivo valor psicológico ó sociológico. Demuestra con frecuencia, sin darle importancia, como si tal cosa, verdaderos conocimientos fundamentales y una cultura que no parece ser nunca de segunda mano.

En la primera parte del libro, *Nombres*, desfilan personalidades modernas; y nunca falta en el análisis ó comento de esas personalidades la observación penetrante ó la nota humorística, acre ó regocijada. En ocasiones flagela despiadadamente.

La bilis del desencanto ó de la contrariedad parece brotar de su pluma en *Pensares y sentires*, en *Ciudades y panoramas*, en *Comentarios*. En cuantas partes contiene esta obra, triunfa con singular gracia la facultad imaginativa. La imaginación tiene en cmuhas de ellas potente señorío. La *loca de la casa* se pasea con frecuencia, con amplia libertad, de un extremo al otro del libro, desde el bellísimo prólogo, introducción ó lo que sea. Pero la emoción y el pensamiento no están ausentes de la obra. Hay muchas páginas de meditación; otras, de intensa vida. Algunas de éstas, como *Necrología,* hermosa notícula final, se leen con un interés no exento de melancolía...



Entre todos esos trabajos me detengo, no por ser el mejor, sino porque me interesa más por su americanismo, en el intitulado *Viaje al Alto-Orinoco.*

Me ha gustado mucho la relación del peligroso viaje. La pincelada descriptiva, de positivo mérito artístico, plena de intenso colorido local, abunda en este circunstanciado relato. Aquel inmenso territorio de la Guayana comprende la quinta ó sexta parte de Venezuela. Cubierto de bosques inextricables, surcado por ríos gigantescos y habitado por tribus indias diversas de remota ó desconocida procedencia, representa, según expresión del autor, un pedazo vivo y palpitante de la América salvaje y bravía que encontraron nuestros antepasados españoles, en su resonante y épica conquista de este Continente. Leí hace varios años un libro voluminoso, que aún conservo, *Exploración oficial,* por F. Michelena y Rojas: es una relación muy detallada de esas regiones, relación en la que, particularmente en ciertos puntos de importancia, contradice y aun refuta afirmaciones de Humboldt con argumentación seria y vigorosa.

Pues á esa remota porción bárbara de Venezuela, á

esa región casi inexplorada y llena de caimanes y de tigres, á la entidad política llamada *Territorio Amazonas*, fué Blanco-Fombona investido con el alto carácter de Gobernador. No sin correr innumerables riesgos hizo el difícil viaje desde Ciudad Bolívar hasta la capital del lejano Territorio, unas veces en frágil barquichuelo sobre el movible dorso del gran río, otras jineteando por sabanas interminables á trechos inundadas y por lo común desprovistas de medios de subsistencia.

Tomó por lo serio su deber de primera autoridad de aquel rincón de vida rudimentaria. Fundó escuelas, arrimó decididamente el hombro á proyectos locales de utilidad incontestable; quiso disciplinar, hacer un poco de orden en aquel caos, civilizar, en una palabra; pero la criada le salió respondona. Bastardos intereses creados se irguieron amenazantes á su encuentro. Comprendió pronto que estaba solo, aislado, sin recursos, entre fieras. Se defendió gallardamente de un asalto que le dieron. Algunos de los asaltantes mordieron el polvo.

Con ese motivo se ha creado en torno suyo una leyenda.

Dicen que fusiló mucha gente. Lo que hizo, según reza este libro y según me ha contado quien puede saberlo, fué rechazar la fuerza con la fuerza y contestar el golpe con el golpe.

Casi todos los gobernadores que le precedieron acabaron de trágica manera. Lo mismo el que lo sustituyó á él. Puesto en su caso, cualquier hombre de corazón y de dignidad hubiera procedido como Rufino Blanco-Fombona...



Verdadero caballero cruzado de las letras americanas, pluma viril, independiente, incapaz de mezquindades y bajezas, ha condenado tiranías ominosas, señalando siempre á su pueblo grandes ideales de verdad y de justicia.

Maneja Blanco-Fombona la espada lo mismo que la pluma, como algunos de sus hidalgos antepasados.

Este Bayardo sin miedo y sin tacha se ha batido varias veces en duelo. Ha puesto en la picota reputaciones usurpadas, de relumbrón, desprovistas de acendrada probidad, y ha desenmascarado, afrontando el peligro, follones y malandrines.

Lo han comparado ya, más de una vez, con los hombres del Renacimiento. En veces se me figura contemplarlo trajeado con jubón de seda, calado el chambergo de amplias alas y de vistosa pluma, puesta la mano en la cincelada empuñadura del acero toledano, en gesto de permanente desafío, como alguno de esos hidalgos que se yerguen altivos y orgullosos en ciertos viejos cuadros de pintores españoles.

Como alma en donde llamea intensamente la pasión, es natural que incurra en violencias y exageraciones. Los temperamentos apasionados no pueden ceñirse á ciertas limitaciones en sus movimientos expansivos. Desprecian el justo medio y se van ardientes é irrefrenables á los mayores extremos. Algunos, sin embargo, aun tocando esos extremos, no pierden jamás de vista una noción exacta y completa de las cosas. Así sucede á Blanco-Fombona, aun en medio de sus mayores encrespamientos pasionales.

Este hombre, que no ha sabido nunca adular, que para los poderosos no tuvo siempre sino rudas verdades; este hombre, incapaz de ceder al interés material en desacuerdo con su conciencia, tiene un culto, el más desinteresado: Bolívar. También Stendhal tenía el culto de Napoleón.

Comparto por completo su admiración apasionada por Bolívar.

En el Libertador he visto siempre, como Blanco-Fombona, no sólo un gran genio, sino la figura representativa de nuestra raza hispano-americana.

La misma admiración nos identifica al contemplar los múltples y deslumbrantes aspectos de la personalidad de aquel hombre portentoso: gigante en la palabra, en los ideales, en la acción, que pasó por el es-

cenario de la vida para entrar en la más alta y gloriosa inmortalidad.

F. García Godoy.

(*Las Novedades*, de Nueva York.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

por R. Blanco-Fombona, Madrid, 1915.

Hace pocos días publicamos dos bellos artículos de Rufino Blanco-Fombona, *La España Materna*, pero no quisimos insinuar que ellos pertenecían á un próximo libro.

Y bien, ahora el libro está aquí: llámase *La lámpara de Aladino*, y es, como todos los del tormentoso venezolano, obra fuerte, obra recia, obra bien nutrida, obra de exaltación, obra de amor, obra de combate. Nos muestra conjuntamente al hombre y al escritor, cosa tan rara hoy, cuando el artificio de las palabras oculta la masculinidad temblorosa de pasión y deseo, de asco ó de cólera. Realmente, comprendemos una vez más el profundo y veraz sentido de aquellas palabras de Pedro-Emilio Coll acerca del mismo Rufino: «es una fuerza de la Naturaleza».

Y, como la Naturaleza, este hombre resulta vario, desigual, multiforme: ora se aduerme en los plácidos remansos de la contemplación ideal, ora ruge y se encrespa como un mar en Octubre; ya se nos aparece complicado y profundo, y ya salta, en la sencillez de los campos, más arisco que una ardilla, ó ensaya,—«para ver», como Juan del Encina, la más libre y desenvuelta pirueta espiritual que cabe en los moldes de la lengua.

Hay en este abultado y sabroso volumen muchas páginas admirables por la sagacidad crítica que funde en un gran crisol hombres, paisajes, sucesos históricos, conceptos de filosofía... y aventuras galantes.

Hay otras de estupendo vigor, como aquellas que le sugiere la evocación de Benvenuto.

Y hay, al lado de las que muestran al artista, muchísimas que revelan al pensador preocupado de los grandes destinos de nuestra raza y de nuestras nacionalidades.

En suma, una obra llena de interés, escrita por un Hombre (con H mayúscula, como quiere Unamuno), abierta á todos los vientos espirituales y con vista hacia todos los horizontes.

(El Fígaro, Habana.)

Á PROPÓSITO
DE
LA LÁMPARA DE ALADINO

EL MAYOR PROPAGANDISTA SUD-AMERICANO

Rufino Blanco-Fombona ha publicado hace poco en Madrid, donde reside ahora, *La Lámpara de Aladino*. Pocas veces han dado á la estampa las prensas españolas una obra más amena é interesante, que pueda leerse con mayor agrado y beneficio.

Pero no hablemos, por ahora, de *La lámpara de Aladino* que, por mucho que valga, vale menos que su autor. Hablemos de éste.

Rufino Blanco-Fombona es un propagandista infatigable, y absolutamente desinteresado, de todas las cosas que se relacionan con América. No se da tregua un instante, y donde esté, por dar á conocer obras, escritores y grandes hombres indo-latinos, exponentes de la cultura y de la acción de nuestros países.

Hace algunos años leí en *Mercurio,* revista que editaba Gómez Carrillo, la transcripción de una charla anotada por Rufino Blanco-Fombona en sus memorias,

algunos de cuyos fragmentos vieron la luz entonces en dicha revista.

«Después hablamos de América—escribe Blanco-Fombona.—Ambos (Gómez Carrillo y Rubén Darío) se desatan en invectivas y desdenes contra nuestra pobre patria de Hispano-América. Yo la defiendo á capa y espada. Y como la discusión se encrespa, rujo, lleno de aguardiente y de rabia:—Ustedes viven ambos de esa América que desprecian; y este país que adoran (Francia) no les daría para comprar ni un sombrero. Usted, Carrillo, es cónsul de su país; usted, Darío, aspira á serlo del suyo. Allá son ustedes gente; aquí son nadie. Allá son Rubén Darío y Gómez Carrillo; aquí, el número diez ó veinticinco del hotel. Ustedes en el fondo son filisteos, burgueses: aman á París, á Francia, á Europa; la fuerza, lo rico, lo establecido, lo estampillado. Yo, no. Yo amo á la América, á nuestra América; y aunque sea pobre, india, salvaje, piojosa, leprosa, la amo. Mientras más desgraciada y más obscura sea, más la amo. Yo no vengo á deslumbrarme con urinarios de mármol ni con el triunfo de las cortesanas y de los histriones. Moralmente, Europa es una pocilga.»

Ya de mucho antes databa el entusiasmo de Blanco-Fombona por nuestros hombres y cosas de América. Bastaría con leer sus estudios, artículos y notas volanderas, recogidas en su libro *Letras y Letrados de Hispano-América*, para notar la fecha en que el autor de *El Hombre de Hierro* inició su propaganda americanista, cuyos frutos son hoy, felizmente, ópimos.

Durante su larga estada en París, antes de comenzar la guerra, inició en las revistas, en las casas editoras y en los diarios una propaganda activísima destinada á recordar el nombre de Bolívar, que la justicia de los años estaba cubriendo de olvido.

Con pluma tajante, fuerte documentación histórica, estilo acerado, y espíritu de dureza feroz contra los adulteradores de la Historia, dió á la estampa, en la interesante revista *Hispania*, que Pérez Triana fundó

y sostiene en Londres, una serie de artículos polémicos destinados á combatir las patrañas de Mitre y otros argentinos contra Bolívar.

Además de la labor de propaganda en bien de los mayores intereses de los americanos, ¿qué significó esta polémica? Significó el triunfo de la verdad histórica en América contra una conspiración argentina semi-secular.

Desde los profesores de la Universidad de Buenos Aires, como José Ingenieros y A. Colmo, hasta los historiadores de la última hornada, como Roberto Levillier, hasta los cónsules argentinos en el extranjero, como el Sr. Parker, le salieron al frente á Blanco-Fombona. Blanco-Fombona los hizo morder el polvo á todos.

Resultados de esta polémica fué que el Sr. Leopoldo Lugones, con dinero de la patria, muy probablemente, sacara en París, y en francés, una *Revue-Sud-Américaine,* que duró tres números, para publicar unas *Efemérides americanas* sin mencionar á Bolívar, ni á Sucre, ni á Páez, ni á Santander, ni á Olmedo, ni á Córdoba, ni á los países de la antigua Colombia.

También un profesor de Buenos Aires, nombrado Guastavino, dió á luz un grueso volumen en 4.°, llamando pobre, es decir, hombre sin millones, á Blanco-Fombona, é insultando la memoria del Libertador de América. Blanco-Fombona, con un desprecio olímpico, declaró que no le concedía beligerancia á ese mal escritor, y que jamás se ocuparía de aquella obra. El libro del Sr. Guastavino merece, con franqueza, el oprobioso desdén á que lo condena el gran polemista.

Otros resultados fueron el establecimiento de una Legación argentina en Caracas; la invitación de *La Prensa,* de Buenos Aires, á varios escritores americanos para que colaborasen eventualmente en ella, y un artículo de *La Nación* contra Venezuela, el más denigrante y mentiroso que se puede escribir en descrédito de un país, y artículo donde se comparaba á Blanco-Fombona con César Borgia y se le llamaba «Duque de Valentinois sin el Ducado.»

Eso por el lado argentino.

Por lo que respecta al triunfador, á quien la América entera—desde Méjico y Cuba hasta Chile, Uruguay y Paraguay—batió entusiastas y merecidas palmas, continuó su labor de saneamiento, de higiene, de moralidad, dando á las prensas estudios de crítica histórica y de crítica social, haciendo reediciones de obras valiosas en la Casa Ollendorff, sacando á luz, comentadas, las *Cartas de Bolívar*, en bonita edición de la Casa Michaud, vulgarizando al Libertador en ediciones fáciles é ilustradas, como la del *Bolívar pintado por sí mismo*, en la Casa editorial Hispano-Americana, publicando *Discursos y Proclamas* de Bolívar en la casa Garnier.

Vastas proporciones había tomado ya esta labor activísima y celosa en bien de los intereses americanos, realizada por Rufino Blanco-Fombona, cuando estalló la guerra en 1914, y, como otros muchos sudamericanos, tuvo que huir hacia España en busca de tranquilidad y de ambiente propicio.

No pasó mucho tiempo antes que comenzaran á llegarnos los frutos de su acción cultural iniciada en la Península. Primeramente fué el volumen *Bolívar por los más grandes escritores americanos*, especie de antología de los mejores estudios históricos escritos por prosistas indo-latinos sobre el Libertador. Figuraban allí páginas de Rodó y de Vicuña Mackenna, de García Calderón y de Martí, de Blanco-Fombona y de Ernesto de la Cruz; era aquel un libro con cuya lectura podía fácilmente el lector darse exacta cuenta de la enorme acción realizada por Bolívar en la mayor obra americana. Tuvo entre nosotros el volumen un éxito de venta inesperado, pues se agotó el mismo día de su llegada á nuestras librerías.

Viene ahora de Madrid, y editado también por la casa Renacimiento, *La Lámpara de Aladino*, recopilación de notículas y estudios de varia índole, escritos por Blanco-Fombona en periódicos y revistas europeos y americanos,

Páginas abundan allí, como aquellas en que narra

un viaje á través del Orinoco, en la que reconocemos á un maestro en las descripciones de la vida y de los paisajes. Si Blanco-Fombona no hubiera escrito más obra que ésta, bastaría para tenerle en uno de los lugares más señalados de la literatura hispano-americana.

Felizmente, para bien de las letras indo-latinas, su producción es variada y abundante y promete serlo más aún en los años que le restan de vida.

Su novela *El Hombre de Hierro* será, seguramente, de las contadas obras americanas que pasen á la posteridad como significativas y decidoras del estado de las letras del Nuevo Mundo hispánico en los primeros años del siglo xx.

Por los últimos correos venidos de Europa han llegado á nuestras librerías los primeros volúmenes de la *Biblioteca Andrés Bello,* fundada en Madrid por Blanco-Fombona.

Van aparecidos ya en dicha colección las *Poesías Escogidas,* de Manuel Gutiérrez Nájera; *Sangre Patricia,* de Manuel Díaz Rodríguez; *Estados Unidos,* de José Martí; *La Literatura Hispano-Americana,* de F. García Godoy; *Cinco Ensayos,* de José Enrique Rodó, y *Páginas libres,* de González Prada.

Según la lista de los nombres que figuran anunciados en dicha Biblioteca, la acción que realizará en ella Blanco-Fombona abarca en toda su amplitud la totalidad de la literatura hispano-americana de nuestros días.

Los libros dados á la estampa bastan como recomendación anticipada, si no fuese que al frente de la *Biblioteca Andrés Bello* figurase la personalidad de Rufino Blanco-Fombona, cuyo sólo nombre ahorra comentarios de cualquiera especie.

De desear sería que nuestro público se diese cuenta de lo que significa este esfuerzo y que se inclinara á conocer libros que, como los de Martí y de Díaz Rodríguez, son una revelación. Díaz Rodríguez es uno de los mayores novelistas americanos de la actualidad, y Martí no necesita de anticipación, cuando su nombre

está fundado sobre sólidas bases y su producción comienza á divulgarse en libros por todo el continente.

Además, sabemos por noticias particulares enviadas por el propio Blanco-Fombona á algunos de sus amigos de Chile, que en breve fundará también la *Biblioteca Histórica Ayacucho* y la *Biblioteca Americana de Ciencias Políticas y Sociales,* con las que completará su acción cultural americanista, que nunca le agradeceremos lo bastante en América.

Armando Donoso

(*Zig-Zag,* Santiago de Chile.)

LA LÁMPARA DE ALADINO

Así como en la novela me gusta ver emancipado por completo el espíritu del autor, porque estimo que aquélla no debe servir para exponer el modo de pensar de éste, sino para crear caracteres y darles otra significación y otras tendencias, en las impresiones críticas, en los trabajos de combate, en las crónicas impresionistas, me gusta ver algo del escritor, me gusta saber de sus luchas íntimas, de sus ímpetus ó de sus mansedumbres, de sus rebeldías ó de sus ternezas...

De ahí el interés que en mí despiertan las producciones de Rufino Blanco-Fombona, el vibrante escritor latino-americano, que siempre hace asomar en sus creaciones, como á una ventana, la virilidad de su temperamento, hecho para la brega constante.

Por eso he sentido verdadero placer leyendo las cautivadoras páginas de *La lámpara de Aladino,* libro que tiene mucho de su yo combativo, libro que habla al alma de períodos diversos de su vida agitada y tumultuosa, libro en el que se hermanan la crítica razonada y justa y el ataque bravío, la impresión ligera de un paisaje y el atardecer romántico de una puesta de

sol en extranjeras playas, el recuerdo de la patria y la visión de los héroes.

No porque Blanco-Fombona se muestre altivo en su prosa—cálida y sincera siempre—vaya á pensar algún tonto que se trata de un hombre hecho sólo de pasiones y dado á la agresividad á todo trance; nada de eso: nadie con un corazón más tierno, nadie más cordial y más generoso que él; bajo la aspereza de esas sus actitudes bravías, ¡qué de suavidades se esconden!

En su último libro nos muestra cómo sabe ser inflexible con los que no merecen más que el anatema, y cómo sabe hablar con poética dulzura cuando describe los paisajes que hacen evocar y hacen sentir.

Hay quienes juzgan *a priori* la obra literaria de Blanco-Fombona, considerándola más personal que artística, ó lo que es lo mismo, que en ella aparece más el hombre que el artista. En parte, sobra razón á los que de tal modo piensan, porque en él se destaca, por encima de todo, un gran carácter. Pero no quiere decir esto que Blanco-Fombona deje de ser un exquisito poeta y un escritor de médula, porque lo diga todo en formas enérgicas, propias de su temperamento combativo.

Un gran poeta mexicano, acaso de los que han conquistado más sólida reputación en América por sus versos, evocadores de los de aquel ruiseñor que se llamó Gutiérrez Nájera, me hablaba una vez en términos enaltecedores de Blanco-Fombona; pero se mostraba inconforme con el prólogo de *Los Cantos de la Prisión y del Destierro*, por estimarlo demasiado personal, demasiado tempestuoso. Respeto mucho las opiniones de los demás, para que me dedique á censurar á los que no piensan como yo. Pero estimo erróneo juzgar una obra de arte por las ejecuciones de enemigos que haya realizado el artista.

Acaso Blanco-Fombona pudo atemperarse un poco, acaso no debió poner sus iras desbordadas en las páginas de un libro de poesías; pero todo eso sería aceptable si el poeta hubiese escrito tranquilamente, con el ánimo sereno, y no bajo la impresión de una fuerte

intranquilidad de espíritu, producida por las persecuciones de que había sido víctima á causa de las vilezas y cobardías de hombres que viven en el fango de adulaciones cortesanas y secretan su odio, desde el fango, contra los hombres libres. Un año de cárcel, y como corolario el destierro; mucho había sufrido y estaba sufriendo Blanco-Fombona para que no estallase contra sus enemigos. Y se pregunta uno si los que sirvieron á Porfirio Díaz pudieran lanzar la primera piedra á un hombre como este!

Ese prólogo de *Cantos de la prisión y del destierro*—debe insistirse—fué escrito en momentos en que todo el fuego de su alma se salía al exterior, como queriendo abrasar á los malvados: esa agresividad tiene el sello de la sinceridad. Los que no se explican el flagelo y hasta el dicterio en casos como ese, no han sabido nunca la exaltación que produce en los pechos caballerescos y bizarros la mordedura de la intriga.

Yo, que sé de los sufrimientos—sufrimientos de hombre, sufrimientos que no se asoman femenilmente al rostro, sino que explotan como granadas—de Blanco-Fombona á causa de la infinita pequeñez de algunos; que sé lo que la maldad y la bajeza hicieron para aplastar para siempre al que muy bien debió llevar la patria con orgullo á los escaños de la Cámara, para que la defendiera con sin par bravura patriótica y con arrestos intelectuales poco comunes, encuentro justificado el modo especial de ver y sentir las cosas de este gallardo mosquetero de mente sana y viril.

La lámpara de Aladino es libro sincero, libro bello. Hay en él páginas de una exquisitez encantadora, páginas que hablan al alma en un idioma musical. Su estilo brillante, limpio de ramazones, sencillamente tierno unas veces y firme é iracundo otras; sus imágenes ricas en coloridos y despojadas de toda ridícula afectación; sus apreciaciones, sus giros originales, sus frases resplandecientes, hacen que sea leído con verdadero entusiasmo.

Las obras de Blanco-Fombona podrán ser abandonadas por espíritus asustadizos, ya que por ellas pasan altivos los leones y se ven como relampagueos de tempestad; pero nadie podrá abandonarlas, hastiado de buscar la belleza sin encontrarla,—nadie podrá abandonarlas porque carezcan de interés, ya que en ellas hay unidas á la belleza de la frase la impecabilidad del vocablo, frase y vocablo que, en ocasiones, son como flechas hirientes ó como rudos aletazos. Su léxico es rico; en su prosa no se encuentran excesos gramaticales, propios de algún pedagogo sin noción del arte—y brilla la limpidez del lenguaje, libre de la retórica á la moda.

Pero, ¿qué es lo que se destaca más en éste como en todos los demás libros de Blanco-Fombona? La verdad y la sinceridad. La verdad, que la dicen siempre sus labios sin miedos rinconeros y sin femeniles temores; la sinceridad, que late siempre en sus creaciones y que es lo que da á éstas el sello varonil y hasta agresivo que tanto exaspera á las almas «bobadillescas». Esa prosa de Blanco-Fombona, exenta de credulidades y reacia á todo convencionalismo, no es propia para monaguillos: es roja flor de combatiente, no mustia flor de sacristía.

La lámpara de Aladino me ha proporcionado ratos deliciosos. De su lectura he deducido no pocas enseñanzas.

Con verdadero interés he leído los juicios impresionistas, breves pero sustanciosos, sobre literatos y escritores y las hermosas impresiones de viaje en que nos narra algo de sus excursiones á través de tantos países; pero lo que hay en el libro verdaderamente atractivo, lo que invita á repetir la lectura sin que el interés decaiga un solo instante, es la magnífica descripción de su viaje á las regiones del Alto-Orinoco, adonde fué nombrado gobernador, y de donde escapó con vida por milagroso designio de la suerte. Con gran precisión y claridad, narra Blanco-Fombona las dificultades de aquella travesía por desiertos en los que viven alimañas de todas las especies; desiertos en

los que se ve el viajero privado de todo auxilio, expuesto á los rigores de la escasez y á las tormentas de la Naturaleza.

MIGUEL ÁNGEL CARBONELL

(Heraldo de Cuba, Habana.)

LA LAMPE D'ALADIN

L'écrivain vénézolan bien connu, R. Blanco-Fombona, vient de publier, á Madrid (librairie *Renacimiento*) un nouvel et curieux volume, qu'il intitule *La Lampe d'Aladin*. C'est une promenade, de libre allure, á travers les pays, les livres, les philosophies; l'auteur, pareil au héros du conte oriental, fait briller une flamme, celle de son imagination, qui, devant lui, illumine le monde; il projette des clartés dispersées, qui s'accrochent aux facettes des choses. Ces *noticulas*, ces brefs chapitres, passent sans effort de Maurice Mæterlinck á la Conférence de la Haye, de l'Orénoque aux cités d'art de l'Italie, de l'atheisme á l'amour; toujours, et á propos de tout, c'est un jaillissement d'idées et d'images, un flux de sincérité entraînant, des déclarations contradictoires, un brillant vagabondage de pensée; quelque chose en somme, et par lá se précise le titre du livre, qui fait songer á une féerie des *Mille et Une Nuits*.

(Le Journal des Debats, París).

R. BLANCO-FOMBONA: *La lámpara de Aladino. Notículas.*— 1 vol. de 584 págs. Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1915; ptas. 3,50.

Un nuevo y macizo libro del batallador escritor y poeta venezolano Rufino Blanco-Fombona, y en el que

ha recopilado buena parte de sus últimas producciones. Tiene páginas interesantísimas.

Blanco-Fombona es un aguafuertista, y sus términos tienen la profundidad del «mordiente». Hay de todo en este libro: retratos, paisajes, confesiones, etc., verdadero bazar oriental, en el que todos hallarán algo bello, si no agradable.

De cuando en cuando, en la página aparentemente más inocente, un juicio breve y rápido sobre hombres y cosas anima el conjunto.

Valiente, atrevido, Blanco-Fombona continúa siendo el que fué.

Muchos argentinos le han puesto en el «Index», y él tiene para todo eso una buena sonrisa y un nuevo ataque...

J. Más y Pí.

(La Obra, Buenos Aires.)

INDICE

INDICE

.TERCERA PARTE

En la **Biblioteca Andrés Bello** se irán publicando, sucesivamente, obras de:

José Enrique Rodó.—Rubén Darío. — Pedro-Emilio Coll.—José Veríssimo.—Juan Zorrilla San Martín.—Francisco y Ventura García Calderón.—Manuel Ugarte. José Ingegnieros.—R. Blanco-Fombona. — B. Sanin Cano.—Luis Orrego Luco.—M. de Oliveira Lima.—Alcides Arguedas.—Manuel Díaz Rodríguez.—Cornelio Hispano.—Manuel González Prada.—Enrique Gómez Carrillo.—F. García Godoi.—Antonio Gómez Restrepo.—Juan C. O'Leary.—Alfonso Reyes.—Amado Nervo.—Santiago Arguello.—Ernesto de la Cruz.—Carlos de Velasco —Fabio y René Fiallo.—Enrique Banch.—Hermanos Henríquez Ureña.—Alberto Ghiraldo.—Martiniano Leguizamón.—Jorge Ricardo Vejarano.—Armando Donoso. — M. Urbaneja Achelpoll. — Arturo R. Carricarte.—Manuel Gálves.—Tulio M. Cestero.—Manuel Sanguily.—F. Henríquez y Carvajal.—G. Picón-Fébres. — Froilán Turcios. — Orestes Ferrara. — Juan Concha.—Jacinto López.—Luis Llorens Tórres.—Roberto F. Giusti.—A. Hernández Catá.—E. Cuervo Márquez.—Manuel J. Calle.—Jesús Semprúm.—S. Pérez Triana.— Hugo D. Barbagelata —S. Díaz Mirón.—J. Gil Fortoul.—Javier de Viana.—E. Rodríguez Larreta, y otros autores americanos de la misma importancia.



